

LA VIDA YA NO ERA VIDA

*Un homenaje a la vida
y memoria de las víctimas de
Allpachaka, Chiara y Quispillaqta
Ayacucho - Perú*

Felimón Salvatierra
Honorato Méndez
Oseas Núñez



Felimón Salvatierra Garamendi nació el 28 de julio de 1981 en el distrito Los Morochucos (Cangallo, Perú). Es hijo de Telésforo Salvatierra Tenorio y Ludgarda Justina Garamendi de la Cruz. Su padre fue desaparecido en 1985 por presuntos militares en el distrito de San Juan Bautista de Ayacucho. Es quechua hablante e hizo sus estudios de primaria y educación secundaria en la comunidad de Allpachaka y Pampa Cangallo respectivamente. Es bachiller en Ingeniería Agronómica y estudiante de la Escuela de Post Grado de la Universidad de Huamanga. Con diplomado en prevención y manejo de conflictos sociales en el Perú por la Comisión Andina de Juristas. Ha participado en la Escuela de Líderes Iberoamericanos por el Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Honorato Méndez Bautista (1977) nació y estudió la primaria en Chiara (Huamanga, Perú); su secundaria lo hizo en San Ramón en Ayacucho. Está casado con Sofía Garay y tiene una hija: Stephany Florabel. Estudió Periodismo y Comunicación en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega y la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Integró el equipo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y fue reconocido por el Centro Interdisciplinario SIGNO de Uruguay, el Gobierno Regional de Ayacucho y las municipalidades de Huamanga, Huanta, Chiara y Putis. Por el amor a su tierra natal, formó parte de la junta directiva de su comunidad en varias gestiones. Laboró en Paz y Esperanza, entre otras como Director Regional en Ayacucho. Escribió artículos para los periódicos La Calle y Retablo.

Oseas Núñez Espinoza (1982) nació en Quispillaqta (Chuschi, Perú), donde vivió las brutalidades de la violencia política. Es quechua hablante y estudió Antropología en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. En 2006 publicó *Los Kanas de Quispillaccta, historia de un pueblo quechua* y en 2007 *Tesoro Kana, ritos y tradiciones de Quispillaccta*, junto con Urbano Muñoz. Desde 2009 dirige la Asociación Kana, acompañando procesos comunales en respeto a los derechos ecológicos y colabora en investigaciones post violencia política. En 2014 fue nombrado coordinador de los grupos técnicos de la Comisión Ambiental Regional de Ayacucho, para promover políticas públicas en conservación de la naturaleza.

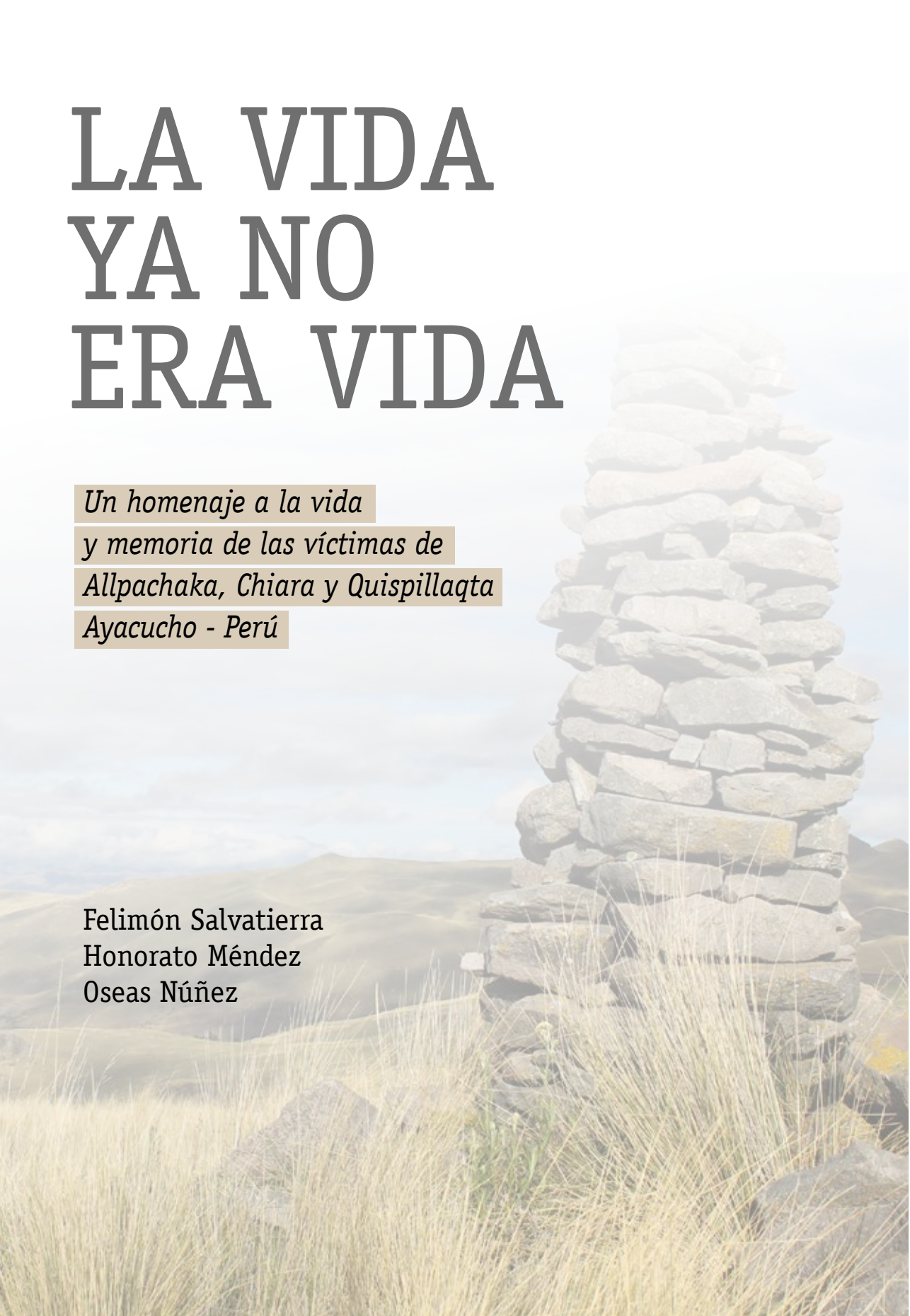
LA VIDA YA NO ERA VIDA

*Un homenaje a la vida y memoria de las víctimas de
Allpachaka, Chiara y Quispillaqta
Ayacucho - Perú*

LA VIDA YA NO ERA VIDA

*Un homenaje a la vida
y memoria de las víctimas de
Allpachaka, Chiara y Quispillaqta
Ayacucho - Perú*

Felimón Salvatierra
Honorato Méndez
Oseas Núñez



LA VIDA YA NO ERA VIDA

*Un homenaje a la vida y memoria de las víctimas de
Allpachaka, Chiara y Quispillaqta
Ayacucho - Perú*

Autores:

Felimón Salvatierra
Honorato Méndez
Oseas Núñez

Responsables de redacción y estilo:

Germán Vargas y Teobaldo Pinzás

Cuidado de la edición:

Vera Gianotten

Paz y Esperanza

Oficina Regional Ayacucho
Calle Nazareno, segundo pasaje N° 142, Ayacucho
Teléfono: +51 - 066 - 312779



Derechos de autor:

Felimón Salvatierra, Honorato Méndez y Oseas Núñez

Foto portada:

Saywa en Chaupi Urqu, cerca de Toqto (foto: Honorato Méndez)

Fotografías:

Sharis Coppens - Chicha Films (www.chichafilms.nl)
Centro de Capacitación Campesina de la Universidad de Huamanga
Paz y Esperanza

Diseño e impresión:

Sonimágenes del Perú srl
Av. 6 de Agosto 968, Jesús María. Lima - Perú
Telf. 322 3964 / 652 3444

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-00831

Primera edición, enero 2016

CONTENIDO

SIGLAS Y GLOSARIO	8
PREFACIO	11
I INTRODUCCIÓN	15
II ALLPACHAKA	25
Introducción	27
Testimonios	45
III CHIARA-LIRIOPATA	115
Introducción	117
Testimonios	143
IV QUISPILLAQTA	194
Introducción	197
Testimonios	225
V EPÍLOGO	281
ANEXOS	
1. Relación de personas entrevistadas y participantes en grupos focales en Allpachaka	283
2. Relación de personas entrevistadas y participantes en grupos focales en Chiara-Liriopata	285
3. Relación de personas entrevistadas y participantes en grupos focales en Quispillaqta	287
BIBLIOGRAFÍA	291

SIGLAS

ABA	Asociación Bartolomé Aripaylla
AFADAVP-Q	Asociación de Familias, Desaparecidos y Afectados por la Violencia Política - Quispillaqta
ANFASEP	Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Desaparecidos y Detenidos del Perú
APRODEH	Asociación Pro Derechos Humanos
CAD	Comité de Auto Defensa
CCC	Centro de Capacitación Campesina
CMAN	Comisión Multisectorial de Alto Nivel
COMISEDH	Comisión de Derechos Humanos
COP	Conferencia de Co-partes sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas
CORAVIP	Coordinadora Regional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política
COTESU	Cooperación Técnica Suiza
CPM	Comando Político Militar
CVR	Comisión de la Verdad y Reconciliación
EPSASA	Empresa Prestadora de Servicios de Agua y Saneamiento de Ayacucho
FADA	Federación Agraria Departamental de Ayacucho
FER	Frente Estudiantil Universitario
FFAA	Fuerzas Armadas
FFPP	Fuerzas Policiales
GC	Guardia Civil
GR	Guardia Republicana
MOVADEF	Movimiento por Amnistía y Derechos Fundamentales
PCP	Partido Comunista del Perú
PDC	Plan de Desarrollo Concertado
PEA	Población Económicamente Activa
PERC	Proyecto Especial Río Cachi
PIP	Policía de Investigaciones del Perú
PIR	Plan Integral de Reparaciones
RUV	Registro Único de Víctimas
SL	Sendero Luminoso
SUTEP	Sindicato Único de Trabajadores de la Educación del Perú
UNSCH	Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga
VRAEM	Valle de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro

GLOSARIO

Alcanzo	Accidente mortal causado por un fenómeno de la naturaleza, como por ej. un rayo
Allin kawsay	Buen vivir
Allpa	Tierra
Atuq	Zorro andino
Atuqchay	Persona que simula al zorro, atrapa animales al finalizar la fiesta de herranza de animales
Ayllu	Comunidad, parte de una comunidad o grupo de familias
Ayni	Trabajo recíproco practicado entre personas o familias
Bijuylla	Instrumento de cuerda parecido a la guitarra
Chaka	Puente
Chimaycha	Género musical y de baile de Quispillaqta
Chiya	Liendre
Chuklla	Pequeñas viviendas tradicionales construidas a base de ichu y piedra
Chumpi	Accesorio tradicional y colorido tejido de lana de ovino para sostener faldas y pantalones a manera de correa
Chunta	Planta leñosa de fuerte consistencia
Esquela	Instrumento musical parecido a una campanilla que se utiliza en el carnaval
Huamani	Halcón o ave sagrada
Ichu	Pasto de puna para forraje para ganados, principalmente camélidos
Irakamayuc	Persona encargada de cuidar los cereales durante la cosecha
Lutuchiy	Enlutar
Llakichinakuy	Entristecerse
Llaqta	Pueblo
Minka	Trabajo realizado a nivel comunal
Muchuy huaracay	Espantar el hambre
Muro allqu	Perro de color blanco con manchas negras o viceversa
Muspay	Pesadilla
Otaban	Festejo para la culminación de una actividad de siembra o cosecha
Puca	Rojo
Puca picante	Comida típica de Ayacucho en base a carne de cerdo, betarraga y ají
Puquy	Epoca de lluvias
Qachua	Fiesta en que hombres y mujeres, principalmente jóvenes, cantan y bailan durante la cosecha (para obtener los granos de los cereales) y en la limpieza de la acequia
Qallu	Pequeño caracol que vive en los mojadales; huésped de la alicuya (parásito hepático de los herbívoros)
Qapchi	Queso fresco con ají y papas cocidas
Qarawis	Cánticos entonados por mujeres con contenidos específicos para cada ocasión (despedida, matrimonio, fallecimiento, etc.)
Qera huayta	Lupino silvestre o tarwi

Qispi	Objeto vidrioso
Qispi rumi	Piedras vidriosas
Rondero	Poblador organizado por los militares para proteger a su población
Saywa	Pilones de piedras sobre piedras
Sinchis	Policía especializado en la lucha anti subversiva
Sisan yuyu	Flor de nabo silvestre
Tejte	Comida típica de Ayacucho en base a arvejas
Tinya	Tambor
Trueque	Intercambio de productos sin uso de dinero
Tuqlla	Dispositivo hecho de hilo o sogas para atrapar animales o aves silvestres
Tutapuriqkuna	Personas que caminan durante las noches (refiriéndose a los senderistas)
Vara	Bastón
Varayuq	Autoridad comunal ancestral
Vitrola	Antiguo tocadiscos
Waqay	Llorar
Waqrapucu	Instrumento rústico de viento confeccionado con cuernos de vacunos
Waraca	Catapulta de mano, hecha con lana de ovino, que se utiliza para defensa personal
Warmi urquy	Ceremonia previa al matrimonio ofrecida por los padres y familiares del novio ante los familiares de la novia
Wasi qispiy	Diversas actividades realizadas durante el techado de la casa
Waychaa	Ave silvestre que sobrevuela lugares en momentos especiales
Yachapas llaqta	Pueblo que inspira al buen vivir
Yachapas wasi	Casa que inspira al buen vivir
Yakupañawin	Lugar donde brota el agua
Yana uma	Personas que usan pasamontañas negros (refiriéndose a los militares)
Yarqa aspiy	Limpieza de los canales de riego

PREFACIO

La población de Allpachaka, Chiara-Liriopata y Quispillaqta, tres comunidades de la Región Ayacucho (Perú), ha tomado la valentía de hablar de su memoria, de contar lo que ha vivido durante el periodo de violencia política interna en el Perú entre los años 1980 y 2000.

Los sobrevivientes de estas comunidades han vivido todas las atrocidades que la Comisión de la Verdad y Reconciliación relata en su informe final (2003). Contarlas no ha sido fácil. Aunque son pueblos que quieren mantener viva su memoria, el ejercicio de hablar y recordar ha supuesto abrir nuevamente las heridas. Salomón Lerner, presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, lo ha expresado de esta manera: “toda comunidad que sale de una historia de violencia enfrenta, entre varios dilemas, uno que es ineludible y radical: recordar u olvidar” (2014: 17). Ha sido, y es, así. Aunque algunos optaron por no hablar, como un mecanismo de seguir viviendo, la mayoría de los sobrevivientes ha hablado y recordado porque se niegan a olvidar a los ausentes y porque quieren que las nuevas generaciones aprendan de lo vivido.

Tres profesionales, procedentes de la zona y quechua hablantes, han sido los artífices de esta obra: Felimón Salvatierra y Honorato Méndez, que perdieron a sus padres durante el periodo de violencia, y Oseas Núñez. Los autores, nacidos en Allpachaka, Chiara y Quispillaqta respectivamente, decidieron escribir sobre esta parte trascendental de la historia de sus comunidades de origen, en clara muestra de compromiso con sus pueblos, y pese a la carencia de recursos y al esfuerzo que implicaba.

No es sencillo escribir sobre un conflicto que no se reduce a la disputa entre dos enemigos. Aunque se trata de un escenario con muchos actores, es claro que la población civil ha sido la víctima principal. Es exacto decir que estuvo entre la espada y la pared, entre la violencia brutal de Sendero Luminoso y de las fuerzas del orden, pero lo es también que hubo víctimas y sobrevivientes que en cierto momento actuaron como perpetradores. Para producir este material, los autores han entrevistado a diversas personas:

1. Familiares de personas asesinadas y desaparecidas por Sendero Luminoso, las fuerzas del orden o por los comités de autodefensa.
2. Personas torturadas y/o violadas por Sendero Luminoso, las fuerzas del orden o los comités de autodefensa.
3. Personas forzadas a participar en las actividades armadas de Sendero Luminoso, de las fuerzas del orden o de los comités de auto-defensa.
4. Personas que se armaron y enfrentaron militarmente a Sendero Luminoso porque el Estado no supo defenderles. Muchas de estas personas fueron instigadas por el mismo Estado a tomar las armas e “hicieron justicia” por sus propias manos.

Los testimonios, recolectados a través de entrevistas, registran la violencia y el dolor sufrido. Así mismo, los entrevistados hacen un “balance personal” de su doloroso pasado y comparten algunas de sus vivencias actuales y cómo proyectar su futuro.¹

Los autores tuvieron la expectativa de recoger fotos y otras imágenes que los pobladores pudieran conservar, como suelen hacerlo, en cajas de zapatos, álbumes de fotos o en algún otro lugar de sus hogares. Lamentablemente, mucho de este material se perdió cuando sus casas fueron quemadas o saqueadas tras huir de la barbarie. Sin embargo, se han recuperado viejas fotos encontradas en algunos archivos públicos y privados, y se han tomado retratos recientes de los sobrevivientes y sus familiares, que muestran cómo han restablecido sus vidas. La tristeza y la melancolía se mezclan con el optimismo y nuevas energías.

Efectivamente, la gente ha retomado la vida, entre chacras que florecen, campos que reverdecen con la alfalfa, la papa o la quinua. Hay jóvenes que han ido a la ciudad y otros que han vuelto a las comunidades, para trabajar, formarse y progresar. Muchas cosas han cambiado y es grato que los niños nazcan en paz.

El proceso de encuentro con la gente ha sido muy instructivo. Antes de las entrevistas individuales y grupales, la población se ha reunido en asambleas comunales para conversar sobre el sentido de dar a conocer sus historias a un público más amplio. Aquí algunas respuestas:

“Queremos lograr, con el libro, que no se repita nunca más el terror que hemos vivido. Ya habíamos pensado hacer algo, una *saywa*² o un museo. Tenemos que contar nuestra historia, hay que contar lo que hemos sufrido para las nuevas generaciones. Nuestros padres lloran, queremos que no lloren más.”

“La violencia causó desconfianza y enemistad. El libro ayudará a recuperar la confianza entre nosotros. Queremos hacer conocer también nuestras estrategias de sobrevivencia que, tal vez, puedan servir a otros pueblos en situaciones similares. El libro podría ser usado en los colegios de nuestras comunidades y distritos, pero también en los colegios del resto del país. Asimismo, puede sensibilizar a la gente de afuera.”

En resumen, se espera que el libro sea un reconocimiento a las víctimas y sus familiares, y sirva para que las nuevas generaciones no olviden, y eviten repetir la tragedia pasada. Carlos Iván Degregori (2014: 21), antropólogo y miembro de la Comisión de la Verdad y Reconciliación lo ha expresado de la siguiente manera: “la memoria necesita anclajes: lugares y fechas, monumentos, conmemoraciones, rituales. Estímulos sensoriales - un olor, un sonido, una imagen - pueden desencadenar recuerdos y emociones. La memoria necesita vehículos para ser transmitida a las

1 Entre marzo y agosto de 2014 se realizaron entrevistas individuales y grupales en las tres comunidades. Al final del libro se presentan tres anexos con la relación de personas entrevistadas, así como el tipo de afectación.

2 Para el significado de las palabras quechua nos referimos al glosario. Hemos utilizado la ortografía oficial del quechua, acordada en el evento nacional para la implementación de la escritura de la lengua quechua en el marco de la R.M. 1218-85-ED, Ministerio de Educación, Lima 2014.

nuevas generaciones que no fueron testigos directos de los acontecimientos, en este caso infaustos...”.

Los autores quieren contribuir a través de este libro a la recuperación de la salud mental de las víctimas, para que procesen adecuadamente sus traumas, para lograr una sanación individual y comunal. Además, aspiran que su obra sirva a otros pueblos, del Perú y del mundo, que han pasado o viven hoy situaciones parecidas de terror.

Autores y pobladores han confluído para que la “pequeña historia” de tanta gente no sea aplastada por la historia grande que se hace sin incluirla. Quieren dejar constancia de lo ocurrido, de su dolor, de sus actos de resistencia, y de su contribución -pocas veces reconocida- a la defensa de la paz y de la vida. La publicación de testimonios personales en palabras e imágenes ayudará a que páginas como estas no sean arrancadas de la historia. Es un aporte más para que se sepa lo que sucedió en el Perú y lo que pudiera ocurrir en cualquier otra parte del mundo.

La población aún requiere apoyo. El proceso de reconciliación y justicia es todavía largo y no sólo es responsabilidad de los pueblos de Allpachaka, Chiara y Quispillaqta. Reconciliación es fácil de proponer cuando no se han vivido maltratos, torturas o violaciones sexuales. Para las víctimas es una tarea compleja, porque se debe evitar que la justicia se convierta en la “mano de la venganza”. La reconciliación supone recursos materiales, financieros y psicoterapéuticos que pueden y deben ser provistos por la comunidad nacional e internacional. De allí que los autores también esperan que su libro sea un llamado a la solidaridad.

Cabe aclarar que los autores han intentado recopilar y transcribir fielmente los testimonios. Sin embargo, escribir la historia no solamente es ordenar y seleccionar hechos y datos, es también valorar e interpretar. Esta valoración e interpretación es responsabilidad entera de los autores y ha implicado un esfuerzo por captar el contexto de los sucesos. Cuando el historiador está involucrado en tales eventos, presentarlos objetivamente se torna más difícil. La verdad histórica puede cambiar de color dependiendo de la lupa con que se mire. En conclusión, la verdad histórica de los sucesos es coloreada por la propia historia de los autores.

El trabajo ha recibido generosas expresiones de respaldo y apoyo. Nuestra gratitud a todas las personas que han ayudado a la realización de este libro. Mencionamos especialmente a Michael Medina, Carmen Rosa Licas, Demetrio Leandro, Diana Gutiérrez, Ezequiel Vilca, Lourdes Huamán, Marlene Núñez, Marta Cicalkova, Noemí Gómez, Rufino Machaca, Sharis Coppens y Yanet Cárdenas.

Gracias a HIVOS, la agencia humanista de cooperación al desarrollo, y a Impunity Watch, ambas de Holanda, por haber financiado parte de la investigación. Es gracias a Teyo van der Schoot, que utilizó su creatividad y compromiso personal para conseguir los fondos, que se ha podido hacer esta publicación. Asimismo, queremos agradecer a un grupo de amigos en Holanda que ha ayudado financieramente para la realización del libro.

El aporte de todas las personas e instituciones mencionadas es expresión de solidaridad con los pueblos aquí referidos. Apoyo que se requiere para que los esfuerzos por una auténtica reconciliación, sin olvido ni impunidad, no sean vanos.

Nuestro especial agradecimiento es para los pobladores de las tres comunidades, quienes se atrevieron a participar en sesiones que requirieron un enorme esfuerzo psicológico pues supuso remover heridas. Lo han hecho con generosidad y convencidos que se debe contar la historia, porque no se trata de una historia cualquiera, sino de aquellas que no deben repetirse, nunca más.

Ayacucho, diciembre de 2015

Vera Gianotten

I. INTRODUCCIÓN

Mayo de 1980 marcó en el Perú el inicio de un periodo de veinte años de violencia política sin precedentes en la historia del país. Sendero Luminoso y las fuerzas del orden (militares y policía) se enfrentaron en una guerra interna, cuya víctima principal fue la población civil.

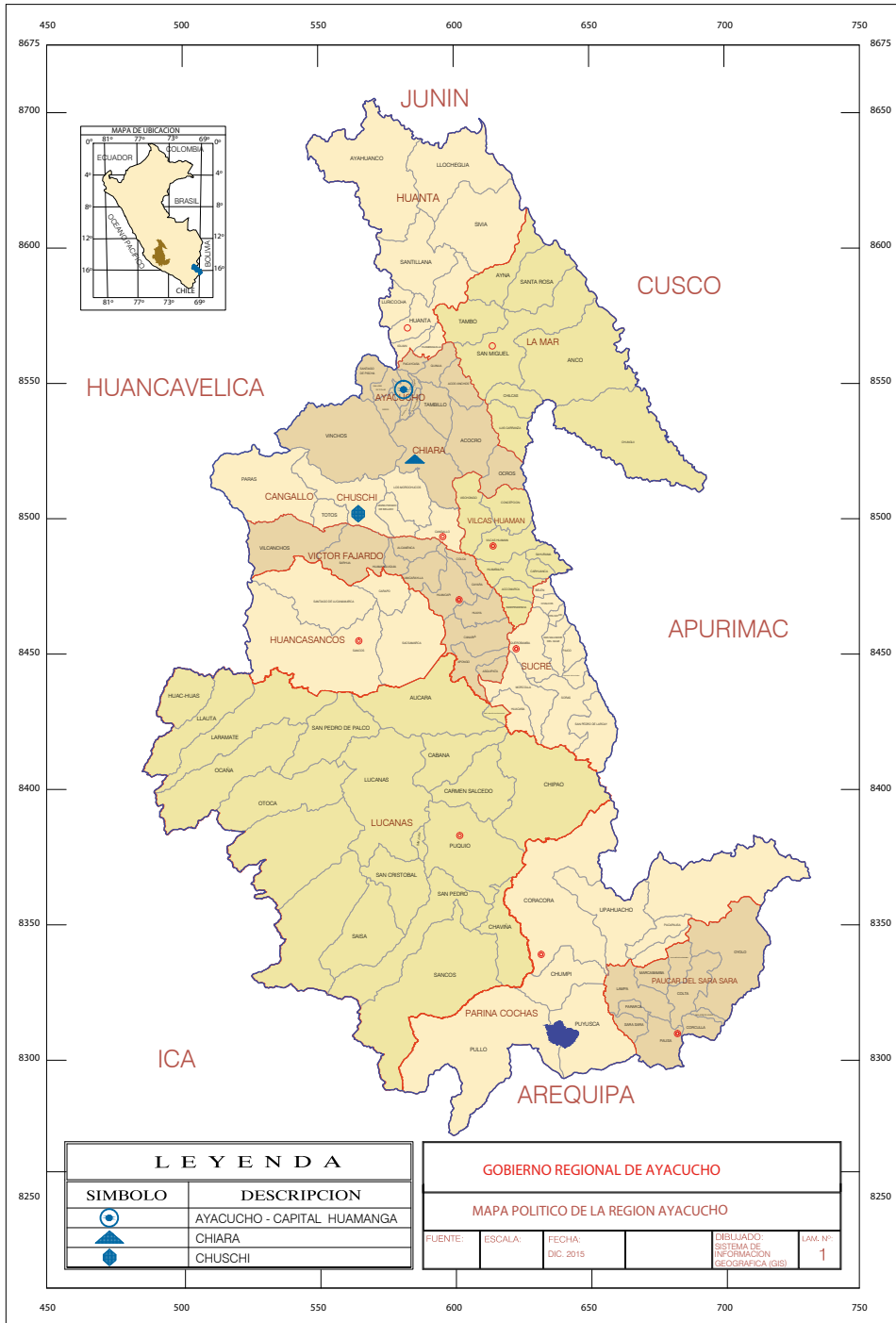
En agosto de 2003, la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) publicó el informe final de un trabajo que constituye uno de los mejores ejercicios para establecer una verdad comprehensiva, imparcial y completa de un conflicto armado devastador. La CVR se refiere al periodo de 1980 hasta 2000 como “el episodio de violencia más intenso, más extenso y más prolongado de toda la historia de la República”.

Desde entonces, las comunidades campesinas, el sector más afectado durante el conflicto, han querido dar a conocer sus verdades particulares, recomponiendo sus relatos y relacionándolos con el resto de su historia.

El presente libro es un homenaje a la vida y memoria de las víctimas de la violencia, a quienes sus familiares y comunidades recuerdan nombre por nombre, como una forma de reivindicar la dignidad de las personas desaparecidas y asesinadas. El libro hace referencia al periodo de la violencia, pero enfatiza, también, la fase previa y el presente. La vida de estos pueblos no debe ser identificada solamente con la violencia. Son poblaciones que quieren mostrar al mundo que han vivido épocas de paz y tranquilidad, y que han retomado sus vidas, soñando con un nuevo futuro.

Sendero Luminoso

En 1980, Ayacucho era una de las zonas más pobres del país, caracterizada por la débil presencia de instituciones del Estado. El 17 de mayo de ese año, un día antes de las elecciones que pondrían fin a doce años de regímenes militares, Sendero Luminoso perpetra su primer atentado quemando las ánforas y cédulas de votación en la comunidad de Chuschi (véase el mapa). Con este acto anuncia el inicio de su “guerra popular del campo a la ciudad”. Para Sendero Luminoso, la lucha armada constituía el único medio para llegar al poder y destruir el “viejo estado”, imponiendo un nuevo orden político, económico y social..



Mapa 1. Departamento de Ayacucho

La historia de Sendero Luminoso empieza varios años antes. En 1962 Abimael Guzmán llega a Ayacucho para trabajar como profesor de filosofía en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH)¹. Guzmán, militante del Partido Comunista del Perú (PCP), es nombrado como responsable del trabajo juvenil del partido. Cuando en 1964 el PCP se divide entre pro-soviético (PCP-Unidad) y pro-chino (PCP-Bandera Roja), Abimael Guzmán opta por la posición pro-china. Unos años más tarde se separa de Bandera Roja y forma su propio partido: el Partido Comunista del Perú - por el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui (PCP-SL)².

Sendero crece aceleradamente en Ayacucho, principalmente en la universidad y entre los maestros de primaria y secundaria, organizados en el sindicato de profesores (SUTEP). Es así que llega a convertirse en la fuerza política más importante de la universidad, influyendo en la definición del contenido académico de los estudios y en la contratación del personal docente.

En 1977, el gobierno militar de Morales Bermúdez sancionó a los maestros que habían participado en una huelga del SUTEP, obligándolos a irse a trabajar en las comunidades más remotas en las áreas rurales del Departamento de Ayacucho. Es así que, gracias al gobierno militar, profesores militantes de Sendero Luminoso se desplazan al campo donde empiezan a desarrollar actividades proselitistas entre los jóvenes rurales, mientras que reciben su sueldo como maestros rurales.

El mensaje de Sendero de cercar la ciudad desde el campo para arrastrar el viejo Estado y construir uno nuevo, encuentra eco en sectores juveniles provenientes de esas áreas rurales. Son jóvenes cuyos padres depositan en ellos el sueño de dejar el campo para trabajar como profesionales en la ciudad y así formar parte del mundo moderno. Al haber estudiado en la universidad, ya no quieren volver a la sociedad rural tradicional, pero tampoco encuentran un lugar en el Perú “moderno”, asfixiado por la crisis y el desempleo.

Sendero supo reclutar tanto a hombres como mujeres. Generalmente eran mujeres jóvenes con educación superior provenientes de provincias andinas y con ubicación laboral por debajo de su calificación, que participaron como simpatizantes, cuadros emergentes, mandos militares y hasta en la alta dirección del PCP-SL.

Al inicio, las actividades de Sendero Luminoso se limitaron a ataques con bombas caseras y la voladura de torres de electricidad. Aunque la izquierda parlamentaria marcó distancia del PCP-SL, en los primeros años un sector grande de la izquierda mantuvo una posición ambigua con respecto a la lucha armada.

En esos años, Sendero despertaba también cierto grado de admiración entre los campesinos, pero desde mediados de 1982 las relaciones se resquebrajan cuando la

1 El 3 de julio de 1677, en la época colonial, se funda la Real y Pontificia Universidad de Huamanga. En 1886 fue clausurada por razones económicas. Luego de largas gestiones, el pueblo ayacuchano logra que se reabra en 1959. En 1980, la universidad tenía 5600 estudiantes matriculados. En la actualidad cuenta con alrededor de 8900 alumnos.

2 José Carlos Mariátegui (1894-1930), llamado también *Amauta* (maestro), fue uno de los principales estudiosos del marxismo en Iberoamérica, destacando entre todos sus libros el conocido *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Fue el fundador del Partido Socialista en 1928, que tras su muerte pasaría a denominarse Partido Comunista Peruano.

población empieza a sentirse presionada por la forzada “economía de guerra”. Sendero prohíbe a los campesinos vender sus alimentos en el mercado y exige que le entreguen sus pocos excedentes al “ejército popular”. También obliga a los campesinos a participar en las escuelas populares, lo cual aumenta las tensiones. En enero de 1983 se producen los primeros choques armados entre pobladores y Sendero.

Mientras esto acontecía en Ayacucho, en el resto del país se ignoraba la gravedad del conflicto. Para la población de Lima y de la costa la guerra estaba muy lejos. No se le concedía mayor importancia; era considerada como parte del folclore ayacuchano y para algunos era un “problema de indios”. Hubo indiferencia ante el drama de los pobladores de Ayacucho, que ya se extendía a Huancavelica, Apurímac y otras zonas andinas del país. Recién cuando Sendero incrementó su accionar en Lima, la realidad del terrorismo es percibida como amenaza en todo el país.

El “pensamiento Gonzalo”, la artificiosa doctrina enarbolada por Abimael Guzmán no era más que el “sustento” del fundamentalismo senderista, y del culto exagerado a la personalidad que promovió la violencia. La “cuarta espada del comunismo”, como llamaban sus seguidores a Guzmán (después de Marx, Lenin, y Mao), no fue responsable de ninguna revolución, pero sí de muchas tragedias. Según la CVR Sendero Luminoso es responsable del 46% de todas las víctimas en el Perú y del 47% de las víctimas en el Departamento de Ayacucho.

Fuerzas Policiales

El gobierno de Fernando Belaúnde, desconcertado ante la aparición de SL, confió la lucha antisubversiva a las fuerzas policiales (FFPP), que siempre estaban en disputa entre sí. Había celos y rivalidades entre la Guardia Civil (GC), la Guardia Republicana (GR) y la Policía de Investigaciones del Perú (PIP). Además, se sabía de varios casos de corrupción, especialmente dentro de la PIP. Entre 1980 y 1982 las FFPP tuvieron a su cargo la responsabilidad de desarrollar las acciones antisubversivas sin un apoyo adecuado del gobierno.

Los policías que generaron mayor impacto en la población fueron los sinchis. Formaban parte de la 48° Comandancia de la Guardia Civil, encargada de la lucha antisubversiva. Hay muchos testigos de la crueldad con que actuaron contra la población civil. Se decía que los sinchis eran abusivos, torturadores, violadores y asesinos (Morote 2014: 209). Según la CVR, la intervención de los sinchis incrementó las violaciones de los derechos humanos, generó resentimientos y distanció a la población de la policía.

El 2 de marzo de 1982, un grupo de aproximadamente 100 subversivos atacó la cárcel de Ayacucho, provocando la fuga de 247 reclusos, de los cuales 50 estaban sentenciados o siendo procesados por el presunto delito de terrorismo. El ataque dejó un saldo de dos policías muertos. Luego del asalto, en un acto de venganza, un grupo de guardias republicanos ingresó al hospital y sacó a rastras a la calle a cuatro miembros de SL, que habían resultado heridos en la cárcel días antes. Asesinaron a tres y dejaron herido a uno (ibíd: 203).

La CVR (2003) estima que cerca de 4.600 personas fueron asesinadas o “desaparecidas” por las fuerzas policiales y que el 48% de los presos bajo su responsabilidad sufrió tortura. Las acciones indiscriminadas desarrolladas por agentes de la policía provocaron la animadversión de la población que sufrió abusos diversos.

Fuerzas Armadas

Ante el fracaso de las fuerzas policiales, el Presidente Belaúnde decidió ceder a los militares la lucha antisubversiva. El 30 de diciembre de 1982 se encargó a las fuerzas armadas (FFAA) el control del orden interno en la zona de emergencia, sin tener claridad sobre cómo ejecutar esa misión.

Uno de los errores del gobierno de Belaúnde fue asumir que el PCP-SL dependía de apoyo y directivas foráneas. Por ello empezaron a acusar a gente que, por ejemplo, no acudía al izamiento de la bandera o a las asambleas convocadas por la patrulla militar. Repetían, entonces, lo que Sendero hacía cuando un poblador no asistía a las llamadas escuelas populares: reprimirlo.

Creemos, al igual que la CVR, que la guerra declarada por el PCP-SL fue un ataque contra la paz, la autodeterminación democrática y los derechos fundamentales de los peruanos. Ante ello, el Estado democrático debió defenderse con las fuerzas de las armas.

Sin embargo, esto no significaba licencia para asesinar, torturar y violar. Las FFAA fueron responsables de las muertes o desapariciones forzadas de más de 16.000 personas. El número de ejecuciones extrajudiciales y violaciones diversas de los derechos humanos, en el enfrentamiento contra Sendero, alcanzó dimensiones catastróficas.

A las ejecuciones extrajudiciales, desaparición forzada de personas, torturas, tratos crueles, inhumanos o degradantes, se agregó la práctica extendida de la violación sexual contra las mujeres. Aparecen, además, escuadrones de la muerte cuya actividad llevó a que el Perú ocupara en esos años el primer lugar en el mundo en número de desaparecidos.

Comités de Autodefensa

Una de las primeras medidas de las FFAA en Ayacucho fue organizar a los campesinos en Comités de Autodefensa (CAD)³. Las comunidades que no aceptaron formar sus CAD corrían el riesgo de ser acusadas de apoyar a Sendero.

Se trató de una disposición irresponsable y peligrosa. Además de constituir una abdicación del Estado a su obligación de proteger a los ciudadanos, agudizó los

3 Al inicio los comités de autodefensa se llamaban comités de defensa civil. También se les conoce como rondas campesinas y sus miembros son llamados ronderos.

conflictos al interior y entre las comunidades, y significó una suerte de licencia para matar para algunos de sus integrantes.

Es así que los Comités de Autodefensa cometieron muchas veces tropelías de todo tipo entre “prójimos” y contra poblaciones colindantes, aprovechando la situación para ajustar cuentas antiguas relacionadas con conflictos comunales. Según la CVR, la línea divisora entre perpetrador y víctima, entre héroe y villano, era muy delgada y porosa en los CAD.

Las violaciones de los derechos humanos, sin duda, representan el lado más oscuro de los CAD. El otro ángulo del problema lo constituye los casos de miles de campesinos que, en defensa de sus vidas y sus pertenencias, fueron heridos o muertos enfrentando a Sendero, asumiendo una función que, por definición, debería desempeñar el Estado (Morote: 260).

La situación en las comunidades rurales

“Si Sendero fue el detonador de la violencia, las FFAA fueron el principal motor que la aceleró en espiral. El combustible no fue una ideología sino una prepotencia largamente sedimentada en relación con las poblaciones rurales indígenas, a partir de la cual fue posible su deshumanización” (Degregori 2005).

Al establecer el estado de emergencia, los gobiernos civiles abdicaron de su responsabilidad democrática y dejaron la dirección de varias regiones del país en manos de los militares. Estos se sintieron omnipotentes y totalmente impunes. Los aparatos armados del Estado terminaron imitando las tácticas de Sendero, reproduciendo los mismos mecanismos de sometimiento de la población, las mismas formas de matar y los mismos insultos y torturas (ibid).

Tanto Sendero como las fuerzas del orden actuaron prepotentemente frente a la población. Parecían coincidir en un mismo lema: “quien no está conmigo, está contra mí”, y también en su devoción a la muerte. Los militares decían: “a la mala hierba se le debe de matar, eso es la ley, matar y matar”, mientras Sendero señalaba: ‘se necesita un millón de muertos para lograr el “equilibrio estratégico”’.

Sendero solía obligar a la población a vivir en retiradas, en los montes, advirtiendo que serían asesinados por los militares si se quedaban en sus casas. Los militares, por su parte, alimentaban esa estrategia de Sendero, haciendo exactamente lo que éstos decían, saqueando e incendiando pueblos enteros.

El objetivo no sólo fue la aniquilación física del enemigo. Se buscaba controlar sus sentimientos. Las fuerzas en lucha obligaron a reprimir el dolor, a contener el llanto. Los que lloraban durante los asesinatos o torturas públicas eran sindicados como *yana uma* (soldados), o como *tatapuriqkuna* (senderistas).⁴

4 *Yana uma* significa en quechua “cabeza negra”, refiriéndose a los pasamontañas que los militares tenían puestos; *tatapuriqkuna* significa “los que caminan de noche”.

Sendero organizaba a la población en “comités populares”, las Fuerzas Armadas en “rondas campesinas” o “comités de autodefensa”. La organización senderista era totalitaria, pretendió ejercer una dominación total, que abarcaba no sólo la vida cotidiana sino hasta los sentimientos más íntimos de las personas. Las Fuerzas Armadas utilizaban la repulsa que sentían los campesinos contra Sendero, obligándolos a organizarse en comités de autodefensa e ir delante durante las incursiones armadas, mientras ellos, los militares, quedaban en segunda fila.

Lo que el PCP-SL proyectó como una guerra campesina contra el Estado, terminó siendo una guerra contra y entre campesinos. Los enfrentamientos entre senderistas y militares fueron escasos. Mucho más numerosos fueron los ataques de Sendero y de los militares contra campesinos indefensos y los enfrentamientos entre pueblos vecinos.

Resultados

Aparte de más de 67.500 asesinados y desaparecidos, la guerra provocó más de 20.000 huérfanos y 15.000 viudas y viudos. 30.000 sobrevivientes han reportado haber sido víctimas de tortura. A principios de los noventa, había alrededor de 625.000 personas desplazadas en todo el Perú. Durante el período de terror se produjo una gran migración del campo a la ciudad, principalmente hacia Lima y la ciudad de Ayacucho (que creció de 70.000 habitantes a 300.000 en menos de diez años).⁵

Víctimas Perú asesinados, desaparecidos	Responsables							
	Sendero		Estado		Otros*		Total	
Aproximado	31.331	46%	20.458	30%	15.967	24%	67.756	100%

* Entre otros, los comités de autodefensa

Víctimas Ayacucho asesinados, desaparecidos	Responsables							
	Sendero		Estado		Otros*		Total	
Aproximado	13.000	47%	10.000	36%	4.500	17%	27.500	100%

*Entre otros, los comités de autodefensa

Como muestra el cuadro anterior, el 40% del total de víctimas en el Perú procede de Ayacucho. Según la CVR, la población rural ha sido víctima directa de secuestro, reclutamiento forzado, detención arbitraria, tortura física y psicológica, desaparición forzada, masacres y ejecuciones extrajudiciales. Además, las mujeres, y también niñas y niños, sufrieron abuso y violación sexuales.

⁵ Estos y los otros datos se encuentran en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003).

El 83% de los actos de violación sexual son atribuibles a agentes del Estado, quienes incluso perpetraron violaciones múltiples y a madres gestantes. Los grupos subversivos son mayormente responsables de actos como trabajo doméstico forzado, mutilaciones, incluyendo algunas con contenido sexual, servidumbre sexual, aborto forzado y unión forzada.

De cada cuatro víctimas, tres fueron campesinos o campesinas cuya lengua materna era el quechua: un sector de la población históricamente ignorado por el Estado y por la sociedad urbana. De esta manera, el conflicto se convirtió en uno de carácter étnico. Los perseguidos fueron vistos como culpables. Ser campesino y quechua era sinónimo de ser criminal y terrorista (Castro Neira 2012).

Han sido mujeres quienes empezaron a levantar su voz para denunciar los atropellos contra los derechos humanos. Nos referimos a la iniciativa, heroica por cierto, de Angélica Mendoza (Mama Angélica) y de otras mujeres ayacuchanas, que en 1983, en plena guerra, fundaron la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Desaparecidos y Detenidos del Perú (ANFASEP). Centenares de madres y esposas de desaparecidos reclamaron justicia ante las autoridades, uniéndose en una cruzada por la vida, verdad y justicia que se prolonga hasta la fecha. La organización se extendió a otras zonas de Ayacucho, formándose varios años después la Coordinadora Regional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política (CORAVIP).

¿Qué pasó en Allpachaka, Chiara y Quispillaqta?

El drama lo resume así Teodosia Salvatierra de Allpachaka: “los terroristas venían y me pegaban; los militares venían y me pegaban, los ronderos venían y me pegaban”, expresando con precisión lo que siente la gran mayoría de entrevistados.

La población fue obligada o participó voluntariamente en actos promovidos por Sendero Luminoso o por las fuerzas del orden⁶. Al inicio muchos han estado de acuerdo con la causa de Sendero, pero poco tiempo después la repudiaron. Es cierto que en cada comunidad había simpatizantes y hasta militantes de Sendero, pero la mayoría dice que en sus comunidades no ha habido senderistas. Estos siempre venían de otros lados. La relación con los militares fue igualmente ambigua. Aunque declaran que los militares los han maltratado y torturado, también expresan orgullo por sus comités de autodefensa, organizados por esos mismos militares.

Sendero y los militares utilizaron los conflictos intercomunales, pero lo mismo hicieron muchos comuneros. Es así que comuneros de Allpachaka acusan a gente de Quispillaqta y Chuschi de haber participado en ataques senderistas, y a los comuneros de Manzanayoq de haber participado en ataques de las rondas campesinas. Asimismo, en Chiara hablan del ataque del comité de autodefensa procedente de Acocro y Tambillo, mientras que en Quispillaqta hubo problemas intercomunales con los pobladores de Putaqa y Chuschi.

6 En los testimonios, la población habla de los militares para referirse tanto a las fuerzas armadas, como a las fuerzas policiales. Ya no distinguen entre *sinchis*, policías y militares.

Igualmente ha habido abusos entre personas de la misma comunidad, como cuenta una señora que durante la entrevista apuntaba al hombre que le había maltratado. Es por ello que hasta hoy existen “enemigos íntimos” (Theidon 2012: 389). Mucha gente tiene miedo contar sus historias, porque los victimarios aún están presentes.

Respetando la voluntad de algunos testimoniados que nos han contado sus historias, en este libro hemos cambiado los nombres de algunas personas que en la actualidad viven en las comunidades.

Con mucha modestia presentamos a continuación los testimonios de los pobladores de Allpachaka, Chiara-Liriopata y Quispillaqta. Lo hacemos reconociendo su valentía y agradeciendo sus testimonios llenos de lágrimas y esperanza.



II. ALLPACHAKA

INTRODUCCIÓN¹

Allpachaka es una comunidad campesina, que pertenece al distrito de Chiara, provincia de Huamanga de la región de Ayacucho. Cuenta con cinco barrios: Pantipampa, Chichucancha, Carcasunto, Ñuñunhuaycco y Allpachaka (anteriormente se hablaba de Allpachaka I y Allpachaka II). Su población es de 622 habitantes y aproximadamente el 90% se dedica a la ganadería. Los demás se dedican a la agricultura, el comercio y otras actividades complementarias.

Se encuentra aproximadamente a 55 kilómetros al sur de Huamanga, capital de la región Ayacucho, a una altitud de 3550 msnm. Está conectada por tres vías de comunicación desde la ciudad de Huamanga²: una por Toqto, otra por Manzanayug y la tercera por Rosaspata.



Limita por el norte con el predio Cochabamba alta, por el este con la comunidad campesina de Llachucmayo, por el sur con la comunidad campesina Virgen del

1 Capítulo basado en entrevistas con comuneros de Allpachaka, a través de conversaciones individuales y dos grupos focales. Participaron en total 26 personas. El anexo 1 contiene el nombre de todas ellas y su relación con las víctimas.

2 El nombre oficial de la capital de la región de Ayacucho es Huamanga, pero es más conocida como Ayacucho. En el texto se usan los dos nombres indiscriminadamente.

Carmen de Cusibamba, y por el oeste con la comunidad campesina de Munaypata (Morochucos).

Pasado

Etimológicamente el nombre de Allpachaka proviene de dos palabras quechuas: *Allpa* (tierra) y *chaca* (puente). En el río que separa Allpachaka y Carcasuntu existió un puente de aproximadamente dos metros, construido a base de troncos, champas, piedras, *ichu* y tierra. Estas características determinaron la denominación del lugar. Dicho puente ya no existe, en la actualidad hay dos puentes construidos a base de fierro y cemento.

La población vivía en chocitas de piedra y barro, techadas con ichu. Se abastecían con agua de los puquiales, manantiales y riachuelos, la cual servía también para los animales. Los campesinos utilizaban yuntas para sembrar papa, quinua, haba y otros cultivos andinos. Se sembraba solo para el autoconsumo.



Viviendas de la comunidad

Las principales haciendas pertenecían a las familias Flores, Ochoa, Huamán y Capelletti. Fue un tiempo en el que se registraron varios abusos de parte de los hacendados. Los testimonios de ancianos indican que les golpeaban, tildaban de ladrones, quitaban sus animales, e incluso quemaban sus casas.

“Los hacendados eran malos. Montados en sus caballos solían golpear a la gente. No había respeto; todos trabajábamos para ellos y cuando no les atendíamos como ellos querían, nos maltrataban y nos quitaban nuestros animales.”

A los peones se les pagaba con coca, trago y cigarro, casi nunca en dinero. Trabajaban en la producción de papa, cebada y trigo, productos que eran transportados en acémilas desde Allpachaka hasta Huamanga. Por el traslado de esta mercancía,

que podía durar un día entero, los peones apenas recibían el equivalente en aquel entonces de un nuevo sol.

En época de hacendados, el liderazgo de las comunidades era prácticamente inexistente. Estaban los yanaconas y los caporales - mandones del grupo de yanaconas -, que mandaban o dirigían a los peones por órdenes del patrón.

“El caporal, quien era como el segundo patrón, reemplazaba al hacendado cuando éste viajaba. Todos obedecíamos al caporal por temor a ser castigados por los hacendados. Los hacendados no querían que estudiemos, entre otras cosas porque temían que nosotros podríamos rebelarnos contra ellos; solo querían que fuéramos sus peones.”

Durante esos años, los conflictos más grandes eran entre los hacendados por los límites de sus tierras o propiedades. Uno de los comuneros recuerda todavía:

“Los hacendados Víctor Ochoa y Darío Gómez eran los principales promotores de las peleas y sus servidores éramos parte de ello. El problema se generaba cuando la cosecha de uno de ellos era mejor que la del otro; entonces, por envidia uno mandaba a sus servidores a aporcar y cosechar lo que no le pertenecía. Los hacendados daban trago en cilindro, y borrachos iban los servidores tras sus amos. Así se iniciaba la pelea, primero entre hacendados y terminaban entre servidores de cada uno de ellos. Utilizábamos *waracas* hechas de lana de oveja para tirar con piedras; hasta había muertos.”

Estaban entre peleas y juicios, cuando en el año 1969, el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado promulga la ley de la Reforma Agraria. Entonces, los terrenos de las haciendas pasaron a ser comunidades. En el barrio Allpachaka II se estableció una cooperativa, que, lamentablemente, nunca funcionó como tal, porque la administración fue asumida por un funcionario del Ministerio de Agricultura y los socios no tenían ningún poder de decisión.



Mujeres en la feria dominical



Elaboración de adobe para viviendas



Prácticas agrícolas con yunta

Costumbres

Existían muchas costumbres. Las mujeres se levantaban a las cuatro de la mañana y lo primero que hacían era saludar a sus patrones y después preparar la comida para toda la familia. Las personas mayores siempre caminaban con látigo (chicote) en la cintura. Cuando los chicos no saludaban, aunque estuvieran a varios metros de distancia, los azotaban con el chicote.

En el mes de agosto, los hacendados festejaban la ceremonia o fiesta de la herranza andina para lo cual toda la comunidad reunía los animales para marcarlos. En esta celebración, en honor a San Antonio, se compartían comida y chicha. El 15 de agosto se celebraba la fiesta en honor a la Virgen de la Asunción. La imagen de la virgen, elaborada en la comunidad de Chuschi, era acompañada de cirios. La recepción era muy alegre, todos iban a su encuentro. Había una corrida de toros con los mejores animales traídos de distintas comunidades. Los hacendados presenciaban la corrida con todos sus familiares que llegaban desde la ciudad de Ayacucho. Hasta hoy la fiesta patronal es celebrada el 15 de agosto.

Otra costumbre practicada hasta hoy es el *yarqa aspiy* o la limpieza de acequia; esta actividad es de mucha importancia para la producción agropecuaria y la vida de la comunidad; se la realiza todos los años en cada barrio en el mes de setiembre, antes de la siembra.

Sin embargo, hay costumbres que han caído en desuso, como la herranza de las vacas, el *warmi urquy* o el pedido de mano, el *wasi qispiy* o techado de casas. Actividades que culminaban festivamente al son de arpas y violines y de *qarawis* entonados exclusivamente por mujeres.

Los pobladores recuerdan costumbres como el *otaban*, practicada al terminar la siembra, la cosecha o cualquier otra actividad en la chacra. Era un festejo con trago, coca, cigarras y buena comida. Se comía en platos y cucharas elaborados a base de arcilla y de madera, y había música a base de *tinyas* (tambores) acompañados por las melodiosas voces de mujeres. Posteriormente aparece la *vitrola* que tenía una manizuela para hacerlo funcionar, y después el *pick up* (tocadiscos) que funcionaba con motor eléctrico.

La trilla se realizaba con gran cantidad de caballos para pisotear los montículos de trigo, cebada, habas y arvejas. Se la acompañaba con música de *waqra pucus* (cornetas) y las mujeres entonaban los *qarawis*. Otra costumbre fue la *qachua*, con la finalidad de concluir la cosecha, bailando encima de sus cultivos.



Práctica tradicional de yarqa aspiy



Práctica recíproca en la limpieza de acequia



Costumbre tradicional de carrera de caballos

Presencia de la Universidad de Huamanga

Alrededor de 1965, la familia Capelletti entró en quiebra. Se cuenta que para obtener un préstamo utilizó todos los ganados de sus servidores, manifestando que todo era suyo, porque solo así le aprobaron el crédito. Hizo lo mismo con terrenos que pertenecían a comunidades vecinas. Con el dinero obtenido compró aproximadamente 500 cabezas de ovinos que fueron adquiridos en Tarma, pero éstas murieron porque probablemente fueron afectadas por la presencia de *qallu* o alicuya (fasiola hepática) que abundaba en los mojadales en Allpachaka. El banco embargó los terrenos y la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) los compró. Los trabajadores de la hacienda no fueron despedidos, sino podían continuar prestando servicios para la universidad.

Las tierras compradas tenían una extensión de 1.500 ha. La Reforma Agraria del año 1969 también afectó a la universidad, dejándole sólo 700 ha, el resto pasó a ser propiedad de los trabajadores, que vivían en aquel entonces en Allpachaka I. En el año 1970, la UNSCH destinó un área de terreno en lotes para los trabajadores de la universidad. Posteriormente varios pobladores decidieron conformar una comunidad campesina, la cual fue reconocida en el año 1987.

La universidad construyó un centro educativo, donde los profesores de la universidad, principalmente de la facultad de ciencias de la educación, daban de día clases a los niños y de noche a los pobladores adultos de Allpachaka. Contaba con un director y dos profesoras de planta. Enseñaban en quechua y castellano, adelantándose al programa de educación bilingüe intercultural.



Niños y niñas, 1978

La universidad buscaba integrar la práctica en el campo con la teoría adquirida en las aulas universitarias. Es así que los estudiantes de agronomía y zootecnia recibían sus prácticas en Allpachaka. Además, era política de la universidad ofrecer un servicio social a la población, con el objetivo de mejorar las condiciones socioeconómicas de la misma.

La cooperación suiza tenía un convenio con la universidad para el mejoramiento de suelos, pastos, ganados y producción de queso. En 1977, la universidad instaló en Allpachaka el Centro de Capacitación Campesina (CCC-UNSCH), que prestó servicios de capacitación y extensión agropecuaria a los pobladores rurales (hombres y mujeres) de las comunidades campesinas aledañas. El CCC contaba con el apoyo de la cooperación holandesa y tenía un programa de desarrollo comunal integrado con comunidades campesinas en las provincias de Cangallo, Chuschi y Víctor Fajardo.



Día de campo con Demetrio Leandro, coordinador del CCC, 1978

LA VIDA YA NO ERA VIDA



Líderesas comunales, 1978



Lía Sumari y Vera Gianotten formando líderes comunales, 1978



Líderes comunales, 1978



Lía Sumari y Delia Martínez en alfabetización de adultos, 1978



Ton de Wit, coordinador del CCC, 1979

Época de la violencia política

Desde antes de 1978 había reuniones con la población joven desocupada de Allpachaka para invitarlos a formar parte de las filas de Sendero. Varios se hicieron militantes. Los ambientes del centro educativo fueron aprovechados, por algunos profesores, como centro de adoctrinamiento de Sendero Luminoso. También había personas extrañas que frecuentaban la comunidad, preguntando si les pagaban bien o si había abusos de parte de la universidad. Reunían a los pobladores con el propósito de concientizarlos:

“Nos explicaban que las cosas cambiarían para bien, que todos tendríamos carros, casas y, cuando ellos llegaran al poder, ya no habría más abusos. Por una parte, las ideas de los senderistas eran buenas, ya que querían la igualdad entre los hombres, pero por otra parte exageraron cuando cometieron asesinatos, reclutamiento forzado, etc.”

En marzo del año 1982 Sendero Luminoso incursionó en el Centro Experimental de la UNSCH, matando todas las vacas de raza *Brown Swiss* y quemando las maquinarias agrícolas y las instalaciones del Centro de Capacitación Campesina. Hicieron cocinar a las señoras del lugar la carne de las vacas muertas para que toda la gente comiera. Luego se retiraron llevando algunas de las vaquillonas y otros bienes de la universidad. En otra ocasión los senderistas dinamitaron nuevamente todas las oficinas, mataron muchos animales y se llevaron los que quedaban.



Primera incursión de Sendero Luminoso en Allpachaka, 1982



Matanza de animales mejorados de la Universidad
por Sendero Luminoso, 1982



Matanza de animales mejorados de la Universidad
por Sendero Luminoso, 1982

En todos los testimonios de los pobladores de Allpachaka se resaltan los ataques a la universidad. Es entendible, porque fue para ellos un hito en la historia de la violencia. Además, por la presencia del centro de adoctrinamiento de Sendero, la comunidad fue considerada “zona roja” por los militares.

En estos ataques han participado habitantes tanto de Allpachaka, como de comunidades aledañas y de Chuschi y Quispillaqta. Algunos entrevistados señalan que hubo comuneros que han participado en el ataque, indicando que unos lo hicieron por su pertenencia a Sendero y otros porque fueron obligados.

Sendero no quería ningún tipo de autoridades comunales. Tenía colaboradores que le informaban lo que pasaba en el pueblo. Reclutaban a los jóvenes y mediante la fuerza, obligaban a otros a sumarse a sus filas. Por otro lado, comunidades aledañas empezaron a formar rondas campesinas y atacaron a Allpachaka por ser “zona roja”.

“Al declararse a Allpachaka como zona roja, ronderos de otros lugares llegaron y quemaron las casas. Una vez reunieron a toda la población llevándola a la casa comunal, construida principalmente a base de ichu. Parecía que iban a quemar a todos, cuando aparecieron helicópteros de los militares y los ronderos se dispersaron. Ese día se salvaron muchas vidas”.

Cuando llegaron los militares, muchas personas fueron desaparecidas. Los detenidos fueron trasladados a los cuarteles de Casacancha, Putaqa, Pampa Cangallo y Sachabamba. Algunos fueron liberados días o semanas después. Otros nunca más regresaron.

En el año 1985, los militares se instalaron aproximadamente 15 días en Allpachaka, formando la defensa civil, también llamado comité de autodefensa (CAD). Reunieron a los pobladores que aun vivían dispersos en los diferentes barrios de la comunidad. El primer presidente del comité de autodefensa fue el señor Marcelo Salvatierra: “las nuevas autoridades hacíamos respetar a la comunidad y de manera organizada nos enfrentamos a los terroristas.”

El comité de autodefensa fue la primera organización que se formó con participación de varias comunidades: Cusibamba, Satica, Munaypata, Llachoccmayo y Allpachaka. Entre los años 1987 y 1990 estuvieron bien organizados, pero no contaban con armamentos. Tenían solamente un hechizo, que los militares les habían entregado. Allpachaka era sede de los CAD. Bajo el mando del cuartel de Quicapata (Ayacucho) los militares organizaban los CAD de pueblo en pueblo. Los militares, con el apoyo de los CAD, metieron presas a varias personas. Cuando eso sucedía, las autoridades administrativas trataban de liberarlos ofreciendo dinero, para lo cual tenían que vender sus vacas y otras propiedades.

Sendero empezó a ver como blanco principal a los miembros de los CAD y querían asesinarlos, pero la organización se mantenía. Cuando el CAD se desplazó al distrito de Ticllas para organizar otro comité de autodefensa, se produjo un enfrentamiento con los senderistas.

“En Ticclas hubo un enfrentamiento con una columna de terroristas; nosotros no teníamos armamento, solo nos defendíamos a base de waracas; éramos entre 400 y 500 ronderos de todas las comunidades y de todas las sedes. Podemos decir con firmeza y valor, que los que pacificamos el país fuimos los miembros de los comités de autodefensa, juntamente con las comunidades campesinas.”

En el año 1991, se instala en Allpachaka una base militar para cuidar la construcción del canal del Proyecto Especial Río Cachi (PERC)³: “en estos años la situación ya estaba más tranquila, pero los militares seguían cometiendo abusos. Quitaban nuestros animales, los mataban y se los comían; no había respeto.”

Los profesionales del PERC prestaron apoyo a la comunidad para mejorar sus cultivos y la crianza de animales. El riego instalado por el PERC propició la mejora económica de la población. Las autoridades de la comunidad, representantes del PERC y de la UNSCH, gestionaron el colegio secundario, lo que ha contribuido a mejorar el nivel educativo de los pobladores. Asimismo, las autoridades de la comunidad gestionaron más proyectos de desarrollo.

Durante los años de la violencia política, fueron asesinadas y desaparecidas cerca de 50 personas entre niños, jóvenes, adultos, mujeres y varones; toda la población fue afectada psicológicamente y la mayoría sufrió torturas. A los asesinados y desaparecidos durante la violencia política debe añadirse los desplazados que migraron para salvarse de los abusos de Sendero Luminoso, las fuerzas del orden y los comités de autodefensa. Las mujeres resistieron y tuvieron un papel clave para que el pueblo pudiera salir adelante.

Presente

A partir de los años noventa la población empieza a gestionar, de manera organizada, algunos proyectos de desarrollo y varias de las familias desplazadas deciden retornar. Actualmente, Allpachaka cuenta con 157 jefes de familia como muestra el siguiente cuadro.

NUMERO DE FAMILIAS ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA

1980	1985	1991	2015
70	20	50	157

Fuente: Elaboración propia con información de actores comunales, 2015.

Según nos muestra el cuadro, el número de familias durante los años de la violencia política disminuye de manera abismal. En 1985, la mayoría de personas que conformaban la comunidad eran mujeres. Después de ese año, al integrarse

3 Actualmente se llama Sistema Hidráulico Río Cachi.

la población y reinstalarse las autoridades, se va incrementando el número de pobladores, como se detalla en el siguiente cuadro.

POBLACIÓN ACTUAL DE ALLPACHAKA SEGÚN GRUPOS DE EDAD

Nº. Viviendas	Nº. Familias	Sexo		Grupos de Edad								
		M	F	1 – 16		17 - 29		30 - 59		60 - más		Total
152	157	294	328	134	118	75	85	74	102	11	23	622
				252		160		176		34		622

Fuente: Puesto de Salud de Allpachaka, enero del 2015

Según el censo realizado por el Puesto de Salud, a enero del año 2015, la población de Allpachaka es mayoritariamente femenina y joven. Como puede apreciarse, el 47.3% son varones, el 52.7% son mujeres. Sus edades oscilan de 1 a 16 años, el 40.5%; de 17 a 29 años, el 25.7%; de 30 a 59 años de edad, el 28.3%; y 60 años a más, el 5.5%. Se puede afirmar, entonces, que más de la mitad de la población actual no vivió directamente la experiencia de la violencia política.

El 90% de la población se dedica a la ganadería, y muy pocas personas a la agricultura. Algunos pobladores tienen viviendas hechas con material noble, pero existen otras construidas de manera precaria. Aun hay gente viviendo en pobreza y pobreza extrema.

El ingreso económico ha mejorado gracias a la ganadería lechera de raza mejorada (Brown Swiss) y algunas criollas. Antes de los años ochenta, las vacas producían entre 1.5 a 2.0 litros/animal/día; actualmente producen más de 8.0 litros/animal/día.



Crianza tradicional de ganados



Animales mejorados



Futuros reproductores, ganadores del concurso

Desde hace 17 años se viene realizando el Festival de Ganadería Lechera de la Cuenca de Cachi Alta, con sede en la comunidad de Allpachaka. En estas actividades se expone lo mejor de la producción ganadera, hay concurso de platos típicos y se muestran los avances de las técnicas de producción que los campesinos experimentan. La idea es que estas ferias ayuden al desarrollo económico de la región Ayacucho. Con el PERC se ha estimulado el desarrollo comunal con el fortalecimiento de las capacidades de la población en la crianza del ganado vacuno. Con el riego se ha incrementado considerablemente las hectáreas de pastos. En el proceso de repoblamiento se distribuyó ganado de raza Brown Swiss en la modalidad de fondo rotatorio en diversas comunidades. Los pobladores se dieron cuenta que este negocio generaba más ingresos económicos; entonces, sembraron más pastos y compraron más ganados. Allpachaka se ha convertido en una comunidad con gran potencial en la ganadería lechera. Hoy existen asociaciones de productores de lácteos que enfrentan a los intermediarios que antes desprestigiaron el nombre de la comunidad, vendiendo leche adulterada con agua.



Exhibición y venta de productos lácteos, 2014



Exhibición y venta de productos lácteos, 2014

Todo esto podría ser aún mejor si la relación entre el Centro de Producción de la Universidad y la población se fortaleciera, trabajando concertadamente y desarrollando una alianza estratégica.

Para fortalecer la organización comunal, recuperar la responsabilidad y la puntualidad, las nuevas autoridades están aplicando una multa de dos nuevos soles por tardanza de 10 minutos a la asamblea comunal o a las faenas comunales. Se busca que se respeten los acuerdos. Antes se aplicaban sanciones, como la requisa de algunas pertenencias de los que no asistían, pero generaron problemas, pues los afectados denunciaban a las autoridades por violación de domicilio.



Autoridades comunales dirigiendo una asamblea comunal, 2014



Hombres y mujeres participando en asamblea comunal, 2014

Allpachaka cuenta con agua potable y un sistema de alcantarillado que no funciona. La Junta Administradora de Servicio y Saneamiento (JASS), en coordinación con el puesto de salud, se encarga de clorar el agua mensualmente. La población participa con la compra de insumos para la cloración y el JASS realiza el mantenimiento del reservorio, todo ello para disminuir la presencia de enfermedades.

El personal de la posta médica es insuficiente y la infraestructura es bastante reducida. El establecimiento presta servicio a las comunidades de Allpachaka, Munaypata y Unión Paqchaq con una población total de más de 900 personas. Los servicios que brinda son enfermería, obstetricia y tópico. La atención de emergencia es solo durante el día. La posta médica carece de materiales y equipos; tampoco cuenta con movilidad (ambulancia) para trasladar a los enfermos.

La población en Allpachaka es mayoritariamente católica. En años recientes se ha reconstruido la iglesia con material noble. La iglesia evangélica, presente hace más de veinte años, ha experimentado un notable crecimiento. Al parecer debido a que, entre otras actividades, desarrolla acciones solidarias a favor de los más necesitados.



Virgen de Asunción, patrona de la comunidad



Ceremonia de bautismo de la Iglesia
Evangélica

Futuro

Allpachaka fue reconocida como comunidad campesina el 30 de junio de 1987. Años después logró su reconocimiento como centro poblado menor⁴, asumiendo como primer alcalde el Sr. Benigno Escalante Hinojosa. La población de Allpachaka gestiona ahora su distritalización, con la expectativa que eso le permita recibir más recursos para su desarrollo.

Además de sus propósitos de desarrollo, la población de Allpachaka enfrenta retos de reconciliación y recuperación emocional. La mayoría de las casas fue quemada o destruida, dejando a la población desamparada. Se quedaron solo con la ropa que tenía puesta en el momento del desastre. Por ello, hay un reclamo generalizado para ser considerados beneficiarios de los programas sociales implementados por el gobierno como Juntos (dirigido a personas en situación de pobreza y pobreza extrema), Beca 18, Pensión 65, Techo Propio y programas de salud. La mayoría reclama también justicia y reparación integral.

Lo que más resalta es que no quieren que el sufrimiento que vivieron, quede en el olvido. Proponen que haya un lugar de memoria y que se enseñe a los jóvenes respeto y reconciliación. Este último no será fácil, teniendo en cuenta que víctimas y victimarios conviven hoy, son vecinos. En medio de todo, la población se esfuerza para vivir “en tranquilidad”.

Pedidos

“Yo pediría al Estado que me brinde la reparación y que me incluya en el programa Juntos. Ya he hecho los trámites, pero hasta ahora no tengo respuesta. He pedido atención médica; pues siento que cada vez estoy más enferma. También he pedido beca para mis nietos, porque ya no tengo fuerza para educarlos.”

4 Ordenanza Municipal 24-2005 MPH/A.

“A mis hijos no pude educarles, por eso quisiera becas para que estudien mis nietos, solo así podremos salir adelante. En vivienda también me gustaría que me ayuden, tengo entendido que hay Techo Propio, pero como no cumplo los requisitos, me han rechazado. Quisiera que este programa sea más flexible para acceder y tener mi casa.”

“Pediría al Estado apoyo para mi salud, porque vivo enferma, será por los golpes que recibí, tanto de los terroristas como de los militares. De la misma forma, quisiera que el Estado me apoye para la educación de mis hijos, porque dos de ellos ya han terminado la secundaria y no tenemos plata para que sigan estudiando.”

“Los que hicieron daño a todas las familias, no pueden estar libres; quisiera que haya justicia para los culpables, también pido apoyo en educación y salud para mis hijos y nietos porque ellos han sido también muy afectados; ellos merecen acceder a estos servicios.”

La demanda de un lugar de memoria

“Cuánto me gustaría que se haga un museo en nuestra casa comunal, para que nuestros niños conozcan nuestro pasado, así como también los visitantes. Que tengamos en la casa comunal los listados de quienes murieron y desaparecieron, y también el tipo de afectación.”

“Recomiendo que se realicen lugares de memoria para que se informe, solo así no regresaremos a los años de peligro que pasamos los viejos. Los jóvenes deben asistir a las reuniones; a veces a los jóvenes ya no les importa la comunidad, eso yo percibo.”

“Quisiera que en Allpachaka se haga un museo para recordar a nuestros desaparecidos, también para enseñar a nuestros nietos, jóvenes y personas que no han vivido la época de la violencia, que sepan cómo era Allpachaka y que se acuerden de los muertos y desaparecidos.”

“Sería bueno tener un espacio de memoria para recordar nuestro sufrimiento para que los niños y jóvenes que vinieron después, puedan aprender y así no caer en los errores en que caímos nosotros los viejos. ¿Cómo se van a enterar los niños que nacen después? ¿Cómo van a entender la historia de nuestro país? Esto es lo que pido para que no se le deje en el olvido a Allpachaka.”



Plaza principal de la comunidad, 2014

TESTIMONIOS DE ALLPACHAKA

DOMITILA CALDERON DE CASTRO

(24/03/1941)

Tengo 74 años y soy evangélica. No tengo estudios porque cuando yo era niña no había escuelas o colegios, no conocí profesor. Recién cuando era joven empezaron a construir una escuela en mi pueblo, en Urihuana (Cangallo). Cuando me casé me fui a la comunidad de Allpaurquna (Pampa Cangallo) de donde proviene mi esposo Víctor, con quien tuve 12 hijos.

Antes del inicio de la violencia social, nos fuimos a vivir en la parte alta de la comunidad, denominada Quichqui, donde estaba terminando de techar una chocita con ayuda del señor Timoteo, pero el lugar no me gustó y me regresé. Nos establecimos en Allpachaka cerca de la casa del señor Eulogio. Mi esposo se dedicaba a la agricultura y yo a la ganadería, a veces él hacía trabajos de herrería e hilaba bayetas para nuestro uso. Con la venta de nuestras vaquitas pagamos un derecho para que se nos consideraran como comunero en la comunidad. Después me dedicaba al cuidado de las vacas de la comunidad, las que pasteábamos por turnos de manera semanal.

Estando unos 4 o 5 años en Allpachaka, empezó la violencia, al principio de manera secreta. Los terroristas venían de noche y hacían reuniones para concientizar. No sabía dónde, pero oía hablar de eso. En esas épocas yo salía a pastear mis vaquitas. Me levantaba siempre de madrugada a preparar el desayuno para mi esposo que debía ir a trabajar. Una vez, cuando mi esposo iba a visitar al señor Marcelo, le dije: “mira, todo el pueblo está amurallado de mucha gente.” Después escuchamos explosiones en el centro experimental de la universidad.

Cuando entraron por primera vez, yo estaba en el cerro pastando mis vacas, donde me encontré con mi yerno Félix, quien me dijo que había una tragedia en el pueblo. Al atardecer, llegando al pueblo veía a varios animalitos con el *waychao* (augurio de mala suerte o tragedia). Luego vi que había humo por aquí y por allá: la universidad había sido quemada. Algunos trabajadores estaban en la puerta muy tristes, los papeles volaban por las calles, la quesería se veía vacía, vacas agonizando y otras muertas en una gran fila. Mi esposo no volvió a casa. Dicen que les hicieron cocinar papa y todos comieron junto con los terroristas. No podía creerlo. También dicen que las vacas que estaban vivas, se las llevaron por el cerro con rumbo desconocido.

Mi esposo fue asesinado por miembros del comité de autodefensa¹, no me acuerdo en qué fecha. Estaba escondiéndose en huecos y cuevas, hasta que lo encontraron y

¹ La población de Allpachaka ha sufrido más que otras comunidades por la presencia de la universidad, cuyas instalaciones fueron saqueadas tres veces por Sendero Luminoso. Es por eso que se consideraron a Allpachaka “zona roja”, tanto las fuerzas del orden como los comités de autodefensa que se habían formado al inicio de los años ochenta en las comunidades vecinas de Allpachaka. Recién después de varios ataques

lo mataron. Mi hijo Timoteo también fue asesinado. Dicen que fueron los militares que lo mataron desde un helicóptero mientras huía a Chupas en Pampa Cangallo. Cuando me enteré, lloré muchos días. Estaba con luto por la muerte de mi esposo y porque habían matado a mi hijo. Por esas mismas fechas también se llevaron a mi hija y a mí me apresaron.

Me llevaron a la base de Rosaspata, acusándome de terrorista. Allí estuve una noche y un día y luego me llevaron a Casacancha, donde me interrogaron, pero lo único que respondí fue que siempre pastaba mis ganados en los cerros; que de eso vivo y viven mis hijos. Además, tengo muchos conocidos allí entre militares y autoridades que alegaron mi inocencia. Esas fueron las palabras que les di con los ojos cerrados, pero cuando abrí los ojos mis acusadores ya no estaban. Había solo militares. Me liberaron gracias a mi hijo Manuel. Cuando se enteró que me habían capturado, fue a la base de Pampa Cangallo y luego a Casacancha y habló con los militares. Ninguna de las autoridades de Allpachaka se preocupó por mi libertad, más bien la señora Venancia me avisó que me capturarían por la noche y el señor Isaac me dijo que me buscaban. Yo no les creía y decía: "yo no soy terrorista", pero al final me llevé una triste sorpresa.

Cuando detuvieron a una de mis hijas, tuve que sacarla pagando con mis toros. En esos tiempos también desaparecieron y mataron a mi yerno Félix. No denuncié ninguno de los asesinatos, pero María, la madre de mi yerno, sí caminó en eso. Después de todo ello ingresé a la iglesia evangélica y con la gracia de Dios sigo viva.

Ahora mi situación no ha mejorado pues vivo muy enferma; a veces me siento al borde de la muerte, mi cuerpo está muy débil. No trabajo, mis hijos me dan alguna propina. Por eso he pedido a las autoridades de Allpachaka para que me exoneren de algunas faenas y reuniones comunales. Hoy vivo con mi nieta, que ha sido abandonada por su padre. Si no le hago recordar a su padre para que compre algo para su hija, ella no recibe nada.

de esos comités, se decidió formar un comité de autodefensa de la propia comunidad. En los testimonios se mezclan los dos tipos de comités: los comités que han atacado a la comunidad y maltratado a la población, y los comités que han sido formados por los pocos habitantes que se habían quedado en Allpachaka. Hay entonces una mezcla de sentimientos de dolor y orgullo por el mismo fenómeno.



1.



2.



3.

4.



1. Domitila Calderón de Castro (centro), con algunas mujeres en Allpachaka, 1980

2. Domitila con su nieta Yanet Salvatierra, 2014

3. Domitila con su nieta Yanet Salvatierra, 2014

4. Domitila y su ganado, 2014

ALEJANDRA QUICAÑO ALANYA (20/12/1957)

Tengo 58 años de edad y soy evangélica. Mis padres son de Huallchanqa (Pampa Cangallo). Yo nací en la comunidad campesina de Satica (Pampa Cangallo). No fui a la escuela, porque mi padre nos dejó pequeños. Somos cuatro hermanos: Víctor, Eladio, Alejandro y yo; soy la única mujer.

Mis padres se fueron primero a la comunidad de Llachuqmayo, donde fueron engañados por los hacendados y luego se vinieron a vivir a Allpachaka en el lugar denominado Ñuñunhuayqo, que fue la hacienda de la familia Huamán. Mi madre se enviudó a temprana edad y no tenía suficientes recursos para educarnos. Por eso tuve que juntarme a la edad de 16 años con mi esposo Julio Vizcarra Méndez, con quien tengo 10 hijos, a uno de ellos lo desaparecieron siendo muy niño.

Vivíamos felices en Allpachaka. Todo era tranquilo, pero siempre había problemas de parejas como en toda casa. A veces mi esposo me pegaba, y así pasábamos juntos nuestra vida, superando cualquier dificultad que se nos presentaba.

Al inicio, cuando llegaron los compañeros de Sendero Luminoso, eran solo dos o tres personas. Venían de lejos (Totos, Chuschi), de esos lugares. Nos decían que ellos eran compañeros que caminaban de hambre y que teníamos que darles de comer. Ellos decían que todos éramos iguales y nos reunían. Después de decirnos estos mensajes se iban.

Crecieron más y más, y en 1982 llegaron con mucha gente para atacar al centro experimental de la universidad. Después llegaron los militares. Jamás pensé que iban a quemar nuestras casas. Quemaron todos mis bienes y mi ropa. Tanto los militares como los montoneros han quemado casas.

Siempre hacíamos la ronda, y en eso, a mi esposo le escogieron para que formara parte de la vigilancia. Cuando se veía u oía algo extraño, él tocaba la campana de la iglesia. Una noche, a eso de las cuatro de la mañana, vino una gran cantidad de gente que acorralaba a la comunidad. Eran de defensa civil que venían de Mansanayuc, Satica y Rosaspata. Le pegaron a mi esposo diciendo que ayudaba a los terroristas: “cuando tocas la campana, tus amigos terrucos pueden escaparse.”

Desaparecieron a mi hijo Armando de apenas 13 años de edad. Fue un domingo 11 de abril de 1985, cuando mi esposo y yo fuimos a la ciudad de Ayacucho a votar. Al día siguiente, cuando regresamos, ya no encontré a mi hijo. Nunca más volví a ver a mi pequeño Armando.

Caminábamos buscando a mi hijo y nos decían que estaba por Rosaspata y Mansanayuc, con las piernas y la cintura rota. Al oír esto, mi esposo se montó en el caballo, cogió las prendas de mi hijo y salió en su búsqueda. Pero solo encontró rechazo de los pobladores. Lo botaron del lugar, diciendo que ahí no estaba. Apenas

pudo escapar. Mi esposo ha denunciado a los comuneros de Satica, Rosaspata y Mansanayuq en la fiscalía de Ayacucho.

A causa de los maltratos, mi esposo se volvió inválido y ya no podía trabajar. Después de muchos años de sufrimiento falleció. No recuerdo el año exacto, pero era un primero de enero. Son tantos años que busco justicia y no encuentro. Hemos denunciado con mama Aurelia y seguimos hasta la actualidad sin hallar respuesta.

Cuando desapareció mi hijo, nadie nos ayudaba. Solo con mi esposo caminábamos en la búsqueda. Después entré a ANFASEP que es una asociación de mujeres del campo como yo, que buscaban a sus familiares desaparecidos. Así iniciamos a caminar juntas, buscando el paradero de nuestros seres queridos. Ibamos a todas partes, hasta Lima hemos llegado, pero hasta la actualidad no encontramos justicia.

Después de tantos años de lucha, el Estado me indemnizó con la suma de cinco mil soles. Cuando pregunté en el banco, me dijeron que eso era todo. También he ido a la Comisión Multisectorial de Alto Nivel (CMAN) donde me dijeron que ya había recibido todo. Mi hijo no vale cinco mil o el monto que están dando; yo quiero saber el paradero de mi hijo. Que haya justicia para que los culpables entren a la cárcel. Además, quiero reparaciones en educación para mi hija Alejandrina. Debemos hacer memoria para que no se repita lo que vivimos y sufrimos. Yo he llorado mucho por mi hijo, y las consecuencias son los dolores en todo mi cuerpo.

Actualmente me dedico a la ganadería, paso la vida con mis animales. Yo sola he criado y educado a mis hijos, sin apoyo de nadie. Antes trabajaba en un proyecto que denominaban “desarrollo comunal”, para salir adelante con mis hijos. Después, a medida que iban creciendo, empezaban a trabajar por su propia cuenta. Mi esposo no trabajaba en algo pesado por el maltrato que le dieron; por eso yo trabajaba y mantenía a mis hijos y a mi esposo.



1.

2.



3.

4.



1. Alejandra Quicaño Alanya en la puerta de su casa, 2014
2. Alejandra Quicaño durante la entrevista, 2014
3. Alejandra Quicaño durante la entrevista, 2014
4. Alejandra Quicaño durante la entrevista, 2014

ANDRES QUISPE CARRIÓN

(04/02/1965)

Tengo 50 años y soy católico. Estudié la primaria en Allpachaka y los primeros dos grados de educación secundaria en Ayacucho. Estoy casado con Modesta Alarcón, con quien tengo 5 hijos que viven en la ciudad de Ayacucho. Actualmente soy Juez de Paz y anteriormente llevé otros cargos administrativos en la comunidad. Mis padres son procedentes de Chacolla (Chuschi) y Mansanayuc (Socos). Ellos llegaron a Allpachaka porque trabajaban en la hacienda de la familia Cappelletti. Fuimos 12 hermanos, de los cuales tres murieron muy pequeños y dos desaparecieron en la época de la violencia política.

Antes de los ochenta, todo era tranquilo, mi papá trabajaba en el centro experimental de la universidad y también sembraba cereales y tubérculos, con eso vivíamos tranquilos. Terminando la primaria nos mandaron a Ayacucho para seguir estudiando. Fuimos por unos días a visitar a mi abuelo en Mansanayuc y cuando regresamos habían destruido el centro experimental. Se habían llevado muchos animales y habían matado a otros, el resto estaba disperso, abandonado. Decían que los que habían atacado, venían del lado de Chuschi.

Durante ese tiempo desaparecieron, en manos de los militares, mis hermanos José y Aurea y mi madre. Era, más o menos, el año 1983. No tomamos acciones porque no queríamos meternos en problemas. Yo tenía alrededor de 21 años. No vi la detención, porque estaba en Ayacucho. Pensaba que iban a aparecer, pero hasta ahora siguen desaparecidos. Mi madre era una mujer muy trabajadora, hacía negocio vendiendo comida. Supongo que tuvo que ver con la envidia de la gente. Por ese tiempo vivíamos muy preocupados, temiendo que los militares volvieran. Averiguamos lo que pudimos sobre la desaparición de mi madre. Dicen que la llevaron a Sachabamba, junto con siete personas más. Ninguno ha aparecido hasta ahora. La gente dice que los mataron y que los perros y chanchos comieron los cadáveres. Mi difunto padre puso una denuncia por la desaparición de mis familiares en la ciudad de Ayacucho. Hasta ahora estamos siguiendo el proceso con la ayuda de ANFASEP.

Seguí viviendo en Ayacucho por aproximadamente ocho años, trabajando en un taller de planchado y pintura de carros. Mis hermanos se quedaron en la comunidad de Allpachaka, con mi papá. En lo que pude, ayudé a mis hermanos y a uno le ayudé en sus estudios. El vive ahora en Lima.

Cuando regresé a la comunidad en los noventa, ya las cosas estaban más calmadas, pero aún venían los comités de autodefensa de lugares cercanos. Cuando se instauró el cuartel en Allpachaka, nos reunían y enseñaron a manejar el armamento. También nos entregaron armas de marca Winchester.

El proceso del seguimiento de la denuncia y la reparación civil lo ha estado haciendo mi hermana, porque yo no soportaba la tristeza que me causaba el recordar a mi mamá y mis hermanos. Mi padre me incluyó en la relación, pues me llegó la citación y he recibido el dinero; en realidad es poco, porque la vida no tiene precio. Si mi

madre estuviera viva, quizá yo sería profesional, porque cuando quedamos huérfanos nadie nos dio la mano. Actualmente me dedico a la agricultura y ganadería.

Debemos hablar a los jóvenes y educar a nuestra gente para evitar que lleguen hasta ese punto, porque fácilmente pueden nuevamente caer en la violencia. Si se les informa, creo que pueden tomar conciencia. Por ejemplo, el Movimiento por la Amnistía y los Derechos Fundamentales (MOVADef) que es considerado como el brazo legal de Sendero Luminoso y seguidor del pensamiento Gonzalo, capta a los jóvenes porque ellos están poco informados y no han vivido lo que nosotros hemos vivido.

Conozco poco sobre el informe de la CVR. A la gente pobre no nos llega la información desde el Estado. Entonces yo pediría que nos informen y nos ayuden en el tema de memoria. Pediría también la reparación para todos los afectados, ayuda para que los hijos puedan terminar sus estudios. En salud pido que se atienda a las personas más afectadas, especialmente a quienes han quedado traumatados. También pido justicia. Las personas que nos han maltratado saben en su conciencia el daño que nos hicieron.



Celestina y Alberto, padres de Andrés Quispe Carrión

1.



2.



3.



1. Andrés Quispe Carrión, con la foto de sus padres
2. Andrés, junto a su vehículo en Allpachaka, 2014
3. Andrés cuando era estudiante de colegio

LUDGARDA JUSTINA GARAMENDI DE LA CRUZ (16/06/1963)

Tengo 52 años de edad, soy católica y he sido presidenta de ANFASEP, base Allpachaka. Estudié solo hasta quinto grado de educación primaria en Pampa Cangallo. Dejé mis estudios para ayudar a mis padres. Somos nueve hermanos, de los cuales tres ya fallecieron. Mis padres son procedentes del barrio de Uchuyqocha (Los Morochucos) y los de mi esposo son de la comunidad de Tucsin (Cangallo).

Los familiares de mi esposo trabajaban para la hacienda del señor Huamán, mientras que mi familia solo iba en la época de cosecha. Ibamos con todos nuestros animales para ayudarles. Es ahí que conocí a mi esposo y decidimos juntarnos; yo apenas tenía 17 años de edad y él dos años más. De vez en cuando mi esposo trabajaba en el centro experimental de la universidad. Eso fue antes de la violencia.

Cuando empezó la violencia política, el miedo se apoderó de nosotros y de los pobladores de Allpachaka. Todos vivíamos escondiéndonos y trasladándonos de un lugar a otro, buscando la tranquilidad y protección de nuestros familiares. Cuando estuvimos en ese trajín, mi esposo se llenó de miedo y se fue a la ciudad de Ayacucho. Me dejó con mi hijo en la casa de mi suegra, Saturnina Tenorio Fernández. Eso fue en el año 1982. El trabajaba en los mercados con su triciclo, pero a la vez era negociante y estaba en constante viaje. Compraba y vendía ganado vacuno. Siempre me visitaba en Allpachaka. Como viajaba a muchas comunidades comprando ganado, conocía a mucha gente y tenía amigos por aquí y por allá.

Había mucho abuso, de los terroristas, de los militares y de los comités de autodefensa. Yo caminaba llorando junto con mis hijos y al no poder aguantar más, me fui a la ciudad de Ayacucho a vivir con mi esposo. Cuando estábamos descansando, más o menos a la media noche del 20 de febrero de 1985, seis hombres armados y encapuchados entraron al cuarto donde vivíamos. Rompieron la puerta con dos, tres patadas. Teníamos una inquilina en la casa, entonces primero preguntaron a ella donde estaba Telésforo Salvatierra, y ella dijo: "en el siguiente cuarto." Entonces abrieron a la fuerza la puerta y de inmediato tres de ellos me agarraron a mí y dos de ellos a mi esposo. Preguntaron por su nombre y mi esposo dijo "sí, soy Telésforo"; bastó eso para que se lo llevaran. Yo en mi desesperación les pregunté "¿por qué se llevan a mi esposo?" y ellos me dijeron "no se preocupe señora, solo queremos que nos acompañe por un rato, nada más". Yo insistía que no se lo llevaran y por eso nos agarraron a mí y a mi hijo, mientras los otros llevaban a mi esposo. Recibí insultos y golpes de los militares que me agarraban. Cuando me soltaron, seguía a los encapuchados, pero no vi nada porque las calles estaban oscuras, no había luz eléctrica. Desde esa fecha no supe más del paradero de mi esposo. Entonces me quedé con dos niños, de tres y dos años de edad y en estado de gestación.

Al día siguiente una vecina me dijo que había visto cómo se habían llevado a mi esposo en un carro color azul que pertenecía al servicio de inteligencia. Entonces empecé a buscar de manera incansable. Llegué hasta la “Casa Rosada” que, después supe, sirvió como anexo del Cuartel Los Cabitos y como centro de torturas y aniquilamiento de detenidos, pero no me dejaron entrar. Me dijeron que estaba preso; cada vez que iba al cuartel, recibía esa misma respuesta. Caminaba buscando junto a mi hijo, mientras mi hija estaba con mi madre que me ayudó a criarla. Meses después, algunos amigos y amigas de mi esposo, vinieron a mi casa para cobrar las deudas que él tenía con ellos. Tuve que pagarles, vendiendo mi ganado que eran sostén para mi familia. Vendí otro ganado porque uno de los conocidos de mi esposo me había dicho que podía sacarlo, pero para ello necesitaba plata. En mi desesperación se lo di, pero nunca más volvió a mi casa. Con ese dinero hubiera cubierto algunos gastos de mis hijos.

También desaparecieron al hermano de mi esposo, Julián Salvatierra, que trabajaba para el señor Huamán. A él y a Teófilo de la Cruz los asesinaron los terroristas. Ellos ya estaban buscados y fueron tildados de soplones. Mi esposo me contó que de noche sacaron a su hermano y al día siguiente lo encontraron al borde de la carretera, atados los pies y las manos. Teófilo era viudo y cuidaba a sus siete hijos, quienes al final se quedaron huérfanos de madre y padre.

Los cuerpos de Julián y Teófilo fueron enterrados en el cementerio de Allpachaka. Pero los militares exhumaron los cadáveres y los llevaron a la ciudad de Ayacucho; según ellos para investigar. Los dejaron en la morgue. Mi suegra fue a sacar el cuerpo de su hijo, pero no lo pudo traer por falta de dinero. Lo enterró en Ayacucho.

Caminando por las calles de Huamanga, me encontré con muchas mujeres que también buscaban a sus seres queridos desaparecidos. Las señoras eran parte de ANFASEP, asociación constituida en el año 1983 por la señora Angélica Mendoza. Yo fui acogida por la señora Angélica, quien nos cuidó como a sus hijas. Hasta nos dieron de comer. Me acuerdo que un grupo de mujeres hacíamos movilización en Huamanga, mientras otro grupo preparaba comida para todos, pidiendo apoyo a comerciantes del mercado. Seguía con la búsqueda de mi esposo y siempre participaba en las marchas convocadas por las mamás de ANFASEP.

Pasé muchas carencias. No tenía dinero para la comida, ni ropa para mis hijos, pero a pesar de estas carencias seguí adelante. A cerca de un año de la desaparición de mi esposo, tuve que regresar a Allpachaka donde vi con mucha tristeza que habían quemado mi casa y mis cositas. Recibí la ayuda de mi suegra que me acogió en su casa.

Salí adelante. He educado a mis hijos hasta dejando de comer y dormir, para que no les faltara nada. Recibí un poco de ayuda de mi suegra. No tenía trabajo, solo sembraba con la ayuda de mis vecinos y también tenía mis ganaditos. Ya en el gobierno de Fujimori (no sé en qué año) nos dieron ganados vacunos de raza

mejorada en calidad de fondo rotatorio. Con eso mejoré mis animales, porque antes solo tenía de raza criolla.

Antes vivía al costado de la base militar que se había instalado para proteger la construcción del Proyecto Especial Río Cachi (PERC). Vivía con mi cuñado Fortunato, quien me había construido un cuartito. Después me independicé, hice mi casa buscando peón y reuniendo plata. Ahora vivo ahí junto con mi actual esposo y mi hija.²

En realidad, no sé cuántos, pero fueron muchos los muertos y desaparecidos en Allpachaka. En ANFASEP he visto a mucha gente que presentaba denuncias de asesinatos y desapariciones. Denuncié la desaparición de mi esposo en la fiscalía de Ayacucho, ahora mi hijo está pendiente del caso y tengo entendido que el Estado ya asignó abogados especializados en materia de derechos humanos.

Las socias de ANFASEP en Allpachaka hemos solicitado a las autoridades un nuevo local cuya construcción podría ser pagada con las reparaciones colectivas. Pensamos hacer un museo y escribir nuestras historias, por lo menos para llevar las velas en los cumpleaños de nuestros desaparecidos y darle las enseñanzas a la nueva generación para que no vuelva la violencia que vivimos. Quisiera también que en las escuelas enseñen sobre la violencia.

Ahora me dedico a la ganadería. Tengo vacas de raza Brown Swiss de donde saco leche y vendo a la Asociación de Lecheros. Hago también un poco de agricultura. De esa forma puedo educar a mis hijos, porque tengo un hijo en la universidad y la otra termina el colegio.

Después de muchos años de búsqueda de la verdad, justicia y reparación recibí cinco mil soles. Mis hijos se han repartido otros cinco mil soles en partes iguales. No es justo que, mientras otros reciban miles de dólares, a los campesinos quechua hablantes nos den una migaja. Como asociación estamos pidiendo el incremento del monto de las reparaciones, pero también estamos exigiendo justicia y búsqueda de los desaparecidos. En esta lucha que emprendimos las mujeres, seguiremos hasta que podamos y nuestros hijos también seguirán hasta alcanzar la justicia que tanto estamos buscando.

Hoy me encuentro mal de salud, siento dolores de cabeza y otras partes de mi cuerpo. Cuando voy a la posta, solo me dan las pastillas genéricas. Si voy de manera seguida, las enfermeras se molestan y dicen: “usted está viniendo a cada rato.”

2 Lamentablemente Yovana, que vivía con su mamá en Allpachaka falleció en el mes de octubre de 2014. Deja a dos niños, uno de ocho años y un bebito de un año.

1.



2.



4.



3.



5.



1. Justina Garamendi con la foto de su esposo Telésforo Salvatierra (desaparecido)
2. Justina Garamendi en su casa antigua quemada por los militares
3. Justina con sus hijas, nieto, sobrina y yerno, 2014
4. Justina ordeñando su vaca en Allpachaka
5. Yovana Salvatierra (fallecida), hija de Justina, 2014

AURELIA HINOSTROZA CISNEROS

(24/09/1956)

Tengo 59 años, soy católica y tengo nueve hijos. Soy natural de la comunidad de Pacopata (Cangallo) al igual que mis padres y mis abuelos. Mi esposo murió joven por *alcanzo*³ y me quedé sola con mis cuatro hijos. Estuve así hasta que me encontré con mi prima Bárbara; ella me dijo para irnos a la hacienda de la familia Huamán, que queda por Ñuñunhuayqo. Sin pensar dos veces me fui con todos mis hijos. Cuando llegamos a la hacienda me dieron trabajo para cuidar bastante ovejas. Habrá sido más o menos en el año 1977, antes de la violencia. En la hacienda donde trabajaba, conocí a mi otro esposo Glicerio Prado Alanya. El era de Inkaraqay (Cangallo) y también trabajaba como cuidante de ganados vacunos en la misma hacienda.

Cuando inició la violencia social, mi esposo y yo nos fuimos a Cangallo. Dejamos a mis hijos al cuidado de mi suegra. En Cangallo mis tíos me decían para no regresar a Allpachaka. Semanas después yo mandé a mi esposo para que vea a mis hijos. Sus hermanos le rogaron quedarse, porque su madre se había enfermado. Al volver a Cangallo mi esposo dijo que no había peligro. Es así que decidimos regresar a Allpachaka. Al día siguiente que volvimos, llegaron los militares y se llevaron a mi esposo a Casacancha. El era inocente, no tenía nada de culpa; se lo llevaron sin decir nada. Con la ayuda del señor Edmundo Prado, que era la autoridad principal en Allpachaka, sacamos a mi esposo previo pago. Le comunicaron que tenía que ir a firmar semanalmente.

En 1985, en la parte alta del pueblo, se suicidó un vecino. Se había envenenado, creyendo que le estaban siguiendo los terroristas, porque uno de sus hijos fue colaborador de ellos. Los terroristas vinieron para enterrarlo. Llegaron los montoneros para perseguir a esos terroristas. En esa ocasión entraron también a mi casa y empezaron a golpearnos y maltratarnos duramente, diciéndonos que éramos cómplices de los terroristas. Detuvieron a mi esposo, lo amarraron y le tiraron al piso, y a mí me dijeron que preparara comida. No les hice caso. A mi hijo Armando también lo hubieran detenido; felizmente él se había escondido en medio de los murales. Llorando les supliqué para que no se llevaran a mi esposo, pero ellos no tenían compasión. Cuando se fueron, yo les seguí y en el camino me golpearon muchas veces. Al no soportar más esta violencia, volví a mi casa y vi con llanto en los ojos como llevaron a mi esposo con dirección a Mansanayuc. Nunca más volví a verlo. Me quedé con tres meses de embarazo y sin nada de ropa ni alimentos para comer, pero salí adelante con todos mis hijos. Mi suegra no me ayudó. No tenía nada, ni animales. Caminaba pidiendo apoyo a mis vecinos y me alojaba en casa de ellos. De tanto llorar y haber recibido maltrato, estoy mal de salud. Mis ojos ya no ven bien y siempre tengo dolor de cabeza.

Denuncié la desaparición de mi esposo en la Defensoría del Pueblo, pero no encontré justicia. Hasta ahora caminamos con los demás familiares de desaparecidos por varios lugares, pero creo que para los pobres no hay justicia.

3 *Alcanzo* se refiere a que una persona fue ganada por la fuerza de la naturaleza.

Cuando estaba así, caminando de casa en casa, la comunidad formó defensa civil o el comité de autodefensa. Ellos iniciaron la reorganización del pueblo y designaron autoridades. En esos años recién pedí mi terreno. Antes vivía de arrimada en el centro experimental de la universidad. En mi terrenito hice mi casa con la ayuda de los vecinos. Actualmente vivo allí con algunos de mis hijos. Todavía no tengo suficiente terreno para sembrar, ni mis hijos tienen. Tengo mis vaquitas y con su leche me mantengo; para alimentar bien a mi ganado alquilo pastos.

Por la pérdida de mi esposo, el Estado me dio la suma de cinco mil soles y a mis hijos también. Utilicé esa plata para curarme; por eso pido que nos aumenten la reparación. Uno de mis hijos se quedó medio traumatado cuando vio cómo era maltratado su padre. Mis hijos se quedaron sin educación; ahora quisiera que mis nietos sí puedan recibir buena educación. Recibí la reparación, pero ni con toda la plata del mundo podré ver a mi esposo.

De vez en cuando converso con mis nietos y otros jóvenes, y les cuento lo que hemos sufrido, pero ellos no entienden. Por eso recomiendo que se difunda la historia que nos tocó vivir en los años 1980-2000. Que esa violencia no vuelva nunca más.

Yo soy socia de ANFASEP, base Allpachaka, y también asisto a las reuniones que se realizan en Ayacucho. Acordamos realizar diferentes acciones en busca de la verdad y por una reparación digna. Ahora estamos exigiendo la aprobación de una ley de búsqueda de personas desaparecidas. Ojalá que pronto se apruebe y se implemente.



Aurelia Hinojosa Cisneros recordando el rostro suplicante de su esposo desaparecido

LA VIDA YA NO ERA VIDA

1.



2.



3.



1. Aurelia señalando su domicilio antiguo
2. Aurelia pasteando sus ganados con su nieta,
2014
3. Aurelia con sus nietos en el jardín de su casa

EULOGIO SALVATIERRA HINOSTROZA

(12/02/1948)

Tengo 67 años de edad y 13 hijos, de los cuales nueve viven todavía. Nací en Pampa Cangallo, pero mis padres eran del distrito de Los Morochucos. Actualmente vivo en el barrio de Pantipampa de Allpachaka.

Toda mi familia vivió en la hacienda de la familia Huamán, donde servimos al hacendado de manera gratuita. La hacienda quedaba en Ñuñunhuayqo. De ahí me iba a la escuela en Satica y Cusibamba. Tenía que caminar entre dos a tres horas, porque en Allpachaka no había escuela. En el centro experimental de la universidad solo laboraban los ex trabajadores del hacendado Capelletti; a nosotros nos botaban, porque trabajábamos para otros hacendados.

Vivíamos tranquilos cuando aparecieron los terroristas quienes empezaron a juntar y a organizar a todas las personas en Allpachaka. Recuerdo a uno de ellos. Era un profesor de la escuela de la universidad y uno de los mandos terroristas.

También llegaron los militares quienes -al igual que los terroristas- empezaron a juntar y organizar. También nombraron a autoridades dentro de la comunidad. Eso no fue bien visto por los terroristas. Ellos no querían autoridades. Estaban en contra de los militares, a quienes tildaban de yana umas (cabezas negras). En mi familia no hubo ningún desaparecido. Solo mataron a mi cuñado Gregorio Alarcón y a un amigo suyo. No recuerdo el año exacto de sus muertes. Ellos fueron asesinados por los militares.

En ese tiempo yo era autoridad de la comunidad y estaba recogiendo insumos y víveres para preparar la comida de los militares, cuando de pronto veo que dos personas salieron corriendo de una casa en donde se habían escondido. Pero los militares ya los habían cercado y los habían abatido en la loma de Tipiykuq. Los militares nos obligaron a enterrarlos en ese mismo lugar. Ya en la noche, los cuerpos fueron retirados por sus familiares y enterrados en el cementerio.

Tanto los militares como los terroristas me agarraban y me forzaban para que hablara, pero yo no decía nada. Los militares fueron los que más me torturaron. Ellos me preguntaban sobre el paradero de los terroristas, yo respondía que no sabía nada y me quedaba callado. Una fecha ellos me llevaron hasta la comunidad de Putaqa, donde me torturaron. Me ponían boca abajo en unos cilindros llenos de agua y me hicieron pasar dos días y dos noches en un calabozo, sin darme comida. Los terroristas no me torturaron tanto porque cuando ellos me hacían llamar a sus reuniones, yo me escapaba. Un día, cuando mataron a dos mujeres, me hicieron llamar y yo no les hice caso. Si lo hubiera hecho, ahí mismo me habrían matado. Esto fue en el año 1983.

Cuando estuve preso, siendo autoridad, las demás autoridades iban a visitarme. Mi esposa estaba embarazada. Ellos trajeron animales para dar a los militares. Estos regalos y mi inocencia fueron lo que me salvó.

Ahora me encuentro mal de salud, siento dolor en todo el cuerpo. Voy a la ciudad de Ayacucho para hacerme las revisiones; los médicos dicen que tengo golpes y tumores en el cuerpo. Seguramente estos se habrán formado por las torturas de los militares. Hasta ahora no he recibido apoyo del Estado y menos de la comunidad.

Yo luché contra los terroristas y en defensa de la comunidad. Por ese motivo, los comuneros quedaron en donarme una hectárea de terreno en Carcasunto - Allpachaka, pero hasta ahora no han cumplido su promesa. En la actualidad solo me dedico a la ganadería y un poco a la agricultura, porque mi cuerpo ya no resiste trabajar de manera seguida.

Quisiera que los jóvenes de hoy asuman las responsabilidades del pueblo. La situación de la gente ha mejorado. Tengo entendido que hay programas sociales del Estado, pero no sé si han llegado a Allpachaka. Espero que me puedan ayudar por todos los maltratos que sufrí. La violencia que vivimos en Allpachaka fue muy dura, y no quisiera que regrese. Por eso recomiendo a los jóvenes que no caigan en engaños y que siempre estén bien informados.



1.



2.

3.



4.



5.

1. Eulogio Salvatierra Hinostrza mostrando foto de su esposa
2. Eulogio en su casa antigua en Pantipampa, 2014
3. Eulogio durante la entrevista
4. Eulogio y su nieto en corral de sus ganados
- 5 Eulogio junto a sus ganados mejorados, 2014



CLEMENTINA ESCALANTE HINOSTROZA⁴ (22/06/1968)

Tengo 47 años de edad y soy evangélica desde hace más de 10 años. Soy de la comunidad de Pacopata (Cangallo). Mis padres vivían en Pacopata, hasta que mi padre murió de alcanzo y mi madre se quedó viuda. Mi madre no tenía familiares en Pacopata. Buscaba trabajo para darnos de comer, y en esa búsqueda encontró un trabajo en la hacienda del señor Oscar Huamán. Así fue como nos venimos a Allpachaka. No tengo estudios porque mi madre se quedó viuda y no sabía cómo educarnos pues no teníamos dinero. Después de unos meses de haber trabajado en la hacienda, a los 14 años, me junté con mi esposo, Gregorio Alarcón, que tenía 18 años. Mi esposo, antes de estar conmigo había tenido una hija en otra mujer.

Cuando empezó la violencia social noté a mi esposo todo inquieto, se comportaba de otra forma. Yo no entendía por qué y llegué a pensar que me engañaba con otra mujer o que su muerte estaba cerca. Fue lo segundo. El año 1985 mataron a mi esposo. Me quedé con un bebé de un año y medio y gestando a mi segundo hijo. Ellos no han conocido a su padre.

En 1985 los militares llegaron de Casacancha, y los ronderos llegaron de Rosaspata y Mansanayuc. El día que mataron a mi esposo, yo me encontraba vendiendo comida en la feria de Allpachaka. Cuando me contaron, no sabía qué hacer. El y un vecino eran perseguidos por los militares y los ronderos. Los militares venían por la parte baja y los ronderos por la parte alta. Es ahí donde el capitán de nombre Lucas les disparó a mi esposo y a su acompañante (véase también el testimonio de Eulogio Salvatierra Hinostraza). Cuando me enteré que lo habían matado, estuve como loca llorando. Me reuní con mis familiares y fuimos a sacar los cuerpos enterrados en Tipiqpampa y los llevamos al cementerio, donde permanecen hasta la actualidad. En ese entonces no había autoridad y no denuncié por miedo.

Cuando murió mi esposo, me quedé sola. Mi madre y mi suegra me ayudaban con el cuidado de mis hijos. Por parte de la comunidad no hubo ninguna ayuda. No había trabajo, no encontrábamos ni para comer.

Yo era muy jovencita cuando enviudé, apenas tenía 16 años de edad. Estaba triste y con miedo, no comía ni dormía bien, estaba como loca. Los militares y los ronderos me pegaban. Un día a mí y a otras mujeres nos detuvieron y nos llevaron a Casacancha. Nos amarraron con sogas y nos llevaban como si fuéramos animales. Para nuestra suerte dos autoridades nos habían seguido y al borde del río lograron liberar a mí y a mi mamá. Ambas estábamos embarazadas y ellos dijeron a los militares: “estas dos mujeres son inocentes, nosotros nos haremos cargo de que vayan a declarar”. Así nos soltaron. Las otras mujeres fueron llevadas hasta Casacancha. Estuvieron detenidas unos 15 días. No las hemos dejado a su suerte.

4 Es hija de la Señora Aurelia Hinostraza Cisneros y esposa del Señor Gregorio Alarcón.

Las sacamos dando carne y plata a los militares. Siempre rogábamos para que no nos maltrataran, pero ellos no nos hacían caso y nos tiraban con chicotes.

Como vivíamos de manera dispersa, las autoridades nos han reunido porque los terroristas quemaron todas nuestras casas y se llevaron todas nuestras pertenencias. Las viudas y unas cuantas personas más nos quedamos en Allpachaka. Los demás murieron, desaparecieron o se fueron a otros lugares.

Ahora estoy mejor, solo que mi cuerpo ya no está bien. Me duele la cabeza y casi todas las partes de mi cuerpo. Tengo otro esposo con quien he tenido ocho hijos. En total tengo diez hijos. Ellos viven en diferentes lugares: en la selva, en Huamanga y aquí en Allpachaka. Me dedico al negocio; tengo una tiendita y cocino también en la escuela. Mi esposo trabaja en la chacra.

Tengo mi seguro de salud por pobreza extrema, pero no me atienden bien. Me dan pastillas genéricas y me atienden solamente dos veces a la semana. Tengo también mi certificado de acreditación que me dio el Consejo de Reparaciones. Supongo que con eso pueda ser beneficiaria de otros programas de reparaciones. Soy analfabeta y no conozco más sobre esos derechos. El Estado me dio cinco mil soles y otros cinco mil para mis hijos.

Pido que los militares Lucas y Tatán que han venido de Casacancha, sean juzgados y se les aplique la máxima sanción. En Allpachaka tenemos una asociación de víctimas de la violencia política. Con todas las integrantes de la asociación hemos decidido que se construya un lugar de memoria, pero hasta ahora no se hace realidad. Pienso que las autoridades de Allpachaka deberían dar más importancia a esos temas.



Clementina Escalante Hinostriza durante la entrevista

LA VIDA YA NO ERA VIDA

1.



2.



3.



1. Clementina en su casa antigua en Pantipampa, 2014
2. Clementina en el cementerio donde se enterró Gregorio Alarcón, su primer esposo asesinado
3. Clementina con su actual esposo Darío Casas y su hijo

TEODOSIA SALVATIERRA DE HINOSTROZA⁵

(01/05/1951)

Tengo 64 años de edad y tengo seis hijos. Somos nueve hermanos, de los cuales solo cuatro vivimos en Allpachaka; los demás viven en Ayacucho y Lima. Mis abuelos son de Pampa Cangallo. Un día en Semana Santa, mi abuelito se había encontrado con el hacendado Apolo Huamán, quien dijo: “vengan a la hacienda a trabajar y les daré chacra”, entonces nos fuimos todos a vivir en Allpachaka. En ese entonces éramos chiquillos y mis padres servían a los hacendados.

Vivíamos dispersos pero tranquilos; sembrábamos solo para comer; nuestros animales comían y vivían al campo libre. Servíamos gratis a los hacendados; no nos pagaban porque nosotros utilizábamos los terrenos de su hacienda, donde comían nuestros animales. A veces hacíamos trueque de los productos que teníamos, por ejemplo papa con maíz.

Estudié en Lima porque mi hermano mayor me llevó cuando tenía 12 años, pero solo primer grado de primaria. Tuve que regresar a Allpachaka cuando murió mi padre.

Una cosa que recuerdo es que el hacendado Gutiérrez nos llevó a las niñas que ya éramos un poco mayorcitas, para ayudar en su chacra. Cuando terminaba el día, nos pagaba cinco soles. Entonces junté esa platita para poder comprar mis zapatos. Antes nuestros padres nos compraban sandalias hechas de ojota de jebe y mi madre tejía una falda de bayeta de lana; con eso caminaba. El hacendado Gutiérrez nos hizo conocer la plata. Desde aquella vez ya no quisimos pastear ganado para la familia Huamán.

Una vez, el señor Oscar Huamán sembró papa y nuestros chanchos se la comieron. Cuando se enteró, fue donde mi madre y empezó a pegarle. Nosotros, aun niños, de miedo empezamos a gritar. En ese momento llegó mi papá del cerro porque había escuchado los gritos. Le dijo: “quien eres tu para que pegues a mi mujer” y se agarraron a golpes. Después de eso el hacendado dijo que le pagáramos por las papas que los chanchos habían comido. Mis padres pagaron vendiendo sus toritos y carneros.

Antes de 1980 personas extrañas frecuentaban Allpachaka, pero no sabíamos de dónde venían ni cómo se llamaban. Nos decían que iban a hacer asamblea, pero yo no quería participar. Tenía aproximadamente 22 años y ya tenía esposo y tres hijos. Por curiosidad una noche llegamos a una reunión y vimos que algunas personas de Allpachaka ya eran dirigentes. Nos dijeron: “vamos a matar a los ricos y nosotros vamos a tener tiendas, carros y viviremos como los ricos; nosotros servimos a los ricos porque somos mudos y burros”. Así se desarrollaba la reunión y luego nos citaron para otro día. Yo no fui porque uno de mis hijos estaba recién nacido. Le dije a mi esposo que fuera él. Entonces, por no haber ido, a mi esposo le dijeron que yo era cabeza negra y, si es que no iba a la siguiente reunión, me matarían. Después insistían en llevarse a una de mis hijas que apenas tenía doce años. Querían que le

5 Es hermana de Eulogio y Marcelo Salvatierra.

comprara una manta. No la compré porque no tenía plata. Felizmente los terroristas no la han llevado.

Los terroristas que atacaron el centro experimental de la universidad venían de Quispillaqta, Satica, Mansanayuc y del mismo Allpachaka. Estaban encapuchados y nos habían rodeado desde la madrugada. Mataron y robaron las vacas y dijeron que nos repartiéramos las que sobrevivieron. Ordenaron que lleváramos la carne de las vacas muertas y la cocináramos para ellos. Después dijeron: “vamos a darles las vacas mejoradas que están vivas, para que no estén tras de las vacas chuscas que tienen”. Entonces nos obligaron a llevarnos las vacas.

Mientras pasaba eso, dos personas habían ido a Huamanga a avisarles a las autoridades de la universidad. Entonces de repente aparecen con los policías. Empezamos a devolver las vacas que nos habíamos llevado. Esto pasó por televisión. Mis hermanos de Lima me habían visto llorando, chacchando mi coca y a la vez cargando mi queso.

Por esos días murió mi esposo Germán, porque fue duramente golpeado por los militares. Mi esposo ya estaba un poco enfermo, pero se agravó porque un día, cuando los militares vinieron en helicóptero, se ocultó debajo del agua donde nadie le podía encontrar. Es por eso que no se lo llevaron, pero su salud empeoró y durante dos días estuvo con una fiebre muy alta. Dejó de existir y me quedé viuda. Entonces mi mamá vino para llevarme, pensando que me iba a volver loca. Me mudé a su casa con mi camita y todas mis cosas.

Cuando estaba de luto, los montoneros venían diciendo: “aquí están las pequeñas terruquitas” y pateaban a mis hijas y las echaban al suelo. Lo mismo hacían los terroristas y los militares. A mí no me pegaban porque me defendía con mis palabras. Cuando mi mamá se fue a Huamanga, yo me quedé sola con los niños y las ovejas. En la noche llegaron con carros los del comité de autodefensa, todos con pasamontaña. Empezaron a insultarme y me decían: “mata una de tus ovejitas para que nos hagas comer, como hacías comer a los terroristas.” En mi defensa les dije que estas ovejas eran de mi mamá, por lo que no las podía matar. Me dijeron: “si no matas a las ovejas, te matamos a ti”. Como no les hice caso, me amarraron del cuello y de las manos y me llevaron donde estaba el carro. Mis niños se agarraron de mí y lloraron para que no me llevaran. Entonces uno de los ronderos dijo: “soltémosla por las lágrimas de los niños”, pero otro dijo: “no, ésta es quien cocinaba y hacía comer a los terroristas”, y yo chacchando mi coquita les dije: “no importa si me matan, acaso nunca voy a morir”. Entonces un rondero tapado con su pasamontaña se me acercó y dijo: “por esta vez te perdonamos, pero si otra vez te metes en cualquier cosa, te matamos.”

Vi que en el carro estaba encadenada de las manos y calata una sobrina mía que era de la comunidad de Cusibamba. Llorando, me dijo: “tía, avisa a mi mamá”. No pude avisar ni pedir a nadie que lo hiciera porque en ese entonces no se podía ni salir de la comunidad. No sé cuántas personas murieron, pero también desaparecieron muchas.

Los terroristas venían y me pegaban, los militares venían y me pegaban, los ronderos venían y me pegaban. Cuando estaba por anochecer, chacchando mi coquita, nos

íbamos donde están los ichus y allí es donde amanecíamos. No me atrevía estar en mi casa por el temor a los golpes. La casa que un día quemaron era de mi mamá, pero allí estaban mis cosas y nos quedamos sin nada. Luego la señora Hilo me dio una fresadilla, mis hermanos me dieron dos fresadillas y pellejitos. Llevando esas cosas nos trasladamos a otra casa. Mi hija recuerda la fresadilla que me dio mi hermano. Sigo teniéndola porque la cuido bien.

Cuando estuve en Lima aprendí a cocinar. Entonces preparaba comida y la llevaba a vender a la feria de Allpachaka. Con eso mantenía y educaba a mis hijos. Ellos ayudaban pasteando el ganado de otros comuneros. Una semana vendía comida para los zapatos o una faldita de una de mis hijas y la otra semana vendía para comprar los útiles escolares de otro hijo. También molía la cebada de otras familias e hilaba la lana de oveja. Haciendo todas esas cosas, yo les hice crecer a mis hijos e hijas.

Mis hijos dicen que no han tenido educación, pero que son felices con lo que tienen y que solo nos queda seguir adelante y estar unidos. Esas palabras me hacen llorar.

No recibí apoyo de nadie, y menos de la comunidad porque estábamos en las mismas condiciones. Algunas veces mis hermanos me ayudaron, pero más en la chacra. Mis hijos, cuando ya eran más grandes, también me ayudaban. Traían algo para la casa y así aportaban para la alimentación. Dejé de hacer comida para vender, porque ya estoy sola. Mis hijos ya tienen sus familias, y solo me dedico a mis ganados. A mi hijo menor y a mis nietos les hablo de la violencia política que vivimos, en cambio mis hijos mayores sí se acuerdan de las dificultades que pasamos. No quisiera que regrese nunca más la violencia.



Teodosia Salvatierra de Hinostrroza delante de su casa, 2014

1.



2.



3.



1. Teodosia Salvatierra de Hinostrza delante de su casa, 2014

2. Teodosia con su ganado

3. Tercera a la izquierda, Teodosia con otras mujeres en la reunión comunal de Allpachaka, 2014

FELICIANA QUISPE BAUTISTA

(03/05/1959)

Tengo 56 años y soy evangélica. Me casé con Martín Hinostrero de la Cruz, con quien tengo siete hijos. Estudié hasta el 2° de primaria. Mi padre es de Chacolla (Chuschi) y mi madre de Incaqay (Cangallo). Nosotros nos establecimos en esta zona y trabajamos para el hacendado Capelletti.

La violencia empezó cuando personas desconocidas llegaron y empezaron a relacionarse con la gente del pueblo. Venían por la noche para contactarse y hacer sus reuniones. Nosotros no participamos, pero oímos decir que la pobreza se acabaría y que todos tendríamos riqueza, y para eso teníamos que iniciar la lucha armada. Yo me ponía a pensar: “cómo conseguiríamos la riqueza y la igualdad entre todos.”

Pasó un tiempo desde que oímos esas palabras, hasta que una mañana -al promediar las seis- vimos que un grupo de personas nos había rodeado. Entraron a nuestras casas y nos llevaron a la plaza de la comunidad. Cuando llegamos a la plaza vimos más gente; había mujeres y varones, todos encapuchados y con banderas rojas que también habían puesto en los cerros.

Uno de ellos nos dijo que hasta ahora habíamos sido explotados por los hacendados, pero que todo iba a cambiar. Mientras que unos grupos derribaron el colegio y la posta, otros saqueaban el centro experimental, quemaban los tractores y mataban el ganado de la universidad. Después se fueron, llevando vacas y chanchitos con dirección hacia Chuschi.

Los trabajadores de la universidad fueron a Huamanga a informar sobre la situación. Volvieron con policías, quienes entraron por todos lados y nos dijeron que éramos cómplices. A nosotros solo nos quedaba llorar. En tres ocasiones han saqueado la universidad y desaparecieron todo. Sucedió más o menos por el año 1982 o 1983. Con tantas cosas que nos han pasado, ya no me acuerdo bien.

Los ronderos venían por los cerros y entraban de casa en casa diciendo que escondíamos algo. Recuerdo que la casa de la señora Emilia (que en paz descansa), fue quemada con todas sus pertenencias. Con miedo que nos pasara eso también, mi madre y yo sacamos nuestra ropa y camas al patio, pensando que así podríamos salvar nuestras cosas. Pero fue más golpe que salvación, ya que cuando llegaron los ronderos a nuestra casita, vieron eso y nos golpearon diciendo: “a dónde piensan huir; seguro sus parejas son terrucos.” Nosotras nos defendíamos, diciendo que teníamos miedo de que también quemaran nuestras cosas y que pensábamos llevarlas al campo. Uno me agarró a cachetadas. Solo el llanto de mi hijo y la defensa de mi madre hicieron que dejaran de golpearme. Recuerdo un integrante del comité de autodefensa de la zona de Vinchos, quien agarró a mi madre y la tiró al piso. Eso nunca se me olvida. Mi madre me dijo que huyéramos, porque nos iban a matar. Entonces, hicimos una choza en el campo y nos fuimos a vivir allí. Pero no nos dejaron. Vinieron a nuestra chocita diciendo que éramos culpables y que por eso nos habíamos escapado. Quemaron nuestra chocita.

Entre los que nos golpearon, había miembros de los comités de autodefensa de Chuschi, de Mansanayuc y de otras comunidades cercanas. Quemaron nuestras casas, tildándonos de terrucos. Decían que moriríamos quemadas. Por defender a mi hermano Cirilo, que estaba chacchando su coca, también me golpearon. Sufrí muchos golpes y maltratos. Ni mi esposo me golpeaba así.

Los militares venían por el cerro. Habían capturado a un poblador de la zona y nos llamaron para que todo el pueblo se reuniera. Fui cargando a mi hijo y cuando llegué, tenían a todos formados. Me dijeron terruca y yo respondí que no era terrorista: “soy una madre de familia con un pequeño niño” les dije. Me amarraron de las manos junto a dos otras madres de familia. Ese poblador capturado dijo que nosotras apoyamos a los de Sendero Luminoso y que les habíamos dado de comer. Por las acusaciones de ese señor nos detuvieron. Alguien me quitó a mi bebé y cuando nos llevaron, vi a mi bebé sentadito en la pampa. Yo era madre soltera.

Nos llevaron a Rosaspata. Al llegar les rogamos que nos soltaran. Los militares nos dijeron que, si ellos querían, ahí mismo nos matarían. Nosotras les suplicamos llorando y dijimos: “háganos lo que quieran, pero nosotras no tenemos la culpa, los senderistas nos han obligado.” Dijeron que nos llevarían a la base militar de Casacancha, porque todavía teníamos que rendir nuestra declaración en varios lugares. Llegando a la base nos vendaron los ojos y nos tuvieron aproximadamente 15 días.

Mi hermana Julia, que en paz descanse, había recogido a mi hijo. Lo cuidaba y me lo trajo varias veces durante el tiempo que estuve encerrada. Todo lo que sufrí fue horrible, me amarraron y torturaron metiéndome a un cilindro con agua. Eramos cerca de 17 detenidos y algunos fueron llevados con helicóptero a Huamanga. Nuestros familiares hicieron todo lo posible y lograron sacarnos de ese horrible lugar. Nos soltaron con una condición: teníamos que ir semanalmente a firmar. Si no íbamos, éramos terroristas, entonces hacíamos lo posible para ir a firmar. En ese tiempo no había movilidad; a veces íbamos a pie, a veces a caballo. Yo iba cargando a mi hijo de dos años y medio.

Después de ser liberadas, nos sentimos más tranquilas. Volvimos a hacer nuestra vida de forma normal y luego encontré mi pareja. Él fue detenido en Cangallo, donde lo tuvieron por 15 días. Sus apellidos coincidían con los de otra persona; pensaron que era un senderista. Yo, con mi segunda hija, fui a verlo y hablé por mi esposo. Felizmente tomaron en cuenta mis declaraciones y lo liberaron.

Hace aproximadamente 12 años soy viuda y hoy me dedico a la ganadería. Vivo con mis tres hijos menores y me preocupo por sus estudios. El mayor está estudiando en una academia, porque no logró ingresar a la universidad. Lo va a intentar nuevamente y por ahora está trabajando, el otro está en cuarto año de educación secundaria en el colegio de Allpachaka.

Quisiera pedir al Estado ayuda en educación, para que al menos uno de mis hijos pueda ser profesional. Se necesita mucho dinero y a veces no se le puede dar a uno, porque también el otro desea estudiar en las mismas condiciones. A veces pienso

que sería en vano darles tierra, porque quizá no la van a trabajar. En cambio, con una profesión pueden defenderse por sí solos.

Parece mentira que solo algunos reciban indemnización económica y nosotros no. Tenemos la acreditación, pero hasta ahora nada. Sobre todo quiero justicia, no solo para mí sino también para otros afectados como la señora Felícitas Carrión que vive muy enferma. La pobre está sola. No se sabe si come o no. Por eso me pregunto: “¿acaso el Estado no puede ayudar a una persona que sufrió tanto, al menos con víveres o algo?”

Todo el sufrimiento de la violencia les cuento a mis hijos. Les digo que, si vuelva la violencia, recuerden lo que les conté y tomen el camino a otro lugar o a otro país, para que no sufran lo que nosotros pasamos. La mayoría de afectados y maltratados fuimos los inocentes. Por eso también sería bueno tener un lugar de memoria para que los niños y jóvenes que no han vivido la violencia, conozcan el sufrimiento.



Felician Quispe Bautista y sus nietos delante de la casa, 2014

1.



2.



3.



1. Frans Dante, nieto de Feliciano, 2014
2. Roxana Leonida, nieta de Feliciano, 2014
3. Luz Yulissa, nieta de Feliciano, 2014

FELÍCITAS CARRIÓN DE TINEO

(24/05/1948)

Tengo 67 años, soy natural de la comunidad campesina de Allpachaka y tengo cinco hijos. No tuve la oportunidad de estudiar. Somos nueve hermanos, tres varones y seis mujeres. Soy la única que vivo en Allpachaka, el resto de mis hermanos vive en la comunidad de Mansanayuq. Mi esposo se llama Jesús Tineo Bautista.

En Allpachaka cuidaba ganados, mientras mi esposo trabajaba en el centro experimental de la universidad, sacando papitas o ayudando en otras cosas. Las personas hablaban sobre la presencia de los terroristas, que vendrían a atacar la universidad. Yo me preguntaba: “¿cuándo será? Recién cuando me muera, llegaría eso.” Pero fue solamente unas semanas después. Habrá sido más o menos en el año de 1982, cuando sembramos papa. Mi esposo estaba de guardián en el centro experimental. Un día le llamé a mi hijita para que llevara el desayuno a su padre, pero cuando miré a mis alrededores, había caballos. Ya habían atacado la universidad y matado las vacas. A nosotros no nos hicieron nada, solo mataron algunas vacas. Nos dijeron: “llévenselas y háganlas desaparecer”.

Atacaron la universidad como tres veces, y en ninguno de los ataques han matado a los trabajadores, solo hicieron desaparecer a los almaceneros. Los terroristas nos engañaban diciendo que íbamos a tener carros, casas, tierras. Nosotros les hacíamos caso e íbamos a las reuniones. Nos decían que no seamos soplones, que no salgamos del pueblo y que, si hablábamos en contra del partido, nos iban a matar, porque el partido tiene mil ojos y mil oídos, y hasta las paredes donde cocinamos pueden escuchar. Eso nos decían.

En febrero de 1985 aparecieron los militares quienes empezaron a reunir a toda la gente y a pedir sus carnets de identidad. En ese tiempo se llevaron e hicieron desaparecer a mi esposo, junto a los esposos de las señoras Francisca, Julia y Maximiliana. También se llevaron al señor Alipio y muchos más. Hasta ahora no encuentro a mi esposo.

Lo llevaron de la casa. Ví que estaba en el suelo y que le pegaban con el arma. Cuando quise correr hacia él, uno de los militares me agarró de los brazos. Seguí forcejeando y con la cola del cuchillo me golpeó en la cabeza; caí al suelo desmayada. Cuando desperté, mi lengua estaba colgada (amontonada) como una tripa. Escuché a mi hijita gritando: “mamá, mamá” y me levanté. Cuando respiré con la boca, regresó mi lengua. A causa de los golpes me duele siempre mi cabeza.

Llevaron a mi esposo a Sachabamba. Le seguí, pero no me dejaron verlo. Me disparaban para que no me acercara. Me quedé con cinco hijos y cuatro meses de embarazo. Cuando se llevaron a mi esposo, mis niños gritaban “¡papá, papá!” pero los militares los botaron como trapos. En la comunidad de Munaypata detuvieron a más personas y se los llevaron como ovejas. Cuando preguntamos, nos decían que se los habían llevado a Pampa Cangallo, a Huamanga, a Chuschi. Por gusto he andado llorando con mis hijos. Todos los familiares de los desaparecidos hemos hecho la

denuncia ante la fiscalía. Después que han hecho desaparecer a mi esposo, se han llevado todo de mi casa, hasta mi camita donde dormíamos. Todo, todo se han llevado, dejándonos sin nada.

Una noche los terroristas me sacaron de mi casa, llevándome más allá y me dijeron que yo había avisado a los comuneros de Mansanayuc. Eso fue en los tiempos que desaparecieron a mi esposo, cuando estaba embarazada. Me amarraron de las manos y me tuvieron hasta media noche junto a la señora María, que también estaba amarrada. Nos han pegado con el arma y con patadas. Les dije: "si quieren matarme, primero maten a mis hijos, luego a mí." Dije también: "basta, que ya han hecho desaparecer a mi esposo." Pero ellos dijeron: "claro que han hecho desaparecer a tu esposo, porque era un miserable". Nos soltaron a media noche. Llegando a mi casa veo a mis cuatro hijitos durmiendo juntitos. Nos amanecemos llorando. Esa noche también estaban velando al esposo de María Castro. Mientras se velaban los restos de algunos, a otros nos seguían pegando.

Cuando todo estaba calmándose, volvió la universidad. Empecé a trabajar allí y con lo que ganaba mantenía a mis hijos. Salí de la universidad cuando me enfermé, me dolía mi pie y no podía más. Cuando fui al seguro de la universidad no me atendieron bien, decían que no estaba roto mi pie: "levántate y anda a trabajar", me decían. No me dieron mi liquidación, por eso ahora estoy siguiendo un proceso judicial con un abogado.

Me dedico a pastear animales de otra gente y ayudo en las chacras a las personas que necesitan personal. Vivo sola, porque mis hijos se casaron, tienen su propia familia y viven aparte. Tengo vaquitas pero mi hijo es quien las cuida. Eduqué a mis hijos, hilando hilos de lana de oveja y haciendo cachipas (quesito fresco) que llevaba a Huamanga. Mis hijos no pudieron terminar su educación, solo a medias. A mi hija Gisela le estoy haciendo terminar. Si mi esposo hubiera vivido, les habríamos educado a todos.

Ya recibí la suma de cinco mil soles de reparación civil. Gasté ese dinero en medicamentos. Otros cinco mil soles los recibieron mis hijos y se repartieron en partes iguales. Aunque me dieran toda la plata del mundo, nunca volveré a ver a mi esposo. Por eso el Estado debe ser consciente con estas reparaciones.

Pido justicia por mi esposo, que los que le han hecho desaparecer, sean juzgados y vayan a la cárcel. Quisiera que en Allpachaka se haga un museo para recordar a nuestros desaparecidos. Ahora que tengo más de 65 años, ojalá me consideren en el programa social de "Pensión 65"; presenté varios documentos, pero no sale hasta ahora.



1.



2.



3.



4.

1. Felicitas Carrión de Tineo, en la casa de su hija Rita en Ayacucho
2. Felicitas Carrión de Tineo, en la casa de su hija Rita en Ayacucho
3. Felicitas y su hija Rita, 2014
4. Felicitas (en el centro) participando en una reunión de Allpachaka

FRANCISCO HUAMÁN CAYLLAHUA (16/10/1951)

Tengo 64 años de edad y soy evangélico. Mi actual esposa es Andrea Tenorio Galindo y tengo siete hijos. Estudié el primer grado de primaria en la comunidad de Chacolla (Chuschi), gracias a mi padre que tenía deseos de educarnos. Lastimosamente murió a muy temprana edad; por eso dejé de estudiar.

Desde que mis abuelos vinieron a trabajar en la hacienda de la familia Capelletti, nos establecimos en la comunidad de Allpachaka. Como todo niño curioso, me gustaba preguntar y saber todo, entonces pregunté por qué se llamaba Allpachaka y me contaron que anteriormente el río era pequeño e hicieron un puente nivelado con tierra y que por eso llamaron a ese sitio Allpachaka.

Yo conocí al hacendado Angel Capelletti y luego a su hijo José. El hijo trabajaba con dinero del banco, pero como no le iba bien, se endeudó y vendió la hacienda a la universidad. El hacendado nos trataba bien, pero cuando algo no le gustaba, nos regañaba, aunque nunca vi que haya golpeado a alguien. Servíamos sin sueldo, cultivábamos la tierra que ocupábamos y hacíamos pastear nuestros animales. El hacendado nos daba, a cambio, los alimentos. Tanto mujeres como varones servíamos igual. Cuando la universidad tomó posesión, cambió la situación porque había trabajo remunerado. Recuerdo que empezamos con cinco soles de salario.

Yo era responsable de la ganadería y trabajaba también como quesero, por eso casi no salía y no me enteraba de muchas cosas, como por ej. de la repartición de tierras en la pampa. Nos dieron a todos un poco. Ahora la universidad nos ha quitado terrenos; ya no consideran los límites establecidos por los anteriores ingenieros.

En 1980 se escuchaba que había caminantes, que decían que nuestra situación iba a cambiar. Aquí en el campo somos totalmente olvidados por el Estado. Yo escuchaba esas palabras de personas extrañas que venían y nos hablaban uno por uno. Nosotros no sabíamos que iba a pasar. Nos decían que vendría el cambio y que debíamos vivir todos por igual. Hubo elecciones presidenciales y Belaúnde fue elegido. Ese día se quemaron ánforas en Chuschi, pero no le dimos importancia por desconocimiento. Luego, todo se calmó por un buen tiempo.

En aquellos años, la universidad hizo capacitación, reuniendo a mucha gente de varios lugares. Vivían aquí y recibían capacitación de los ingenieros. Según pasaron las cosas, nos dimos cuenta que -con la excusa de la capacitación- muchos vinieron a enterarse de la ubicación de los animales, las oficinas, las aulas, etc.; así fue que planificaron el asalto. Culpaban a la universidad porque los productos del centro experimental (carne, leche, queso) eran para los profesores y no para el pueblo.

Es así que una mañana llegaron con sus banderas y parlantes. En ese tiempo yo vivía en la parte alta de Allpachaka, entonces por la bulla le dije a mi esposa que averiguara lo que estaba pasando a eso de las seis de la mañana. Ella volvió cerca de las 8:30 llorando, diciendo que los animales ya no estaban, que los habían matado,

que había llegado gente armada con la cara tapada y que no le permitían entrar. Entonces bajé al pueblo a ver lo que había sucedido. A dos cuadras alrededor del establo no nos dejaban pasar; hasta me apuntaron con sus armas. Cuando se fueron, vi que habían arrasado con todo. Habían dinamitado la quesería, las oficinas, habían matado las vacas. Algunas estaban agonizando y otras ya habían muerto. Los que trabajamos allí lloramos mucho por esos animales porque nos habíamos encariñado con ellos. Destruyeron también el colegio.

Luego de saquear la universidad, los terroristas empezaron a moverse libremente, a secuestrar y matar a la gente. Nos reunían con amenazas de muerte; llorando obedecíamos. Pasé alrededor de un año bajo el mando de los terroristas. Nos obligaban y nos mandaban a varios pueblos. Es por eso que venían los militares. En vez de ayudarnos, igual nos maltrataban. Yo no sabía a qué bando inclinarme.

En ese tiempo tenía que cambiar mis documentos. Me escapé a Huamanga y ya no volví. Mi esposa se fue a Allpachaka para saber cómo estaban nuestros animales. Le dije que volviera inmediatamente. Ella se fue por Tambocucho (Socos) donde había feria y nunca más volvió. Los terroristas la mataron junto a mi hijo de año y medio; encerraron a mis otros dos hijos en la casa y también mataron a la prima de mi esposa que estaba embarazada. No encontramos sus cuerpos. Recién tres años después, con la investigación, los encontraron.

Mis familiares trajeron a mis hijos y con ellos viví en Huamanga, buscados por los terroristas, huyendo y trabajando en lo que podía. Cuando se calmó un poco la situación volví al pueblo. Estaba trabajando como vocal en defensa civil, donde había entablado amistad con los militares y trabajamos juntos. Una mañana llegaron los militares, nos reunieron y nos hicieron formar a todos. Enseguida trajeron a un hombre vestido de militar y encapuchado. Lo pusieron frente a nosotros y preguntaban: “¿este hombre?, ¿esta mujer?” El respondía con un “sí” o un “no”. Es así que nos capturaron y nos llevaron a la base de Casacancha. Eramos alrededor de 30 personas. A mí me acusaron de ser “mando”, pero yo era vocal de defensa civil. Luego nos llevaron con los ojos vendados en helicóptero a Huamanga. Nos hicieron pasar por tres puertas y nos encerraron allí. Me sacaron, me bañaron, me pisotearon en el suelo y me amarraron las manos, golpeándome, acusándome de terrorista y diciendo que tenía que mencionar a todas las personas que había matado, que allí iba a morir.

Me torturaron en un local con bancas repletas de banderas y dibujos de hoz y martillo. Todo era rojo, hasta las celdas. Había una argolla en el techo y me dijeron: “esto es para tí”. Me subieron a una banca que tenía la hoz y el martillo. Uno me levantó y otro me amarró a la soga, retiraron la banca y yo quedé colgado. Estaba desnudo y me azotaron diciendo que tenía que hablar. Entonces yo les dije la verdad, que nosotros éramos obligados, que no lo hicimos por voluntad propia y que aceptábamos por miedo, ya que nadie nos defendía cuando mataban. Ese encierro duró ocho días y fue en el mes de julio; estaba colgado y por horas me azotaban y golpeaban. Luego me bajaron, me dieron mi ropa y me llevaron a una celda.

También torturaron a Rómulo y Juan. Como estábamos trabajando con defensa civil, las demás autoridades alegaron a nuestro favor y lo tomaron en cuenta.

Pasados unos tres años de la desaparición de mi esposa, alguien cayó en manos de los militares. Le interrogaron y él declaró el lugar donde estaban enterradas mi esposa, mi hijo y una prima embarazada.

Me buscaron, diciendo que habían encontrado y desenterrado el cadáver de mi esposa y que tenía que ir a Huamanga al día siguiente. Allí me entregaron sus huesos. Les agradecí a los investigadores que nos ayudaron. Podía escoger entre enterrarla en Huamanga o regresarla a Allpachaka. Yo opté por lo segundo. Me facilitaron dos carros para traerla y enterrarla aquí.

Me sentí un poco más tranquilo, pero sufrí por mis hijos, a los que no pude dar educación. Mi madre ya era demasiado viejita para ayudarme. Luego de un año encontré una nueva pareja y me junté muy rápido porque - como ya dije - mi madre era muy anciana y no podía atender a mis hijos. Mi nueva esposa fue de gran ayuda para mi familia.

Actualmente me dedico a cuidar a las pocas vaquitas que tengo, porque no tenemos terreno grande como para criar muchos animales o sembrar. Además, mi cuerpo ya no me da para trabajar tanto. Tengo muchas dolencias y estoy enfermo, de vez en cuando ayudo a familiares en trabajos ocasionales.

En esa época de tanto sufrimiento caí en el vicio del alcohol. Al huir de los militares o los terroristas dormíamos en los cerros durante varias noches y para soportar el frío tomaba alcohol y chacchaba coca. Pero me excedí y me hundí en el vicio. Cuando cesó la violencia y volvió la universidad, trabajé nuevamente allí, pero por el alcohol no me portaba bien. Entonces se formó la iglesia evangélica y los hermanos empezaron a hablarme, venían seguido uno y otro, hasta que decidí ingresar al evangelio. Ahora estoy más tranquilo, recuperé mi salud, hay paz en mi casa, me alejé de todos los vicios gracias a Dios. Por medio de la iglesia nosotros ayudamos a la gente a lograr la salvación espiritual, para que los jóvenes se alejen de los vicios. Ayudamos a las familias a orientar a los hijos. También tenemos un pequeño fondo y en las reuniones conversamos para ver la manera de apoyar a otros. Lo que esperamos es que la palabra de Dios llegue a todos para liberarnos de los pecados, como hijos de un solo padre, para que ya no haya mentiras, odios, ni matanzas.

Tengo certificado del Consejo de Reparaciones, pero aún no he sido reparado. Pido justicia por mi esposa y por mi hijo. Que los asesinos paguen su culpa. También sería bueno tener un espacio de memoria para recordar nuestro sufrimiento.



1.

2.

1. Francisco Huamán Cayllahua, y su esposa Andrea Tenorio, 2008
2. Francisco en su casa quemada, con el entrevistador
3. Francisco y su esposa Andrea en su casa, 2014
4. Francisco, su esposa, hijos y nietos
5. Francisco y los niños en la iglesia evangélica en Allpachaka



4.

3.



5.

JESÚS SALVATIERRA CARRIÓN⁶

(06/08/1971)

Tengo 44 años de edad y soy natural de la comunidad de Allpachaka. Parte de mis estudios primarios los realicé en Allpachaka y en la ciudad de Ayacucho. Somos ocho hermanos y tengo cinco hijos, soy conviviente. Mis abuelos por parte de mi papá llegaron a Ñuñunhuayqo para trabajar con el hacendado Huamán, porque había oportunidad de trabajo y él daba comida. Los hacendados no retribuían nada, el trabajo era gratis. Si no había comida para tu ganado, tenías que ir en la mañanita a robar pasto. Siempre había conflictos con otros hacendados.

Todos los domingos había un intercambio de productos (trueque) en Allpachaka. Bajaban de Putaqa, Ccochapampa, Catalinayuq, Pacchaq, Mansanayuq, Minascucho, Toqyasqa, Cusibamba, Satica, Munaypata y otras comunidades. Los que habían migrado a las haciendas hacían su negocio vendiendo alcohol, comida, hilos; eso les permitiò a los trabajadores de la hacienda sostenerse. Hoy ya no hay feria, se ha centralizado en Pampa Cangallo y Putaqa. También recuerdo que como teníamos terreno en la altura, la gente de Tucsín o Urihuana nos dejaba su ganado para cuidarlo todo el año (vacas, caballos, ovejas, etc.). Después de un año ellos retornaban de Vilcas por el camino del Inca y nos traían maíz, calabaza y, cuando había, tuna. Entonces, cuando nos traían esos productos, en las fechas de enero, febrero teníamos para comer, aunque sea para llenar el estómago.

En los años de la violencia hemos perdido muchos hombres y mujeres. Yo perdí a mi papá, a mi tío y a otros familiares. No me acuerdo exactamente, pero fue en el año 1980 o 1981 que los senderistas mataron a mi padre. Mientras a su hermano, o sea a mi tío, lo han desaparecido los militares en el año 1985, en la ciudad de Ayacucho.

Mi padre nos formó como niños que saben enfrentar la vida. Si él trabajaba, yo trabajaba a su lado; si él cuidaba el toro para arar, yo también lo cuidaba; con las cosas con que él enfrentaba la vida, yo enfrenté la mía. Si tenía que cuidar la oveja, la cuidaba. Sé trabajar en el campo y si tengo que estudiar, estudio. “Si vas a ser ocioso, no vas a vivir bien; pero si trabajas, vives bien”, dijo mi papá. Y mi mamá añadía: “si tú vives en casa ajena o eres visita y no haces nada, te van a ver como ocioso; pero si tu ayudas en algo, entonces vas a estar bien.”

Enterramos a mi padre en Allpachaka. Después vinieron los militares y lo desenterraron para llevar el cuerpo a Huamanga. No sé por qué lo llevaron. Luego nos enteramos que lo habían dejado en la morgue. Lo enterramos nuevamente en Huamanga. En ese entonces éramos todavía niños y no teníamos nada para regresar su cuerpo a Allpachaka. Solo mi abuelita nos ayudaba.

Después que mi padre murió, empezamos a sobrevivir con las habilidades que teníamos, porque todo Allpachaka había sido arrasado y destrozado. Algunos -para

6 Es hijo de Julián Salvatierra, que fue asesinado por Sendero “por soplón” (véanse las entrevistas de Ludgarda de la Cruz y Eulogio Salvatierra).

poder sobrevivir- pasaron a ser parte de los montoneros y optaron por tener doble cara. No podías ser lo que eras o lo que querías ser. En el Perú y en Allpachaka quedaron hombres de doble cara, hombres que traicionaron.

Durante la violencia mi abuela nos acogió a mí y a mis hermanos, porque mis tíos y familiares estaban perseguidos, presos u ocultos. En ese entonces no hubo mucho apoyo del pueblo, solo nos apoyaron algunos familiares y más que nada mi abuela. Las dificultades que tuve con mi familia, las superé trabajando. No había personas que nos orientaran psicológicamente. La sociedad te acoge porque vales o porque conoces y trabajas. Nadie te acoge cuando eres un vago, ocioso y no sabes hacer algo. Aunque seas huérfano, nadie te acoge, ni tus tíos.

Desde hace cuatro años estoy formando una empresa, estoy en los inicios. La conformamos mis primos, hermanos y algunos amigos. La empresa se dedica al comercio de leche y derivados lácteos. En Allpachaka hay estas potencialidades, pero el gobierno no te motiva ni alienta a los trabajadores. Mi perspectiva es que se haga un trabajo sostenible, tecnificando la ganadería y protegiendo el medio ambiente, con forestación, por ejemplo.

Mis paisanos tienen la idea de gestionar la distritalización para Allpachaka para poder captar más fondos. Yo no estoy tan a favor de la distritalización, porque si uno quiere desarrollarse, lo hace. Todo depende del hombre y de su trabajo.

Para que no se repitan los años que hemos vivido, recomiendo que empecemos a trabajar para que todos de alguna manera progreseemos. Pero si no hay oportunidad, no va a ver progreso y siempre habrá egoísmo. Al Estado pido que haga un buen gobierno, que haya equidad e igualdad de oportunidades para todos, que haya una buena educación y salud, que haya verdad, justicia y una reparación digna para todos.

Una comunidad, región o nación que no conoce su historia estará siempre condenada a repetir lo que pasó. Por eso recomendaría que en las universidades, colegios y escuelas se dicte un curso de lo que ha pasado, solamente así podemos prevenir que se repita. Finalmente digo que la mejor forma de reconstruir el pueblo es tener buenos profesionales y que haya una economía sostenible para que la gente ya no se rebele.



Planta procesadora de lácteos de Jesús y su familia en Allpachaka, 2014

LA VIDA YA NO ERA VIDA

1.



2.



3.

1. Jesús Salvatierra Carrión en Allpachaka, 2015
2. Jesús descargando palos
3. Jesús con Susana Villarán ex alcaldesa de Lima y Percy Sulca alcalde Chiara, 2015



FELIPA SULCA QUISPE

(11/04/1964)

FRANCISCO ROCA HUAMÁN

(10/10/1943)

Felipa

En tiempos de la violencia desaparecieron mis seis hermanos. Eramos nueve, pero ahora sólo quedamos tres. Los terroristas y los militares los hicieron desaparecer. Dos de mis hermanos desaparecieron en manos de los militares y hasta ahora no sé nada de ellos. Dos desaparecieron en manos de los terroristas y los militares hicieron desaparecer también a mi cuñado y su hijo; además, nos detuvieron y nos llevaron presos a Casacancha. Nos hacían trabajar: limpiábamos baños y nos mandaban hacer de todo. Los militares me nombraron “teniente” y dijeron que yo haría valer al pueblo. Así nombrándonos, nos soltaron. A Eulogio Salvatierra también lo nombraron autoridad. Entonces en el pueblo siempre esperábamos a los militares. A los terroristas también les dijimos que los militares nos habían nombrado. Después pensamos que de repente los militares se iban a enterar que hablamos con los terrucos y con miedo esperábamos, todos temblorosos, porque -si hubieran sabido- nos habrían matado.

Los militares venían hasta nuestra casa a pegarnos, nos ponían las armas en los cuellos y nos decían: “avísanos donde están los terroristas; dicen que tú también eres terrorista”. Nos pegaban a mí, mi hijo, mi nuera y a mis dos sobrinos que yo cuidaba desde pequeños. Se llevaron toda nuestra plata, ropa, cama, poncho; solo dejaron cosas que no servían. Venían con su cuchillo más. Igualito hacían los montoneros. Los varones se escapaban, se escondían. Pensaban que a las mujeres y los niños no nos harían nada. Nosotras no podíamos escapar. Los terroristas igual. Nos reunieron a mí y a otras mujeres. Nos hicieron arrodillar separadas de dos en dos y entre ellos se preguntaban “¿con qué las mataremos?”

El comité de autodefensa le decía a mi esposo cuándo tenía que vigilar. Hasta a las mujeres nos decían. Rondábamos en los cerros entre dos y cuatro mujeres con nuestras lampas. Cuando se tranquilizó un poco la situación, empezó el empadronamiento. Nos repartieron tarjetas y nos dijeron: “con esto nadie les va a tocar, ni los militares.” Pero los terrucos seguían fastidiando. Entonces los militares nos dijeron: “vivan unidos, por allá han matado otra vez a gente; hagan rondas entre ustedes, si no, morirán todos.” En ese entonces, yo era autoridad administrativa y la gente me conocía. Nunca pertenecí al comité de autodefensa.

Los militares me decían: “esta trabajadora no puede pertenecer a los terroristas, porque está defendiendo a su pueblo.” Una vez cuando estaba arando en mi terreno, muchas personas empezaron a escapar por los cerros, los militares me acorralaron y dijeron: “no, esta mujer no puede ser parte de los terroristas”, y me dejaron. Vieron mi casa amontonada de papas, pero no me decían nada.

Actualmente me dedico a mis animales, porque en la universidad nos han capacitado y aprendí sanidad animal y manejo de pastos. Me sostengo con los animales. Hace tres años me despidieron de la universidad y recién me van a dar mi liquidación. Me la darán porque abrí juicio para que me diera mi pensión. Tengo un abogado que mi hijo contrató.

No estoy inscrita en el Registro Unico de Víctimas. Los que se han inscrito no me pasaron la voz, será porque vivo alejada del pueblo o porque piensan que no necesito apoyo teniendo tanto ganado.

Me gustaría que se haga un museo en nuestra casa comunal, para que nuestros niños conozcan nuestro pasado. Por último, pido justicia por mis vecinos, hermanos, por mis cuñadas y cuñados. Que las personas que los mataron paguen por sus crímenes en la cárcel.

Francisco

Tengo 72 años, estoy casado con Felipa Sulca Quispe y tenemos dos hijos. Sólo estudié transición, porque los hacendados no querían que estudiáramos. Decían: “si estudian nos pueden voltear”. Querían que fuéramos sus peones eternos. En cambio, sus hijos estudiaban en los mejores colegios de Ayacucho. Los hacendados vendían la cebada y las papas que nosotros producíamos.

Mi abuelo era montador de caballo (jinete) y Capelletti lo contrató como peón. Entonces caminaban juntos, traían toros bravos desde Pampa Cangallo hasta Allpachaka. Mi abuela era cocinera en la hacienda; ahí se conoció con mi abuelo. Somos seis hermanos: tres mujeres y tres varones; dos viven en Lima.

Cuando el hacendado Capelletti vendió sus terrenos a la universidad, las autoridades universitarias dijeron al hacendado: “nosotros vamos a pagar buen sueldo, hacer estudiar a ellos y sus hijos, y no los vamos a maltratar.” De verdad, la universidad nos hizo estudiar. Lotizó terreno para hacer una casa de estudios (escuela) y los ingenieros venían a inspeccionar la construcción. Cuando se inició la escuela, los profesores venían de Ayacucho, contratados por la universidad. Eran buenos docentes. En la mañana enseñaban a los niños y en las tardes nos enseñaban a nosotros. Veníamos a estudiar desde lejos junto con nuestras parejas. Cuando se hacía de noche regresábamos encendiendo nuestra velita. Allí recién conocimos las letras. Los que estudiamos éramos todos trabajadores de la universidad. Éramos como quince personas que estudiábamos en la escuela.

En el año 1979 o 1980, los terroristas aparecieron; no sabemos de dónde vinieron. Nos preguntaban: “¿trabajan bien? ¿les gritan sus patrones? ¿cuánto les paga?” y muchas cosas más. Nosotros les dijimos cuanto ganábamos y ellos dijeron: “¿solo eso, nada más ganan?”

Una mañana aparecieron con armamentos y terminaron con todas las vacas de la universidad. Trajeron el mejor toro reproductor, lo mataron y en una olla grande lo hicieron cocinar. Nos dijeron que comiéramos todos. Cuando amaneció vinieron más terroristas. Quemaron los tractores, entre otras cosas, y se fueron llevando las vacas de raza Brown Swiss; las chuscas nos las regalaron. Entonces reunimos las vacas que nos regalaron; eran como la mitad. No sabíamos si estábamos actuando bien o no.

Después empezamos a trabajar con los militares. Cuando se fueron los militares, regresaron otra vez los terroristas y por segunda vez llevaron todas las vacas hasta las recién nacidas. Nos amenazaron, diciendo: “si otra vez hacen algo, los mataremos”. En mi familia yo soy el único afectado, porque mis hijos se fueron a Lima.



Felipa Sulca y Francisco Roca en su casa de Allpachaka, 2014

1.



2.



1. Francisco labrando terreno para la siembra
2. Francisco juntando avena para sus ganados
3. Francisco junto a su hermano Víctor, 2014

3.



MARINA QUISPE CARRIÓN

(24/02/1961)

Tengo 54 años y hace unos meses mi esposo dejó de existir. Estuvimos casados 39 años y tuvimos nueve hijos. Unos viven en Allpachaka y otros en Huamanga. Soy evangélica. Mis padres y abuelos son de Allpachaka y Mansanayuc respectivamente. Estudié primaria completa en Allpachaka.

Dejé mis estudios para dedicarme a trabajar. En las ferias vendía comida y los demás días me dedicaba a cuidar el ganado de los familiares. Cuando me casé, no pasaba buena vida, porque me llené de hijos y no sabía dónde ir, ni qué hacer. Mi esposo se emborrachaba y me pegaba mucho.

En Allpachaka teníamos una casa y mi esposo trabajaba en la universidad como guardián. Hacíamos guardia juntos. Fue en ese tiempo que empezó a llegar mucha gente de noche, algunos a pie y otros a caballo. Mi esposo me mandó a la casa por miedo que pasara algo y yo obedecía. Pusieron banderas en diferentes lugares, y como mi esposo no llegaba, fui a buscarlo. Me dijeron que lo habían capturado a él y otros trabajadores más. Los habían amarrado y encerrado. Cuando entré a las oficinas, vi los documentos y papeles tirados en el suelo. Saquearon la quesería y amontonaron en la plaza quesos, ollas, herramientas y todo lo que encontraron. Vi las vacas en el establo, algunas muertas y otras agonizando. Soltaron a mi esposo y enseguida nos fuimos a nuestra casa.

Pocas horas más tarde llegaron los sinchis en un helicóptero. Nadie sabía quién les avisó, pero la gente empezó a decir que fue mi madre Celestina. Por eso le han rapado su cabello. Ella era inocente porque fue otra señora la que salió a hablar, incluso en la televisión. Después se calmó la situación y dejaron de venir los terroristas. Con mi familia nos fuimos a vivir a Huamanga, sin nada. Allí sufrimos también la persecución. Vivíamos huyendo de un lugar a otro, alquilando casas.

Meses después, los comités de autodefensa lo desaparecieron a mi hermano José, mientras que los militares desaparecieron a mi hermana Áurea y a mi madre Celestina.

Regresé a mi pueblo, porque designaron a mi esposo como autoridad del pueblo. Pero a mí me entregaron a los militares. Me llevaron con cinco meses de embarazo y luego de doce días me soltaron. En ese tiempo detuvieron a trece personas. Me tuvieron amarrada y sufrí mucho por el frío, pero gracias a Dios no me han torturado. Al poblador que me había entregado le pregunté: “¿por qué me haces esto?, ¿de qué me odias?, ¿acaso yo participaba como tú?”. Solo agachó la cabeza y queriendo arrodillarse me pidió perdón, diciendo que lo hizo en un momento de resentimiento. Una mujer militar dijo: “señora, nosotros no sabíamos nada; este hombre es el único culpable, golpéalo.”

Finalmente, quien nos sacó del encierro fue el señor Gregorio Ventura de Rosaspata, que era familiar de mi papá y autoridad. El se encargó que no me pasara nada malo. También vino a vernos el señor Marcelo Pariona (que en paz descansa). Por ese

tiempo también estaba preso el señor Edmundo Prado, a quien le tenían amarrado a una combi.

Nos liberaron de uno en uno. A mí me llamaron al atardecer. Mi tío le había avisado a mi padre para que me esperara. Al salir me devolvieron el canguro que llevaba en la cintura y que me habían quitado. Allí tenía dinero de mis ahorros. Habían sacado toda la plata.

Los terroristas volvieron para saquear lo que quedaba de la universidad, por lo que la comunidad de Allpachaka fue declarada zona roja. Había terroristas en Allpachaka, y en la universidad había profesores que eran militantes de Sendero.

Pocos días después, en el cerro de Huayra Molino, se escuchó una trompeta que anunciaba la llegada de los militares. Habían rodeado todo Allpachaka y estaban dispuestos a dejarlo polvo, quemando lo que encontraban a su paso. Fue entonces cuando pensé: “no están nuestros esposos, no hay ningún varón en el pueblo, ¿acaso no podemos darles alcance a estas personas?, ¿no podemos hacer que se levante Allpachaka?”. Alguien trajo la bandera de la escuela, una muy grande y vieja. Con ella en brazos fuimos a dar alcance a los militares en el cerro Pukulloyuqkata. Es así que levantamos Allpachaka. Un grupo conformado únicamente por mujeres, le hicimos frente a un grupo muy numeroso de militares. Estuvimos muchas mujeres lideradas por mí. No sé qué me dio para tomar valor. Los militares a punta de golpes e insultos nos reclamaron por nuestros esposos. Respondimos que estaban trabajando y les dijimos: “¡no vamos a dejar nuestro pueblo, no nos matarán; ya hicieron desaparecer a nuestros familiares; nosotras no abandonaremos nuestra tierra.” Los militares estaban dispuestos a hacer desaparecer todo el pueblo, pero logramos la tranquilidad. Después nombraron autoridades y poco a poco se fue restaurando nuestro pueblo. Se hizo la repartición de tierras para los comuneros. Seguían viniendo los militares y los terroristas, uno después del otro, pero ya no nos afectaban más.

Producto de los atropellos de aquellos tiempos es que ahora sufro de dolores en la cabeza y mi hijo nació con algunas afecciones en su salud. Yo he sido afectada por el terrorismo, pero el Estado solo me reparó con un monto irrisorio y eso fue por la desaparición de mi madre. En lo que a mí respecta nunca recibí apoyo, ni de la comunidad y menos del Estado. Apenas voy a la posta para hacerme tratar, pero ellos solo me dan calmantes.

La población de Allpachaka ha sufrido demasiado, tanto física como emocionalmente. Hemos aprendido a resurgir después de habernos quedado absolutamente sin nada, porque quemaron nuestras casas y saquearon nuestras pertenencias. Ahora trabajamos para obtener un poco de dinero, comprando unas vaquitas y sembrando lo que podemos. Así hemos podido recuperarnos, restablecer nuestro pueblo y educar a nuestros hijos, pero no podemos cerrar nuestras heridas.

Actualmente (2014) soy presidenta de ANFASEP, base Allpachaka, pero no sé cómo hacer los procesos. Desde que asumí el cargo, tengo dificultades, porque no tengo estudios. Solicité a las autoridades un local para la asociación, para que las socias

podamos reunirnos e implementar un espacio de reflexión como museo o casa de recuerdo. A veces nosotras mismas no podemos pensar bien las cosas.

Tengo entendido que las reparaciones son para cada víctima. Entonces, ¿por qué el Estado no repara a todos? ¿Por qué continua la discriminación entre peruanos? Si hay recursos en el Estado, ¿por qué nos discrimina? A veces pienso que nosotros mismos debemos entrar al poder para atender a los más necesitados.

Finalmente, recomiendo a los jóvenes que no caigan en engaños. Nos engañaron y sufrimos mucho durante esos años de violencia. Hay que informarles de los problemas del terrorismo, para que reflexionen y defiendan su tierra como nosotras las mujeres lo hemos hecho.

2.

1.



3.

1. Marina Quispe Carrión en la puerta de su casa, 2014

2. Marina Quispe Carrión en la puerta de su casa, 2014

3. Marina (a la derecha) con otras mujeres de Allpachaka, participando en concurso de platos típicos

MARTÍN QUISPE HUAMÁN (03/03/1944)

Tengo 71 años y soy católico. No tengo estudios de ningún tipo, porque en aquellos años no había ningún centro educativo en la zona. Estoy casado con la señora Carmela y tengo seis hijos, los cuales ya son independientes y viven aparte, pero en la misma comunidad de Allpachaka.

Cuando aún no se iniciaba la violencia social, vivíamos tranquilos. En aquellas épocas yo trabajaba en la hacienda de la familia Capelletti. Trabajábamos sin salario, sobrevivíamos con nuestras propias siembras en un terrenito que el hacendado nos había dado. Llevábamos los productos de Allpachaka a Huamanga a caballo, porque en aquellos tiempos no había carro por la zona. Salíamos muy temprano y llegábamos alrededor de las 5:30 de la tarde. El recorrido lo hacíamos por turnos, en cada turno éramos una o dos personas, y la carga consistía en papa, cebada y lana de merino. Cuando el hacendado compró un carro, dejamos de llevar la carga a pie. Vendió la hacienda a la universidad porque se endeudó. También trabajamos en la universidad, pero ya remunerados. No recuerdo exactamente cuánto, pero cada vez mejoraba un poco.

La violencia social empezó con engaños. Los compañeros nos decían de todo, engañando a unos y otros en distintos pueblos. Muchos se unieron y llegaron a ser mandos. No recuerdo exactamente el año, pero fue cuando yo estuve de guardián en la universidad y entonces aparecieron en los cerros las banderolas rojas. En la noche yo subía hasta la parte alta del cerro y veía pasar a los tutapuriqkuna.

Me quisieron convencer para ir con ellos de pueblo en pueblo, pero no acepté y días después llegaron los militares. Yo paraba escapando, solo las mujeres quedaban en la casa porque todos escapábamos a los cerros y en las noches también dormíamos en los cerros. En una de esas nos atraparon y nos llevaron a Putaqa, a mí, Eusebio Quispe y Leoncio Carrión. Antes de llegar a Putaqa yo me peleé con los militares que me golpearon con un arma y me llamaron terruco. En ese entonces uno de los hermanos de mi mamá, que vivía en Rosaspata, apareció y le increpé que nos llamaran terrucos. El había sido uno de los mandos.

Estuve detenido una semana con Eusebio. Nos castigaban amarrándonos las manos hacia atrás con cables y nos levantaban con soga sujeta a troncos. Había un cilindro cortado de la mitad lleno de agua y nos bajaban de cabeza cada tarde. Cuando ponían nuestra cabeza al agua, balbuceábamos y tragábamos agua, eso era cada cinco minutos; luego nos sacaban y nos metían al hueco así mojados. El hueco estaba sin pellejos y sin frazadas. Hicimos amistad con un soldado llamado Huayta. Le pedimos si podría abogar por nosotros para que nos soltaran. El dijo que teníamos que conseguir carneros para pagar. Mi esposa hizo todo lo posible para conseguir dos carneros y los trajo al cuartel. Cuando nos soltaron, teníamos las manos todas heridas y peladas. Estaba tan maltratado que ya no podía trabajar, por eso me despidieron de la universidad. Además, al momento que nos liberaron, no nos devolvieron nuestras libretas de identidad y tuvimos que regresar al cuartel llevando carneros para que

nos las devolvieran. Gracias a Huayta estamos vivos, porque el plan de los militares era matarnos. Este amigo abogó por nosotros para que saliéramos libres. El había hablado con sus superiores y éstos le habían pedido varios carneros, por eso hemos pagado. Las autoridades de Allpachaka nos ayudaron mucho, sobre todo el señor Eulogio Salvatierra, a quien debo también mi libertad.

Los terroristas ingresaron en dos o tres oportunidades a la universidad. En la primera nos reunieron en el parque y mientras estábamos reunidos, los terroristas estaban saqueando. Se llevaron las vacas, quesos, quemaron tractores, saquearon el almacén. Parte del saqueo nos regalaron a nosotros. Cuando volvieron la segunda vez, ya no nos reunieron; solo quemaron las casas, entre ellas la mía. Quemaron nuestros documentos de matrimonio civil y religioso y todas nuestras pertenencias. A mí solo me torturaron los militares, no los senderistas.

Hoy me dedico solo a la ganadería, porque mis manos no sirven para trabajar la tierra, debido a las lesiones y maltratos que me propinaron los militares. Siembro poco porque somos solamente mi esposa y yo. Algunos de mis hijos me apoyan, por eso estoy contento. Ahora que estoy al borde de la muerte, espero que el Estado me pueda apoyar para mi tumba. También espero que nunca más vuelva la violencia, porque si eso pasara, mis hijos y nietos sufrirían mucho. Creo que las autoridades pueden hacer algo para evitarlo, como gestionar para que se haga lugares de memoria en la comunidad y enseñar el pasado a la nueva generación. Hay muchas cosas que pueden hacer.



Martín Quipe Huamán en la puerta de su casa, 2014



1.

2.



3.

1. Martín y su esposa Carmela en Allpachaka, 2014
2. Martín, su esposa y nietos en su casa de Allpachaka
3. Martín, su esposa y nietos en su casa de Allpachaka

MIGUEL ANGEL SALVATIERRA TENORIO⁷

(20/09/1981)

Tengo 34 años, soy católico y nací en la comunidad de Allpachaka. Desde hace cinco años convivo con Eulalia Gómez Quicaño, con quien tengo un hijo. Estudié en la ciudad de Ayacucho y tengo educación superior incompleta.

Mis abuelos migraron por cuestiones de trabajo a las haciendas para buscar mejor calidad de vida para sus hijos. Gracias a la reforma agraria mis padres se establecieron como comuneros en la comunidad de Allpachaka. Yo me dedico a la agricultura y ganadería, además de ser técnico inseminador.

En la época de la violencia política yo era niño. Si bien no lo viví, estoy informado de la situación por diversos medios. Según cuentan nuestros mayores, el foco fue mi comunidad de Allpachaka, porque había mucha población joven desocupada, además de la presencia de la universidad. Cuando uno es desocupado, es fácil de captar.

El Estado debe tomar carta en el asunto de la reivindicación, porque lamentablemente aquí falta mucha comunicación, apoyo e información. La sociedad debe conocer cómo se dieron las cosas y cómo podemos evitarlo. Yo creo que la violencia ha dejado secuelas físicas y psicológicas en las familias y los deudos, y esto afecta el rendimiento de los hijos y su desempeño en general. Por ello yo exijo justicia; que los culpables paguen por el daño que hicieron. Eso no puede quedar impune porque, quizá, si esto no hubiera pasado, la gente hubiera escalado más y hubiera logrado más.

Sobre el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación tenemos muy escaso conocimiento, pero nos gustaría que se nos dé resúmenes a través de capacitaciones. Tenemos que ser capaces de decir, esto pasó una vez y no debe volver a pasar. Hay que unir esfuerzos para evitarlo. La violencia desplazó a mucha gente de sus lugares de origen, entre ellos a mi familia. Cuando empezó la violencia, fuimos a vivir a Lima y luego a Ayacucho, para evitar ser partícipes en este movimiento. No sabemos cuál era su propósito, pero considero que no fue por la igualdad, porque uno no puede lograr la igualdad matando a sus semejantes. Por el contrario, hemos sufrido un retroceso y un daño tremendo. En todo caso, si ese era su propósito, debían haber planteado quizá una lucha ideológica y no una lucha armada.

Como autoridad me preocupo por hacer cosas buenas para la comunidad con perspectiva hacia el futuro, evitar el pesimismo, tratar de cubrir la mayor parte de las necesidades en salud, en educación, etc. La población de Allpachaka tiene escaso acceso a los programas sociales como "Juntos" o "Pensión 65".

Estamos viendo el proceso de distritalización, puesto que aquí tenemos población numerosa. Tenemos un centro de salud, un colegio, educación inicial y primaria, el centro de producción de la universidad, contamos con el canon gasífero, tenemos

⁷ Miguel Ángel es una autoridad joven de la comunidad. Es sobrino de Eulogio, Marcelo y Teodosia Salvatierra Hinostroza.

alcantarillado, agua y desagüe. Creo que con esto se puede crear un nuevo distrito, siempre y cuando las autoridades agilicen los procesos administrativos.

Con respecto a la reparación, pediría que se indemnice a los deudos y que tengan acceso a los programas sociales y de educación como “Beca 18”. Un problema sigue siendo que a las zonas rurales nos mandan generalmente maestros poco capacitados. Los que ahora pueden seguir educación superior, debieran volver a su tierra para ejercer su profesión.

El tema de reconciliación implica varias cosas, como el perdón, la verdad, la memoria y las reparaciones. Si bien nosotros tenemos información de lo que fue la violencia social, sería bueno tener lugares de memoria con placas, murales, testimonios, donde podamos recordar los nombres y contar la historia de la violencia.



1.



2.

3.



4.



1. Miguel Ángel Salvatierra Tenorio y su hijo Nicolás con sus ganados en Allpachaka
2. Miguel sacando avena para dar a sus ganados, 2014
3. Miguel y su hijo juntando avena para sus ganados, 2014
4. Miguel reuniendo empaque de avena, 2014

SEVERO PAQUIYAURI CALDERÓN (11/11/1971)

Nací en la comunidad de Pampa Cangallo en el año 1971 y tengo 44 años, soy católico. Somos cinco hermanos, pero en aquellos años solo éramos dos, Víctor y yo, siendo el primogénito. Mis padres sirvieron en la hacienda de Oscar Huamán. Ahora yo tengo esposa y tres hijos, que son jóvenes todavía. Me dedico a la agricultura y la ganadería para poder sustentar a mi familia y educar a mis hijos que están en edad escolar.

Nosotros no pudimos ir a la escuela, porque mi papá no tenía dinero. Estudié en la escuela de Allpachaka hasta tercer grado de primaria. Justo para pasar a cuarto año, se inició la violencia y dejé de estudiar durante diez años (1981-1991). Cuando se calmó un poco, retomé mis estudios. Ya tenía más de 20 años y ya no había posibilidad para seguir estudiando. Solo concluí la educación primaria. Si no hubiera habido esta violencia, posiblemente mis padres nos hubieran educado.

A mi papá lo inculparon como terrorista y le llevaron preso. Era ganadero. Mi padre tenía platita para poder sobrevivir y educarnos, pero la perdió a causa del terrorismo. Cuando fue detenido, nosotros pensábamos que iba a desaparecer por completo como otros de mis paisanos, pero gracias a Dios mi padre vive a la fecha.

Me acuerdo que un día los colaboradores de Sendero Luminoso empezaron a llamar con parlante. No sabíamos de qué se trataba. Fuimos al centro experimental de la universidad y vi que ya habían capturado a los trabajadores que tenían las manos amarradas. Ese día la universidad fue saqueada. Se llevaron todo lo que había en el almacén, en la planta procesadora de queso y destruyeron el centro de capacitación campesina. Habían instalado dinamitas mediante cables en todas las oficinas, luego empezaron a matar las vacas. Había como 40 vacas lecheras y las apuñalaron con cuchillo. Pobre vacas, sufrieron mucho al morir. Más o menos al medio día, los colaboradores de Sendero prepararon almuerzo.

Posiblemente los terroristas vinieron del lado de Chuschi porque regresaron hacia allá. No los reconocimos porque estaban encapuchados. Se llevaron como treinta vaquillonas puras selectas y también quesos y herramientas.

En la tarde llegaron los militares, pero ya no estaban los que habían asaltado la universidad. Al día siguiente nos llamaron para preguntarnos quienes eran, pero nosotros desconocíamos a los terroristas. Los militares estuvieron una o dos semanas en el lugar. Las personas que habían sido capturadas por los terroristas fueron liberadas. Todo esto ocurrió en el primer asalto que fue en mayo de 1982.

El segundo asalto fue más o menos en enero o febrero del siguiente año. Esa vez la universidad fue totalmente saqueada. No dejaron nada. Se llevaron aproximadamente 400 a 500 cabezas de ganado. Aprovecharon la noche para llevárselos por las herraduras. Allí es donde mataron a dos personas (Julián Salvatierra y un señor de

apellido Callañaupa). Ellos fueron asesinados por los terroristas en el cruce del río, cerca de la comunidad de Llachoccmayo.

Mi papá tenía una tiendita donde vendía alcohol y abarrotes. Entraron los ronderos y casi me llevaron, pero mi abuelita me agarró. Si no, ya habría muerto. Sí se llevaron a un amigo de mi edad, a un anciano y dos jóvenes más. Liberaron solamente a dos mujeres, ellas nos informaron que al resto los habían matado.

Nosotros empezamos a formar un comité de autodefensa. La primera organización la hemos hecho 5 pueblos: Cusibamba, Satica, Munaypata, Allpachaka y Llachucmayo. Entre 1987 y 1990 estábamos organizados como comité de autodefensa, pero todavía no utilizábamos armamentos. Como Allpachaka era sede, íbamos a organizar a los otros pueblos. Yo era miembro del comité de autodefensa, a nosotros nos organizaron los militares del cuartel de Quicapata en Huamanga.

Cuando los terroristas entraban por las noches, nos enfrentábamos. Una vez vino una señora con un bebé, trayendo un documento de Incaaray. En ese documento decían que tales y tales personas iban a morir. Ella debió ser militante de Sendero, la capturamos y la llevamos a la base de Sachabamba donde la entregamos a los militares. Nos defendíamos con un armamento pequeño (hechizo), que nos fue entregado por los militares del cuartel. Para organizar otros comités, viajé a Pacaycasa, Huayllapampa, Trigopampa y Urquhuasi. Allí hubo un enfrentamiento mientras estábamos sin armamento. Eramos como 400 ronderos de todas las comunidades. Puedo afirmar que los que pacificamos el país, fuimos los comités de autodefensa.

Los que quedamos, viajamos hacia Huamanga para presentar denuncia y pedir protección. Quedaron en el pueblo aproximadamente diez personas. Llegando a Huamanga nos hospedamos en la casa campesina de la Federación Agraria Departamental de Ayacucho (FADA) y nos alimentamos con ollas comunes durante quince días. Luego pasamos a la iglesia de Magdalena, donde nos quedamos otros quince días, para después regresar a Allpachaka.

Habíamos presentado la denuncia, explicando lo que había sucedido. Mi padre era una de las autoridades, juntamente con el señor Eulogio Salvatierra.

Más o menos en 1991 se instaló en Allpachaka la base militar para proteger la planta de maquinaria del Proyecto Especial Río Cachi. Los militares estuvieron dos años aproximadamente. Ellos nos resguardaban y cada domingo nos obligaban a izar la bandera nacional en la plaza principal de la comunidad. En esos años los militares seguían cometiendo muchos abusos: mataban nuestros animales y se los comían.

Los militares nos tomaron como reclutas. Eramos quince y nos han instruido por tres meses en el cuartel de Huamanga para poder defendernos. Nos entregaron diez armamentos (wínchester) para trabajar con el comité de autodefensa de Huamanga. Desde aquél tiempo hasta ahora ya no vemos terroristas.

Yo no tengo seguro de vida. Si hubiera apoyo, me gustaría que me aseguren con toda mi familia. Yo no tengo ninguna educación, pero estoy educando a mis hijos.

Mi esposa como familiar de víctimas tiene certificado de acreditación. Con eso mis hijos podrían educarse, pero hasta ahora no hemos recibido ninguna reparación. Escucho en los medios de comunicación sobre los componentes del Plan Integral de Reparaciones y espero que los ex miembros del comité de autodefensa también seamos reparados, como los familiares de las víctimas de la violencia política.

Yo platico con mis hijos de todo lo que ha pasado, pero a veces ellos no me creen. Por eso pido que se dicten clases en las aulas de las escuelas, colegios y universidades sobre todo lo que ha pasado. Solo así evitaremos que vuelva la violencia. Además, debe haber sanción para los responsables que cometieron asesinatos, desapariciones y todo tipo de violencia en esos años. No debemos permitir la impunidad en el país.



2.



3.



1. Severo Paquiyaury Calderón con sus hijos en Allpachaka, 2014
2. Severo y su hijo, limpiando la ubre de la vaca para ordeñar
3. Gloria Quispe, esposa de Severo ordeñando una vaca, 2014

SIXTO ARMANDO ESCALANTE HINOSTROZA⁸

(20/04/1970)

Tengo 45 años de edad, soy católico, y soy el segundo hijo de nueve hermanos. Estudié hasta segundo grado de primaria. Estoy casado hace más de 25 años y tengo cuatro hijos. En 1975, cuando tenía cinco años, toda mi familia vino a la comunidad de Allpachaka. Aquí vivíamos y trabajábamos para el hacendado Oscar Huamán. El pago era muy poco, pero nos pagaba.

Cuando empezó la violencia política, tenía más o menos 12 años de edad. Atacaron el centro experimental, quemaron las casas, se llevaron los animales. Mis hermanos y yo dejamos de estudiar porque dinamitaron el colegio.

Varios años después, siendo ya joven, me llevaron preso en Casacancha. Eramos varios y nos sindicaron de terroristas, pero éramos inocentes. Sin tener culpa, los militares nos han llevado y torturado. Quien nos señaló fue un poblador de esta misma comunidad, que ni siquiera nos conocía bien. Pensamos que nos ha inculcado por el dolor que tenía. Fue torturado por los militares y tenía heridas por todas partes. Los militares nos llevaron amarrados de las manos y cuello al cuartel. Ahí estuvimos durante doce días. Seleccionaron a la mitad y los llevaron en helicóptero a Huamanga, a la otra mitad nos dejaron en el cuartel de Casacancha. Nos han maltratado a todos, con la culata de armamentos nos golpeaban en el pecho, nos pateaban, nos daban puñetazos, hacían lo que querían con nosotros. Nos trataban y maltrataban como a un perro. No había respeto ni a las mujeres.

Las autoridades de Allpachaka nos visitaban. Me acuerdo del señor Edmundo Prado, a quien le detuvieron posteriormente. Otras autoridades venían a la cárcel y nos traían algo de comer; mi mamá también venía a verme. Los militares nos dijeron que saldríamos, si los que estaban en Huamanga declaraban bien. Así pasó. Primero soltaron a los que estaban en Huamanga, después a nosotros. Cuando nos soltaron, teníamos que ir cada semana al cuartel para hacer nuestra declaración.

En 1985 -no me acuerdo exactamente el mes- otra vez me llevaron preso, pero esta vez al cuartel de Pampa Cangallo. Eramos tres. Nos hicieron lo mismo: nos torturaron, golpearon, hicieron lo que quisieron. Nos soltaron después de dos días.

Tengo varios familiares que han muerto en 1985. Un familiar fue matado por los del comité de autodefensa, aduciendo que era terrorista. Los militares mataron a otro familiar, de quien se decía que participaba en SL.

Aparte de las torturas de los militares, los miembros del comité de autodefensa también nos masacraron. Quemaron casi todas las casas. El pueblo se volvió como un desierto, solo algunos se quedaron. Eramos maltratados por los terroristas, los

⁸ Es hijo de Aurelia Hinostrza Cisneros y hermano de Clementina Escalante Hinostrza.

militares, y también por los de la autodefensa⁹. Todos nos decían que, si no los apoyábamos, nos matarían.

Poco a poco empezó la pacificación e iniciamos la organización de nuestro comité de autodefensa con la ayuda de los pueblos de Rosaspata y Sachabamba. Yo también formé parte del CAD. Los militares nos entrenaban.

Para conformar el comité de autodefensa, nos reunieron y el primer comando fue el señor Marcelo Salvatierra y después el señor Desiderio Moreno. Caminábamos con armamentos y todos estábamos para defendernos, también los ancianos.

En esos tiempos de violencia, no dormíamos en nuestras casas, dormíamos en los cerros. Sufrimos mucho y gastamos muchas lágrimas, durmiendo o no durmiendo, por culpa de los militares y de los terroristas.

Ahora, gracias a Dios, hay trabajo. Todo ha mejorado, hasta el pueblo ha cambiado. Yo me dedico a la ganadería y la agricultura. Ahora solo pienso en la educación de mis hijos e hijas. Yo pido al Estado alguna compensación por haber sufrido y haber sido torturado sin tener ninguna culpa. Como a un animal, nos hacían de todo.

No recibo ningún apoyo de programas sociales, solo mi esposa recibe del vaso de leche. Nos hemos inscrito en el Programa “Juntos”, pero no sabemos por qué no nos han aprobado. Pedimos justicia para mis familiares que han muerto y desaparecido, así como para los que sufrieron diferentes tipos de violencia durante ese periodo. Que los culpables sean sancionados. Los jóvenes no pueden caer en esos errores que nos afectaron a nosotros. Pero a veces no nos creen y se ríen. Recomendaría que se enseñe en las escuelas y colegios sobre lo ocurrido. También quisiera que en Allpachaka se construya un lugar de recordatorio para que nuestros hijos sepan y participen.

Cuando tenía 20 años de edad aprendí a tocar instrumentos como arpa, violín y guitarra. Más que nada toco violín. Toco los huaynos antiguos. Mis hijos ya no siguen mi camino porque no les gustan las canciones antiguas.



Sixto Armando Escalante Hinostrero en la puerta de su casa de Allpachaka, 2014

⁹ En este testimonio se puede apreciar las dos caras de los comités de autodefensa: de ataque y de protección.

1.



1. Sixto Armando en la puerta de su casa de Allpachaka
2. Sixto Armando, haciendo jugar a su hija, mientras su esposa Victoria Paquiyaui ordeña una vaca
3. Victoria Paquiyaui Calderón, esposa de Sixto Armando ordeña una vaca

2.



3.



EUSEBIO QUISPE JAULIS

(12/25/1959)

Tengo 56 años y soy católico. Estoy casado y tengo 8 hijos. Estudié hasta primer grado de primaria. En la comunidad de Allpachaka llevé los cargos de varayuq, vicepresidente, agente y teniente. También fui miembro del comité de autodefensa.

Desde muy pequeño, antes de la violencia, trabajé con mis padres para el hacendado Carlos Perleche. Eran bien abusivos con nosotros, nos gritaban y maltrataban. Sobrevivimos con nuestras siembras y ganados.

En la época de la violencia, los terroristas abusaban, maltrataban y asesinaban a nuestros hermanos. Y cuando llegaron los miembros del comité de autodefensa, igual nos maltrataban. En ese tiempo desaparecieron mis suegros, y yo fui torturado en dos ocasiones por los militares. Todavía me duele recordar los maltratos sufridos; los militares no tuvieron compasión. Contaré las dos ocasiones en que fui prácticamente masacrado por las fuerzas del orden.

En la primera ocasión me encontraba en mi casa cuando los militares llegaron. Me capturaron y me llevaron a Putaqa, donde estuve junto con varias señoras de la comunidad por más de once días. Nos maltrataron y nos tuvieron sin comer. Durante el día estábamos en un hueco y a eso de las nueve de la noche nos sacaban, nos golpeaban con armas y nos daban patadas. Nos amarraban de los brazos, nos colgaban, nos metían en cilindros llenos de agua, toda la noche nos tenían en pozos llenos de agua y en la mañana nos sacaban para sufrir los fríos intensos. De tanta patada, golpes y puñetes me rompieron las costillas y el omóplato. A pesar de eso, me seguían golpeando y no tuvieron compasión de mí. Muchas veces quise morir, porque ya no aguantaba los sufrimientos. Mientras tanto nuestras esposas junto con Eulogio Salvatierra, que era la autoridad en Allpachaka, hablaron por nosotros y consiguieron carneros para pagar a los militares. Así fue como nos liberaron, pero con la condición de que cada quince días teníamos que ir a firmar al puesto militar. Fue un maltrato muy grande el que vivimos.

Mi segunda captura fue dos años después. Fue más o menos en 1985 o 1986. En esos años yo era varayuq y cuando estaba caminando por las puertas del colegio, me capturaron y junto a varias personas nos llevaron a la base de Casacancha. No sabíamos a causa de que nos vinieron a buscar, pero suponemos que las personas que dieron nuestros nombres, fueron pobladores de aquí mismo. A ellos los habían capturado primero, llevándoles en helicóptero a Huamanga. Volvieron acompañados de policías, y es en esa ocasión que nos señalaron como terroristas. Así fue como nos llevaron a la base de Casacancha, donde los policías nos dijeron que no éramos terroristas, que éramos inocentes. No sufrimos maltrato alguno. Nos tuvieron cerca de 20 días, pero no nos golpeaban ni torturaban; nos daban de comer y hasta comían con nosotros. Cuando agarramos un poco de confianza, empezamos a jugar fútbol. Recuerdo que en uno de esos partidos me abrieron la frente con una ojota. Me llevaron a la enfermería, me atendieron y me curaron.

Cuando volví, trabajaba en mi chacra. Después de muchos años volvieron los ingenieros y querían botarnos de los terrenos que habíamos ocupado en su ausencia. Fueron nuestros propios vecinos -movidos por la envidia- los que sugirieron a los ingenieros botarnos de nuestros terrenos. Pero yo no me moví, alegando que ya tenía mis plantaciones de eucalipto. Me llamaron dos veces a Huamanga a dialogar con los representantes de la universidad y arreglamos las cosas.

Yo espero que la violencia nunca más vuelva. Imagínate tanto sufrimiento, nadie quisiera que vuelvan esos años de dolor. Yo les cuento a mis hijos y nietos del sufrimiento que tuve que pasar. Ellos me preguntan cómo estoy vivo aún, y yo les digo que debe ser por la gracia de Dios.

Las conversaciones con nuestros vecinos, al momento de encontrarnos o cuando nos sentamos a chachar nuestra coca, tratan sobre los años de sufrimiento y de los maltratos que pasamos. Son como recuerdos frescos que día a día nos llenan de tristeza, pero también nos hacen pensar que fuimos afortunados por estar vivos.

En la actualidad me dedico a la agricultura y la ganadería. Ya no puedo trabajar para otros, debido a las dolencias en mi brazo, columna y dolores internos que no me permiten levantar peso. Fuera de ello y olvidando mis dolencias, vivo tranquilo en compañía de mi esposa, de uno de mis hijos y mis nietos. Mi hijo me ayuda en los trabajos, pues no quiere que me esfuerce. No pude educar a mis hijos, porque en esos tiempos la violencia no me lo permitió. Solamente uno de ellos terminó la secundaria en Huamanga.

No cuento con el certificado de acreditación que el Consejo de Reparaciones está entregando a los familiares y víctimas de la violencia política. No me he inscrito aún. Yo pediría al Estado que nos ayude en nuestra salud para aminorar nuestras dolencias, y con atención psicológica.



Eusebio Quispe Jaulis en la puerta de su casa en Allpachaka, 2014



1.



2.

1. Eusebio, su esposa Modesta Huamán y nietos
2. Eusebio y Modesta con su ganado
3. La familia de Eusebio y Modesta delante de su casa



3.

MARCELO SALVATIERRA HINOSTROZA¹⁰ (19/01/1962)

Tengo 53 años, estoy casado y tengo 5 hijos. Actualmente ocupo los cargos de presidente del Comité de Regantes de la Comunidad de Allpachaka y secretario de la Asociación de Criadores de Ganado en Allpachaka. Estudié la primaria completa en Pacupata y educación secundaria en la provincia de Cangallo, pero lo dejé a medio año por buscar el dinero rápido. Mis padres llegaron a Allpachaka como trabajadores de los hacendados Oscar y Gladys Huamán. Nosotros nacimos en Allpachaka; somos nueve hermanos: cuatro estamos en Allpachaka, uno en Ayacucho y cuatro en Lima.

Anteriormente no había comunidad y por ende no había comuneros, solo eran sirvientes del hacendado. Con la Reforma Agraria se nos consideró comunidad campesina. Desde ese momento las tierras pasaron a manos de todos los sirvientes antiguos. Los hacendados se fueron y dejaron las tierras y el ganado.

La violencia empezó cuando quemaron las ánforas electorales en el distrito de Chuschi. Meses después llegaron hombres desconocidos y encapuchados a Allpachaka. Portaban armamentos y nos decían que venían a concientizarnos, que todo cambiaría y que nosotros también tendríamos plata, casa, carros, etc. Por las capuchas que llevaban puestas no podíamos identificar sus rostros, por eso no sabemos con exactitud si estas personas eran de la zona o de otros lugares.

En esos años, yo era negociante de ganado. Eramos varios. Había familias que militaban en Sendero Luminoso que nos pedían un cupo para dejarnos transitar libremente y nosotros les pagábamos. Poco a poco se masificó el problema.

Recién a finales de los años 80 empezamos a conformar rondas campesinas. Lo hicimos por mandato de los militares que venían desde Casacancha. Fui nombrado primer presidente del comité de autodefensa. Los militares decían: “si no eres terrorista y no quieres que mueran tus familiares y vecinos, tienes que aceptar el cargo de autoridad.”

Cuando asumí la presidencia del comité de autodefensa, los militares venían a pedirme informes de cómo estaba la situación. Nosotros, con la finalidad de salvar nuestras vidas, apoyábamos tanto a los militares como a los terroristas. Nos defendíamos con nuestras palabras, no teníamos armas. Los militares detenían a la gente a dedo. Cada vez que venían apresaban a varias personas. Nosotros reuníamos papa, dinero, huevos, ovejas y quesos. Cuando teníamos todo listo íbamos a la base militar de Casacancha a negociar con los jefes. Pero no soltaban así no más a nuestros compañeros. Nos decían que al día siguiente aparecerían en su casa. Los liberarían en algún lugar con los ojos vendados y las manos atadas. Logramos liberar a varias personas, pero también perdimos a muchos de nuestros comuneros.

Antes de que me nombraran presidente de comité de autodefensa, nos enteramos que existía una lista con nombres y mi primo Hinostroza nos informó que en la

¹⁰ Marcelo es hermano de Eulogio y Teodosia Salvatierra Hinostroza y tío de Miguel Angel Salvatierra Tenorio.

lista aparecían los nombres de Toribio Hinostrroza, Lucho Salvatierra (que en paz descanse), el mío y el de otras personas. Por temor a la muerte, no nos quedó otra alternativa que irnos muy lejos. Yo fui a Lima, pero no me acostumbraba; estuve cerca de dos meses y regresé. Seguí con mi trabajo de negociante. Iba y venía comprando ganado. En ese tiempo me capturaron. Me tuvieron durante tres días y tres noches totalmente desnudo, acusándome de terrorista y soplón. Luego, cuando se dieron cuenta del error, me soltaron.

Ahora que pasaron varios años, el Estado está dando reparaciones a los familiares de los asesinados y desaparecidos. Quisiera que me incluyan en esa lista, porque los que no hemos muerto, hemos sufrido también maltrato físico y psicológico. Nosotros, del comité de autodefensa, hemos ayudado a salvar muchas vidas, no solo de Allpachaka, sino también de los alrededores; contribuimos en la pacificación de todo el país. También pido justicia para que los responsables de los asesinatos y desapariciones sean encarcelados, porque esa gente ha sido muy injusta. Mataban sin consideración y sin estar seguros de las cosas.

En Allpachaka queremos que se recuerde el sufrimiento para que las generaciones futuras conozcan la situación que hemos padecido. Sería bueno tener un museo de la memoria y me gustaría que se escriba un libro donde se plasme el problema de la violencia social. En nuestras reuniones tratamos de dar ideas y orientar a nuestros jóvenes, algunos lo reciben bien y otros no.

Por nuestra gestión logramos el reconocimiento como centro poblado y actualmente estamos gestionando la distritalización. Entonces, tanto a nuestros vecinos como a las autoridades locales y regionales, les pedimos unirnos para mejorar y avanzar.



Marcelo Salvatierra Hinostrroza delante de su casa en Allpachaka, 2014

LA VIDA YA NO ERA VIDA

1.



2.



3.

1. Marcelo y su esposa Clara Sulca, 2014
2. Marcelo junto a sus ganados en Allpachaka, 2014
3. Marcelo contestando su celular



FELIMÓN SALVATIERRA GARAMENDI (28/07/1981)

Al amanecer del 20 de febrero de 1985, en el distrito de San Juan Bautista (Huamanga) un grupo de aproximadamente cinco a seis personas, encapuchados y portando armamentos, irrumpió en nuestra casa. A patadas rompieron la puerta principal hecha de calamina, y al ingresar preguntaron: “¿el señor Telésforo Salvatierra Tenorio?” Una inquilina llamada mama Vicenta, que vivía al lado del cuarto donde estábamos, dijo: “al costado vive.” Enseguida, nos tocaron la puerta y preguntaron otra vez por mi padre. El respondió: “yo soy.” Ordenaron a mi padre que los acompañara y entre dos lo cogieron de sus brazos. Apenas esperaron que se pusiera camisa y pantalón, se lo llevaron. Mi madre, en estado de gestación, y yo lloramos, y mi mamá suplicó que no se lo llevaran, pero fue en vano. Mientras unos sujetos llevaban a mi padre, otros dos nos agarraban a mí y mi madre, y los otros esperaban en la puerta. Empezaron a golpearnos a patadas y con la culata de su armamento. Pasados unos minutos, se fueron. Mi mamá me cargó y salió conmigo para seguirlos. Cuando salimos todo era oscuro y en la penumbra, el miedo se apoderó de nosotros. Desde esa fecha no sé nada del paradero de mi padre, no sé si está vivo o muerto, pero lo más probable es que los militares lo hayan matado.

Al día siguiente, cuando mi mamá preguntó a los vecinos si habían visto a mi padre, una señora dijo que se habían llevado a mi padre y a dos o tres personas más de la misma cuadra. Luego supe que eran familiares y amigos de mi padre. Esa noche también desaparecieron. Nos comentaron que se los habían llevado en un carro azul que pertenecería probablemente al Servicio de Inteligencia y que los habían llevado hacia la zona de Quicapata. Dicen que los detenidos tenían las manos atadas y estaban envueltos en frazadas. Se avisó lo que había pasado a un familiar que vivía en la ciudad y de inmediato se fue a la comisaria para presentar una denuncia.

Mi tío se contactó con un amigo del cuerpo de inteligencia y ese señor le dijo que había muchos detenidos en el cuartel Los Cabitos, entre ellos mi padre. Pidió una fuerte suma de dinero para sacarlo. Mi mamá no tenía plata al instante y -en su desesperación- ha pedido prestado a los amigos de mi padre. Como no alcanzaba, fue a la chacra a vender nuestros ganados. Días después entregó el dinero al amigo de mi tío y este señor desapareció llevándose toda la plata. Para empeorar las cosas, unas semanas después algunos amigos y amigas de mi padre vinieron, diciendo que mi padre les debía dinero. No sabemos si era verdad o mentira, pero mi madre tuvo que pagar vendiendo sus ganaditos.

Pasaron días, semanas, meses y nunca apareció mi padre. Mi madre siempre me llevaba en su búsqueda. En el camino nos encontrábamos con grupos de personas -en su mayoría mujeres-, que también buscaban a sus familiares desaparecidos. Contaban que, en ciertos lugares, cuevas y pampas, había personas asesinadas y abandonadas. Así conocimos Puracuti, Totorilla, Infiernillo, entre otros lugares, donde encontrábamos cadáveres devorados por chanchos y perros, tirados por aquí y por allá y en medio de una fuerte pestilencia.

Yo tenía tres años de edad y me impresionaba que perros y chanchos comieran seres humanos. No entendía por qué la gente no las enterraba. Estaba traumatado, pensaba mucho en eso y tenía pesadillas.

Mi mamá y yo, aún de pequeño, buscábamos entre los cuerpos y rostros de los cadáveres, y no encontrábamos a mi padre. Mi mamá solo veía cadáveres de personas desconocidas y en estado de descomposición. No sentíamos ni hambre, ni sueño. Sentimos solo dolor y lloramos por no encontrar a mi padre. En medio del calor, vientos y lluvias nos encontramos con muchas mujeres huamanguinas y desplazadas de diferentes lugares de Ayacucho y seguramente de otras regiones del país, que buscaban a sus seres queridos desaparecidos. Fue en esas circunstancias que fuimos acogidos por ANFASEP, asociación liderada por la señora Angélica, quien nos cuidó como si fuéramos sus hijos y nos dio de comer.

Recuerdo que un grupo de mujeres hacía movilizaciones, mientras que otras preparaban los alimentos, junto a nosotros, los niños. Pedían apoyo en los mercados para cocinar para todas las personas que se movilizaban exigiendo justicia a las autoridades. Todos comíamos en el comedor que quedaba a una cuadra y media de la plaza mayor de Huamanga. Regresamos a Allpachaka porque no había cómo sobrevivir en la ciudad. A veces volvía al comedor cuando mi abuela, Saturnina Tenorio Fernández, viajaba a la ciudad; con ella visitaba el comedor encontrándome con las mamás y algunos amiguitos. Mi madre también regresaba con frecuencia, porque las mamás de ANFASEP siempre realizaban movilizaciones.

Cuando regresamos a la comunidad de Allpachaka, encontramos nuestra casita en cenizas. Los vecinos nos comentaron que los militares la habían quemado. Ahí teníamos nuestras ropas, alimentos para comer, y otros bienes. Nos quedamos sin nada. No teníamos un techo donde dormir, ni ropa con que cambiarnos. Entonces, mi madre y yo fuimos acogidos por mi abuela. Meses después suplicamos a los vecinos y amigos para ayudarnos a construir una casita de champas (adobe natural extraído de los bofedales de la laguna) con techo de ichu. Iniciamos una nueva vida, mi madre, yo y mi hermana Yovana que ya había nacido y que años después nuestro señor Jesús recogió. Vivir en esas circunstancias era muy difícil. Mi madre se convirtió en padre y madre para nosotros, trabajaba muy duro para educarnos y salir adelante. Yo la veía llorar todos los días de pena y preocupación. Para ella no había día ni noche, solo pensaba en encontrar a mi padre y salir adelante.

En Ayacucho tenía mis amiguitos, pero cuando regresé a la comunidad no conocía a nadie. Luego de unas semanas recién conocí a algunos niños. Quería salir a jugar, pero no podía porque tenía que ayudar a mi madre en sus quehaceres. Otros niños vivían felices con sus familias; yo quería eso para mí.

Los años pasaban y yo crecía más. Desde muy niño aprendí a trabajar y a ser responsable. De lunes a viernes estudiaba en la escuelita de la comunidad; por las tardes ayudaba a mi madre, y los sábados, domingos y durante las vacaciones trabajaba. A veces me iba a la ciudad a trabajar, porque tenía dos hermanas menores, aunque una de ellas vivía con mi abuela Josefa De La Cruz Cisneros en Pampa Cangallo.

Un día, en época de siembra, no encontramos peón para realizar el sembrío y con mi madre empezamos a amarrar la yunta de bueyes. No podíamos, porque todavía no tenía suficiente fuerza. Demoré más de una hora para amarrar la yunta y empezar a arar la tierra. Pero como los animales tenían tanta fuerza, yo no podía arar. Mientras que en las parcelas de los vecinos los cultivos ya estaban grandes, nosotros ni siquiera podíamos arar. Yo tuve que dejar de jugar y estar con los amiguitos para asumir responsabilidades y salir adelante junto a mi madre.

Desde que desapareció mi padre, siempre me preguntaba: “¿Qué habrá sido de su vida? ¿Lo habrán matado? ¿Cuánto tiempo habrá sufrido? ¿Lo habrán quemado, como relatan las investigaciones del caso Cabitos, donde han encontrado fosas comunes, hornos de crematorio y cables eléctricos?” Donde quiera que esté mi padre, solo le pido que me ilumine a mí y a toda mi familia para salir adelante.

Cuando estaba en el colegio, un día los militares nos llevaron al cuartel para hacer servicio militar. Yo tenía odio a los uniformados. Quería quitarles sus armas y acabar con todos, empezando por el mayor, capitán o comandante y hasta el último recluta, pero no podía. Recordaba como entraron a mi casa soldados encapuchados, para violentamente llevarse a mi padre. En el cuartel todo era maltrato físico y psicológico, pero gracias a mis compañeros del colegio no me maltrataban mucho. Ellos salían en mi defensa. Después de unas semanas pude salir, porque mi abuela intercedió por mí.

En 2013 he sido presidente de la Coordinación Regional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política de la Región de Ayacucho (CORAVIP) que agrupa a 96 organizaciones de las provincias y distritos de la región. Desde esa organización, continuamos con la búsqueda de verdad y justicia respecto a la violación de los derechos humanos. Llevamos mucho tiempo escuchando testimonios de llanto y dolor sobre las atrocidades cometidas por las fuerzas armadas, Sendero Luminoso y comités de autodefensa, pero también de esperanza que en algún momento podamos alcanzar una verdadera justicia, una reparación digna y no la migaja que actualmente el gobierno está dando a los familiares de las víctimas. Asimismo, he participado en muchas exhumaciones, donde pude presenciar cómo habían matado a muchos campesinos, niños, niñas, adolescentes, mujeres embarazadas y personas adultas mayores.

Mi agradecimiento infinito a mi madre por cuidarme, darme la educación y sacarme adelante, junto a mis hermanas; a mi abuela Saturnina, quien nos acogió cuando más lo necesitamos; a todos nuestros familiares que nos apoyaron; a mis tíos Julio Palomino y Elena Cadenas por acogerme en su casa y enseñarme buenos modales; a las madres de ANFASEP, por sus enseñanzas en la búsqueda de verdad y justicia; a la juventud de ANFASEP, donde inicié mi liderazgo; a Paz y Esperanza por darme la oportunidad de servir a mis hermanos; a mis colegas de trabajo por compartirme su sabiduría y experiencias; a todos y cada uno de mis amigos por animarme a salir adelante y por brindarme su amistad. Siempre los llevo dentro de mi corazón, en especial a mi padre y a mi hermana Yovana, que desde el cielo están, junto a nuestro Señor, iluminando y bendiciendo a mi familia. Seguiré luchando por la

verdad y la justicia y aportaré mi esfuerzo y lo poco que sé en el desarrollo de mi país. Nunca de rodillas, siempre de pie.

Nada podrá calmar el dolor que me causó la desaparición de mi padre. Mientras sigue desaparecido, no podré estar tranquilo. Por eso exijo al Estado la promulgación de un marco normativo de búsqueda de los desaparecidos para darles cristiana sepultura. Sólo así los familiares podremos llevarles flores, prenderles velas en sus tumbas, descansar y dejar de buscar. A mi padre lo sacaron de mi casa en San Juan Bautista; seguramente lo asesinaron y quemaron en el horno del cuartel Los Cabitos. Sus asesinos, empezando con los jefes político-militares de Ayacucho como Clemente Noel, Wilfredo Mori y otros, deben responder por su vida y la de otras que fueron cegadas.

¡JUSTICIA PARA TELÉSFORO SALVATIERRA TENORIO Y PARA MIS HERMANAS Y HERMANOS CAMPESINOS!



Telésforo Salvatierra Tenorio (desaparecido) junto a su hijo Felimón en la feria del cerro Acuchimay durante Semana Santa, 1984



1.



2.



3.

4.



1. Felimón Salvatierra, visitando las comunidades de la Cuenca de Río Cachi, 2014

2. Felimón hablando al público, exigiendo cumplimiento de las autoridades de Ayacucho, en favor de los afectados por la violencia política, 2014

3. Felimón liderando la movilización nacional de afectados por la violencia política en Lima

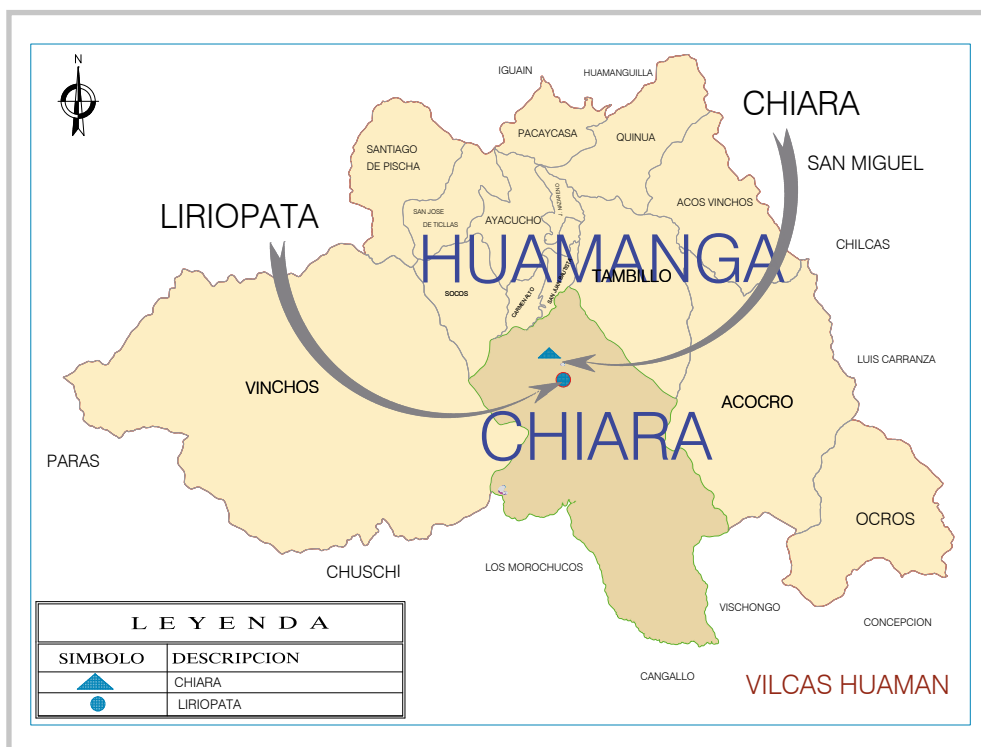
4. Felimón tocando guitarra con sus compañeros de Paz y Esperanza en Ayacucho, 2013



III. CHIARA Y LIRIOPATA

INTRODUCCIÓN¹

Chiara es una de las comunidades, y capital del distrito del mismo nombre. Pertenece a la provincia de Huamanga, región Ayacucho. El territorio de la comunidad es una franja que se extiende desde la quebrada hasta la puna. Limita por el norte con Randavilca y Marayvilca, haciendas que pertenecen a la familia Quispe; por el sur con las propiedades de la familia Tenorio y la comunidad de Hualccapucro; por el oeste con la comunidad de Bellavista; y por el este con las comunidades de Intihuasi y Quishuar (véase el mapa).



Ubicación de Chiara y Liriopata

En 1990 se crea Liriopata, cuando surgen los primeros comités de autodefensa con la finalidad de defenderse de la subversión. Hasta ese tiempo, la población vivía dispersa en los caseríos de Qonchaccasa, Yanahuanco y Yakuraquina. Liriopata se va formando con la lógica de una organización comunal.

El límite territorial de Chiara y Liriopata está determinado en gran parte por dos riachuelos cuyas aguas discurren de sur a norte. La primera - la más importante - se denomina quebrada de Molihuaycco y abastece de agua de riego tanto a Liriopata

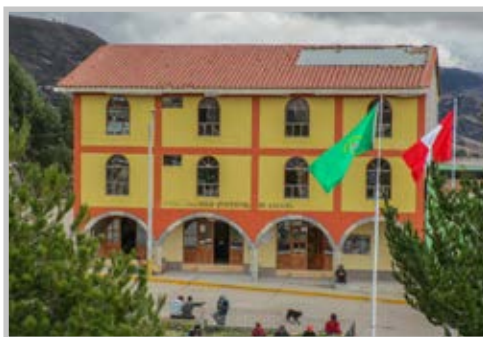
¹ Este capítulo está basado en las conversaciones de grupos focales, que contaron con la participación de 25 personas (véase el anexo 2).

como a Chiara a través de cuatro acequias. También da agua a una parte de la comunidad de Bellavista y desde 1952 contribuye con regularidad con agua de uso poblacional a la ciudad de Ayacucho. La segunda quebrada se denomina Totoro Huaycco. Separa Chiara con la comunidad de Intihuasi.

La altitud del territorio oscila entre 3190 y 4250 metros sobre el nivel del mar. El punto más bajo se encuentra en la parte norte, en el lugar denominado Tinkoq y la parte más alta se encuentra en el lado sur, en la zona denominada Achcacruz.



Restos de construcciones antiguas en Achcacruz



Plaza principal y Municipalidad de Chiara

Chiara, capital de la comunidad y del distrito, se encuentra a 3250 msnm y a 27 Km. al sur de la ciudad de Ayacucho. El tiempo de viaje desde Ayacucho es de aproximadamente 50 minutos. Liriopata se encuentra a 10 minutos de Chiara.

Chiara tiene 162 familias y 310 habitantes. Predomina la población adulta y adulta mayor. Liriopata cuenta con una población de 349 habitantes agrupados en 98 familias, la mayoría son jóvenes y adolescentes².

POBLACIÓN DE CHIARA Y LIRIOPATA SEGÚN GRUPOS DE EDAD

Comunidades	N°. Viviendas	N°. Familias	Sexo		Grupos de Edad				Total
			M	F	1 - 15	17 - 29	31 - 59	61 - más	
Chiara	155	162	142	168	115	83	85	27	310
Liriopata	93	98	166	183	144	81	102	22	349
Total	248	260	308	351	259	164	187	49	659

Fuente: Puesto de Salud de Chiara, octubre del 2014.

Según el testimonio de ancianos de la comunidad, cerca de 70 familias se desplazaron en los primeros seis meses de 1984. El 19 de abril de ese año, fecha de la muerte del alcalde de Chiara, Sabino Jaime Maldonado (véase más adelante sobre el rol de esta persona durante la violencia), se produjo la mayor cantidad de desplazados que se recuerde en la comunidad. La mayoría de quienes abandonaron Chiara en esa

² Liriopata cuenta con más habitantes que Chiara. Su población es más joven y las familias tienen más hijos.

ocasión fueron varones adultos que se dirigieron hacia las ciudades de Ayacucho, Lima y Huancayo, así como al Valle de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM). En el siguiente cuadro se muestra el comportamiento poblacional antes, durante y después de la violencia política.

COMPORTAMIENTO POBLACIONAL DE CHIARA Y LIRIOPATA

Comunidades	1981	1984	1991	2014
Chiara	217	38	182	310
Liriopata*	184	32	167	349
Total	401	70	349	659

* Antes de 1990 Qonchaqasa y Yanahuanco

Fuente: Elaboración propia con información de actores comunales.

Se puede apreciar claramente cuán devastadora fue la violencia política para estas comunidades. Pasaron de 401 habitantes en 1981 a 70 hacia fines de 1984. El esfuerzo de la población permitió que se fueran retomando las actividades económicas a partir de la década del noventa, siendo hoy comunidades emprendedoras y llenas de planes para el futuro.

Sin embargo, no se han olvidado de los ausentes, quienes fueron asesinados y desaparecidos. En la plaza central se ha erigido un pequeño monumento, que ha sido denominado *Saywa de la Memoria*. La saywa es una costumbre antigua que consiste en montículos de piedras que los viajeros levantan al borde del camino o en la cumbre de los cerros como huellas o señales de su recorrido. La saywa en la plaza principal de Chiara es un símbolo que recuerda a quienes involuntariamente se quedaron en el camino. Invita a continuar la ruta de la vida y la justicia.

Pasado

Cuentan que un pergamino³, encontrado durante las obras de refacción de la iglesia católica, indicaba que los primeros fundadores de Chiara fueron chachapoyanos, de la región norteña de Amazonas, llevados para apoyar a la corona española que enfrentaba la rebelión de Almagro el Mozo. Inicialmente se establecieron en Achkacruz (4205 msnm), luego de un tiempo se trasladaron a Yanahuanco (3950 msnm) y finalmente bajaron hasta el lugar donde hoy se encuentra el pueblo. Sus primeras construcciones fueron la iglesia, el cabildo y la cárcel. Se dice que los primeros pobladores usaban bayetas gruesas y telas de cordillate debido al frío intenso de la zona, lo cual favoreció la aparición de liendres (en quechua *chiya*). De allí procede el nombre de Chiara. Las letras del pergamino no eran legibles, por lo que mucho de su contenido se dedujo, pero de allí surgió esta hipótesis sobre el nombre de Chiara.

3 La información sobre el pergamino ha sido proporcionada por Urbano García y Teodosio Borda. Lamentablemente el pergamino ha desaparecido.



Antiguo cabildo de Chiara

Chiara y Chupas eran territorios indígenas antes de la Batalla de Chupas, cuando el 16 de setiembre de 1542 se enfrentaron a los grupos de Almagro El Mozo y Baca de Castro. Las familias que se establecieron en Chiara son los Jaulis, Quispe, Amorín, Lombardi y Paquiyauri. Fuentes bibliográficas confirman que existieron familias indígenas y que había un pueblo viejo en la lomada de Chiara, sobre el que se fundó una nueva comunidad con la llegada de los chachapoyanos.

Desde la fundación de Chiara, la iglesia católica siempre tuvo un papel relevante. Existen restos arquitectónicos de iglesias en Achkacruz, Yanahuanco y donde se ubica actualmente la plaza principal. La población recuerda a los franciscanos, cuya presencia fue preponderante en esos tiempos. La iglesia contaba también con un local propio donde habitaba el sacerdote con sus auxiliares, quienes eran acompañados por personas que se ocupaban del trabajo doméstico y que eran procedentes de la misma comunidad.

Los franciscanos se encargaban de administrar la parroquia y los bienes de la iglesia, así como de evangelizar a los diferentes pueblos de Chiara, Acocro y Tambillo. Los ancianos cuentan que la parroquia estaba ubicada cerca de la plaza principal, en el frontis de la actual escuela primaria. Señalan que el local era de regular tamaño con espacios para la cocina, comedor, dormitorios, salas de atención al público, patios y una chacra donde sembraban verduras y maíz. La parroquia fue cerrada a mediados del siglo XX.

Probablemente los propios franciscanos lideraron la construcción de la actual iglesia de Chiara con apoyo de la población, para lo cual tuvieron que trasladar los ladrillos y tejas a lomo de caballo y burro desde Andas, en la parte norte de la comunidad de Cochabamba. Existen también otros archivos del siglo XVII y XVIII que registran acontecimientos como los bautismos y celebraciones religiosas. Otro dato interesante es que en una de las campanas está grabado el año 1781.



Frontis de la iglesia en la década de 1950



Matrimonio de Gregorio Vilcapoma y Victoria Cancho, 1964

Después de su cierre, el local servía como una casa cural para el alojamiento del cura que venía - antes de la existencia de la carretera - con mula desde Ayacucho para celebrar misa durante la semana santa y fiestas patronales. Hace muchos años que los sacerdotes ya no pernoctan en la comunidad, por lo que los ambientes de la casa cural construidos al lado de la iglesia están siendo usados por la comunidad y la municipalidad.

En años pasados, la iglesia poseía tierras que, según se dice, correspondían a diferentes santos y santas como la Virgen Rosario, Virgen del Carmen, Virgen de Cocharcas, Virgen Santísima, San Francisco y Santo Domingo. Asimismo, el convento tenía mulas, vacas y ovejas administradas por los franciscanos. Ahora la iglesia sólo tiene tierras,

que son manejadas bajo la figura de un comité de administración, cuyos responsables son el presidente y el ecónomo. Son elegidos en asamblea comunal.

La comunidad no existía tal como la vemos ahora; era sólo un pueblito con gente que trabajaba como peones en las haciendas vecinas y que tenía muchas dificultades para conseguir trabajo y sustentar a sus familias.

“Por eso nos íbamos a las haciendas de Fortunato Quispe, Apolinario Huamán, Julio Bornáz o Julio Trisolini a pedir trabajo. Pero los patrones hacían lo que querían con nosotros. No había suficiente tierra para cultivar y no sabíamos cómo sembrar, por eso dependíamos de los hacendados.”

Cuentan que los hacendados eran abusivos con los pobladores, maltrataban a las mujeres, a los niños y a los adultos. Las mujeres tenían que ir a cocinar a las casas de los hacendados y los hombres tenían que traer leña cada semana, todo sin recibir pago alguno. Muchas veces les quitaban su ganado.

“Nosotros teníamos que sembrar en los inmensos terrenos que poseían los hacendados; ellos nos cedieron apenas una parte pequeña, donde sembrábamos para nuestro consumo familiar. También trabajábamos para los hacendados para pagar el pasto que comían nuestros animales. El trabajo era una semana para nosotros y otra semana para los hacendados.”

Otra actividad importante era el comercio de la leña. Antes que hubiera carretera, llevaban la leña a la ciudad de Ayacucho a lomo de caballos y burros y la vendían en el recorrido; con la ganancia compraban en el mercado central de Ayacucho lo que requerían. Sobre la leña también cargaban flores, culantro y ajo.

Los pobladores de la comunidad no tenían documentos de identidad y todo estaba en poder de los hacendados. La Reforma Agraria de 1969 los sorprende, y algunos se retiraron dejando tierras y ganado. Desaparecen los hacendados y con ellos también los maltratos y abusos que cometían.

Hasta entonces, la presencia estatal era escasa. Sólo había algunas escuelas primarias y el Banco Agrario que llegó en los sesenta. Además de eso, cada año el Estado se presentaba a través de militares que llegaban para reclutar a los jóvenes. Era la temida “leva”, en la que también participaban policías que arribaban desde Ayacucho para, durante la noche y con apoyo de los varayuq, buscar y sacar a los jóvenes casa por casa. Todos los chicos eran luego reunidos en la capilla del pueblo adonde sus familiares acudían para llevarles comida. En la madrugada del día siguiente, amarrados y ordenados, eran despedidos con música triste interpretada por uno o más guitarristas, para ser conducidos a Huamanga. Sus padres trataban de acompañarles hasta donde podían para después regresar llorando.

Muchos varones aprendieron a leer y escribir durante el servicio militar. Para las mujeres no era obligatorio y tampoco las enviaban a la escuela; por eso muchas de ellas se quedaban analfabetas:

“nuestros padres no querían que las mujeres asistiéramos a la escuela. Nos decían que sólo servíamos para cuidar a los animales y que sólo los varones deben estudiar para que asistan al servicio militar. Las mujeres casadas no podían asistir a las asambleas ni a las faenas, sólo participaban las mujeres viudas y solteras.”⁴

Las fiestas eran muy importantes en el pasado, porque ayudaban a cohesionar la comunidad. Se desarrollaban durante varios días: dos de víspera, dos por la fecha central y el último día para elegir a nuevos mayordomos. Los pobladores asumían voluntariamente el cargo y a quienes no querían aceptar la mayordomía, los envarados y los pobladores les obligaban, manifestando que tenían que servir a la comunidad.

Entre febrero y marzo, cuarenta días antes de Pascua, se organizaba la fiesta de carnavales, que duraba casi una semana. En el tiempo de los varayuq estaba liderado por estas autoridades y las actividades se realizaban en la explanada de Huarqapampa. Asimismo, eran muy populares los compadres y comadres, que -como mayordomos de las santas y santos de la iglesia- estaban a cargo de la fiesta. Los mayordomos organizaban los cortamontes compartiendo con sus invitados bebidas y comidas típicas, como chicha de jora, mondongo, puca picante y teqte de arvejas.



Procesión durante fiesta patronal en Chiara, 1995



Jóvenes ensayando para presentación musical, 1980



Comparsa de carnavales de Chiara en Quishuar, 1989



Cortamonte en Huarqapampa, 1995

4 Esta situación sigue existiendo en muchas comunidades, donde las mujeres no tienen voz ni voto en las asambleas comunales, salvo las viudas. Se sigue diciendo que las mujeres no tienen cabeza para estudiar.

Una de las costumbres era llevar flores en semana santa a las cruces que se encontraban en Ayapunku, Huarapampa, Pallqapampa, Yakupa Ñawin, Saywapata, Yanahuanco y en el abra de Toqto. En cada lugar se adornaban las cruces con flores multicolores. Las cruces estaban colocadas en zonas altas y lugares importantes para proteger a la comunidad frente a las amenazas de heladas, granizadas y otros riesgos naturales. En los primeros días se adornaban las cruces con flores de diferentes colores. Después de unos días, evocando la muerte de Jesús se las cubrían con flores de color azul. A esto le llamaban *lutuchiy* (enlutar). Usaban las flores de *qera huayta* (lupinus silvestre o tarwi) como señal de duelo.

Además de llevar flores a las cruces, los fiscales (jóvenes de la comunidad que asumían la responsabilidad de organizar esta práctica), juntaban a niños y adolescentes en la iglesia para enseñarles a rezar y orar con apoyo de catequistas. En la última reunión y al finalizar la semana santa, les entregaban panes y ponche como agasajo por su participación en las ceremonias y actividades.

Chiara cuenta, desde hace varios años, con autoridades como alcalde, regidor, gobernador, teniente gobernador y juez de paz. Hasta la Reforma Agraria, estos cargos recaían en manos de los hacendados, que se turnaban entre ellos y no mostraban mayor interés en el desarrollo de la comunidad. Después de la Reforma, el cargo de alcalde era asumido por personas alfabetas de la comunidad, que tenían cierto conocimiento y ya habían ejercido cargos como gobernador o juez de paz. Antes los alcaldes eran elegidos por el Poder Ejecutivo y luego a través de cabildos abiertos.

Otras autoridades, como los varayuq, eran elegidas en asamblea comunal por el periodo de un año, evaluando las cualidades de cada poblador. En los años 1970-80, a las autoridades no les correspondía hacer gestiones para el desarrollo de la comunidad; sólo eran elegidas para tratar problemas como robos, peleas, etc.

Las autoridades eran respetadas por niños y adultos. Los varayuq tenían un bastón (*vara*) como signo de poder, elaborado a base de palo de chunta, adornado con monedas de plata y cruces. Portaban un chicote de tres puntas, con el cual castigaban a los hombres que peleaban o maltrataban a sus esposas. También hacían visitas a las casas. Los niños recibían al varayuq y pedían su bastón para colocarlo al pie de la cruz, debidamente adornado con flores. Si el varayuq encontraba la cruz sin adorno o recibía una mala atención en casa, castigaba a los niños con azotes.

Historia socio-económica

El pueblo de Chiara era pobre, en los años sesenta del siglo pasado los comuneros trabajaban en las haciendas donde les pagaban veinte céntimos por día. No conocían las variedades de papa, haba y otros productos que se siembran actualmente; sí conocían los tubérculos y granos nativos. La principal actividad de las familias era vender leña, ajo y flores de gladiolos; este era el negocio de todos los días.



Gregoria Zevallos, vendiendo flores en Chiara

Los productos eran trasladados de Chiara a Ayacucho a lomo de caballos y burros y después en camión:

“Sembrábamos una vez al año, solamente en la época de lluvia. Gracias al Proyecto Especial Río Cachi podemos sembrar ahora dos veces al año. Antes se llevaba el agua casi en su totalidad a la ciudad de Ayacucho, dejando a la comunidad agua sólo por tres horas.”

La mayoría de las casas en Chiara estaba construida con material rústico, a base de adobe, piedra y con techo de ichu, excepto algunas familias pudientes que tenían techo de tejas. La construcción del canal de agua para consumo humano de Molinohuaycco a Ayacucho empezó en 1944. Chiara siempre tuvo problemas con la empresa de agua potable de la ciudad de Ayacucho, porque la ley de aguas establecía como primera prioridad el uso poblacional, lo cual rezagaba el requerimiento de agua para riego de la población de Chiara.

En los años cincuenta, se instaló una comisión de gestión para la construcción de la carretera. El asunto se trató en asamblea, explicando la importancia de la carretera, pero mucha gente se opuso. Decían que se sentían bien trasladando sus productos en acémilas y si hubiera carretera sufrirían el robo de sus bienes. Finalmente cambiaron de parecer. El Prefecto de Ayacucho se oponía a la construcción de la carretera porque, según él, el tramo por donde se iba a construir era propiedad privada. Cuando los miembros de la comisión lo visitaron en su despacho, los botó diciendo: “si insisten con la idea de una carretera de Chupas a Chiara, terminarán en la cárcel”. Un miembro de la comisión decidió viajar a Lima con su propio dinero y con un memorial dirigido al Congreso de la República. De esa forma lograron la construcción de la carretera de Chupas a Chiara. Los hacendados no gastaron ni un centavo, los comuneros

aportaron su mano de obra, pues al principio la construcción se hizo a través de faenas comunales. La carretera se inauguró el 9 de noviembre de 1959.

Teodosio Borda Quispe

‘A pesar de haber enviado múltiples oficios y documentos, las autoridades quisieron traicionarnos y el Juez de Huamanga nos hizo llamar con urgencia a su despacho y nos amenazó con la cárcel si nosotros insistíamos con la carretera. Nos botó de la oficina y en la plaza nos preguntamos: “¿qué hacemos? ¿Nos quedamos con los brazos cruzados?” Don Pedro Prado me dijo: “no tenemos plata para seguir gestionando y mucho menos para mandar una comisión a Lima”. En vista de ello, yo propuse viajar a Lima con mi propia plata. El doctor Parra Carreño que era diputado por Ayacucho me apoyó gestionando 150 mil soles para construir la carretera.’

Modesto Barrios Sulca

“Gregorio Vilcapoma -siendo alcalde- empezó con la construcción de la carretera y yo la hice terminar. Estos trabajos eran realizados a base de faenas y sin ningún pago; solo para las maquinarias. El señor Alfredo Parra Carreño nos ayudó a gestionar los recursos en la ciudad de Lima”.

“Una vez, cuando estábamos sentados en la plaza de Chiara, llegó Pedro Prado y nos dijo que teníamos que presentar un memorial al Congreso. Cuando hicimos el memorial, Teodosio Borda se fue con el memorial en la mano donde Parra Carrillo y éste hizo aprobar 100 mil soles para la carretera y 50 mil para la planta de electrificación. Pero después de cuatro meses, vi que no se había avanzado con la carretera”.

‘En ese entonces, Teodosio Borda ya era Gobernador y hablamos con él para ir donde los diputados. Fuimos donde los diputados por Huamanga y Parra Carreño se levantó de su asiento y nos dijo que efectivamente habían asignado 100 mil soles para que se terminara la carretera. Nos indicó ir donde el ingeniero departamental de carreteras y este funcionario nos dijo que se había agotado el presupuesto. El propio diputado revisó la caja del ingeniero y encontró diez mil soles y dijo: “si usted no termina esa carretera de Chupas a Chiara, le saco del puesto y le meto a la cárcel.” Después de diez días, la maquinaria llegó a Chiara e inauguramos la carretera el 9 de noviembre de 1959.’

Prácticas agropecuarias

Varios pobladores relatan cómo se realizaban actividades como la trilla, la herranza, la limpieza del canal de riego, la cosecha, etc. A continuación, resumimos lo narrado:

En la época de las haciendas practicábamos la *trilla*; los comuneros íbamos donde los hacendados a trillar grandes cantidades de trigo y cebada. Los hacendados contrataban entre 70 a 80 caballos que eran velados durante la noche. Cuando empezaba la trilla, el guiador con una inmensa soga se colocaba en medio de los caballos para dirigir la actividad y llamaba a los más jóvenes para que sean sus ayudantes, arreando y haciendo correr a los caballos. Los asistentes -hombres y mujeres- hacían un círculo para que los caballos no se escaparan del montón del trigo. Los presentes se animaban con el buen cañazo y comúnmente se acompañaban con el cántico de las mujeres. Se preparaba la comida a base de trigo y maíz en inmensas ollas. Cuando se culminaba la trilla, se cargaba a la esposa del hacendado y se la paseaba alrededor de los montículos de trigo y cebada que aun faltaba ventear. Los únicos que recibían pago eran los dueños de los caballos; les pagaban en trigo, cebada o dinero. Los demás participantes iban sólo por la comida o por el trago que los hacendados entregaban como recompensa.

La *herranza o marcación del ganado* empezaba en la noche anterior al día de la herranza, con la preparación de ofrendas a base de flores, frutas, velas y vino. El ganado era velado por los miembros de la familia acompañados de tragos y coca, y en la madrugada llevaban una ofrenda al *huamani* o el patrón del ganado que -se cree- habita en cuevas o lugares especiales alejados de las viviendas. Cuando regresaba la comitiva, encabezada por el dueño del ganado, daban vueltas alrededor del corral de los animales y luego compartían con la familia y los invitados el mondongo y el puca picante. Generalmente se contrataba músicos (con violín, arpa y waqrapucu) como parte de la fiesta de señalamiento de vacas y ovejas. La marcación consistía en poner una señal, cortando un pedacito de las orejas y colocando cintas de distintos colores. También se marcaba, con las iniciales del nombre del propietario, las nalgas de vacas y caballos.

Durante la herranza se practicaba el *atuqchay*. Era una costumbre que consistía en que una o varias personas se autodenominaban *atuq* (zorro). Cuando los animales salían del corral de marcación, se ubicaban en lugares estratégicos y atrapaban a las ovejas o vacas. Para liberar al animal atrapado por el *atuq*, el dueño debía ofrecer cañazo. De lo contrario, era sacrificado y servía como alimento para los invitados.

En la época de la *cosecha*, los hacendados organizaban a la comunidad para que todos y cada uno participara. Por ejemplo, unas mujeres preparaban la ocopa y la chicha, otras se encargaban de pelar el trigo y la cebada y cada mujer preparaba tres o cuatro batanes. La función de los *irakamayoq* era cuidar la cebada y el trigo ya cortados, para que los animales sueltos no lo comieran y malograrán. Todo esto bajo las órdenes de capitanes o capataces que eran los lugartenientes de los hacendados. Los *irakamayoq* podían ser mujeres o varones que día y noche cuidaban el trigo y la cebada cortados. A los *irakamayoq* los hacendados les pagaban con la sobra de la trilla, o sea el trigo y la cebada que quedaban mezclados con la tierra.



Limpieza de acequia o yarqa aspiy



Familia Paquiyaury en aporque de papa, Liriopata Raymundo Sánchez y nieto en cosecha de maíz

Yarqa aspiy era una costumbre que se practicaba en el mes de septiembre con la finalidad de limpiar los canales de riego para poder empezar la siembra. Antes de los trabajos, en *yakupañawin* o fuente de captación, se colocaban flores y frutas al lado de la cruz, donde el alcalde y los otros varayuq colocaban sus bastones de mando. Esta cruz era llevada durante el trabajo de limpieza hasta concluir, entregándola a las autoridades recién electas. La actividad se amenizaba con bombo y violín y con hermosos cánticos y qarawis de las mujeres de la comunidad.

Epoca de la violencia política⁵

“Según se dice, todo empezó en la ciudad de Ayacucho, cuando la señorita Edith Lagos asaltó a su propio padre y dividió el botín entre sus compañeros:

⁵ Testimonios de pobladores de la comunidad.

cuando la gente ni siquiera conocía los ideales de los verdaderos senderistas, mucha gente empezó con robos y matanzas por venganza y pelea entre vecinos. Por culpa de pobladores que se dedicaron al robo y la matanza, nuestra comunidad fue denominada por los extraños como tierra de terroristas.”

Las casas estaban dispersas y ubicadas en Yanahuanco, Yakuraquina, Qonchaqasa y Chiara:

“Cuando empezó la violencia se escuchaba que los terroristas iban a ingresar a la comunidad de Chiara, pues ya lo hacían en otras comunidades. Se pensaba que provenían de otros países, que eran gringos. En 1982 los terroristas entraron por primera vez a la comunidad. Nos dimos cuenta que lo que habíamos oído no era cierto. No eran de otros países, tampoco eran gringos. Eran campesinos como nosotros que usaban mantas y ojotas. La única diferencia era que portaban armas. Venían de noche y nos explicaban sus ideales del comunismo. Hablaban de igualdad entre los comuneros, igualdad en tierras, en vestimentas e igualdad económica. Por las mañanas desaparecían nuevamente”.



Restos de viviendas destruidas durante la violencia política

El discurso de los senderistas sobre la igualdad pegó en muchos de los comuneros. Varios se adhirieron a las filas de Sendero Luminoso:

“Por una parte, las ideas de los senderistas eran buenas, ya que querían la igualdad entre los hombres y que no haya maltrato. Los que malograron todo fueron los mismos pobladores, quienes -haciéndose pasar como senderistas- mataban y cometían asaltos y robos. Los senderistas daban caramelos a los niños y se reunían con nuestros padres para explicarles sus ideales de lucha. Después de comer se retiraban. Cuando entraron con más fuerza, muchos de

los jóvenes se inscribieron en su lista voluntariamente (las ideas de igualdad les habían gustado); otros fueron llevados a la fuerza. Luego llegaron los militares y los montoneros. Nosotros fuimos castigados desde tres lados: los senderistas, los militares y los montoneros.”

“Después de un tiempo las visitas ya no eran temporales, sino todas las tardes. Nos llamaban a una reunión y anotaban los nombres de los que no participaban, aduciendo que eran yana umas o soplones. Hubo también ladrones que -haciéndose pasar como terroristas- obligaban a las autoridades a reunir a toda la población. Exigían a los habitantes asaltar y robar a los hacendados.”⁶

“Los militares llegaron, sobrevolaron con helicópteros y entraron con fuerza a las comunidades, diciendo que teníamos que sacar nuestros documentos. Si no, nos llamarían terroristas. Por eso muchos se casaron para sacar su documento de identidad.”

“Los senderistas no querían que existieran autoridades como alcaldes, gobernadores y jueces. Tampoco querían las autoridades tradicionales como los varayuq. Ellos nombraron a su propia gente. Se llevaron también a jóvenes de la comunidad, como a los hijos de Julián Maldonado y Segundino Quispe. La situación ya no era normal y todos teníamos miedo.

Mucha gente decía que los terroristas fueron culpables de toda la desgracia en la comunidad, pero también había gente que utilizaba el nombre de Sendero Luminoso para matar a sus enemigos. Cuando tenían algún problema con sus vecinos, se quejaban donde los senderistas y éstos los mataban.”



Mauro Borda (centro) disfrutando carnaval, días antes de su asesinato

6 Cabe aclarar que después de la Reforma Agraria desaparecieron las grandes haciendas, pero sí funcionaban todavía medianos propietarios. Estos fueron considerados como “hacendados” por Sendero y la propia población.



Víctor Palomino Asto, una de las víctimas de la violencia



Certificado que acredita a Chiara como una de las comunidades de alta afectación

La primera acción de violencia en Chiara ocurre aproximadamente entre octubre y noviembre de 1981, cuando militares ingresan a bordo de dos vehículos del Ejército Peruano y apresan a dos mujeres menores de edad. Una de ellas era la hija del profesor de primaria:

“Ambas adolescentes fueron acusadas de terroristas, vendadas y conducidas a la plaza principal de Chiara. A empujones las hicieron subir al vehículo donde había otras personas echadas, todas desconocidas. Los vehículos iniciaron su marcha como para Ayacucho y en algún punto se detuvieron, bajaron a ambas señoritas cerca al puente, sacaron sus vendas, las empujaron a una pequeña poza de agua y empezaron a torturar, sumergiéndolas al agua a cada rato. Mientras lo hacían, los soldados preguntaban sobre el paradero de sus jefes y de otros compañeros. Después de algún tiempo los efectivos soltaron a las adolescentes, obligándoles a correr. Las chicas se dieron cuenta que estaban en Qosqohuaycco y desde ahí tuvieron que regresar hasta Chiara con la ropa totalmente mojada, mientras en el pueblo esperaban sus familiares y vecinos”.

“Los militares nos maltrataban, nos golpeaban diciendo que éramos terrucos y que trajéramos las armas que, según ellos, teníamos escondidas en nuestras casas. Los militares robaron muchos de nuestros animales y se llevaron a mucha gente. Algunos se escaparon a las cuevas y a los cerros, otros se fueron de la comunidad a lugares desconocidos donde caminaron de casa en casa, muchas veces sin comer y dejando a sus hijos abandonados.”

‘Una de las primeras reuniones, convocada por senderistas desconocidos se realizó en Qonchaqasa en la casa de Antonio Paquiyauri Vilcapoma, donde participaron varias personas de Chiara y otros caseríos. En esa reunión conformaron la base de Sendero y eligieron delegados. Los cargos recayeron en varios chiarinos y estas mismas personas lideraron después la organización delincriminal. Los senderistas exhortaron a los representantes y a la población a buscar la igualdad. Decían que ellos tienen “mil ojos y mil oídos” para saber quiénes son los yana umas que pueden traicionar al partido: “debemos ser iguales y deben desaparecer los hacendados, todos deben tener carro.” Participaron tres senderistas (una mujer y dos varones), todos armados como militares y en la cintura portaban bombas caseras en latas y otras piñas. Dos de ellos se identificaron como camarada Sonia y camarada Doroteo.’

En las elecciones municipales de 1983 gana Sabino Jaime Maldonado del APRA como alcalde y asume el cargo en enero de 1984. Lo asesinaron a pocos meses de asumir el cargo. Había sido elegido como autoridad municipal para el periodo 1984 y 1986. Después de su muerte, Chiara se quedó sin autoridades y en completo desgobierno. Todos los relatos de los sobrevivientes mencionan la violencia generada por Sabino Jaime. Elegido como uno de los delegados de Sendero Luminoso organizó un grupo de delincuentes obligando a la población a participar en actos violentos:

“Entre las personas que estuvieron como líderes y que obligaban a la gente con amenazas para ir a robar, estaban el acalde Sabino Jaime, Clodoaldo Maldonado, Juan Núñez, Bartolomé Alanya y algunos otros que todavía viven. No cumplían los ideales de los senderistas. Al contrario, obligaban a las personas a que fuesen a robar y a los que no querían, les tildaban de soplones y de doble cara. A veces los asesinaban. Claro ejemplo son los asesinatos de Celestino Flores, Reynaldo Janampa y un comerciante desconocido.”

Algunas personas reconocen abierta- y autocríticamente su responsabilidad en ciertos hechos:

“Para qué voy a omitir o mentir, ya soy viejo y debo decir la verdad. En realidad, la mayoría de Chiara participamos en los asaltos. Es más fácil contabilizar a las personas que no participaron, que identificar a los que hemos participado. Recuerdo que fuimos donde los hacendados y otras familias de Cochabamba para robar cereales y ganados. Después del asalto en algún punto teníamos que dividir todo en partes iguales. En esos tiempos no faltaba comida y carne en nuestras casas. Ahora, ya viejo, me doy cuenta que eso estaba mal. Fuimos seducidos por malos líderes y seguimos como ovejitas. Quizás por eso hemos pagado caro con muerte y tortura por parte de las fuerzas armadas”.

Sabino Jaime Maldonado fue para muchos de los sobrevivientes de Chiara, lo que Abimael Guzmán fue para el contexto nacional. El y Clodoaldo Maldonado Cancho murieron la noche del 19 de abril de 1984, en plena semana santa y en vísperas de la feria tradicional de Chupas, mientras dirigían el asalto a vehículos en la carretera de Ayacucho a Cusco, a la altura de Sachaspata en la curva del ingreso de la carretera a la comunidad de Cochabamba. Se presume que en el vehículo que pretendían asaltar, iban efectivos de la policía. Estos dispararon, recibiendo Sabino Jaime tantas ráfagas que su cuerpo quedó literalmente destruido.

Testigos cuentan, que:

“... una de las víctimas antes de morir gritó: ‘ataquen carajo’. Sin embargo, los seguidores que se encontraban a ambos lados de la carretera portando piedras y huaracas, no pudieron reaccionar por los disparos que provenían del vehículo. Ocurrido el hecho, el vehículo se retiró muy rápido y los pocos seguidores que se quedaron, recogieron los dos cuerpos en ponchos y los llevaron a una distancia de la carretera. Los participantes -varones y mujeres- retornaron a sus casas en medio del shock. En la noche del día siguiente volvieron al lugar para recoger los cadáveres y llevarlos a Chiara, enterrando ambos cuerpos en un solo hoyo cerca de la puerta de ingreso del cementerio; no hubo tiempo para velar los cuerpos. Después del apurado entierro algunas personas huyeron a otros lugares, iniciando el proceso de desplazamiento”.

Un ex integrante de Sendero Luminoso indica que los mandos senderistas tuvieron responsabilidad en la muerte de Mauro Borda Velarde, Ciprián García Jaulis y Delia Saavedra Bernabé, esposa de Ciprián. Asimismo, senderistas lideraron el ataque al campamento del Proyecto Cachi en Cochabamba en complicidad con algunos pobladores de las comunidades vecinas. En dicho suceso saquearon el campamento, quemaron el generador de energía y asesinaron a un trabajador del proyecto.

Entre las personas desaparecidas por las fuerzas armadas están: Juan Núñez Huashuayo, Alfonso Maldonado Mendoza, Félix Ochoa Lazón, Félix Quispe Atauje, Luís Huamancusi Zevallos, Emilio Jaime Pauca, Hermenegildo Huamancusi Núñez, Luis Victoriano Barrios Palomino, Marcelina Coras Huaytalla, Victoria Calderón Núñez, Emilio Alcides De La Cruz Jaime y Jesús Teodosio Borda Chipana.

Las víctimas por la acción del grupo de delincuentes liderado por Sabino Jaime son: Celestino Flores Pisco, Reynaldo Janampa Calderón, Edgar Quispe Huashuayo y un poblador no identificado de Hualccapuro.

Víctor Palomino Asto fue asesinado por sus propios sobrinos, como consta en los archivos judiciales. Arrojaron su cuerpo a la quebrada de Molinohuaycco, a la altura de Tranca Orcco. A Maximiliano Méndez Vilcapoma lo asesinaron cuatro ex integrantes de Sendero Luminoso, quienes actuaron motivados por la queja que recibieron -siendo ellos todavía senderistas- de una persona con quien mantenía conflictos. Los asesinos llegaron a pie de Ayacucho por la comunidad de Bellavista.

RELACIÓN DE VÍCTIMAS FATALES (MUERTOS Y DESAPARECIDOS) EN CHIARA Y LIRIOPATA, SEGÚN FECHA DEL SUCESO

Nº	APELLIDOS Y NOMBRES	FECHA DE NACIMIENTO	TIPO DE AFECTACIÓN/ PERPETRADOR	FECHA DEL SUCESO
01	Barrios Palomino, Luis Victoriano	21/08/1959	Desaparición/Ejército Peruano	07/07/1983
02	De La Cruz Jaime, Emilio Alcides	03/06/1965	Desaparición/Ejército Peruano	09/11/1983
03	Borda Chipana, Jesús Teodosio	25/12/1955	Desaparición/Ejército Peruano	23/11/1983
04	Quispe Huashuayo, Edgar		Asesinato/delincuentes	11/1983
05	Flores Pisco, Celestino	19/05/1924	Asesinato/delincuentes	06/12/1983
06	Janampa Calderón, Reynaldo		Asesinato/delincuentes	06/12/1983
07	Ochoa Lazón, Félix	27/07/1939	Desaparición/Ejército Peruano	05/04/1984
08	Jaime Maldonado, Sabino	1953	Ejecución Extrajudicial/Policia	19/04/1984
09	Maldonado Cancho, Clodoaldo	1960	Ejecución Extrajudicial/Policia	19/04/1984
10	Jaime Pauca, Emilio	1923	Desaparición/Ejército Peruano	25/05/1984
11	Núñez Huashuayo, Juan	17/01/1958	Desaparición/Ejército Peruano	05/06/1984
12	Calderón Núñez, Victoria	14/09/1955	Desaparición/ Ejército Peruano	11/06/1984
13	Coras Huaytalla, Marcelina	16/07/1948	Desaparición/ Ejército Peruano	24/06/1984
14	García Jaulis, Ciprián	20/02/1929	Asesinato/Sendero Luminoso	23/12/1984
15	Saavedra Bernabé, Delia	22/02/1939	Asesinato/Sendero Luminoso	23/12/1984
16	Quispe Atauje, Félix	1964	Desaparición/ Ejército Peruano	15/12/1984
17	Huamancusi Zevallos, Luis	01/12/1916	Desaparición/ Ejército Peruano	25/04/1985
18	Huamancusi Núñez, Hermenegildo	13/04/1960	Desaparición/ Ejército Peruano	25/04/1985
19	Maldonado Mendoza, Alfonso	06/08/1960	Desaparición/ Ejército Peruano	02/1989
20	Borda Velarde, Mauro	18/01/1949	Asesinato/Sendero Luminoso	21/02/1989
21	Méndez Vilcapoma, Maximiliano	27/07/1937	Asesinato/Sendero Luminoso	24/01/1990
22	García Amorín, Dacio Fortunato		Asesinato/Sendero Luminoso	12/04/1992
23	Palomino Asto, Víctor	30/12/1962	Asesinato/delincuentes	06/04/1996

Fuente: Elaboración propia, con información del Registro Único de Víctimas - RUV y testimonios, noviembre del 2015

Pacificación

La entonces Policía de Investigaciones del Perú (PIP) se instaló en Chiara a finales del año 1983, pero sólo estuvieron durante algunos meses. Se retiraron luego de un ataque de los senderistas al puesto policial. No hubo víctimas. Los policías se escondieron en su local hasta agotar sus municiones. Después del ataque llegó una patrulla del Ejército, que luego de realizar un operativo se retiró con los policías hacia Ayacucho.

Tras la muerte del alcalde ingresan a Chiara los sinchis y miembros de la infantería de marina, quienes cometen muchos abusos desapareciendo a varias personas, maltratando a la mayoría de varones y abusando sexualmente de algunas mujeres. Estos últimos casos no fueron denunciados.

Durante el gobierno de Fujimori (a partir de 1990) las comunidades y específicamente los ronderos, reciben armas. Las rondas también hacían sus propias armas de madera y utilizaban warakas, cuchillos y lanzas. En Chiara y Liriopata habían escuchado de los ronderos y les tenían mucho miedo. En aquel tiempo, las pocas personas que vivían en la comunidad tenían sus casas dispersas.

Comunidades como Pichiwillca, Quínuá, Acocro y Sachabamba ya habían organizado sus comités de autodefensa. Desde 1989 Chiara estaba en la mira del comité de autodefensa de Acocro, que culpaba a la población de Chiara de ser senderista o cómplice del grupo terrorista. Los pobladores de Acocro sospechaban que Chiara era “zona roja” porque en toda la zona existían comités menos en Chiara. En junio de 1990 se produjo una incursión en Chiara de más de 200 ronderos de Acocro, Acosvinchos y Tambillo. Todos estaban armados con palos, lanzas, warakas y armas caseras. Obligaron a la población a concentrarse en la plaza donde empezaron a torturar a algunos chiarinos.

La situación pudo ser más grave de no ser por un destacamento de militares que se encontraba cerca de Chiara para proteger las obras del PERC⁷. Habiendo sido avisado, un grupo de diez militares llegó e intervino, desalojando violentamente a los ronderos: ‘... los desnudaron, los tiraron al piso y los golpearon. A las cinco de la tarde el oficial del Ejército gritó: “ya carajo, levántense y desaparezcán”, y todos se levantaron y empezaron a correr agarrando cualquier prenda disponible del suelo.’

Después de estos hechos se acordó en asamblea comunal conformar el comité de autodefensa de Chiara. En aquel tiempo no había más de 70 jefes de familia. Además, toda la gente vivía dispersa, razón por la cual se empezó a concentrar las casas agrupándose en Chiara y en el recién creado pueblo de Liriopata.

7 El sistema de riego construido por el Proyecto Especial de Río Cachi se llama actualmente Sistema Hidráulico Río Cachi.



Miembros del comité de autodefensa

Los pobladores tenían que asistir obligatoriamente a las reuniones convocadas por los comandos del comité de autodefensa (CAD). Así surgió una nueva institución con autoridades electas en asamblea popular. El CAD sirvió también para evitar que fueran sindicados como ayudantes de los terroristas y para no ser objeto de sospecha y ataque de los ronderos de otros distritos. Los comités de autodefensa tenían, entre otras, la misión de identificar y neutralizar a los terroristas.

Presente y futuro

En la comunidad de Chiara existen dos tipos de propiedad: *privada*, o sea los títulos de propiedad de las familias que tienen terrenos urbanos y tierras de cultivo, y *colectiva*: las áreas comunales para pastoreo de ganados que se encuentran en la puna.



Juana Paquiyauri pastorea sus ganados



Hatos de una familia ganadera en Liriopata

Chiara y Liriopata tienen como actividades económicas principales la agricultura y la ganadería. Producen papa, cebada, quinua, haba y maíz, y crían vacunos, ovinos,

porcinos y animales menores. El producto agrícola comercial más importante es la papa y en la ganadería la crianza de ganado vacuno y ovino. En la actualidad, Chiara cuenta con servicios de agua potable, desagüe, luz eléctrica y cocinas a gas.

En el 2006 se constituyó la Asociación de Pequeños Propietarios de Chiara y Liriopata con el fin de articular a las poblaciones de las dos comunidades, porque no había hasta ese momento una organización que las agrupara y representara. Sin embargo, el interés mayor fue la defensa y protección del territorio comunal ubicado en la zona alta, afectado por el paso del gasoducto de Gas de Camisea. Surgió la amenaza de expropiación de los comuneros de Quishuar para aprovechar el cobro del derecho de usufructo por el paso del gas.



Juan Méndez, presidente de la Asociación de Propietarios de Chiara y Liriopata, 2015



Justina Altamirano, defensora de tierras, con sus padres

En efecto, la mencionada asociación defendió su territorio frente a la denuncia por presunta usurpación planteada por los propietarios de la comunidad de Quishuar. La demanda no prosperó y el caso se archivó en el Ministerio Público por falta de sustento. Actualmente los predios están bajo la administración de la comunidad de Chiara y una buena parte del terreno ha sido entregada a los comuneros para el manejo individual y con título otorgado por el Organismo Nacional de Formalización de la Propiedad Informal (COFOPRI). La asociación tuvo líderes que destacaron, como Juan Méndez Mejía (presidente), Justina Altamirano Vilcapoma (tesorera) y Juan Fernández.

En el local de la municipalidad distrital de Chiara funcionan, además de las oficinas del gobierno local, el juzgado de paz, la gobernación distrital y la comunidad campesina de Chiara. La comunidad se estableció en el 2004 por la escasa representación que existía en la capital distrital. También hace uso del local municipal, la comisión

de usuarios de agua de Chiara, que agrupa a comités de usuarios de Liriopata, Intihuasi, Quishuar, Bellavista, Cochabamba y Chiara.

En Chiara y Liriopata hay dos escuelas de primaria y dos de inicial. La primera escuela de Chiara comenzó a funcionar el 5 de marzo de 1938 y su funcionamiento nunca se interrumpió. El Colegio Agropecuario de Chiara fue creado el 13 de mayo de 1992 y acoge a la mayor cantidad de estudiantes de nivel secundario de las comunidades del norte del distrito. Casi toda la población, habla quechua. Sin embargo, por la cercanía a la ciudad y por la educación recibida, también hablan castellano. Solo algunas personas ancianas son monolingües.

El puesto de salud de Chiara cuenta con una infraestructura de material noble construida a finales de la década del ochenta. Su equipo está conformado por cinco profesionales: médico, enfermero, obstetra y técnicos de salud. Tienen dos locales y una ambulancia. La atención de salud es deficiente debido al insuficiente equipo biomédico y porque deben atender a doce comunidades de la zona norte del distrito, lo cual significa 739 familias y un total de 3047 personas. La infraestructura ha mejorado con la construcción del nuevo local. Sin embargo, por falta de amurallamiento los equipos corren el riesgo de perderse.

Hay varias organizaciones y programas sociales en Chiara: Programa Juntos, Vaso de Leche, Comedor Popular, Asociación de Adultos Mayores, Cuna Más, Asociación de Jóvenes y sigue activo el Comité de Autodefensa.

La iglesia evangélica aparece en Chiara a finales de 1970, generándose fuertes controversias entre católicos y evangélicos. Existen tres templos evangélicos: dos en Chiara (Asamblea de Dios y Pentecostés) y uno en Yacuraquina (Iglesia Bautista). En este último se congrega la mayor cantidad de la población de Liriopata, y también de otras comunidades como Intihuasi y Bellavista.



Matrimonio evangélico en el templo de Yacuraquina, 2014

Uno de los líderes dice:

“En Chiara, a pesar de ser capital del distrito, no estamos en mejores condiciones, ni nos diferenciamos de otras comunidades. Hay otras que nos están ganando. Nuestro sueño es ser el mejor y diferenciarlos como capital del distrito. Para esto, lo primero que tenemos que hacer es dejar a un lado la desunión, la falta de respeto, la desobediencia y el robo; sólo así lograremos cumplir nuestros sueños.”

“En los viajes que uno hace a la ciudad de Lima se encuentra con organizaciones de chiarinos, pero debilitadas. Los líderes son viejos y algunos de ellos ya murieron. Los jóvenes no se interesan en estas organizaciones. Uno de los tantos problemas que se da en la comunidad de Chiara es que los cargos de autoridad son asumidos por personas que ya los ejercieron. Los jóvenes tienen miedo de ser autoridad. Hay buenos profesionales nacidos en Chiara que se han ido a la ciudad. No vienen y no ayudan con sus conocimientos para generar el desarrollo de la comunidad. Muchas veces pensamos llamarles para que nos compartan sus experiencias, pero por la desunión entre pobladores no lo hacemos. Además, estos profesionales no vienen porque no hay proyectos en que trabajar.”

Terminamos este capítulo con la transcripción del testimonio de la señora *Isabel Núñez Garay* de 90 años porque sintetiza la historia de Chiara y Liriopata:



Isabel Núñez Garay

“Dacio García Amorín dijo que había encontrado unos documentos antiguos de la fundación de Chiara durante la colonia española. Escuché hablar de esto en la Plaza Principal, pero lamentablemente Dacio fue asesinado a los pocos días y no sabemos si realmente existe ese documento. Yo escuché de

él mismo que lo había encontrado enterrado, pero no contó dónde lo habría encontrado. Tal vez al costado de la iglesia donde vivía su abuelo Justo Amorín, que era la familia más antigua del pueblo. Tal vez llevaron esos documentos a la iglesia de San Francisco de Ayacucho, pero no es seguro.

Antes los hacendados tenían mucho poder, las personas de la comunidad eran invisibles. Recuerdo al señor Modesto Barrios como Alcalde y a José Quintanilla como Gobernador. Dacio García también fue alcalde hace buen tiempo atrás y por un buen periodo. El padre de Teodosio Borda fue Gobernador. Gregorio Vilcapoma, a quien le decían “cura perdido”, porque con Maximiliano Méndez se había escapado de un claustro de franciscanos, adonde llegaron como voluntarios, también fue alcalde. El abuelo de Plácido Malqui, Domingo Jaulis, era muy activo como autoridad. Justo Amorín era bien recto. Otras buenas autoridades fueron Víctor García y Apolinario Mejía.

Víctor García y Justo Amorín hacían respetar a la comunidad; teníamos que saludarles desde lejos levantando nuestros sombreros. Estos señores eran bien rectos; siendo autoridades apresaban a los ladrones y los metían al calabozo que había en el cabildo. De ahí los sacaban a la pampa, los amarraban y convocaban a la gente diciendo: “vean a estos ladrones”. También presentaban al público a las parejas infieles, las amarraban a un árbol y después les hacían caminar por el perímetro de la plaza. En esos años había carceleros y fiscales comunales, ahora han desaparecido estas autoridades.

Existen hasta ahora terrenos concedidos a santos y santas de la iglesia católica. Entre ellos está el terreno de Chillcaqasa que pertenece a la Virgen del Carmen. Allí han construido ahora los reservorios de riego para Chiara; a la Virgen de Cocharcas le cedieron los terrenos de Acllapampa; a la Virgen de Rosario le corresponde el terreno de Uchuypata y lo que está al costado del puesto de salud de Chiara le corresponde a Santo Domingo. Estos terrenos están siendo alquilados para la siembra. El puesto de salud está ubicado en terrenos del Señor Santísimo. Todas estas tierras están bajo la administración de un comité que alquila las tierras y que utiliza los ingresos para actividades relacionadas con la iglesia.

Recuerdo la participación de la población de Chiara en la limpieza del local municipal de Huamanga por usar las tierras comunales o -como también decían- tierras del Estado. Anteriormente los curas franciscanos vivían en la parroquia de Chiara. Había mujeres del mismo pueblo que cocinaban para ellos, yo también iba a ayudar. Desde Cusco vino un cura que se estableció un buen tiempo en Chiara. Tenía todo: cama, comida, mula y le acompañaba una señora de nombre Vicenta. No sé si ella era su esposa, pero cuando se fue, lloramos.

Cuando se cierra la parroquia, los padres venían desde Ayacucho para semana santa y también en septiembre y octubre para las fiestas de santos y santas. Los pobladores íbamos hasta Huamanga a recogerlos con caballos y mulas. Los padres venían de las iglesias de San Francisco y Santo Domingo de

Ayacucho. Venían montados en mulas y los fiscales eran los encargados de trasladar sus pertenencias. Antes viajábamos solo con caballos a Huamanga. Cuando era responsable de la mayordomía trasladé con caballos a la virgen hasta Huamanga, para participar en la misa.

En los años 1950 inauguramos la carretera. Algunos estuvieron de acuerdo con la construcción y otros se opusieron, diciendo que “con la carretera llegan también piojos y pulgas”. El señor Elías fue el primer conductor en llegar con su carro a Chiara, después vinieron Oscar Huamán, Rómulo Fuentes y otros.

Recuerdo a algunas profesoras que enseñaron en la escuela de Chiara, entre ellas estaban la señora Mercedes y la profesora Victoria Solís. La mayoría de la población recuerda a Victoria, porque estuvo mucho tiempo en Chiara y su enseñanza ha impactado.

Las tierras comunales de Chiara se encuentran en su mayoría en la puna, desde Chaupiorcco en el occidente hasta Putaqayuq en el lado oriente. Justamente en este último hubo conflicto con la comunidad de Quishuar. El territorio de Chiara no es tan grande y desde tiempos remotos lo utilizaban las familias para corrales de ganado y luego para sembrar. Ahora ya se han dividido hasta los cerros.

Antes nuestra comunidad era pobre, pero con la violencia política quedamos más pobres y muchos abandonaron por miedo el pueblo; yo también me fui a Lima. Ahora estamos un poco más organizados. Sabino Jaime, que en ese entonces era negociante, trajo a los terroristas. Su casa era como una bóveda donde hacía descansar a esas personas. Sabino encabezó un grupo de asaltantes en Chiara. Nuestro pueblo estaría mejor, si la violencia no nos hubiera afectado. Gracias a Dios ahora estamos mejorando. Hay gente que está viniendo de otros lugares y ya estamos juntándonos nuevamente”.



Adultos mayores participando en acción cívica de Chiara, 2014



Población de Chiara, 2014



Niños y niñas de Chiara, 2014

TESTIMONIOS DE CHIARA Y LIRIOPATA

FELÍCITAS FLORES QUISPE

07/03/1953

Mis padres provienen del paraje Pumayocc que pertenece a la comunidad de Chupas. Desde ese lugar se mudaron a la comunidad de Liriopata a causa del maltrato y la explotación que sufrían por parte de los hacendados. Los pobladores tenían que trabajar gratis una semana en la hacienda de los Trisolini, todo para la familia del hacendado, y una semana para sus propias familias. Cuando llegamos a Liriopata yo tenía cinco años. Mi padre llevó tres cargos en Chiara: alcalde varayuq, mayordomo de la fiesta en honor a Santo Domingo y el tercer cargo ya no lo recuerdo.

La violencia en la comunidad de Chiara nos tomó por sorpresa, no sabíamos lo que estaba pasando. Empezó con la desaparición y matanza de las ovejas de la familia Meneses en Saqraman, quienes al final huyeron a la ciudad de Lima. Esas personas que venían a nuestra comunidad se hacían llamar “compañeros”. Cometían abusos, se apropiaban de las pertenencias de los pobladores, amenazaban a la gente y hasta mataban.

En Chiara no había senderistas, venían de otros lugares. Lo que pasó es que algunas personas de la comunidad tomaron el nombre de Sendero y empezaron a robar y cometer atracos en las carreteras. Mi familia sufrió estos ataques. Nos decían que teníamos que colaborar con velas, linternas y plata, aduciendo que ellos caminaban de noche para la defensa de los compañeros. Esto nos decía el líder de los delincuentes.

No sé con exactitud con quienes mi padre empezó a tomar trago, pero me contaron que en horas de la tarde estaba con el señor Sabino Jaime, también con un comerciante de Hualccapuro y el joven Reynaldo Janampa Calderón. Los últimos dos encontrarían trágica muerte junto a mi padre. Mi padre -estando mareado- empezó a recordar y hablar sobre el robo de una vaca que pertenecía a mi tía; entonces increpó en voz alta a los culpables de ese robo, señalando al grupo de delincuentes de Chiara como presuntos responsables; esa quizás fue la causa por la que mataron a mi padre.

Esa tarde, según me informaron, a mi padre le habían pegado hasta dejarle el ojo hinchado. Cuando regresaba a casa, cargando la papa que le habían regalado, le alcanzaron algunos delincuentes para preguntarle qué había observado. Mi padre había respondido que las personas que habían asesinado esa tarde al joven comerciante eran conocidas y que iba a contar todo a su yerno. Es ahí donde le punzaron el cuchillo en el cuello. Eso pasó el 6 de diciembre de 1983.

Cuando mi padre no llegó, mi madre pensó que se había ido a la ciudad de Ayacucho. Después de dos días vino mi hermano Marcelino para decirnos que nuestro padre no había vuelto a casa. Recién nos empezamos a preocuparnos. Fuimos donde el señor Celestino Congachi, quien había llegado a Chiara desde Chupas, pues creíamos que tal vez mi padre estaba tomando con él. Nos dijo que no estaba allí. Lo hemos buscado durante seis días, pero no lo ubicamos por ninguna parte y pensamos en dejar de buscar.

La madrugada del octavo día, mi esposo se levanta y me cuenta que había soñado con mi padre. Mi padre le decía en su sueño que tenía que seguir con la búsqueda y que se encontraba detrás de un montículo de piedras. Al escuchar este relato, nos organizamos y toda la familia continuamos la búsqueda. Cuando estábamos en ese trajín, Oloria Jáuregui llega y nos relata que buscando por los huaycos y barrancos había llegado al cementerio de Chiara, encontrando al borde de la carretera las ojotas llenas de sangre que pertenecían a mí padre, y huellas de carretilla a la entrada del cementerio. En este lugar vimos dos entierros frescos, lo cual nos llamó la atención, porque en esos días sólo un bebé había sido enterrado. Entonces, lo que hicimos fue acercarnos al enterrado más grande y sacamos la cruz que habían puesto. La lápida estaba llena de sangre.

Ese día era domingo y la población estaba trabajando en la quebrada de Molinohuaycco, muy cerca de la carretera. Mi madre les hablaba sobre lo que había visto del entierro nuevo y de la lápida con sangre. Les dijo que su esposo era quien estaría enterrado en ese lugar. El alcalde Sabino Jaime reaccionó de forma colérica y dijo que ahí no había nadie. Mi madre exigía que se escarbara para poder cerciorarse, pero el alcalde insistía en que no encontraríamos nada en ese lugar. En ese momento mi esposo nota que el señor se ponía nervioso y empieza a sospechar sobre su participación en este hecho.

Cuando empezaron a escarbar, el primer cuerpo que encontraron fue el del joven Reynaldo Janampa y a medida que sacaban más tierra aparecían más cuerpos. Es así que descubrimos el cuerpo de mi padre, y más abajo el cuerpo del joven negociante de Hualccapucro. Cuando desenterraron los cuerpos, el alcalde dijo que había que apresurarse para enterrarlos, ya que había helicópteros sobrevolando la comunidad.

La muerte de mi padre nos afectó mucho y casi toda la familia se trasladó a la ciudad de Ayacucho. Mi esposo me dijo que nos estaban amenazando, por eso nos fuimos a Huancayo, donde no nos acostumbrábamos y volvimos dos meses después a Ayacucho. Mi hermano Marcelino Flores se quedó en Chiara, viviendo a escondidas porque la violencia venía por todas partes.

No denunciarnos el hecho, ya que nuestra familia tenía miedo. Un día la policía tomó preso a un poblador de Chiara, quien confesó su participación en el crimen por amenaza y presión de los delincuentes. Recién nos enteramos sobre los verdaderos autores del asesinato de mi padre.

Mi mamá no quería que nos quejáramos, diciendo que nosotros no sabíamos entrar a lugares de justicia. Ella sólo pedía a Dios y nos decía que algún día

llegaría la justicia. Con estas palabras, más el miedo que teníamos, dejamos de investigar. Recién cuando murió el cabecilla de los delincuentes nos pusimos más tranquilos.



3.

4.



1. Celestino Flores
2. Credencial de Inscripción (Registro de Analfabetos)
3. Felicitas Flores en su bodega en Liriopata, 2014
4. Domicilio de Celestino Flores
5. Justina y Marcelino, hijos de Celestino, 2014



5.

MARCELINO HUAMANCUSI NÚÑEZ

02/06/1955

ELÍAS HUAMANCUSI NÚÑEZ

19/09/1966

Nuestra familia es neta de la comunidad de Chiara, nuestros padres y tatarabuelos siempre han vivido en Chiara y tienen chacras en la zona baja. Nuestra familia era de bajos recursos económicos. Se dedicaban a la agricultura y la cosecha era solo para nuestro consumo. Nuestro padre ha sido varias veces envarado: regidor varayuq, alcalde varayuq y campo varayuq. Como mi padre era analfabeto no podía tener otros cargos. También asumió seis veces la mayordomía de la fiesta patronal de Chiara.

Perdimos a dos miembros de la familia en la violencia política, nuestro padre Luis Huamancusi Zevallos y nuestro hermano Herminigildo Huamancusi Núñez. Ellos fueron desaparecidos y hasta la actualidad no sabemos a donde se los llevaron, ni mucho menos donde se encuentran sus restos.

Era la noche del 25 de abril del año 1984, cuando un grupo de presuntos militares encapuchados entraron a la casa, encerraron a nuestra madre y cuñada en un cuarto al fondo de la casa y sacaron a nuestro padre, hermano y a una señorita desconocida de unos 18 años, que en ese entonces estaba embarazada. Nuestras familiares eran inocentes, nunca habían hecho ningún problema. Lo que complicó fue la presencia de una pareja de jóvenes de Munaypata. Esa noche, cuando se llevaron a mi padre y mi hermano, se llevaron también a la chica; solamente el joven logró escapar. Parece que los jóvenes eran senderistas y estaban buscados por los militares.

Marcelino

El día siguiente mi mamá y mi cuñada lograron salir del cuarto; para eso tuvieron que forzar la puerta con picos y barretas. A las cinco de la mañana yo salí de Liriopata acompañado por mi hijo a traer choclo y cuando llegué a la casa, encontré a mi madre y cuñada llorando y me dijeron: “se llevaron a tu papá y tu hermano.” Enseguida volví a mi casa para comunicarle a mi esposa y empezar con la búsqueda. En el camino me encontré con el joven que se había escapado, salió de una casa abandonada. Le dije que ellos eran los culpables de la desaparición de mi familia.

El joven había logrado escapar y después se retiró hacia la ciudad de Ayacucho, donde estuvo alojado en la casa de un profesor quien -según cuentan- también era senderista. Al final, tanto el joven como el profesor desaparecieron.

Buscamos a nuestros familiares por todas partes y no logramos encontrarlos. Los familiares de la joven no la buscaron porque seguramente ya sabían que estaba

metida en el terrorismo. La búsqueda fue permanente, pero sólo encontrábamos otros cuerpos que eran devorados por los perros y chanchos. Buscamos en las comisarías, Cuartel Los Cabitos, lugares alejados de Chiara donde cada mañana aparecían muertos, sitios como Puracuti, Toqto e Infiernillo.

No sabíamos con exactitud donde los habían llevado. Se rumoreaba que los habían conducido al cuartel de los militares, pero nada. Los policías no apoyaban la búsqueda y se molestaban con nosotros. También contratamos un abogado, pero sólo nos sacó plata. La denuncia que presentamos se perdió cuando se quemó la Municipalidad de Chiara. Nuestra mamá y nuestra cuñada eran las que más sufrían.

Algunos pobladores de Chiara nos ayudaron en la búsqueda, pero cuando escucharon que sus hijos -o sea nosotros- también estábamos en la lista de presuntos senderistas, dejaron de apoyarnos. Mientras caminábamos en busca de nuestro padre y hermano, encontramos varios cuerpos enterrados en un puquial de Minascucho. Encontramos cuatro cadáveres, dos de ellos eran de nuestra comunidad; los cuerpos pertenecían a Alfonso Maldonado Mendoza y Félix Quispe Atauje. Ellos también habían sido llevados por los militares. En Minascucho había varios esqueletos y ropa de personas, sombreros, zapatos y encontramos una correa igual a la que utilizaba mi padre. La traje para mostrársela a mi madre, pero ella dijo que no pertenecía a su esposo.

Cuando nuestro padre y nuestro hermano desaparecieron, toda la familia se llenó de tristeza. No es igual enterrar a tu padre que nunca encontrar su cuerpo; porque cuando entierras a alguien te sientes más tranquilo. Cuando no sabes nada de tu ser querido no estás tranquilo. Muchas veces piensas que tal vez sigue con vida y que está en otro lugar. Nosotros nunca dejamos de caminar buscando a nuestro padre. Cuando vino la Defensoría del Pueblo nos dijeron que continuáramos, ya que ellos nos apoyarían con los gastos y que los abogados iban a ser gratis. Todo fue por gusto, no logramos nada.

Elías

Tenía 16 años cuando pasó todo esto con mi familia. Como todo joven, debíamos escapar de los senderistas y los militares, porque ambos nos perseguían. En ese entonces, el alcalde Sabino Jaime Maldonado me obligó a participar en asaltos, por eso me escapé a la ciudad de Ayacucho y después a Pichari en el VRAEM, donde estuve tres meses. Volví a Ayacucho donde me quedé por ocho años trabajando en tejidos de telar. No teníamos casa propia, estábamos en constante traslado, unas veces en casa de algún familiar y otras en casas alquiladas. Era triste ser desplazado, no teníamos nada, ni casa ni familia. A veces, cuando nos alojábamos en casa de un familiar, se incomodaban.

Yo asumí muchos cargos en la comunidad. He sido comando de CAD, promotor de salud y presidente comunal de Liriopata; además regidor municipal, teniente gobernador, presidente de la Asociación de Afectados por la Violencia Política y presidente de la Liga Distrital de Fútbol de Chiara.

Mi recomendación a las autoridades sería que siempre luchen por el distrito, ya que, a pesar de ser el segundo distrito de Ayacucho, estamos retrasados por falta de organización y liderazgo. Otra de mis recomendaciones sería que los jóvenes no se olviden de su pueblo, que apoyen, aunque sea con un granito de arena. Muchos de esos jóvenes, cuando ya son profesionales, se olvidan de su pueblo y se van a trabajar a otros lugares.

Siempre he luchado por los afectados ya que son los que han sufrido más, hemos hecho marchas y protestas, hemos ido a la ciudad de Lima porque para los pobres no había ningún apoyo. El Estado le dio a mi madre como reparación la suma de cinco mil soles (aproximadamente \$ 1.800) y a cada uno de nosotros 2.500 soles (aproximadamente \$ 900). Para nosotros ese monto es una burla, ya que con esa suma no podremos salir de la pobreza en que nos dejó el terrorismo. Seguiremos luchando por nuestros derechos, que nos reparen con casa y educación para nuestros hijos.

Ahora, gracias a Dios, mis hijos están estudiando y algunos ya son casi profesionales. Con educación saldrán de la pobreza. Siempre he tenido muchas dificultades, pero ahora se presentan oportunidades y algunos trabajitos.

También recomiendo a los jóvenes que estudien, porque el progreso está en el estudio. Recuerdo cuando llegó Sendero a Chiara, engañaba a los jóvenes y a la población, diciendo que iba a haber cambios y que todos seríamos iguales. Nada de eso pasó. Más bien nos dejaron más pobres de lo que éramos. Si el terrorismo no hubiera entrado, Ayacucho no sería tan pobre.

Marcelino

La violencia bajó cuando nos organizamos en comités de autodefensa. En la comunidad de Liriopata me eligieron como comando, mi apodo era "Comando Solís". Íbamos a los centros poblados donde no estaban organizados los comités de autodefensa. Yo fui uno de los organizadores del CAD cuando se fundó la comunidad de Liriopata. No recuerdo el día exacto, pero fue en los años noventa. Los líderes fuimos los señores Felipe Huamancusi, Casiano Flores y yo. No había mujeres líderes en ese entonces.

En la comunidad aún persisten los robos tanto de animales como de productos agrícolas. Mi recomendación sería que no vuelvan a ese mal camino. Ahora hay varias instituciones que nos apoyan y hay trabajo. Actualmente yo cultivo todos los productos que me sirven para poder mantener a mi familia. Trabajé con el Banco Agrario, que nos dio préstamos y premiaba a los clientes puntuales.



1. Hermanos Marcelino y Elías Huamancusi Núñez en la herraanza del ganado
2. Elías Huamancusi e invitados en la herraanza del ganado, años 90
3. Marcelino, su esposa María Vilcapoma y nietos, 2014
4. Elías y esposa Paulina Cancho, 2014
5. Familia Huamancusi Vilcapoma en cosecha de quinua, 2014
6. Marcelino Flores y su madre Francisca Núñez en Liriopata
7. Elías con su tractor, 2014

BENEDICTO MÉNDEZ CORAS

23/08/1971

SIMEON MÉNDEZ CORAS

05/04/1975

Nuestros abuelos y nuestro padre vivían en la hacienda de Uchuymarca, ahora se llama comunidad de Intihuasi. Por el abuso de los hacendados se vinieron a la comunidad de Chiara, donde tomaron parcelas de tierra. Aquí nacimos nosotros. Antes que llegue la violencia había poco movimiento y escasas instituciones. Había una escuela en Chiara y la gente sembraba con yunta y arado con toros. Todos los sábados se desarrollaba en Chiara una feria grande, donde se hacía el trueque (intercambio de productos).

Benedicto

Nuestro papá falleció en el año de 1980 con cólico, antes de que llegara la violencia a nuestra comunidad. Después de la muerte de nuestro padre, mi madre se dedicó al negocio de ganados y carne; ella compraba carnero, chanco y otros animales para luego llevarlos a la feria y venderlos en carne. Con esas ganancias nos mantenía. Los militares vinieron y se la llevaron. Era el 24 de junio de 1984, alrededor de las cuatro de la tarde. Volvíamos a la casa luego de un arduo día de trabajo en la chacra. Los militares, vestidos de civil, nos alcanzaron y llevaron a mi madre al pueblo y después a la casa del señor Eusebio Cancho que quedaba en la comunidad de Intihuasi.

Los militares llevaron a varios pobladores a esa casa. Allí estuvieron entre dos a tres días. Algunos fueron liberados y a otros se los llevaron. Nosotros, los hijos, éramos pequeños para comprender qué estaba pasando. Apenas tenía trece años cuando mi madre desapareció. Nunca más la volví a ver. El último recuerdo que tengo de mi madre es cuando los militares la agarraron y la llevaron.

Simeón

Yo tenía siete u ocho años y escuchaba que las personas hablaban de compañeros, senderistas o terrucos. Después empezaron las matanzas por todos lados. Teníamos que escondernos de los terrucos y también cuando llegaban los militares. Daba miedo y había confusión. Los senderistas decían que eran defensores nuestros y cuando llegaban los policías también decían que eran nuestros protectores. Así empezó la guerra y no sabíamos cuando nos iban a matar.

Llegaron grandes cantidades de efectivos policiales, que barrieron con toda la comunidad. Cuando llegó esa patrulla apresaron a mi mamá y la desaparecieron en el mes de junio de 1984. Yo era niño todavía, pero recuerdo con claridad cuando se llevaron a mi madre. Nosotros estábamos retornando de una trilla cuando se la

llevaron. Después fuimos llevando comida y suplicamos para que la soltaran, pero los policías no tuvieron compasión con nosotros. Nos botaron a patadas e hicieron disparos al aire. Sólo nos quedó llorar y ver de lejos a mi madre sollozando y queriendo decirnos algo a la distancia. Regresamos a casa y dejamos a mi madre en Intihuasi acompañada de varios presos. No sé a dónde la llevaron. Fue la última vez que vi a mi madre.

Benedicto

No sé por qué desaparecieron a mi madre. Tal vez por la envidia del negocio que tenía o de repente el grupo de Sabino Jaime Maldonado la habría involucrado. No sabemos con exactitud las causas, porque en esos tiempos éramos aún pequeños y no entendíamos lo que estaba pasando.

Desde que desapareció mi madre, el miedo se entró en nuestra casa. Mi hermana Maximiliana era la mayor, yo tenía trece años, mi hermano Simeón nueve, Valentín siete y mi hermanita Lucía tenía dos añitos.

Ahora tengo una hija, Lucía Méndez Quispe. Ella es la que me da fuerza para seguir trabajando, para que ella salga adelante y no se quede como su padre, sin estudios.

Cuando desapareció nuestra madre todos quedamos desamparados y sin estudiar. Estudié solamente hasta el tercer grado de la primaria. Nosotros nos quedamos bajo la protección y cuidado de nuestro abuelito Víctor Coras, quien vendía leña y flores para comprar las cosas que nos faltaba. A medida que crecíamos, empezamos a trabajar en la chacra para poder alimentarnos y comprar nuestra ropa. Muchas veces, al recordar a nuestra madre, nos ponemos tristes ya que es difícil crecer sin padre ni madre.



Maximiliana Méndez en presentación artística, 1980

LA VIDA YA NO ERA VIDA

1.



2.

- 1. Benedicto Méndez en la casa destruida de su madre Marcelina Coras
- 2. Maximiliana y Valentín Méndez Coras en Liriopata, 2014
- 3. Lucía Méndez Coras y su pareja, 2014



3.



FLORA BAUTISTA RAMÍREZ

04/01/1938

Los senderistas vinieron de otros lugares, llevaban poncho y manta donde cargaban sus cuadernos, papeles y otros objetos que utilizaban para agruparnos y enseñarnos sus ideas. Nos decían que todos íbamos a estar bien, que no habría desigualdad entre los pobladores y no iban a existir ni ladrones ni violadores. Sólo una vez vinieron a mi casa.

Cuando llegaron los senderistas, el señor Sabino Jaime era alcalde de Chiara. Al inicio, el trato de este señor hacia los pobladores era normal. No los maltrataba, pero cuando se hizo líder de una banda delincuencial, empezó a amenazar de muerte a los que no querían participar.

No recuerdo el año exacto en que llegan los policías, ni cuántos eran. Sólo recuerdo que se instalaron en la Municipalidad de Chiara. Luego de pocos meses se retiraron nuevamente, porque los senderistas los habían atacado. Recuerdo que no hubo muertos en ese ataque; se habían camuflado en la casa cural y en la iglesia católica.

Algunos senderistas estaban armados, como si fueran militares. Uno de ellos era de Llachocmayo y era parte del mando principal. Estas personas nos obligaban a ir a sus reuniones. Una vez nos convocaron a la casa de José Paquiyauri Vilcapoma en Qonchaqasa. Mientras los jefes hablaban, los demás miembros se colocaron en zonas estratégicas para brindar seguridad. Esa vez nos dijeron que iban a matar a los yana umas.

En esa reunión también estuvo Sabino Jaime. Los senderistas le habían traído desde Chiara con las manos atadas. Lo acusaron de delincuente. A pesar de estar en esa condición, habló. Dijo que no era ladrón y que lo había dejado para apoyar a Sendero. Al oír esto, el jefe de los senderistas dijo: "tienes cara todavía para hablar. Tú no eres un compañero, tu eres un ladrón. Los compañeros no robamos. Hagan morder piedra a ese traidor." Esa noche los senderistas se quedaron a dormir en la casa de la familia Torres Paquiyauri. Al día siguiente, se llevaron al preso a un lugar descampado, pero -según me cuentan- hubo personas que intercedieron por él para salvarle de la muerte.

En ese grupo de senderistas vi también a niños y niñas que -obligados por adultos- corearon frases y cantaron. Esa noche la dueña de la casa perdió dinero. La queja llegó a los mandos, que ordenaron buscar el dinero. Encontraron las monedas en poder de un niño, a quien sometieron a castigo.

La misma tarde que se retiraron los senderistas, el señor Gaspar Palomino, a quien los senderistas le cortaron su cabello, llamó a los vecinos y les indicó que tendrían que asistir a una reunión llevando soga y cuchillo. Este señor era cómplice de Sabino Jaime. Se reunieron en la casa abandonada de Leopoldo Quispe en Bellavista.

Los cabecillas obligaban a las personas a participar en los asaltos. A los que no acudían, los castigaban con correas y hasta les amenazaban de muerte. Escuché

que estos delincuentes tenían marcada a mi familia, pero Dios no quiso que fuese así. Las reuniones entre ellos eran frecuentes, algunas veces se reunían en la casa de Julián Mitma.

Sabino Jaime era un licenciado del Ejército, robaba desde antes y obligaba a los pobladores a participar. Amenazaba con matar a los que no querían participar. Varias personas le obedecieron, por miedo. Una noche estaban atracando carros en la carretera Ayacucho – Andahuaylas. Posiblemente en uno de esos carros viajaban policías y es ahí que murieron Sabino Jaime y Clodoaldo Maldonado. Los demás acompañantes lograron escapar. El lugar donde habían sucedido los hechos se llama Chachas Pata, próximo a la casa de la familia Rojas en la comunidad de Cochabamba. La siguiente noche enterraron los cuerpos en el cementerio de Chiara.

Después de la muerte de Sabino Jaime llegaron los marineros y sinchis. Ellos aparecieron de un momento a otro. Vinieron por los cerros con un guía que se llamaba Máximo Huamaní y que provenía de Quishuar. Tenían una lista con nombres de presuntos asaltantes que serían apresados. Los reunieron en las casas de Eusebio Cancho y Pelagio Sánchez.

Los presos fueron separados en dos grupos. El primer grupo se fue hacia Hualccapucro y el segundo hacia Toqto. Estos últimos tuvieron suerte, porque todos salieron libres. De los presos del primer grupo, muchos murieron. Emilio Jaime Pauca, Marcelina Coras Huaytalla y Victoria Calderón Núñez mientras se desplazaban hacia Yanapiruro. En el camino mataron a Miguel De La Cruz. Hay una sobreviviente de ese grupo que ahora vive en Lima.

En 1990 mataron a mi esposo Maximiliano Méndez Vilcapoma¹ y dos años después me desplacé con mi familia del caserío de Yakuraquina al pueblo de Chiara, porque nos organizamos en comité de autodefensa, principalmente por la seguridad.



Familia Méndez Bautista, 1965

1 Véase también el siguiente testimonio de Honorato Méndez Bautista.



1.

1. Familiares e invitados de Maximiliano Méndez en herranza de ganados, 1989

2. Flora Bautista, 2014

3. Familia de Flora Bautista en la celebración de 77 años, 2015

2.



3.

HONORATO MÉNDEZ BAUTISTA

08/02/1977

Miércoles 24 de enero de 1990, a eso de las 6:30 pm, ingresaron a mi casa cuatro sujetos desconocidos que oscilaban entre 18 a 30 años. Obligaron a mi padre Maximiliano Méndez Vilcapoma a abrir todas las puertas de la casa. Mi padre, con su mechero en la mano y la sarta de llaves abrió las puertas, entre ellas la de la pequeña bodega.

Esa tarde solo estábamos mi padre y yo en la casa de Yakuraquina, a veinte minutos a pie de la plaza principal de Chiara, mientras mi madre Flora Bautista Ramírez, junto a mi hermana Nicolasa, estaba en la estancia de Yanahuanco cuidando nuestros ganados. Mis otros hermanos estaban en diferentes lugares. Modesto trabajaba en el Puesto de Salud de Vilcashuamán, María Reyna estaba en Lima, Marcelina trabajaba en Ayacucho y mi hermano Antonio estaba en la selva ayacuchana. Los tres últimos se habían desplazado por la violencia política.

Luego de abrir las puertas, los sujetos nos obligaron a entrar a cuartos separados. A mi padre lo ingresaron al dormitorio, mientras a mí me obligaron a pegarme en un rincón del cuarto del depósito de herramientas, donde se guardaban también las pertenencias de mi abuela Benancia Ramírez y de mi hermana Claudia, que dos años atrás habían fallecido. La primera por su avanzada edad y la segunda en trabajo de parto.

Mientras estuve encerrado, escuché los primeros gritos de dolor de mi padre, quien imploraba que no le hicieran daño. Después de un momento los gritos de auxilio cesaron. Sentí en el pasillo el desplazamiento de muchas personas que estaban saqueando la casa. En eso abren la puerta donde estaba encerrado y me obligaron, otra vez, a pegarme con la mirada a una de las esquinas del cuarto. Los sujetos abrieron los baúles y removían las herramientas de trabajo. Sentí que salían y entraban varias veces para extraer las cosas de la habitación.

Pegado a la pared, rezaba el padre nuestro y oraba para que no me sucediera nada. Pensaba que en cualquier momento esas personas podrían dañarme o matarme con pico o con otra herramienta disponible en el ambiente. Por la gracia de Dios no pasó eso. Se retiraron de la habitación cerrando tanto la ventana como la puerta. Sentí que me había librado de la muerte y pensaba en mi padre. Después de un momento escuché sus gritos; esta vez eran fuertes y no tenían su tono característico. También oía el movimiento de la cama de metal que teníamos en el dormitorio donde estaba apresado.

La bulla y el movimiento que generaban los delincuentes desaparecían poco a poco, mientras el grito y el llanto de mi padre se sentían con claridad. Al poco rato su respiración era agitada y hasta interrumpida. No podré describirles bien lo que sucedía en esa habitación, tampoco podré reproducir esos últimos “rugidos” de mi padre. Se ahogaba en algunos momentos. En eso recordé el atragantamiento que sufren los chanchos cuando morían por los cortes de cuchillo.

Por momentos quise tomar valor y salir para auxiliar a mi padre, pero era un niño y temía por mí mismo. Me cayeron algunas lágrimas y retomé con el rezo y la oración. Eran aproximadamente las 10:00 de la noche cuando desaparecieron, mientras el crujir en el cuarto de mi padre seguía.

Finalmente decidí salir y muy despacio me desplazé hasta la puerta, intenté abrir y comprobé que desde afuera la habían asegurado. Volví al lado de la ventana, trepé y retiré muy despacio una piedra para abrir. Me asomé por la ventana, vi todas las partes y salté. No sé cómo caí, pero tomé la carrera hasta la casa de mi tía Dionisia Zevallos. En el camino vi nuestro caballo que seguía amarrado. Mientras corría pensaba que quizás estaba pasando lo mismo en las otras casas. Llegué a la casa de mi tía y entré abruptamente.

Encontré a mi tía Dionisia Zevallos, Cirilo Cancho, Mauro Torres, Edilberta Méndez y sus pequeños hijos. Muy rápido les conté sobre lo sucedido y les pedí auxilio para salvar a mi padre, pero se llenaron de miedo y decidieron huir. Seguí al grupo y tuvimos que amanecer en una casa abandonada. Al día siguiente desperté y fui a mi casa. Ya habían llegado familiares y algunos vecinos. A mí no me permitieron acercarme al cuarto donde estaba mi padre muerto, pero logré ver por la rendija de la puerta el charco de sangre y el cuerpo inerte de mi padre, cubierto con una manta de lana de oveja.

Me comisionaron, junto con mi primo Mauro Torres Méndez, para avisar a mi madre que estaba en Qonchaqasa. Para llegar rápido fuimos en caballo. Mi madre, muy sorprendida, no creía la noticia porque yo no lloraba. Mi primo tuvo que ratificar lo que yo le dije y así se convenció. Encargó el ganado a la familia De La Cruz Rúa y con mi hermana menor fuimos rápido al lugar de la tragedia.

Cuando llegamos había varias personas, entre ellos el señor Víctor Altamirano Pisco, Juez de Paz, Gregorio Vilcapoma Méndez, mi tío, y otras personas de Chiara e Intihuasi. Mi mamá autorizó el levantamiento del cadáver. Entonces constataron que mi padre había muerto con varios cortes en la yugular, pecho y una puñalada profunda a la altura del bronquio. Sus manos estaban amarradas. Le habían ahorcado con su propia correa y atado con cintas de cuero de res al catre de metal. Las cintas de cuero eran del yugo que utilizábamos para la yunta de toros para el arado. Había un charco de sangre que había llegado hasta la puerta, por una pequeña pendiente de dos metros. Seguro su muerte fue lenta porque había logrado arrastrar el catre.

Según averiguaciones recientes, mi padre fue asesinado por delincuentes que habían desertado de Sendero Luminoso. Hasta hoy no se tienen los nombres, pero sí sus apelativos: "Leonardo", "Fredy", "Alejandro" y "Cirilo", que en algún momento pertenecieron a la Base 14 de Sendero Luminoso, encabezada en ese entonces por un tal camarada "Daniel". La denominada Base 14, que a la vez tenía sub bases, abarcaba en ese entonces los distritos de Chiara, Tambillo, Acocro, Acos Vinchos y Quinua, bajo el liderazgo del camarada "Daniel".

Un ex senderista relató que, meses antes de la muerte de mi padre, una fuerza local de Sendero Luminoso había llegado a Yakuraquina donde tuvieron una reunión con

un grupo de pobladores. Después de la reunión, una señora del lugar invitó a los senderistas a su domicilio, donde les ofreció comida quejándose de Maximiliano Méndez (mi padre), que era Gobernador del distrito. Se quejó por un conflicto que tenía por tierra y una vivienda. El mando senderista registró la información en un cuaderno de apuntes. La reunión duró aproximadamente dos horas.

El ex senderista contó también, que en la reunión estuvieron las cinco personas que semanas después escaparon de Sendero y mataron a mi padre. Señala que los datos de esa reunión les sirvieron para cometer el crimen. El 28 de enero, cinco días después de la muerte de mi padre llegó un grupo de hombres armados al velatorio del quinto día de las prendas de mi padre. Dijeron que Sendero Luminoso no era responsable de la muerte del Gobernador y que se trataba de un grupo de delincuentes. Exhortaron a no hablar mal de Sendero, porque ellos tenían su propio procedimiento y pasos para asesinar a malos elementos. Mencionaron el nombre de Maximiliano Altamirano que, junto a otros delincuentes, estaba utilizando el nombre de Sendero para delinquir.

La descripción que hace el ex senderista de los cuatros delincuentes que mataron a mi padre, se asemeja a las características de los que ingresaron la noche del 24 de enero de 1990, porque no manejaban un castellano fluido y parecían ser de la zona rural. El posible líder del grupo era "Cirilo", quien esa noche soltó algunas palabras soeces y me amenazó de muerte si gritaba o intentaba escapar.

Según información de Sabino Sánchez de la comunidad de Bella Vista, quien accedió a una entrevista corta, esas cuatro personas llegaron al promediar el mediodía del 24 de enero y se echaron a descansar en el patio de su casa. Compartieron cancha con queso. Cuando estaba avanzada la tarde prosiguieron su recorrido, obligando al señor Sabino a acompañarlos hasta un lugar muy próximo a nuestra casa. El desconoce lo que pasó después.

Para el velorio y entierro de mi padre vinieron varias personas, que nos apoyaron de muchas formas. Agradezco a mi tío Jorge Bautista Ramírez, quien prestó dinero a mi hermana para los gastos del sepelio. A mi tía Pelagia Bautista y su esposo Emiliano Calderón, que han estado siempre pendientes de nosotros. Son muchas las personas que compartieron nuestro dolor y se solidarizaron con palabras de aliento, prendas de vestir, alimentos, cuidando nuestros ganados y facilitándonos con trabajo y motivación para el estudio.

No quiero dejar de mencionar el gran sacrificio de mi madre Flora Bautista, que a pesar de su dolor fue el modelo de vida para sus hijos e hijas. El agradecimiento a mi hermano Modesto Méndez y a su esposa Elva Palomino, quienes asumieron buena parte de las responsabilidades económicas después de la muerte de nuestro padre. A mi hermano Antonio por motivarme al trabajo y a mis hermanas María, Marcelina y Nicolasa por apoyarme en todo momento para culminar mi carrera de comunicación social en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

En estos últimos once años entendí el valor de la justicia, a partir de la experiencia en la Comisión de la Verdad y Reconciliación como voluntario, practicante y

trabajador. Después seguí en Paz y Esperanza Ayacucho como voluntario y servidor. Mi gratitud a esta institución por permitirme conocer las nuevas opciones en misión integral para servir al prójimo.

He escuchado muchos testimonios sobre la atrocidad de las fuerzas armadas, grupos subversivos, comités de autodefensa y otros actores de la violencia en Ayacucho. He participado en varias exhumaciones de fosas clandestinas y he podido recoger bastante información sobre los actores de la violencia.

Maximiliano Méndez Vilcapoma nació el 27 de julio de 1937 en el lugar denominado Yakuraquina del distrito de Chiara. Estudió hasta tercer grado de primaria en Chiara. Cuando era adolescente se presentó con su primo Gregorio Vilcapoma al Convento de San Francisco. Durante su permanencia en esa institución sirvió como voluntario en Huaraz (Ancash) y Ocopa (Huancayo). A los veinticinco años se casó con Flora Bautista Ramírez, con quien tuvo 9 hijos. Ocupó los cargos de Juez y Gobernador en el distrito de Chiara. Sus restos descansan en el cementerio de Chiara.



A la izquierda Honorato Méndez con compañeros del Colegio San Ramón en la escenificación de Batalla de Ayacucho, 1995



1.

2.



3.



1. Matrimonio de Honorato Méndez y Sofía Garay, 2012
2. Exhumación y traslado de restos de Maximiliano Méndez a nicho nuevo, 2012
3. Honorato Méndez, director de Paz y Esperanza Ayacucho con colegas, 2013

RAMÓN QUISPE ATAUIJE

31/08/1956

Durante la violencia política, desapareció mi hermano Félix Quispe Atauje. Había servido en el Ejército Peruano y era licenciado desde hacía un año. El había ido con mi padre a la tienda del señor Máximo Ramírez y de pronto vinieron los militares y se lo llevaron hacia Toqto. Eran las tres o cuatro de la tarde. Nunca lo volvimos a ver. La señora Sabina Jaime me dijo que lo habían llevado junto a su hijo. Fueron los militares, pero no sé quién era el jefe de esa patrulla.

No sé cómo apareció Sendero Luminoso en Chiara, porque estuve en la cárcel de Huamanga desde 1979 hasta 1984. Entré a la cárcel porque me inculparon del homicidio de la señora María Mitacc. Dijeron que yo la había matado, por eso me llevaron a la cárcel. Dentro del penal veía como los policías maltrataban a los presos que caían por terrorismo. Cuando algo pasaba fuera del penal, los policías llegaban con presos y los golpeaban haciéndoles gritar de dolor. Los cabecillas eran los más castigados y torturados. Pero también escuchaba historias de policías que salían a patrullar y que eran asesinados. Seguro que había comunicación entre los senderistas desde la cárcel con el exterior.

Los presos por terrorismo se encargaban de hablar a la gente recluida en el penal. A mí también me hablaban para convencerme. Dentro del penal yo trabajaba tejiendo mantas. Conocí a Edith Lagos, y al camarada "Rubén". De la comunidad de Chiara no había ningún preso, solo de otros lugares y eran desconocidos.

El 2 de marzo de 1982, los senderistas asaltaron la cárcel de Huamanga. Se escucharon primero disparos en los torreones de vigilancia, después dinamitaron la puerta principal. El ataque empezó a las once de la noche y terminó a las doce aproximadamente. Edith Lagos fue liberada junto a otros presos, que escaparon por la puerta. Otros se treparon por las paredes utilizando sogas hechas de tiras tejidas en el propio penal. Yo también aproveché la oportunidad y salí por la puerta. La decisión de escapar fue mía, nadie me obligó. Ya afuera, me encontré con un grupo de personas fuertemente armados con metralletas.

Escapamos con dirección a la zona de Los Licenciados, pero en el camino había zanjas donde caí. Cuando salí había todavía unos cuantos; los demás presos se habían ido. Me pregunté a mí mismo: "¿ahora a dónde iré?" y con un amigo empezamos a correr. Le pregunté, "¿ahora qué hacemos?", y él me respondió que era mejor quedarnos. Fue así como nos metimos a una zanja, donde permanecimos un momento. Después empezamos a caminar hacia La Picota y dimos vuelta a Chamanapata. Decidimos ir hacia la costa, pero después cambiamos nuestro plan para irnos a pie a Vilcashuamán.

En el camino me caí en un huayco y mi compañero me dijo, "voy adelantando, te espero en la puna". Yo tenía mucha hambre y no podía caminar. Salí del huayco y llegué a un pueblito. Entré a una casa y la señora me preguntó "¿de dónde estás viniendo?". Le respondí con mentiras: le dije que el carro en que viajaba fue

asaltado y me escapé. La señora gentilmente me dio de comer y me dijo que me vaya, porque su esposo era teniente gobernador y me podría hacer cualquier cosa.

Así salí de esa casa en Campanayoc y después de una caminata larga llegué a Sihuaylla, a la casa del señor Pablo Alanya, quien me dijo: “¿qué ha pasado? Tú deberías estar en la cárcel; ¿Cómo te has escapado?” y me hizo descansar. Al día siguiente fuimos a cosechar papa y en la radio escuché que un preso había vuelto llevando una bandera blanca; ser fugitivo en ese tiempo era bravo, hasta cuando ladraban los perros me asustaba. Estuve tres días allí y decidí que era mejor volver para cumplir mi pena y estar tranquilo.

Me desplazé hacia Chiara y me encontré con mi padre. El pensaba que estaba muerto. Me abrazó y lloró. Yo le dije que iba a volver a Huamanga para entregarme y cumplir mi pena de un año. De esa forma y acompañado por mi padre llegué a Huamanga, donde conseguí un abogado y me entregué. Me preguntaron por dónde había salido y yo dije que había salido por la puerta. Entré nuevamente y gracias a los indultos que se daba en el mes de julio, salí a los seis meses y sin ningún antecedente. Empecé a trabajar en una fábrica en Villa María (Lima). Luego encontré a mi esposa y con ella me vine a este lugar.

Volví a Chiara en el año de 1986. Todavía no estaban organizados en comités de autodefensa. El pueblo estaba abandonado, no había gente, los habitantes eran ancianos y viudas. Había muchas casas quemadas y a pesar de eso me quedé. Vine con mi esposa y mi papá. Mi papá sacó un préstamo del Banco Agrario y empezamos a sembrar algo. Nunca más he vuelto a Huamanga.

Empezamos con comités de autodefensa en Chiara y Liriojata. En esos años salí de patrulla a las comunidades de Chichucancha y Putica (Cangallo). Nunca he tenido enfrentamientos. Cuando llegamos a Putica, nos encontramos con pocas personas. Los habitantes se habían escapado, dejando sus camas sin tender y cocinas humeando. En Chichucancha agarramos a una presunta senderista, quien dijo que en Putica había dos mujeres más. Fuimos por el cerro y castigamos fuerte a la chica.

Ahora Chiara está mejorando un poco, pero se necesita más población pues somos menos de 200 familias. Nos dedicamos a la agricultura y sembramos todo tipo de cereales. Quiero que Chiara sea mejor, que tenga más población y con todos los servicios. Quiero también que mis nietos sean profesionales. Ya que no he podido educar a mis hijos, quiero que mis nietos sean diferentes.

Mi deseo es que ya no vuelvan esos tiempos de terror. Esos años de violencia era para temer, porque no dormíamos en nuestras casas. Amanecíamos en los cerros, chacras y huaycos. Como evangélico les pido que sigan a Cristo y las palabras de la Biblia.

1.



2.



3.



4.



1. Ramón Quispe (delante con chompa roja) en herranza de ganados, 1987
2. Ramón Quispe junto a su padre Segundino Quispe, 1987
3. Ramón en cosecha de habas, 2014
4. Ramón durante la entrevista para el presente libro

PAULINA QUISPE ATAUJE

12/07/1960

Soy de la comunidad de Chiara. Mis padres no iban a las haciendas; tenían animales propios. Mi madre murió a causa de mal aire (según una creencia andina, son vientos que pueden ocasionar la enfermedad o muerte de las personas) y me dejó con tan solo doce años de edad. Chiara era pobre y había pocas autoridades. Las autoridades eran elegidas en una asamblea y los que salían nombrados gobernaban sin plata. Recuerdo que el Gobernador era Maximiliano Méndez y el Juez Severino Palomino.

En Chiara, Sabino Jaime hizo aparecer a los senderistas. El y su grupo se metieron a robar y caminaron tomando el nombre de Sendero Luminoso. Una vez -creo que fue en 1982- vino un grupo de jóvenes, dieron vuelta alrededor de la plaza dando vivas a la lucha armada y se fueron. En otra oportunidad vino uno solo y llegó a mi casa diciendo que era senderista. El marcó a mi esposo y desde ahí los senderistas empezaron a buscarlo. Después vino un grupo grande de jóvenes.

El joven comerciante de Hualccapucro que fue asesinado junto a dos pobladores de Chiara, tenía una deuda. Antes de su muerte, vino a mi casa y me dijo que le prestara plata, pero como no tenía, no le presté y esa misma noche lo mataron. Asesinaron a tres personas. Los asesinos habrían bebido alcohol en la tienda de Bartolomé Alanya que funcionaba en la casa de Leonor Pisco. La gente en esos años tenía miedo de pasar por ese lugar. Luego de asesinarlos habían trasladado los cuerpos al cementerio, pues al día siguiente vi rastros de sangre en el camino al cementerio y es muy probable que haya sido de las víctimas.

A Ciprián García y a su esposa Delia Saavedra² los mataron por venganza, ya que ella habló sobre la presencia de senderistas dentro de la comunidad. Había informado a los militares. La muerte de la pareja fue cruenta. A uno de ellos le habían amarrado con sogas, arrastraron su cuerpo, le cortaron la lengua y, estando con vida, lo arrojaron al barranco. Como sintieron sus gritos, lo remataron con una piedra en la cabeza. Esto lo escuché cuando se emborracharon en mi tienda y conversaban de todos estos actos. Todo lo escuché de las mismas bocas de los presuntos actores.

A mi esposo, Mauro Borda Velarde, también lo mataron por venganza. Los senderistas se lo llevaron a las cuatro de la tarde. Yo estaba cocinando en mi casa junto a mi esposo, cuando entró un grupo de personas y me dijeron: "señora, que tu esposo nos acompañe a la esquina". Yo les dije que él no podía ir, pero ellos insistían y me decían que no le iba a pasar nada. Mi esposo no quería ir, pero ellos se lo llevaron a empujones. Con mi hija en brazos les seguí y cuando llegué a la esquina vi que se lo estaban llevando a empujones. No pude llamar a nadie y volví a mi casa. En eso aparecieron dos hombres y me dijeron: "concha tu madre ¿a dónde te estás dirigiendo?", yo les dije: "a ninguna parte." Mi tía Honorata Núñez me salvó de ser golpeada.

2 Véase también el testimonio de Daniela García Saavedra de Fischer

Los senderistas no querían que saliéramos a buscar y a las siete de la noche escuché un disparo y pensé que mi esposo ya no estaba con vida. Cuando hubo un poco de calma, fui donde el señor Urbano García y juntos fuimos a las dos de la mañana al huayco a buscar a mi esposo. Buscamos en diferentes puntos, pero no le pudimos ubicar. Cuando decidimos volver a la casa encontramos cerca al puente peatonal de Molinohuaycco el cuerpo sin vida de mi esposo.

Cuando estaba nuevamente en mi casa, regresaron los senderistas y me dijeron: “si tú vas a andar con chismes y avisando, vas a morir como tu esposo”. Yo les dije: “¿por qué han matado a mi esposo? Por favor devuélvanmelo con vida”. Yo lloraba al decir estas palabras; pero ellos me dijeron: “tu esposo ya está muerto”. Se fueron llevando cosas de mi tienda como gaseosas, cervezas y abarrotes. Eran personas desconocidas para mí; no pude hacer nada. Cuando me decían: “te vamos a matar”, tenía miedo y pensaba: “si me matan a mi más, quién cuidará a mis hijos”.

Mi esposo ya estaba amenazado desde antes. Cuando lo mataron pusieron un papel con letras que decía “por soplón”. Eran treinta hombres que incursionaron ese día y todos estaban armados. Después de un año los policías trajeron a la persona que había matado a mi esposo y tomaron sus declaraciones. No supe su nombre, sólo sé que era de Chontaca-Acocro.

Mi esposo tenía 40 años y yo me quedé viuda a las 28, con cinco hijos: Carlos, Roxana, Rosendo, Candy y Vilma. No pedí ninguna ayuda ni puse denuncia, porque me habían dicho: “si tú denuncias, te harán lo mismo que a tu esposo y tus hijos se quedarán solos”. Mi esposo trabajaba como secretario en la Municipalidad de Chiara. Trabajó durante la gestión de Dacio García, quien asumió el cargo después de la muerte de Sabino Jaime.

Cuando todo esto pasó, me fui a Huamanga con mis hijos y en ocasiones venía al pueblo. Quedé traumatada, tenía miedo. Cuando venían personas desconocidas y jóvenes me escapaba. Mi hijo mayor se traumó y me decía: “mamá, vienen los terrucos, hay que escapar.” Así caminaba, hasta que un día mi hijo se cayó al agua y murió. Cuatro de mis hijos siguen con vida, dos están en Lima y dos en Ayacucho. Nadie me ayudó, yo sola eduqué a mis hijos. Terminaron la educación secundaria, pero no siguieron estudios superiores. Ellos lloran al recordar a su padre, cuando les digo que por venganza lo mataron.

Escuché también que el campamento del Proyecto Cachi, que estaba instalado en la comunidad de Cochabamba, fue asaltado por la misma gente de esta zona, bajo el mando de los senderistas. Movilizaron muchas personas para asaltar los bienes muebles, quemaron el motor generador de energía y mataron a un obrero, a quien introdujeron en un cilindro con combustible y lo quemaron.

Mis hijos me dicen: “si mi padre estuviera vivo, todo habría sido distinto, no hubiéramos estado en estas condiciones”. Yo nunca dejé mi negocio, siempre iba de un lugar a otro llevando frutas y abarrotes y de esa forma pude sacar a mis hijos adelante.

Ahora nuestra comunidad está mejor, ya no queremos que vuelvan esos años de terror. Veo que nuestra comunidad está progresando, tenemos tractores. Antes no había maquinaria pesada en la municipalidad. Ahora hay más apoyo para sembrar papa y otros productos. Yo me dedico a mi negocio y a la siembra. Antes trabajábamos sólo para comer, no había mucha agua, ahora tenemos agua suficiente lo cual nos permite sembrar más aún. Ahora la gente está ocupada y por eso ya no se dedican al robo.



1.



2.

3.



1. Matrimonio de Mauro Borda y Paulina Quispe, 1987
2. Mauro Borda (segunda fila, sexto de la izquierda) e invitados durante la herranza de ganados, 1986
3. Visita de familiares a la tumba de Mauro Borda
4. Paulina Quispe y su hija Vilma Borda, 2014



4.

TEODOSIO BORDA QUISPE

11/01/1928

Soy de la comunidad de Chiara. Mi madre fue nieta de don Eusebio Quispe, un hacendado de Intihuasi que por entonces se llamaba Uchuymarca. Pero este señor abandonó a mi abuela, Dolores García, y dejó a mi madre aun siendo niña. La abuela no tomó interés por la hacienda de Intihuasi; de lo contrario hubiéramos tenido terrenos por herencia. Anteriormente, Chiara era muy pobre. Los hacendados cometían abusos y no pensaban en el progreso de Chiara. Ellos elegían a las autoridades y así oprimían a la población. En la década de 1940 los hacendados pagaban veinte céntimos o una lata de cebada, por una semana de trabajo.

Recuerdo que detrás de la iglesia de Chiara había un cementerio, y sobre ello abrimos camino en 1959 como parte de la ampliación de la carretera. Actualmente está el comedor y un baño. En esa época había un solo camino que salía de la plaza hacia Quishuar e Intihuasi por el lado norte del pueblo. En 1944 se inició la construcción del canal de conducción de agua de Molinohuaycco hacia Ayacucho, y después de varios años, en 1964, hacen el revestimiento con concreto armado. Antes hicieron el canal por la zona alta, pero por ser rocoso y por la existencia de restos arqueológicos tuvieron que modificar el plano.

Recuerdo también el tipo de prendas que utilizábamos. Los pantalones eran de bayeta y las polleras estaban confeccionadas de lana de oveja. Además, conocí el pantalón de bayeta denominado *cordillate* (tejido con lana de oveja) con listas blancas y negras. Utilizábamos ponchos de lana de oveja, ojotas que eran a base de cuero de vaca, y cada familia sabía confeccionar sus prendas.

Cuando era adolescente, se utilizaba la tinya, la quena y la esquila como instrumentos musicales para los carnavales. Se utilizaba también la *waraca*, una combinación de la herramienta tradicional para arrojar piedras, y látigo largo que servía para tirarse a las piernas entre los integrantes de comparsas adversarias. El martes de carnavales era la fiesta más importante en Huaracpampa, organizada por los cuatro varayuq que se ubicaban en cuatro puntos y que compartían comida, chicha y trago. Finalizábamos con un solo cortamonte a manera de confraternidad.

En las fiestas patronales se bailaba dentro del cabildo con bombo, arpa, violín, guitarra y para la corrida se utilizaba el *waqrapuku*, un instrumento de viento elaborado con cuernos de toro en forma de caracol. También hacían cada 2 febrero la fiesta de la comida o *muchuy huaracay* (espantar el hambre). Consistía en preparar siete potajes o comidas: *patachi* (sopa de trigo), *yuyu picante* (picante de nabo silvestre), *papa yanuy qapchiyuq* (papa sancochado con *qapchi*), picante de quinua, teqte de arveja, segundo de olluco y mazamorra de calabaza, además se adhería haba cocida o puspo y mote de maíz.

Entre 1953 y 1957 he sido concejal municipal; el alcalde era José Quintanilla. Después fui alcalde de 1958 a 1960 y tuve que prohibir que las personas fuesen a

trabajar a las haciendas bajo la condición de siervos. He sido, también, gobernador y juez del distrito. Cuando era alcalde, en 1958, hice gestiones para la construcción de la carretera.

Mi hija que era enfermera, murió en un accidente de tránsito en Casaorcco-Carmen Alto. Mi hijo, Jesús Teodosio Borda Chipana, tenía 28 años cuando integrantes del servicio de inteligencia entraron a mi tienda en Ayacucho y se lo llevaron. Desde ahí mi hijo nunca más volvió. He perdido a dos hijos en esos tiempos.

Cuando el 23 de noviembre de 1983 sacaron a mi hijo Jesús de mi tienda, fui de inmediato al Cuartel Los Cabitos a preguntar, pero me dijeron que no estaba allí. Fui a la comisaría y me dijeron lo mismo. Fui a Lima a reclamar al Ministerio del Interior, y nuevamente me negaron. Después me hice amigo de un comandante de la PIP y él me prometió averiguar, pero nada. Hemos hecho las denuncias ante la Fiscalía. Hicieron desaparecer los expedientes. Quizás los restos de mi hijo están en La Hoyada, cerca al Cuartel del Ejército.

He seguido trabajando en la agricultura para el sustento de mi familia. Ni los vecinos, ni la comunidad me apoyaron en esos años. Con mi propio dinero y decisión fui a caminar a diferentes lugares. A mí me hace mucha falta mi hijo. En los últimos años, cuando se enteraron de la desaparición de mi hijo, recibí apoyo de algunas instituciones. Desde hace 4 años me está ayudando la Asociación Pro Derechos Humanos (APRODEH). El caso está en investigación en la Primera Fiscalía.

Ahora soy presidente del comité de gestión del asfaltado de la Carretera de Chupas a Chiara. Un grupo de chiarinos me está apoyando y estamos saliendo adelante. Mi sueño es que Chiara se desarrolle más. La agricultura y la ganadería han mejorado en los últimos años gracias al agua para riego. Tenemos agua potable, electrificación, desagüe y está en proceso de construcción el asfaltado de la carretera. Se logró gestionar cerca de diez millones para la culminación de este proyecto con apoyo del Gobierno Regional de Ayacucho, pero está demorando la culminación.

Yo recomiendo seguir adelante y que olvidemos toda esa tragedia que pasó. Pero no es fácil borrar esos recuerdos de los abusos y la violencia que vivimos durante esos años. Los senderistas mataron a Mauro Borda Velarde en el puente Molinohuaycco, después mataron en Ayacucho a Dacio García Amorín. Lo sacaron de su casa a medianoche y lo asesinaron en el puente de la Alameda. Había sido alcalde de Chiara.



1.



2.

3.



1. Retrato de Jesús Teodosio Borda Chipana
2. Familia Borda Chipana, 2014
3. Teodosio Borda con integrantes de ANFASEP en La Hoyada, 2012
4. Teodosio y Jorge Palomino en el cementerio de Ayacucho, 2014

4.



ROSA MÉNDEZ MEJÍA

19/12/1949

Al igual que mis padres, yo nací en esta comunidad. Mis abuelos no tenían posibilidades de progresar en la hacienda de los Trisolini en Chupas, entonces optaron por venirse a Chiara. En tiempo de hacendados los pobladores no tenían terreno. Los hacendados se hacían servir y pagaban con papas, cebada y otros productos de primera necesidad. Cuando llegó la Reforma Agraria, los dueños de las haciendas se fueron y los pobladores que vivían en esas haciendas se quedaron con los terrenos.

Antes de que Sendero entrara a nuestra comunidad, se oía hablar que estaban en la selva y en Vilcashuamán. Estaban cometiendo robos, maltratos y matanzas. En 1981 entró un grupo de armados a la comunidad, diciendo: “tienen que ayudarnos. Si no ayudan, sus vidas correrán peligro. Lucharemos y defenderemos nuestra patria, porque están cometiendo muchos abusos en contra de los pobres.” Los miembros de Sendero eran de otros lugares y estaban con pasamontañas para evitar que los identificáramos. Había mujeres y varones.

Nosotros no estábamos de acuerdo con los pensamientos de Sendero y nos escapábamos a los cerros, abandonando nuestras casas que eran quemadas y saqueadas. En mi casa colocaron dinamita, porque mi esposo trabajaba en la municipalidad. Al ver esto, mis hijos se asustaron y se fueron a Lima. Hasta ahora siguen traumatados; no son normales.

Por otra parte, los militares también cometieron abusos y maltratos. Sufrimos abusos de ambos lados. Cuando llegaban los senderistas, nos decían que estábamos ayudando a los militares; llegaban los militares y nos decían “ustedes están apoyando a los terroristas”. No sabíamos qué hacer. Solo nos quedaba escaparnos y abandonar nuestras casas. Yo creo que el abuso fue más por parte de los militares, quienes no respetaban ni a las mujeres. En 1983, cuando la violencia era más intensa, se instaló un puesto policial en Chiara. No duró muchos meses porque los policías sufrieron un ataque de los terrucos, que dinamitaron la municipalidad y botaron a los policías.

Los militares me sacaron de mi casa junto con mis hijos. Querían abusarme y hasta matarme, diciendo que éramos terrucos. Yo les rogaba mucho y decía a mis hijos que no me soltaran. Gracias a esto me pude salvar. Si mis hijos me hubieran dejado sola, los militares hubieran abusado de mí y hasta me hubiesen matado. Vivíamos escondidos en las chacras y, al no aguantar más tuve que irme a Ayacucho, donde tenía casita. Ahí me quedaba.

A mi esposo Moisés Ramírez y a Modesto Barrios, los terroristas los habían sacado de sus casas para matarlos. Mi esposo suplicó por su vida diciendo que tenía hijos. Finalmente, los terroristas le soltaron y le pidieron su colaboración, amenazándolo para que dejara la comunidad y no anduviera de soplón. Por eso mi esposo se fue también a Ayacucho.

Cuando mi esposo se enteró que los terroristas iban a asaltar y quemar la municipalidad de Chiara, regresamos de Ayacucho y en la oscuridad de la noche

sacamos los libros de actas del registro civil y trasladamos todo al monte para luego llevarlo a Ayacucho. Así hemos salvado los archivos de la municipalidad.

No nos dejaron tranquilos, ni senderistas, ni militares. A mi esposo lo llevaron a la cárcel por equivocación, porque esa noche del asalto en la carretera donde murió Sabino Jaime, nosotros fuimos a la ciudad de Lima a visitar a una de nuestras hijas. Cuando llegamos a Lima nos dijeron que había ocurrido un asalto. Cuando volvimos, luego de una semana, en Puente Nuevo nos encontramos con Ernesto Quispe, quien nos dijo que por el asalto podría haber consecuencias. En efecto, los militares llegaron a Chiara y empezaron a perseguirnos. Muchos se escaparon al igual que mi esposo. Tomaron preso a varias personas y llegó la orden de captura para mi esposo.

En otra ocasión le llevaron a la cárcel. Yo presenté certificados de buena conducta de la comunidad, pero a pesar de eso, lo sentenciaron a siete años y medio. Luché, caminé sin comer en Lima y logré su libertad. Mi esposo salió de la cárcel después de un año y medio. En la cárcel le golpearon.

Mis hijos se fueron a Lima por temor. Hasta ahora no tienen estudios ni profesión. Mi hijo Alberto era el mayor y daba de comer a los menores. Vendían chicles en los micros de Lima. Cuando la violencia se calmó, algunos de mis hijos volvieron y crecieron conmigo. Ahora ya estamos más o menos unidos, mis hijos trabajan y pasan su vida. No tienen casa propia; viven en cuartos alquilados. Mis vecinos me apoyaron emocionalmente y me daban algo de comer. En la comunidad también me ayudaban dándonos de comer, en especial a mis hijos.

Antes me dedicaba al negocio, ahora también vendo comida y me dedico a mi tiendita. Ya no estoy bien de salud, porque los militares me golpearon y siempre me duele la cabeza. Ahora la gente ya no se comporta como antes, donde corrían las venganzas. Lo único que se sigue dando es la violencia familiar y el maltrato a los niños.



Rosa Méndez, acompañada por las mujeres de Chiara, 2014

1.



2.



3.



1. Rosa Méndez Mejía en su bodega de Chiara, 2014
2. Moisés Ramírez Mallqui, ex registrador civil de Chiara, 2014
3. Rosa Méndez y su hija Victoria Ramírez, 2014

ASUNCIÓN HUAYTALLA QUISPE

15/05/1969

Fui presidente de la comunidad de Chiara. La familia de mi papá proviene de la comunidad de Incaraccay (Cangallo) mientras que la familia Quispe proviene de Chiara. Según lo que me contó mi padre, mi abuelo se había enamorado de Flora Tenorio y para que sus padres no se enteraran, se habían venido a Chiara y se dedicaban al pastoreo del ganado de los hacendados. Se establecieron en la comunidad de Intihuasi y después en Chiara. Como no tenían terrenos suficientes, decidieron comprar terreno en Quishuar, del hacendado Parodi.

En los años 1983 y 1984 estudiaba en la escuela de Chiara cuando aparecieron unas personas desconocidas tratando de engañar a la gente. Después, poco a poco se multiplicaron. Yo recuerdo que hubo un campeonato deportivo y que vino gente encapuchada en un carro. Reunieron a la gente e hicieron cantar su himno. Cuando estuvimos así, apareció un helicóptero y todos se esparcieron.

Después designaron como responsable a Sabino Jaime, quien empezó a organizar a la gente de manera obligatoria y a participar en acciones como asaltos de carros y robos de ganado de los hacendados. Así la gente del pueblo se acostumbró a asaltar y saquear. El gobierno mandó a la policía e instaló un puesto policial en el local de la municipalidad. Poco después los terroristas atacaron el puesto y de miedo los policías se escaparon por las quebradas hasta Ayacucho.

El peligro real empezó cuando los delincuentes del pueblo robaron ganados de los vecinos de Saqracancha y Cochabamba. Los dueños denunciaron y llegaron los sinchis. Ellos hicieron lo que quisieron con mujeres y varones: los maltrataron, los desaparecieron y a algunos los mataron.

Cuando tenía catorce años, el grupo de Sabino Jaime me buscó para participar con ellos. Por eso me fui a la ciudad de Ayacucho para continuar mis estudios. Después cometieron más atropellos y quemaron casas de la comunidad.

Los senderistas no querían que existieran autoridades, mucho menos que cometieran abusos ni que haya delincuentes dentro de la comunidad. Sabino Jaime asumió el cargo, pero no sabía ni leyó los lineamientos de Sendero, más bien como estrategia utilizó el nombre para actuar como delincuente.

Aproximadamente unas 40 personas, incluyendo a desplazadas y torturadas, fueron afectadas por la violencia política en la comunidad de Chiara. Los que han cometido mayores daños y perjuicios, fueron las fuerzas armadas. Pocos resistieron y se quedaron en la comunidad. La mayoría se desplazó a otros lugares y no volvieron. Los que se quedaron, se organizaron en comité de autodefensa con la finalidad de proteger sus vidas. Algunos que participaron como senderistas, se convirtieron después en miembros del comité de autodefensa. El gobierno les entregó armas; participaban mujeres y varones.

Cuando sustenté mi tesis de titulación, los miembros del jurado me dijeron: “debes volver a tu tierra para ayudar a tu comunidad”. Después de un tiempo llegué a la comunidad de Quishuar, donde me eligieron presidente del comité de usuarios de agua por dos años, y después me eligieron presidente comunal durante cinco años. Por falta de energía eléctrica decidí trasladarme a Chiara. Para eso compré un pedazo de tierra y construí mi casa. Como el pueblo me vio responsable, me eligieron como presidente de la Junta de Administración de Agua y Saneamiento (JAAS). Después de dos años de servicio me ratificaron y apoyé en el proyecto de desagüe y alcantarillado de Chiara.

Hay gente que sufrió la violencia y que hoy conviven con personas que cometieron abusos.

Quisiera que exista un proyecto educativo rural, en el que se inserte todo ese problema que hemos pasado. Nuestros maestros deben ser bien preparados y reconocidos por la municipalidad, los padres de familia deben recibir charlas de profesionales médicos, psicólogos y periodistas. Con educación podemos cambiar bastante. En las faenas y asambleas las mujeres todavía son marginadas. Nos cuesta entender que las mujeres tienen los mismos derechos que los varones. Yo valoro a las mujeres, pero falta fortalecer su organización.

Como líder quiero una comunidad organizada, con calles amplias, con internet al alcance de todos y restaurantes al servicio de la población. Esa es mi visión.



Asunción Huaytalla, siendo presidente comunal
2012 - 2014

1.



2.



1. Asunción Huaytalla con sus estudiantes de Chiara, 2014

2. Juramentación de Asunción Huaytalla (primero de la derecha), como regidor de Chiara, 2015

VIRGILIO CANCHO ALTAMIRANO

26/06/1954

Con el senderismo hemos perdido a muchos de nuestros buenos vecinos. Desde ese tiempo estamos desunidos; ya no hay ese cariño entre vecinos. Hemos perdido buenos hermanos que se sentían responsables por nuestro distrito. Recién estamos saliendo de las heridas que nos han dejado, recogiendo a huérfanos que han quedado abandonados.

Antes no había muchas instituciones, solo las autoridades locales como el alcalde, el gobernador y el juez. Tampoco había ONG. El alcalde trabajaba gratis, no como ahora que tienen sueldo. Hacíamos los caminos y la limpieza de la acequia con faenas, porque no había proyectos ni presupuesto para obras. La escuela funcionaba con solo dos profesores.

Los senderistas llegaron buscando quien podría ser la cabeza en nuestro distrito. Algunos vecinos se habían comprometido con Sendero, pero sin saber de que se trataba. Los senderistas venían de otros lugares y los que teníamos que luchar éramos nosotros. No fue tanto la presencia de Sendero aquí, si no la venganza entre nosotros.

A Chiara nos han marginado. Decían que todos éramos senderistas. Así nos tildaron y ese mensaje repetían en los otros pueblos, donde decían que los de Chiara les habíamos asaltado. Los militares estaban convencidos que nosotros éramos senderistas, por eso nos maltrataron brutalmente, sin contemplación. Nos reunieron en la plazuela, en la puerta de la iglesia y querían torturarnos a todos. Recuerdo que a un familiar le cortaron el pabellón de la oreja y se la hicieron comer en la casa de Eusebio Cancho. Lamentablemente no conocemos sus nombres. Los militares no sabían quiénes eran los senderistas. Nos golpearon indistintamente, tratando de descubrir quiénes eran los dirigentes de Sendero.

Vinieron los montoneros de Acocro y Tambillo diciendo que en Chiara había senderistas. Amenazaron con quemar todo. Portaban armamentos de guerra como granadas y decían: "aquí sólo hay mujeres, no hay varones. Seguramente esta noche aparecen, como los senderistas que caminan de noche." Nos dolía mucho que militares, montoneros y terroristas nos maltrataban. Entonces, yo dije que era demasiado y que teníamos que organizarnos también como comité de autodefensa.

Nos organizamos buscando la tranquilidad de nosotros. Salimos en busca de la cabeza que estaba malogrando nuestro distrito. Queríamos de una vez acabar con todo, porque realmente era doloroso. Había mucha preocupación, ni podíamos dormir de miedo.

En 1990 conformamos el comité de autodefensa en Chiara. Soy elegido comando del comité con el apodo de "Comando Túpac", y con ese nombre fuimos al Cuartel "Los Cabitos" para que nos reconocieran como comité de autodefensa. Los militares nos negaron, diciendo que Chiara aún no estaba bien organizado, que todavía faltaba.

Respondimos que sí estábamos bien organizados, mostrando nuestro libro de actas, los nombres de las autoridades, etc. Volvimos una y otra vez al cuartel, hasta que finalmente fuimos reconocidos como sede del comité de autodefensa por ser capital del distrito. Nos costó caro y hemos gastado de nuestro propio bolsillo, pero logramos el reconocimiento. También recibimos el armamento que hasta hoy conservamos.

En 1991 fuimos una delegación de ronderos a Lima para participar en el desfile por fiestas patrias que se realizó en la avenida Brasil. Chiara estuvo presente ahí. Hemos trabajado bastante para sacar a los malos elementos y hemos salido al frente hasta con jefes militares. Gracias a nuestra organización y a los que nos han acompañado, hemos logrado la tranquilidad para nuestro pueblo.

Nos dieron en ese tiempo entre veinticinco a treinta armas, que hemos guardado hasta hoy. El armamento debe seguir en manos de la población. Hay que entregarlas a los jóvenes, ya que son más instruidos. Ellos van a seguir el camino de la paz. Algunos vecinos con quienes he andado, ya son ancianos. Yo también dejé el cargo y mis sucesores saben dónde está el armamento.

Con mucho esfuerzo, con el dolor de mi corazón y con gastos de mi propio bolsillo he caminado. ¿Por qué hemos salido? Porque nos dolió perder a buenos amigos y vecinos de la comunidad. Porque el senderismo nos ha dejado marginados a todo Chiara. Incluso un amigo que tenía en Acocro me insultó en Lima, cuando fuimos al desfile. Me insultó, diciendo: “concha de tu madre, Chiara es senderista.” Le respondí: “carajo, si hay senderistas en Chiara, dime los nombres y los expulsamos.”

Es posible que la población de Acocro y Tambillo siga teniendo dolor por nuestra reacción cuando llegaron como ronderos, pero no tenemos la culpa de lo sucedido. A veces me encuentro con el comando “Salvador”, jefe de autodefensa de Acocro en ese entonces. Hace dos años estábamos en el Cuartel Los Cabitos y me dijo: “Túpac, cuando me pagarás mi deuda” y yo le dije: “si yo tengo esa deuda, dime quien es el senderista, dime el nombre o hazme conocer, vamos juntos y lo sacamos.” Nunca me lo ha dicho. Una vez derramó lágrimas culpándonos por el maltrato que habían recibido por efectivos de la Base Militar de Cochabamba. Le pregunté nuevamente: “por qué ustedes nos culpan de ser senderistas; nosotros nunca fuimos senderistas y sabemos bien que no los hay en Chiara.”

Me siento orgulloso de haber llegado a esta vida, gracias a mi padre y mi madre. Mi padre también falleció por efectos de la violencia, porque le dispararon en la pierna. Me siento tranquilo y satisfecho por lo que hice. Yo creo que he cumplido y lo hice con tanto sentimiento, con tantas lágrimas. Mis amigos lo reconocen, y me dicen: “gracias a ti estamos aquí, de no ser por ti, no sabemos dónde estaríamos”.

Hay jóvenes que entienden lo que hemos sufrido, pero muchos no reconocen y algunos incluso dicen que fue por gusto, pero yo les digo: “allí está mi trabajo, por ejemplo, el armamento que por mi gestión se ha logrado”. Hasta ahora no he tenido ningún reconocimiento oficial, nadie recuerda cómo se buscó la pacificación, quienes eran los gestores, ni siquiera saben quién trabajó en Chiara. Las autoridades

no me reconocen, no tienen ese cariño para decir por lo menos: “has sido un buen líder”. Tampoco he recibido un reconocimiento económico. Yo anduve con mi propio dinero y lo hice, pensando en mi familia y en mi pueblo.

Hasta ahora no sabemos por qué en Chiara no se estableció una base de apoyo a favor de Sendero Luminoso, pero sí se creó una organización delincriminal liderada por una autoridad local. No entiendo los motivos de las autoridades de aquel entonces, solo Dios sabe.

Deberíamos ver la manera de trabajar con la juventud. Sacar quizá una historia o hacer charlas con ellos sobre lo que ha pasado. Los profesores ni se acuerdan, no saben lo que ha pasado. Desde que nos organizamos, hemos conseguido más apoyo. Creo que la comunidad está creciendo lento pero seguro. Tenemos agua, desagüe y electricidad. En educación también hemos mejorado, pues ahora tenemos colegio, antes no había. Poco a poco nos estamos encaminando, pero con el paso de los años todo va depender de la juventud. Afortunadamente, ellos están dispuestos a trabajar.



Virgilio Cancho, más conocido como comando “Tupac”, primer líder de CAD en Chiara, foto 2014



1.

1. Virgilio Cancho, portando el armamento, foto 2014
2. Pablo Atauje Quispe, ex comando de CAD, 2015
3. Miembros del comité de autodefensa de Chiara, foto 2014

2.



3.



SABINA JAIME DE LA CRUZ

10/12/1946

Los senderistas caminaban de noche; una vez llegaron cuando estábamos durmiendo y nos despertaron. Se llevaron a un familiar. Eso era más o menos por el año 1982. Nos reunieron dos veces, pero la segunda vez ya dirigidos por personas de aquí. Se fueron donde la señora Marina Mejía y se llevaron todas sus cosas. Nos dijeron a nosotros: "la señora Marina va a colaborar con cinco millones, si no colabora va a morir". Después llegaron los montoneros y los militares. Todos ellos crearon muchos problemas. Los montoneros sustrajeron muchas cosas como frazadas, ollas y otros enseres.

A mí no me pasó nada, pero se llevaron a mi esposo. El me dijo que lo llevaron por varios lugares y habían llegado también a la casa de una señora que estaba dando a luz. Allí encontraron carne y se la robaron. Le hicieron cargar a mi esposo hasta no poder más. Una vez nos escondimos con mis hijos en cuevas y cuando los senderistas ya no vinieron y estábamos tranquilos, empezó el conflicto entre nosotros mismos.

Cuando robaron las vacas de Rosa Bonilla, las llevaron al pueblo y entregaron tres vacas a mi esposo. El señor Laurente le avisó a la señora Rosa y fueron a denunciar el robo. Como recompensa la señora le dio un toro al señor Laurente.

Mi esposo estaba presto con su lazo para ir a apoyar en el asalto, pero no le dejamos ir. Al día siguiente vinieron los cabecillas a amenazar de muerte a mi esposo, reclamándole por no haber participado en el asalto que habían planeado. Mi esposo se defendió mintiendo que había ido a arrear las vacas y se hizo tarde. Desde esa vez no permitíamos a mi esposo ir a ninguna de esas salidas que organizaban los delincuentes de Chiara.

En septiembre de 1983, mi hijo Emilio Alcides regresaba con su padre de Lima para las elecciones. Cuando llegaron al terminal, se acerca un joven que le llamó a un lado para conversar y le muestra un sobre a mi hijo, pidiéndole que se lo llevara a la familia Peralta. Mi hijo aceptó, porque conocíamos a la familia Peralta. En el trayecto de Ayacucho a Chiara los policías detuvieron a mi hijo, porque el sobre contenía propaganda senderista.

Lo llevaron a un rincón, lo golpearon, le quitaron el polo y no permitieron que nadie se acercara. Cuando mi esposo quiso defenderlo, lo tiraron al suelo y también lo golpearon. Mi hijo fue conducido a la comisaría de Ayacucho. Testigos me dijeron que lo iban liberar después de mes y medio, pero una mujer lo persuadió, diciéndole: "si declaras las cosas tal como fueron, no vas a encontrar libertad o tranquilidad en ningún lugar." La mujer lo involucró con mentiras y no le liberaron. En esa ocasión salió en libertad Juan Mitma, quien le dejó su saco a mi hijo para que se abrigara.

Juan Mitma llegó a nuestra casa y nos contó que llevarían a mi hijo esa noche a una laguna en Toqto. Con esta información fui a la comisaría, alegando la inocencia

de mi hijo y que no era posible que lo mataran por haber llevado ese sobre. Había llegado a medio día y no estaban los investigadores. Entonces, la señora que tenía una tienda al frente de la comisaría me dijo, “te vendo este pan y entras directamente, porque los investigadores están comiendo; entras y háblale a mi conocido.” Entré y efectivamente estaba el amigo de la señora. El me dijo: “se lo llevaron en la madrugada. Una mujer lo traicionó instándole a que mintiera para que la liberaran a ella. Los han llevado a Toqto donde han matado a él y a muchos otros”.

Los habían colocado en fila y los hicieron aplastar con piedras planas. Por casualidad un hombre de Llachoccmayo llamado Julio, vio todo y nos comunicó a los familiares. Encontramos su cuerpo en Toqto. Gabriela Maldonado también encontró el cuerpo de su hermano Alfonso. Cuando llegamos al lugar, los perros habían comido buena parte de los restos. Entonces, recogimos todos los cuerpos y los enterramos en el cementerio de Llachoccmayo. Cuando calmaron las cosas, sacamos sus huesos para enterrarlos aquí en la capilla de Ccocha Pampa y seguimos guardando el cráneo de mi hijo en casa.

Mis nietos ya no quieren volver a Chiara. Me dicen que vendrán a ayudarme en la siembra y los trabajos, pero no quieren vivir aquí. Yo tengo 69 años y estoy acostumbrada a este lugar, por eso me quedo a pesar de la invitación de mis hijos. En Chiara no hay cambios, todo sigue igual, la gente sigue odiándose, siguen robando entre ellos, siguen siendo egoístas. Cuando llega algún regalo o beneficio, nadie te avisa, cada uno busca su provecho.

Con una señora de Santa Ana que vende flores en el mercado nos inscribimos como socias de ANFASEP, pero recién después de muchos años de la desaparición de mi hijo. Yo quisiera que haya tranquilidad, que seamos más unidos en todo aspecto, que no existan odios ni rivalidades. En cambio, ahora hay conflictos por el agua, hay robos y peleas entre los jóvenes en las fiestas.



Retrato de Emilio De La Cruz Jaime



1.

- 1. Sabina Jaime, rememorando a su hijo desaparecido, 2014
- 2. Sabina Jaime y Emiliano De La Cruz, padres de Emilio, 2005
- 3. Familia De La Cruz Jaime, durante el entierro del hijo menor en Lima, 2008

2.



3.



CELEDONIA CHÁVEZ ATAUJE

18/01/1961

La violencia quizá empezó porque los estudiantes universitarios en Ayacucho sufrieron muchos maltratos. Entonces, se dieron cuenta que los productos del campo costaban más baratos y que el gobierno estaba escondiendo productos como aceite, arroz, etc. Convencieron a los agricultores de cortar el comercio con Ayacucho, pero en esos tiempos había muchos ladrones que aprovecharon la situación y empezaron a robar usando el nombre de Sendero. A veces algunos universitarios también se perdían y andaban con los ladrones.

A las personas inocentes las golpearon. A los que no querían unirse a Sendero los amenazaban de muerte o los mataban. Algunos se fueron del pueblo desde el inicio y se libraron de la violencia. Los que no podíamos movernos del lugar, nos íbamos hacia el cerro, llevando nuestras frazadas al anochecer y regresábamos ni bien estaba empezando a amanecer. Cuando nos íbamos a las chozas, no debíamos llevar a los perros; a los bebés les poníamos el seno en la boca para que no llorasen. Teníamos que huir de los dos bandos, tanto de los senderistas como de los ladrones. Los dos bandos maltrataban a los comuneros.

Los senderistas señalaban que ellos eran parte de nosotros. Eran estudiantes y empezaron a concientizar a los campesinos. Nos reunían y nos hablaban de manera respetuosa. Por esas fechas también había unos tres o cuatro ladrones en Chiara, que ya no podían robar porque los senderistas los amenazaban. Lo que hicieron estos delincuentes fue utilizar el nombre de Sendero para reunir a muchas personas, a algunos obligándolos.

Los senderistas y delincuentes se llevaron a varios jóvenes. Las mujeres ya no podíamos educar a nuestros hijos y quedamos traumadas. Como muchas mujeres que viven con tanto dolor, la señora Justina murió con ese mal y la señora Rosa Mallqui también está traumada. Todas quedamos así a consecuencia de la violencia.

A mi esposo, Juan Núñez Huashuayo, lo amenazaron diciendo que lo iban a matar si se retiraba del pueblo, que lo encontrarían en cualquier punto. Entonces, nos escondíamos en cuevas, barrancos, dentro de los sembríos y siempre cuidándonos tanto de los militares como de los senderistas.

Mi esposo estaba buscado por presunto senderista, por culpa de esos ladrones que utilizaron el nombre de Sendero Luminoso y que obligaron a mi esposo a seguirlos. Entonces mi esposo pensó que lo investigarían y nos quedamos. Mi madre le decía que se escapara, pues los demás que estaban buscados ya habían huido a otros lugares. El no quería dejarnos.

Por ese tiempo había conseguido un trabajo para cortar cebada. En ese lugar lo encontraron los policías. Ellos nos dijeron después que algunas personas lo habían acusado. Otros policías nos dijeron que quienes lo habían capturado eran de las fuerzas armadas. Al final, ¿quiénes habrán sido? Fui con uno de mis hijos a seguir a

mi esposo y dejé a mis otros hijos en casa. Llevaron a mi esposo hasta la repartición de la carretera Chupas-Chiara, donde le quitaron la ropa y lo subieron al carro para luego llevarlo a Sachabamba.

Uno de los policías me dijo: “él no debió andar con esos terroristas. Para el miércoles lo soltaremos, porque no encontramos a la persona que estamos buscando. Usted debe pensar en sus hijos y no complicar la situación.” Entonces, regresé, pero mi esposo nunca más volvió. Después de tres años tomé valor y pensé ir a Sachabamba para recuperar sus restos. En eso una chica me dijo que la zona estaba muy bien controlada y que dejara todo en manos de Dios. No era el único caso, porque a muchas personas las habían llevado a ese lugar.

Se llevaron a mi esposo el 5 de junio de 1984 y me quedé con mis hijos Nicanor, Germán y Olimpia. Olimpia sufre problemas físicos y psicológicos. Cuando ella se aferraba a su padre, la separaron golpeándola con la culata del arma.

No sabía cómo denunciar la desaparición, no supe a dónde acudir. Finalmente le avisé al hijo de mi padrino e hicimos la denuncia. Años después fui también a la Comisión de la Verdad y asistí a las reuniones de ANFASEP. Por tanto andar me cansé, porque ya no contaba con tiempo ni dinero. Así que lo dejé, pero ahora he vuelto a las reuniones de ANFASEP.

Recibí una reparación de cinco mil soles y mis tres hijos también se repartieron otros cinco mil. También insistí para que inscribieran a mi hija, pues está muy afectada. Solo está tranquila con medicamentos. Ella merece ser beneficiaria de la reparación porque fue muy afectada por la violencia. Quisiera acceder a los programas sociales del Estado porque estoy enferma y muchas veces necesito dinero para curarme y mantener a mi hija.

Mis familiares me llamaron y me dijeron que vaya a vender pan. Mi padrastro me pidió que le diera a uno de mis hijos para que él lo criara, pero yo no podía hacer eso con mis hijos. Mi tía Delfina también me dijo que se los diera. Al inicio hacía leña, la llevaba en un burro para vender, pero nadie me compraba. Después probé hacer comida de *sisan yuyu* (flor de nabo) y algunas otras comidas. Cada vez vendía un poquito más en la feria de los sábados en Chiara, porque venía bastante gente de muchos lugares. Ahora, con la ampliación de la carretera y los carros que circulan, hay más tiendas y la gente ya no va a las ferias. También sembraba un poco para nuestro consumo y criaba animales a medida de nuestra capacidad. Ahora, a mi edad, siento mucho dolor en mis pies. Cuando estoy sentada, a veces no puedo pararme y pienso: “si ahora estoy así, como estaré de aquí a unos años más.” El seguro de salud no apoya, solo me dan unas cuantas pastillas.

Los niños de ahora no conocen la violencia, cuando les contamos, nos escuchan con asombro, pues hemos sufrido grandes abusos, mucho miedo y sufrimiento. Hasta ahora, cuando oímos los helicópteros, nos causa escalofríos en nuestro cuerpo.

1.



2.



1. Celedonia Chávez en su domicilio de Chiara, 2014

2. Celedonia Chávez (a la derecha), participando en la comparsa de carnaval, 1988

3. Celedonia Chávez durante la entrevista, 2014

4. Nicanor Núñez (hijo de la víctima) y esposa como mayordomos de la fiesta patronal en Chiara, 2014

3.



4.



MODESTO BARRIOS SULCA³

12/02/1925

En el año 1949 me fui a Uchuymarca, actual comunidad campesina de Intihuasi, donde mi padrino Julio Bornaz era hacendado. Cuando salí del cuartel, después del servicio militar, fui a visitarlo en su casa en Ayacucho y me dice, “vaya hijo a trabajar las tierras y cuidar a los animales, porque no hay gente en este momento”. Así llegué a la hacienda de mi padrino. Había personas que reclamaban a mi madre “¿por qué has entregado a tu hijo como un esclavo al hacendado?” Así que mi mamá vino a recogerme y me llevó nuevamente a Chiara. Ahí estudié hasta segundo grado de primaria.

Cuando en 1980 se convocaron a elecciones municipales, participé en ellas y gané con el Partido Popular Cristiano. Entré como alcalde para el periodo 1981-1983. En 1984 me nombraron presidente de defensa civil de Chiara. Varias personas de la municipalidad me denunciaron por presunta reunión con los terroristas y porque, según ellos, les hacía comer en mi casa. Igualmente, sindicaron a mis hijos como terroristas, señalando que era raro que los senderistas no cometieran ningún acto de violencia contra nosotros.

Un teniente del Ejército Peruano me dijo que debía llevar el libro de actas y el padrón de la comunidad. Entonces, vine a Chiara trayendo el libro de actas y los sellos. El teniente estaba borracho y me colgó con sogas en el local de la municipalidad, diciéndome que era un terruco. A las nueve de la mañana me llevó a Intihuasi y después a la casa de mi hijo Vicente Barrios Palomino. Sindicó a mi hijo como narcoterrorista y ordenó a sus soldados de golpearlos. Desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde nos golpearon duro a los dos, diciendo: “mátenlos a esos terrucos.” Felizmente a mi hijo lo liberaron en Chiara.

A mí me trasladaron con helicóptero de Chiara hasta el Cuartel Los Cabitos de Ayacucho. Estábamos yo, Víctor Paquiyauri Vilcapoma, Fidel Pariona Quispe y Rafael Quispe Alca. En el cuartel estuvimos quince días con las manos atadas. Después me pasaron a la PIP y de ahí me llevaron a la cárcel con Víctor Paquiyauri, Fidel Pariona y un joven desconocido. En la cárcel estuve un año y ocho meses. Salí tras comprobarse mi inocencia. No recuerdo la fecha exacta de mi salida.

Me he registrado en Chiara y en San Juan Bautista (Ayacucho) para gestionar mi reparación, pero hasta ahora no hay nada. Han aprobado mi expediente en el Consejo de Reparaciones. Me sirve solo para hacerme curar en las postas, pero nada de indemnización por la tortura que sufrí y el encarcelamiento injusto. Por mi propia cuenta me operaron en Lima por las consecuencias de los golpes propinados por los miembros del Ejército. Me cosieron 32 puntos en la parte de mi abdomen. Me habían reventado la vesícula y mi piel en ese momento se parecía a las flores de retama, de color amarillo.

3 Modesto Barrios falleció en enero del 2015.

Yo hice varias obras cuando era autoridad de Chiara. Entre otras, se terminó la carretera durante mi gestión en noviembre de 1959. Hasta ahora ni siquiera ponen mi foto en el auditorio de la municipalidad de Chiara.

1.



1. Modesto Barrios y su esposa Nicolasa Palomino en su domicilio, 2014
2. Familiares y acompañantes del finado Modesto Barrios, 2015
3. Familiares del finado Modesto Barrios durante su entierro, 2015

2.



3.



NICOLASA PALOMINO CÁRDENAS

10/09/1931

Nací en San Juan Bautista y tengo 84 años. Mis padres eran viajeros y nos llevaron a mí y a mis hermanos Jorge, Severino y Pituca a Chiara. Cuando tenía 17 años, vinieron los padres de Modesto Barrios y entraron en acuerdo con mis padres. Ellos conversaron para formar una nueva familia, pero yo ni siquiera conocía a Modesto, ni fuimos enamorados. Como era costumbre en esos años, mi padre me dijo: “hija, te casarás con él”. Era como una obligación. Antes era así en todas las familias; si no aceptábamos, los envarados nos castigaban.

En el tiempo de la violencia hacen desaparecer a mi hijo. Un día mi hijo dijo: “mi cosecha de cebada está muy poco, no podré pagar mi préstamo, mejor llevo morón a la selva donde el precio está alto.” Así dijo y se fue a la ciudad de Ayacucho, hizo moler la cebada y cuando estaba vendiendo afrecho en el mercado, le agarran los policías y lo llevan a la comisaría donde le hacen desaparecer. Esto ocurrió el 7 de julio de 1983.

Mi hijo se llamaba Luis Victoriano Barrios Palomino, tenía 25 años de edad y convivía con Graciela Garay, con quien tuvo dos hijos: Henry de un año de edad y Rocío de dos años. Busqué a mi hijo por todos los lugares, pero no le encontré en ninguna parte. Mi nuera Graciela Garay se fue a la ciudad, dejándome a sus dos pequeños. Mis nietos fueron criados por mí y por mi hija: yo cuidé a Henry, y mi hija Isabel a Rocío. Ahora ellos ya son grandes, Rocío ya tiene tres hijos y Henry me dejó para vivir con su madre.

No sé por qué llevaron a mi hijo a la comisaría. Lo encontré y reclamé a los policías, “señor, por qué traen a mi hijo desde su trabajo.” Ellos me respondieron, “él es terrorista y había lanzado granada en el asalto en Chamanapata.” Así dejé a mi hijo en la comisaría y me fui a la chacra.

Una vez mi hijo vino a la chacra a cambiarse de ropa. No me habló, porque estaba vigilado por los policías. Esa misma noche, al retornar de Chiara, desapareció. Mi hija Isabel llegó un día a Chiara y dijo: “Victoriano ya no está en la comisaría”. Entonces fui y pregunté: “¿qué ha pasado con mi hijo detenido? ¿Dónde está?” Ellos me dijeron que lo habían soltado: “seguro que se habrá ido con sus amigos terroristas.” Esa misma noche fueron llevados varios detenidos al Cuartel Los Cabitos y seguro que ahí lo habrán matado.

Cuando la Fiscalía exhumó los cuerpos al costado del Cuartel de Ayacucho, fui a ver para tratar de reconocer los restos de mi hijo, aunque sea por la ropa, pero no encontré nada. Temo que lo hayan quemado en los hornos encontrados en La Hoyada⁴.

4 El sector denominado La Hoyada, muy próximo al Cuartel Los Cabitos, fue el escenario de cientos, quizás miles de detenciones arbitrarias, torturas, violaciones sexuales, asesinatos y desapariciones de ayacuchanos en la década del ochenta, principalmente en el año 1984. Es por ello que las organizaciones de afectados exigen que se establezca un lugar de memoria allí para que las futuras generaciones conozcan esa parte de nuestra historia.

Denuncié ante el Ministerio Público la desaparición de mi hijo, pero no sé lo que pasó después. En esos años los abogados tampoco querían asumir nuestras denuncias, por temor a las represalias. Al abogado que me estaba ayudando le dinamitaron su casa.

Entré a ANFASEP días después de la desaparición de mi hijo. Junto con mama Angélica Mendoza somos las fundadoras de esa organización. En los inicios éramos unas cuantas. Ibamos al cuartel y la comisaría a buscar a nuestros seres queridos, pero no teníamos respuesta. Escuché la noticia que había presos en Muyurina, cocinando y lavando ropa de los guardias. Fui a ese lugar, pero nuevamente sin resultado. Escuché también la noticia que había presos en Pampa Cangallo. Queríamos ir allá, pero nos dijeron que había problemas para llegar. En nuestras caminatas nos encontrábamos con otras mujeres que también buscaban -entre llantos- a sus seres queridos.

Una vez vi cómo los militares trajeron a un joven amarrado de los brazos, lo metieron en una casa abandonada y lo balearon. Sacaron su ropa, envolvieron su cuerpo con una frazada y se lo llevaron a un lugar desconocido. Es muy probable que eso hicieron con mi hijo. Por eso no encuentro sus restos hasta ahora.

Cuando desapareció mi hijo, me quedé sola en la comunidad, ya que mi esposo se había ido a la ciudad de Ayacucho. Yo me quedé cuidando a mis animalitos. Cuando los militares venían, nos torturaban. Yo hacía comida todos los sábados y una vez, al percatarme de la presencia de estos efectivos, traté de retirarme, pero me llamaron y me dijeron: “¿por qué te escapas?”. Yo les dije: “cuando vienen ustedes, nos torturan.” Me ordenaron ir al río con un soldado. Su intención era matarme, entonces le dije: “señor, ustedes ya no tienen consideración con nosotras. ¿Qué culpa tenemos?” Cuando dije eso, me soltó. Esta era la forma de protegerme, no intimidarme por las amenazas.

A las integrantes de ANFASEP nos mandaban comida desde Lima para alimentar a los hijos de los desaparecidos y muertos. Caminaba con llanto durante la búsqueda de mi hijo. Ahora ya estoy más tranquila, pero viendo su ropa todavía me pongo triste. Sigo caminando con ANFASEP. No pierdo la esperanza de ver a mi hijo con vida. Algunos me dicen que lo han llevado a otros lugares y que está con vida. Por eso camino. A veces mi esposo me molesta diciendo, “ya está muerto, ¿acaso cuando caminas va a aparecer?” No le hago caso y sigo caminando con la esperanza de ver algún día a mi hijo con vida. Una vez vino un muchacho flaquito a mi casa y dijo, “en ese tiempo de peligro me llevaron a otro lugar donde no me daban de comer, por eso estoy así”. Eso me hace pensar que mi hijo también siga con vida en algún lugar.

Es muy doloroso cuando no sabes si tu hijo está vivo o muerto. Si estuviera muerto o haya fallecido por alguna enfermedad, lo enterrarías con más tranquilidad. Las madres sufrimos mucho por nuestros familiares, porque no sabemos qué fue de ellos, si murió, si estaría enterrado o tal vez los perros lo hayan comido.

La reparación económica llegó: para mí S/. 1.400 y para la viuda S/. 5.000. No es justo, no alcanza para nada. Si mi hijo viviera, me ayudaría en muchas cosas.

LA VIDA YA NO ERA VIDA

Cuando voy a La Hoyada es como visitar a mi hijo. Le llamo por su nombre: “Victoriano, hijo mío ¿dónde estás? Aquí te sigo buscando a pesar del tiempo transcurrido.” En eso el recuerdo y la nostalgia me embargan. Cuando veo a los jóvenes, sufro, pero también me siento alegre cuando puedo enseñar a los jóvenes a buscar la verdad y justicia. Yo quiero que esos tiempos de violencia y sufrimiento nunca más vuelvan. Cuando veo a mis hijos y mis nietos me siento alegre. Antes sufrimos mucho, pero ahora ya estamos más tranquilos.

Yo contribuí con una piedra para que en el monumento de memoria a las víctimas en Chiara pueda aparecer el nombre de mi hijo, pero hasta ahora no me acerqué a ver. No sé si realmente han puesto o no su nombre.



1.

2.



3.



1. Nicolasa Palomino con su ofrenda en La Hoyada, 2014
2. Nicolasa Palomino en la colocación de la primera piedra de la Saywa de la Memoria en Chiara, 2012
3. Nicolasa Palomino, al pie de la cruz de La Hoyada, 2014

DANIELA GARCÍA SAAVEDRA DE FISCHER

16/12/1969

Nací el 15 de diciembre de 1968 en Chiara. Mis padres fueron Ciprián García Jaulis, natural del mismo lugar y Delia Saavedra Bernavel del distrito y provincia de Huarochirí, región Lima. Mis padres vivieron sus primeros años como pareja en Lima. En 1960 se mudaron a Chiara, porque mi padre había perdido su trabajo. Pudieron salir adelante y mantener a sus hijos, trabajando mi padre como agricultor y comerciante, siempre con el invalorable apoyo de mi madre.

Vivíamos tranquilos y mis padres se esforzaron para que nos educáramos en la ciudad de Ayacucho. Yo llegué a terminar mis estudios secundarios. Nuestra familia era muy unida, pues teníamos unos padres ejemplares. En nuestro hogar no había maltratos ni discusiones; nuestros padres siempre nos inculcaron buenos modales y nos enseñaron a comportarnos correctamente.

Nunca podremos olvidar lo que ocurrió el 23 de diciembre de 1984 cuando un grupo de varones y mujeres entraron en horas de la noche a nuestra casa, sacaron a mi padre y a mi madre semidesnudos de la cama, sin siquiera permitirles ponerse sus prendas. Habían encerrado en una habitación a mis cinco hermanos pequeños, quienes no pudieron hacer nada pues tenían en ese entonces año y medio, tres, cinco, ocho y diez años respectivamente, mientras yo estaba en Ayacucho.

Al siguiente día empezamos la búsqueda con el apoyo de algunos familiares, pero no encontramos a nuestros padres. Al segundo día, o sea el 25 de diciembre, nos comunicaron sobre el hallazgo de los cuerpos. Inmediatamente fuimos a Ayacucho para denunciar los hechos ante las autoridades y recién el 27 de diciembre el fiscal de turno se movilizó a Chiara para ordenar el levantamiento de los cadáveres. Los cuerpos sin vida de mis padres fueron trasladados con chacana (dos troncos cruzados con palos pequeños como especie de escalera) hasta la plaza principal de Chiara y luego fueron llevados a la morgue del Hospital Regional de Ayacucho para la necropsia. El señor Oscar Flores, propietario de un camión que viajaba entre Chiara y Ayacucho, nos apoyó de manera gratuita con el traslado de familiares, acompañantes y de mis hermanos menores, mientras que los hermanos mayores fuimos en la camioneta junto con los restos de nuestros padres y el fiscal.

Mis padres fueron asesinados cruelmente. Los llevaron a una quebrada de nombre Uchuymarca, donde a mi madre la mataron con cinco puñaladas en el cuerpo y cortándole la lengua, mientras que a mi padre lo empujaron al barranco, le golpearon con piedra el cráneo y la cara hasta destrozárselos y le extrajeron los dientes de oro. Los motivos podrían ser varios. Mi padre fue Juez de Paz por varios años y siempre le daban un cargo en la comunidad. Debido a ello tuvo muchos amigos en el pueblo y fuera de él, que le pedían consejos y apoyo. Por eso los militares le acusaron de tener contacto con terroristas y muchas veces le pidieron información sobre esos supuestos senderistas que él no conocía.

Sendero Luminoso también le amenazó por su supuesta complicidad con los militares, dadas las visitas constantes que estos hacían a nuestra vivienda. Por otro lado, los delincuentes de Chiara también le visitaron y quisieron sacarle de su casa en cinco oportunidades para que los acompañara en los asaltos, pero mi padre resistió.

Debo afirmar que no fueron los militares quienes asesinaron a mis padres, sino gente del propio lugar, gente que conozco, pero no deseo señalar ni denunciar para no reabrir las heridas que llevo por dentro.

Al poco tiempo del suceso, en febrero de 1985, mi hermanita Romina, de un año y medio, murió a causa de la ausencia de mi madre. A la muerte de mis padres quedamos 10 huérfanos. Señalo sus nombres de menor a mayor: Romina, Nelva, Robert, Wilber, Marlene, Daniel, Daniela, Sonia, Israel y Miriam García Saavedra. Entonces pedimos ayuda al puericultorio de Ayacucho. Mis hermanos menores fueron a comer a dicho lugar por cuatro meses. Después, los hermanos mayores llevamos cada uno a un hermano pequeño. Al ver que yo andaba por las calles de Ayacucho cargando a mis hermanas, mi familia se compadeció y nos trasladaron a la ciudad de Lima.

Gracias a mi tía Isabel Saavedra, muy querida hermana de mi madre, quien trasladó y acogió en su casa a un grupo de mis hermanos. Lo mismo hizo mi tía Maximiliana García, quien también vivía en la ciudad de Lima. Ella acogió a dos menores, mientras los hermanos mayores tomamos rumbos diferentes. Después de lo sucedido, quedamos todos los hermanos esparcidos, todo fue un caos. Pasados cinco años pudimos juntarnos y vivir en una casa alquilada en Lima, trabajando desde niños y sin saber de justicia. Hasta ahora llevamos un trauma y seguimos mentalmente dañados. Yo motivaba a mis hermanos y les convocaba a reunirnos en alguna casa familiar y mi hermana Miriam, la mayor de todos, asumió el rol de madre.

Cuando ya tenía 22 años viajaba a Ayacucho con cierta frecuencia para visitar las tumbas de mis padres que se encuentran en el Cementerio General de Ayacucho, y a la vez para administrar las tierras que dejaron mis padres. Fui la única que se encargó de todo esto. Ahora estamos en proceso de división de las tierras.

El año 2000 mi hermana menor Marlene migró a Alemania, a la ciudad de Wuppertal. En 2002 yo también me trasladé a Alemania. Durante dos años estuve en condición de migrante ilegal, pero con subsidio del Estado Alemán. Me enteré de la existencia de la Ley de Asilo e inicié los trámites, logrando quedarme como asilada por dos años hasta el 2004. Fui acostumbrándome a la vida y trabajaba en todo lo que se presentaba.

En 2005 conocí a mi esposo y nos casamos después de tres años. Dejé mi condición de asilada y ahora gozo de todos los derechos. Mi hijo ya tiene 17 años y es un buen estudiante. Mientras mi esposo y yo trabajamos, mi hijo está estudiando preparatoria y tiene la intención de estudiar para ser ingeniero industrial. Ahora tengo seguridad de trabajo y aprendí el idioma alemán. También hablo quechua y castellano.

Tal vez regrese algún día al Perú, porque tengo mucha nostalgia y quiero a mi patria. Hemos viajado con mi esposo más de tres ocasiones y a él le gusta mi tierra. Ahora estoy trabajando en una fábrica de piezas de vehículos, que hace ensamblaje de vehículos de diferentes marcas, pero no tendríamos inconveniente en irnos a vivir a Ayacucho.

Para que no se repita lo vivido en el periodo de la violencia política, le pediría al Presidente de la República del Perú que proteja a la niñez, que construya más escuelas y que facilite todo lo necesario para que tengan una vida digna y con justicia. Solo así podremos cambiar esa mentalidad malvada que tuvieron algunos asesinos. Solo así el futuro será diferente para bien de todos los peruanos.

Los que asesinaron a mis padres morirán con la conciencia sucia por tanta maldad que hicieron. Serán juzgados en su momento, eso se lo dejo a Dios todopoderoso.



Ciprián García y su esposa Delia Saavedra (asesinados por Sendero Luminoso), durante carnavales en Chiara, 1982



1.

2.

1. Daniel, Daniela, Sonia y Marlene durante la visita a casa de Isabel Saavedra en Lima, 1997

2. Daniela García, su esposo e hijos durante visita a Chiara

3. Matrimonio de Daniela acompañada por sus familiares, 2008



3.





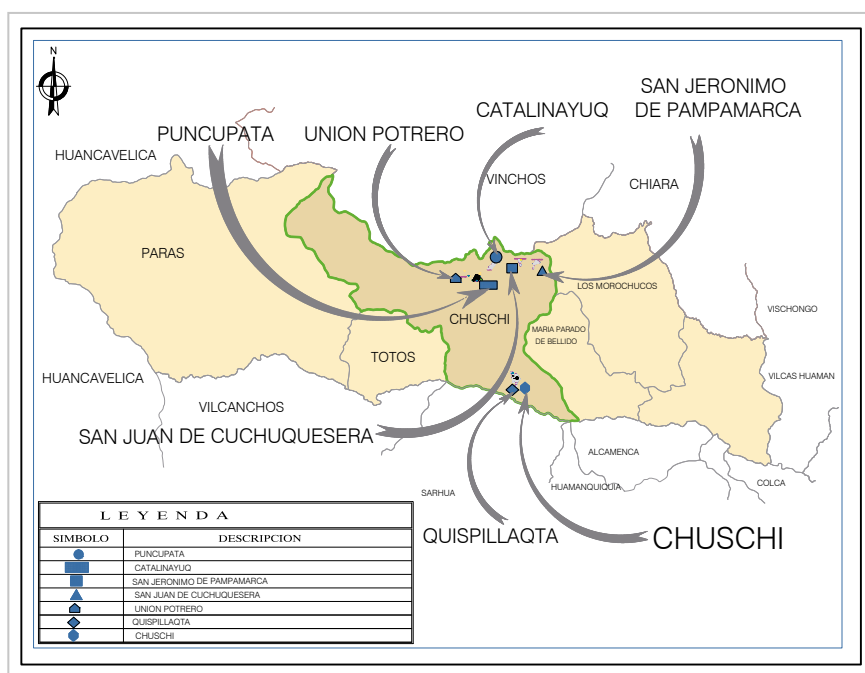
IV. QUISPILLAQTA

INTRODUCCIÓN¹

Quispillaqta es un pueblo indígena localizado en el distrito de Chuschi², provincia de Cangallo, región Ayacucho. Tiene una superficie de 21.680 ha. y una población de 4175 habitantes. Está a 125 km. de distancia de la ciudad de Ayacucho.

El nombre de Quispillaqta proviene de dos palabras quechuas³: a) *qispi* que deriva de la abundancia de *qispi-rumi* (piedra obsidiana) en Qispipata y lugares circundantes, y b) *llaqta*, que significa pueblo. Por eso se dice que el significado de Quispillaqta es un “pueblo vidrioso, asentado en un lugar con abundante presencia de piedra obsidiana” (Muñoz y Núñez, 2006).

Desde 1602, los ayllus de Lucrukas, Kanas, Yungas, Cañaris, Aymaras, Anqaras (chankas) y Quchas constituyeron un solo llaqta, conocido actualmente con el nombre de Quispillaqta.



Ubicación de las localidades de la cuenca del río Cachi que pertenecen a Quispillaqta

- 1 Este capítulo está basado en las entrevistas individuales y talleres con grupos focales realizadas en cinco localidades, de abril a agosto del 2014. En el anexo 3 se encuentra la lista de todas las personas entrevistadas y su relación con las víctimas. Asimismo, se ha utilizado el libro de Muñoz y Núñez (2006), que describe con mayor detalle la historia de Quispillaqta.
- 2 El distrito de Chuschi cuenta con cinco comunidades campesinas reconocidas, distribuidas en 37 localidades o barrios, de las cuales 13 pertenecen a la comunidad de Quispillaqta, 12 a Chuschi, 5 a Chacolla, 4 a Canchacancha y 3 a Uchuyri.
- 3 Estatuto de la Comunidad de Quispillaqta, 2012.

Quispillaqta cuenta con 13 localidades ubicadas en dos cuencas: la cuenca del Río Pampas y la cuenca del Río Cachi. En la primera se encuentran ocho localidades: Villa Vista (capital), Yuraq Cruz, Pirwamarka, Llaqtaurán, Socobamba, Huertahuasi, Cerse y Tuco; en la segunda cuenca se encuentran cinco localidades: Unión Potrero, Puncupata, Catalinayuq, Pampamarca y Cuchuquesera. La presente publicación hace referencia a la memoria de las localidades ubicadas en la cuenca del río Cachi (véase el mapa).

Aspectos demográficos

En 1980 la población estimada en las cinco localidades era de 1651 habitantes. El periodo de violencia política produjo una merma significativa de la que fue recuperándose a partir de los años noventa. Así, en 1994 se registraban 1268 habitantes, mientras que para el año 2013 su población está constituida por 2327 habitantes (540 familias).

CUADRO POBLACIONAL POR LOCALIDAD

Localidades	1980	1994	2013
Unión Potrero	337	296	533
Puncupata	324	198	330
Catalinayuq *	330	238	455
Pampamarca *	330	264	476
Cuchuquesera *	330	272	533
Total	1651	1268	2327

* Para estas tres localidades no hay datos poblacionales referidos al año 1980. Se ha trabajado en base a estimados.

Fuente: Elaboración propia en base a Naveda y Auqui (1979 y 1980); Censo Nacional del INEI (1994) y Censo de la Dirección Regional de Salud de Ayacucho (2013).

POBLACIÓN ACTUAL SEGÚN SEXO Y GRUPOS DE EDAD

Localidades	Nº Familias	Total de Habitantes	Sexo		Grupos de Edad			
			M	F	1 - 15	16 - 29	30 - 59	61 - más
Unión Potrero	108	533	228	227	142	144	123	46
Puncupata	74	330	157	173	87	96	105	42
Catalinayuq	123	455	239	294	188	128	156	61
Pampamarca	120	476	222	254	158	129	137	52
Cuchuquesera	115	533	284	249	146	107	164	116
Total	540	2327	1130	1197	721	604	685	317

Fuente: Dirección Regional de Salud, Ayacucho (2013).

Antecedentes históricos

Alrededor del año 1000, el territorio actual de Quispillaqta y de los pueblos circundantes, estuvo adscrito al dominio territorial del Imperio Wari y de la cultura Tiwanaku (Isbell 2005). Durante el gobierno de los Incas, la práctica del sistema de mitimaes fue un elemento importante para poblar toda la zona de Pampas. En los primeros años de la Colonia las autoridades españolas encontraron diversos pueblos que se distinguían entre aymaras y kanas. En el Libro II del Título de la comunidad de Quispillaqta⁴ encontramos un dato que señala:

“Los aymaraes se proclamaban como mitmas incas... poblados en aquella tierra por mandato de Túpac Inga Yupanki. Mientras (...) los kanas vinieron allí, la tienen y poseen labrándola y sembrándola porque dicen que Wayna Cápak se la dio y los mandó poblar por allí”.

Los quispillaqtinos afirman descender de la nacionalidad étnica kanas y otros ayllus nativos. Su asentamiento inicial estaba en la cuenca del río Pampas, que luego se expandió a la cuenca del río Cachi.



Complejo Arqueológico de husno de Altarniyuq-Cuchuquesera
construido en la época inka

4 Se trata de un conjunto de documentos coloniales de propiedad de la comunidad, como producto del histórico juicio por tierras que se tuvo por más de cuatro siglos con la comunidad de Chuschi.

El 3 de enero de 1558 el pueblo de Quispillaqta es reconocido oficialmente por el Virrey Toledo⁵. Desde esa época surge la rivalidad entre los ayllus de Quispillaqta y Chuschi, incitada por los encomenderos con la intención de incrementar mayores dominios para así captar mayores tributos. Sin embargo, gran parte de las tierras fue entregada a los encomenderos españoles y durante la república estas tierras fueron transferidas a los hacendados.

Así, el territorio que comprende las localidades de Cuchuquesera, Pampamarca, Catalinayuc y quizás parte de Puncupata, Unión Potrero y Tuco cayó en manos extrañas y pasó a formar parte de tres haciendas. Los quispillaqtinos se quedaron con las tierras menos favorables para la ganadería (Muñoz y Núñez 2006: 31).

A lo largo del tiempo, y por el crecimiento de la población, se establecieron nuevos asentamientos que se convirtieron en pequeñas localidades con sus propias vivencias e historias, pero siempre articuladas a la comunidad matriz de Quispillaqta. Hoy son pequeños centros poblados con sus respectivas autoridades y organización comunal.

Los primeros caseríos de Unión Potrero y Puncupata compartían el mismo proceso de surgimiento, caracterizado por la defensa y ocupación permanente de su territorio comunal. Los primeros ayllus llegaron a las localidades actuales bajo el mandato comunal de las autoridades de la comunidad matriz (Quispillaqta) con el propósito de defender los linderos del pueblo. Hay versiones que señalan que estas familias llegaron con muchos animales y no contaban con suficiente espacio, ni pastos, en la zona de Pampas. Por eso las autoridades las reubicaron. Al respecto comenta Francisco Ccallocunto, de Unión Potrero:

“Mi abuelo, Marcelo Ccallocunto, tenía buena cantidad de animales para ese entonces, cuando aún vivía en Quispillaqta. Pero un animal que - según la versión - era un oso, los comía. Fue por esa razón que mi abuelo decidió irse a este lugar. Junto con la familia Machaca vivieron en la zona de Tinkuq y Sachahurán.”

En tanto, Víctor Ccoriñahui, poblador de la misma localidad, dice sobre las primeras ocupaciones:

“A nuestros abuelos les habían mandado a estos pueblos para que realizaran mantenimiento de linderos. Pero ellos vinieron en tiempo de lluvia cuando el río Chikllarazu estaba cargado. Es así que no pudieron cruzar y se instalaron donde ahora seguimos viviendo.”

Por su parte, Emilio Núñez Conde afirma que los primeros pobladores de estas zonas datan del año 1700:

“Mi bisabuelo, Santiago Núñez, en el año de 1954, contó que la familia había cumplido 130 años de vida en estas zonas. Así le contó el abuelo de su

5 El reconocimiento fue a través de una Real Provisión (equivalente a una resolución), atendiendo el Auto de Fe.

padre. Era Miguel Machaca quien lo trajo cuando tenía cinco o seis años. El mismo Miguel Machaca había traído también a mi abuelo Pedro Núñez para que ayudara en el pastoreo de sus ganados. En esos tiempos se trabajaba mediante el ayni y la minka. Todos se hacían caso, no había eso de buscar plata. Todo el trabajo se hacía mediante las faenas comunales.”

La historia de Puncupata es parecida a la de Unión Potrero. Sus primeros pobladores fueron del ayllu Mejía. Al respecto comenta Daniel Núñez Huamaní (83 años):

“La familia Mejía era mayordomo de los hacendados y sus primeras casas se encontraban en Patallaqta, Tinkuq y Chachaspukru. El nombre Puncupata -que significa acceso por una puerta- responde a que entre Liriopata a Chachaspukru existe solo un acceso. Nuestras tierras no fueron compradas. Desde el año 1848 comenzaron a poblar la pampa llamada Liriopata⁶. En 1954, se constituyó el Club Deportivo Niño San Juan Niponosino de Puncupata. A partir de ese acontecimiento nos convertimos en una localidad de Quispillaqta”.



Tinkuq (Pukara), lugar de donde se esparcen Unión Potrero, Puncupata y Catalinayuq

Catalinayuq tiene una historia diferente. Durante los inicios de la colonia, estas tierras estaban en poder de los encomenderos. El dueño era Antonio Sotomayor, quién vendió sus tierras a Antonio de Oré el 15 de setiembre de 1658, incluyendo los territorios actuales de Catalinayuq y Pampamarca. En el año 1800 aparece, como dueño y hacendado, don Mariano Villavicencio de la hacienda Santa Catalina. Esta hacienda fue comprada por los ayllus de Quispillaqta por la suma de 360 soles de oro, tal como se encuentra en los documentos de compra y venta de Quispillaqta⁷:

“(…) el hacendado, Don Mariano Villavicencio, otorgó en venta la Hacienda Santa Catalina a favor del ayllu Quispillaccta en la ciudad de Ayacucho el 29 de agosto del año 1870. Estuvieron presentes: Cecilio Galindo, alcalde

6 Se refiere a otro lugar llamado también Liriopata y no a la comunidad que pertenece al distrito de Chiara.

7 Escritura de archivamiento del título de la Comunidad de Quispillaccta a solicitud de Lorenzo Huamaní, Mariano Núñez y Félix Galindo, el 2 de mayo de 1941 (Tomo III, Título de Comunidades Campesinas-Letras Q-A, N° 41).

varayuq; José Mendoza, alcalde campo; Manuel Huamaní, regidor varayuq; Felipe Yalli, Manuel Conde y Manuel Vilca, regidores de inspector (...). Su representante legal fue Gregorio Munarris de Cangallo”.

Según Teófilo Rejas, las antiguas casas estaban en Maray Arma y Quchapata a la ribera del río Chikllarazu. Por eso a esta localidad se la conocía como Barrio Qucha hasta 1960. A partir de entonces adoptaron el nombre de Catalinayuq.

Las primeras familias de Cuchuquesera - Núñez y Conde - habitaron Matiray, Saywapata y Aqchimachay. Eran provenientes de Quispillaqta e inicialmente poblaron la zona arrendando las tierras de los hacendados en Chalabamba, Pinchalliwa y Quichkapata (actuales lugares de la presa Cuchuquesera), pagando por este concepto un tributo, conocido como herbaje.

Según la memoria de los ancianos, en especial de Salomón Galindo, la cofradía del Niño San Juan se creó en 1918. Este santo era caminante, llegaba a diferentes pueblos y no tenía un sitio estable. Su fiesta se celebraba cada 24 de junio. En los años de 1938-39 la gente construyó una capilla cerca de Inkaraqay (actual centro poblado de Cuchuquesera). La cofradía de entonces era bien respetada, incluso por los hacendados. Esta cofradía fue una creación del pueblo de Quispillaqta para recuperar las tierras ocupadas por los hacendados.

Las tierras actuales de Cuchuquesera y Ñawinpukyu pertenecían a la hacienda Kikamachay, del hacendado Luis Humberto Vasallo. Estas tierras fueron compradas y recuperadas por la comunidad de Quispillaqta en 1942 por un monto de seis mil soles de oro⁸. Lastimosamente, parte de la venta de las tierras no estuvo debidamente formalizada. Por este motivo, después de la compra se originaron dos litigios con Quchapampa y Putaqa.

Silverio Galindo cuenta la historia de San Jerónimo de Pampamarca y menciona que las primeras familias -Galindo, Llalli y Vilca- vivieron en Matiray y Uyrupampa. Posteriormente se une la familia Huamaní, ex caporal del hacendado Sotomayor. Como refiere Salomón Galindo:

“en el antiguo Patakisera había una casa hacienda que fue arrasada durante la guerra con Chile. Dicen que el hacendado Sotomayor decidió escaparse desesperadamente y nunca más regresó. Yo tuve a la vista un documento que firmamos en la notaría para defender la reivindicación de los derechos contra la hacienda de Putaqa. Una parte correspondía a la hacienda de Santa Catalina y otra a la hacienda de Kikamachay. Los sobrantes han sido recuperados de manera circunstancial y pacífica. En el año de 1949 se organizó en Pampamarca el Club Deportivo de Santa Cruz de Patakisera, que posteriormente se convirtió en localidad.”

8 Legajo número 245, certificado por la notaría de Celso Bustíos.



Club Deportivo que dio origen a las localidades de Quispillaqta



Equipo de fútbol de la localidad de Catalinayuc, 1989

Finalmente, la idea de organizarse en localidades⁹ surge en el año 1960. En una asamblea acordaron nominar autoridades en cada localidad, porque las que existían en el ámbito deportivo no querían asumir responsabilidades comunales. En dicha asamblea crearon los comités especiales en cada localidad, conformados por un presidente, agente, teniente, tesorero, secretario y vocales.

Juicios en defensa de territorios

El juicio por linderos con la comunidad vecina de Chuschi data del año 1558. En los años cincuenta e inicios de los sesenta del siglo pasado, el juicio se intensificó. A consecuencia de esta situación la comunidad empezó a organizarse mejor. Para sostener el juicio aportaron una cuota considerable por localidad, para que las autoridades pudieran desplazarse a Huamanga y Lima para defender los derechos de la comunidad.

Desde abril de 1960, los chuschinos comenzaron a posicionarse en Lachuqpampa y otros lugares circundantes de Catalinayuc y Puncupata. Salomón Galindo cuenta al respecto:

“Nos organizamos en todas las localidades para defender nuestros derechos. El 5 de mayo de 1960 entraron a Qiwilla, destrozaron la capilla y robaron al Santo Asencio. Al observar este hecho nos reunimos todas las localidades de Quispillaqta y decidimos defendernos. El 6 de mayo se produjo una gresca en Kimsacruz que ocasionó tres muertos de parte de la comunidad de Quispillaqta: Martín Mendieta, Sebastián Mendieta y Antonio Galindo. Hubo también varios heridos. Ganamos el juicio y con ello retomamos la posesión de la zona.”

9 Anteriormente se refería a las localidades con el nombre de 'barrio'.



Kimsacruz, donde murieron tres comuneros de Quispillaqta durante el conflicto territorial con Chuschi, 1960



Salomón Galindo, explicando los límites comunales de Quispillaqta



Emilio Núñez culminó el juicio territorial con Chuschi después de 424 años

El litigio territorial entre Quispillaqta y Chuschi terminó en el año 1982. Fue por mutuo acuerdo y conciliación extra judicial. Desde el 17 de febrero de 1982 los linderos de estas dos comunidades quedaron saneados. Así se puso fin a un litigio territorial que duró 424 años (1558-1982). El promotor de este acuerdo fue Emilio Núñez, presidente de Quispillaqta de aquel entonces:

“Nosotros entre pobres, entre campesinos ¡hasta cuándo vamos estar peleados! Deberíamos de estar preocupados en traer el progreso para nuestras comunidades. Arreglemos esto pacíficamente y hagamos historia.”

Sin duda, así fue.

Los problemas de linderos de Quispillaqta con sus comunidades vecinas de Putaqa, Quchapampa y Canchacancha fueron resueltos en el juzgado de tierras de Ayacucho. Con Putaqa culminaron en 1976 y con Quchapampa llegaron a un acuerdo con los “ex feudatarios” de la hacienda de Kikamachay el 23 de abril de 1982. En el mismo año la comunidad de Canchacancha también puso fin a sus diferencias a través de una conciliación extra judicial.

Organización social

Ancestralmente la organización social se basaba en el ayllu como núcleo social, entendido como unidad social y simbólica mayor. Así, la comunidad es la suma de un conjunto de ayllus en permanente vivencia e interacción. En las localidades, el ayllu sigue siendo una instancia cultural y social.

La Comunidad de Quispillaqta fue reconocida en el año 1935 como pueblo indígena; el 29 de noviembre del año 1944 se ratificó su existencia legal con la denominación de Comunidad de Indígenas de Quispillaqta, efectuándose la titulación de sus tierras el 4 de febrero de 1994.¹⁰ Por todo ello, la comunidad es la única propietaria legal. Las tierras de pastoreo, agrícola y vivienda de cada familia están en posesión consuetudinaria.

En cuanto a la organización y administración de la comunidad, hay una directiva comunal y las autoridades son elegidas en asamblea comunal por un periodo de dos años. Cada directiva es inscrita formalmente en los Registros Públicos desde el año 1992.

Hasta antes de la aplicación de la Reforma Agraria del año 1969, las autoridades recayeron en los umas (líderes ancianos), los varayuq y algunos personeros legales. Con la Reforma se establecieron las juntas de administración y vigilancia, lo cual cambió en 1987 a directiva comunal, estableciéndose comités especiales en las respectivas localidades. Después del periodo de violencia política, se ha restituido el sistema antiguo de los varayuq. En 1994 se constituye una nueva organización llamada “Municipalidad de Centro Poblado” de Quispillaqta. En las cinco localidades existen dos Municipalidades de Centros Poblados: la de Catalinayuq (reconocido en 2009)¹¹ y la de Cuchuquesera-Pampamarca, de reciente creación (2014)¹². El representante del gobierno nacional es el gobernador a nivel distrital y el teniente gobernador a nivel comunal.



Realización de una minka en Catalinayuq, 1990



Trabajo en ayni

10 Registro de Comunidades Campesinas, Partida N.º 02011499 de Personas Jurídicas de la Oficina Registral de Ayacucho.

11 Creado con la Ordenanza de la Municipalidad Provincial de Cangallo N°015-2009-MPC y publicado en El Peruano el 31-12-2009.

12 Creado con la Ordenanza de la Municipalidad Provincial de Cangallo N°010-2014-MPC y publicado en El Peruano el 29-09-2014.



Presidentes de comisiones de usuarios de agua de Quispillaqta, 2009



Recepción de Ordenanza que crea la Municipalidad Centro Poblado de Cuchuquesera-Pampamarca, 2015

Situación económica

En el Mapa de la Pobreza del año 2009 el distrito de Chuschi sigue considerado en condición de extrema pobreza¹³. La población económicamente activa (PEA) representa el 34.8%. La población económicamente inactiva (65%) está conformada por niños, estudiantes, ancianos de avanzada edad y personas con discapacidad.

La superficie total de Quispillaqta es de 21.680 ha. De esta superficie, el 0.53% es tierra cultivable bajo riego y el 10% es apto para agricultura en secano. El 89.40 % de la superficie está compuesto de tierras eriazas, praderas y cerros; estas tierras son utilizadas para el pastoreo de los ganados.

La actividad económica principal es la ganadería y la agricultura, tanto para el autoconsumo como para la generación de ingresos. La producción agrícola está basada principalmente en el cultivo de papa, cebada, haba y una gran variedad de cultivos andinos como quinua, tarwi y quiwicha. Estos cultivos se han convertido en vulnerables por la presencia de fuertes granizadas, heladas e intensas lluvias. Cerca del 70% de la población siembra pasto para ganado lechero y con ello han logrado mejorar la producción de leche. Cada familia obtiene un promedio diario de 8 litros por vaca.

Un recurso importante para la agricultura y la ganadería es el agua para riego. En las localidades de la cuenca del Cachi, existen dos sistemas de riego:

- *Sistema no regulado-ancestral* de canales rústicos cuyas provisiones son las aguas de fuentes naturales. Por el uso de estos sistemas no se paga ninguna tarifa establecida, sólo un aporte de acuerdo a los usos. La celebración central del yarqa aspiy (la fiesta de limpieza del canal) se realiza en Quispillaqta cada 7 de setiembre. En Unión Potrero se celebra, además, el aniversario de la inauguración del canal de Achkayaku cada 28 de mayo, desde 1982.

13 INEI Indicadores Sociales, 2009 y Plan de Desarrollo Concertado (PDC) de Chuschi 2012-2022.

- *Sistema de riego regulado*, conformada por dos comisiones de usuarios de agua: la de Ñahuinpuquio de las localidades de Pampamarca y Cuchuquesera; y la de Chikllarazu Baja.¹⁴ Estas organizaciones se crearon como consecuencia de la distribución de agua del ex Proyecto Especial Río Cachi.

Hasta el año 2005 existía una sola organización: la comisión de regantes de Putaqa. Esta instancia articulaba a las comunidades campesinas de Putaqa, Quispillaqta, Quchapampa y Rosaspata. La organización trajo muchas controversias entre los dirigentes y como consecuencia de ello los quispillaqtinos decidieron conformar tres comisiones de regantes. Las tres comisiones están legalmente constituidas desde el 14 de febrero de 2007 y ocupan una extensión territorial de 1.289 ha.¹⁵

Comisión regantes	N° de usuarios	Hectáreas		Total
		Bajo secano	Bajo riego	
Chikllarazu alta	487	134.51	475.81	610.26
Chikllarazu baja	351	116.25	379.44	495.68
Ñahuinpuquio	200	37.09	146.03	183.07
Total	1.038	287,85	1.001,28	1.289,01

Fuente: Padrón de usuarios de 2010.

Situación social

En las cinco localidades funcionan cinco instituciones educativas de nivel inicial, cinco de educación primaria y tres colegios secundarios. En el año 2012 asistían 92 niños al nivel inicial, 391 alumnos al nivel primario y 301 al nivel secundario.¹⁶ La progresiva disminución de alumnos en el nivel secundario es una de las principales preocupaciones de las autoridades. Los padres de familia prefieren matricular a sus hijos en los colegios de la ciudad.

En cuanto a la tasa de analfabetismo, según el INEI 2007, el 72% sabe leer y escribir, mientras que el 23% son analfabetos. La mayoría de la población es bilingüe castellano-quechua, aunque existen personas mayores (principalmente mujeres) que son monolingües quechua.

En las cinco localidades hay tres puestos de salud: en Cuchuquesera, Catalinayuc y Puncupata. Según el INEI, solo el 33% de la población tiene agua potable; el 56% de las familias se abastece con aguas provenientes de río, acequia, manantial u otro; el 5% tiene red pública, el 2% tiene pilón de uso público y el 4% se abastece del agua de su vecino.

14 A esta comisión de usuarios de agua pertenecen los siguientes comités de regantes: Cruz Qasa-Unión Potrero, Liriopata-Puncupata, Santa Catalina-Catalinayuc, y Challhuamayú-Añasranra de Pampamarca.

15 Solo 525 ha. son regadas con aguas provenientes de las propias fuentes y del canal construido por el (ex) PERC (Padrón Comunal y el expediente de creación de las tres comisiones de usuarios de agua en la Cuenca Alta de Cachi).

16 Padrón de Instituciones Educativas de la Unidad de Gestión Educativa de Cangallo, 2012.

Proyectos de desarrollo

La primera institución de desarrollo que llegó a la comunidad de Cuchuquesera fue la Cooperación Técnica Suiza (COTESU)¹⁷, en el año de 1977. Esta institución comenzó apoyando en el manejo del ganado vacuno. Apoyó la crianza de animales mejorados tanto vacuno como ovino. Según un poblador: “gracias a este apoyo los pobladores teníamos mucha plata hasta que llegó la violencia y malogró todo.”

El Centro de Capacitación Campesina (CCC) de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, que tenía su sede en el centro experimental en Allpachaka, apoyó con capacitación en agricultura y ganadería. Ha capacitado a toda una generación de jóvenes líderes, hombres y mujeres. También apoyaron con la ejecución de proyectos de desarrollo como canales de riego, bañaderos, parcelas demostrativas de cultivos andinos, etc.

Uno de los proyectos emblemáticos fue el canal de irrigación de Achkayaku en Unión Potrero¹⁸. Las autoridades de aquel entonces fueron a Chuschi para solicitar permiso para el uso del agua, pero no lograron su objetivo. Posteriormente el Ministerio de Agricultura a través de la oficina correspondiente opinó favorablemente.



Comuneros de Unión Potrero moviendo una roca para construir el canal, 1982

17 La Cooperación Suiza cambió en los años '90 el nombre de COTESU en Cooperación Suiza para el Desarrollo (COSUDE).

18 Unión Potrero se llamaba antes Qacher Potrero, pero en 1982 los comuneros decidieron cambiar el nombre en una asamblea. Entre varias alternativas optaron por el nombre de Unión Potrero.



Faena comunal de Achkayaku-Unión Potrero, 1982



Los comuneros de Unión Potrero inaugurando el canal Achkayaku 29-05-82.

El trabajo del canal de Achkayaku permitió reforzar la organización comunal. Trabajaron hombres, mujeres, adultos y jóvenes. Las mujeres se levantaban a las dos de la madrugada para preparar los alimentos, y hombres y mujeres salían a trabajar desde las cuatro de la mañana. Incluso trabajaron niños y comuneros de otras localidades.

Eraclio Núñez Galindo cuenta:

“Yo, desde niño empecé a trabajar en Achkayaku, desde Achupataqata. Nuestras autoridades acordaron en una reunión que todos teníamos que trabajar: mujeres, niños, jóvenes y adultos. Mis padres me enviaban con picos y palas. Trabajamos de acorde a nuestras fuerzas; cargábamos arena y los del CCC nos acompañaban como el Ing. Igidio Naveda y el finado Félix Gavilán¹⁹. Tuvimos que pasar muchas dificultades, pero nunca nos rendimos. Ahora yo agradezco a nuestros abuelos -padres y madres- por este gran trabajo que hicieron y que hasta ahora nos está sirviendo”.

Alejandro Mallma Machaca recuerda:

“...nuestros hermanos de Chuschi no querían y nos decían que no íbamos a poder, pero no les hicimos caso. Nos pusimos fuertes y empezamos a trabajar guiados por el ingeniero Igidio Naveda. Cuando faltábamos, teníamos que pagar una multa, como un carnero, entre otras cosas. Ibamos con nuestros almuerzos, todo era alegría. Había gente que nos decía que no íbamos a poder, y ahora sus hijos y nietos son beneficiarios del agua de este canal”.

El trabajo duró dos años para canalizar 8 km, de los cuales 6.8 fueron de canal rústico y 1.2 km. canal revestido. Han trabajado un total de 6.752 días con un promedio de entre 100 y 120 días por persona.

Entre los años 1978 y 1982, el CCC-UNSCH y COTESU fomentaron la implementación de las tiendas comunales, entregaron herramientas, instalaron pastos, otorgaron créditos a los comuneros de Unión Potrero, Puncupata, Cuchuquesera y Catalinayuq para engorde de ganado y apoyaron la ejecución de varios otros proyectos de desarrollo.

Epoca de violencia política

Luego de haber vivido en permanentes enfrentamientos con las comunidades vecinas de Chuschi, Putaqa y Quchapampa, se había logrado un periodo de tranquilidad en Quispillaqta:

“no teníamos muchas dificultades, solo que el pastoreo era difícil por la amenaza de los zorros y del abigeato. Nuestros animales pastaban en pastos naturales, y nosotros pastoreábamos cantando y tocando nuestra *bijuylla* y *chimaycha*.”

Escuelas populares

Desde el año 1980 empezaron a llegar personas extrañas a la comunidad, con quienes se compartía cierta afinidad por algunas de ideas sobre la organización

¹⁹ Félix Gavilán trabajaba como comunicador en el CCC y era uno de los ocho periodistas que fue asesinado el 26 de enero de 1983 en Uchuraccay.

campesina. Decían que iban a hacer una “revolución”, que iban a “construir un nuevo Estado de todos para todos”:

“La llegada de la violencia veníamos prediciendo a través de señas, que se avecinaban tiempos de carencia o tiempos de desorden; entre estas señas se observó una exagerada producción, los eclipses del sol y de la luna que estaban anunciando muerte de varones y mujeres; de muchas formas nos avisaban, hasta que llegó el terror a través de personas foráneas que aparentaban buenas intenciones.”

Se trataba de integrantes de Sendero Luminoso que logró tener influencia en la zona a través de las llamadas escuelas populares. Maestros de primaria y secundaria impartían en las noches charlas sobre el comunismo, leninismo, maoísmo, etc. Lo mismo se hizo en Allpachaka: “durante el día recibíamos capacitación sobre el manejo del ganado y cultivos asociados, y durante la noche fuimos a escuchar charlas sobre Mariátegui, Mao y otros pensadores.”

El discurso político de Sendero Luminoso, al inicio, era inspirador y se asemejaba al mensaje o concepto de *allin kawsay* (buen vivir) que tenían los pueblos andinos. Por eso tuvo un rápido impacto en las comunidades.

“Aceptamos el discurso porque nos parecía bien, además necesitábamos un discurso similar para defendernos. Los adultos nos incentivaron a los jóvenes para formarnos y ser buenos líderes y autoridades. En esa fecha apenas podíamos hablar castellano.”

Participación obligada

Al inicio, el énfasis fue la organización, no la lucha armada. Después de algunos meses el discurso cambió:

“...el tono fue como para tomar las armas, para incentivarnos hacia una actitud de violencia. Comenzaron a elaborar una lista de abigeos, adúlteros y las personas de mal vivir, para hacer juicio popular.”

“A finales del año 1982, estas personas comenzaron a remplazar de manera violenta a las autoridades comunales, imponiéndonos a los milicianos, que eran jóvenes con poca experiencia en el gobierno comunal. Los sellos de las autoridades comunales fueron requisados en cada localidad y quemados públicamente. Los mangos de los sellos fueron colgados en la puerta de los locales comunales. Dijeron que con este acto moriría el viejo Estado y por lo tanto debía renacer el nuevo Estado.”

La asistencia a las escuelas populares se hizo obligatoria. Un comunero testimonió sollozando:

“Se aceptó el discurso de los compañeros, pensando que podríamos vivir mejor. Esta aceptación tuvimos que pagarla con nuestras vidas y lágrimas.”

Desde julio de 1982 a mayo de 1983, Sendero Luminoso prácticamente tuvo dominada las cuencas de Pampas y Cachi. No había una sola comunidad donde no tuviera presencia. También contaban con seguidores voluntarios. Sendero comenzó a endurecer sus acciones, castigando a sus opositores y a la gente de mal vivir. También mataron a personas desconocidas, acusadas de abigeos. Muchos comuneros tuvieron que participar porque fueron amenazados de muerte, pero otros participaron voluntariamente.

En octubre del año 1981 se declara el estado de emergencia y al año siguiente los militares tomaron el control, mientras SL forzaba la conformación de bases de apoyo, obligando a la población a involucrarse en acciones subversivas.

Vida o muerte

El endurecimiento de las acciones de Sendero Luminoso trajo consigo el incremento de la actividad represiva de la policía y del ejército. Es a partir de 1983 que los comuneros sienten el impacto de la guerra. Los más afectados son las autoridades comunales. Presionadas por ambos bandos se ven obligados a dormir en los cerros, cuevas y nichos de los cementerios. Algunos fueron asesinados, desaparecidos y otros huyeron de la zona.



Casas destruidas durante la violencia política en Cuchuquesera, foto 2014

1983 y 1984 fueron años de masacre, arrasamiento y desolación. Muchas personas emigraron, otras optaron por esconderse:

“A los que no acudían a su convocatoria (senderistas y militares), los mataban delante de todos sin importar la presencia de niños, ancianos y mujeres. Si desobedecíamos, corríamos la misma suerte. Para salvar nuestra vida teníamos que huir despavoridos, cargando a nuestros hijos. Hasta los niños entendían lo grave que estaba sucediendo y por eso no lloraban. Tal vez se habían acabado sus lágrimas de tanto llorar.”

“La vida ya no era vida. Todo era *waqay* (llorar) y todos estábamos enfermos. Perdimos la confianza entre nosotros. No había respeto y ya no trabajábamos en *ayni ni minka*.”

“En estos meses no dormíamos en nuestras casas. Cuando se acercaba la noche, las autoridades encargadas sonaban la cornetilla con la que disfrutábamos antes los encuentros deportivos. Ahora era el sonido para buscar refugio. Comenzamos a dormir en cuevas, en medio de cultivos, ichus, hasta en medio de ortigas en noches de lluvia y de frío. Recordar aquellas fechas nos trae lágrimas. A veces, al no encontrarnos en nuestra vivienda, quemaban nuestras casas con todo lo que había y sin piedad alguna. Se llevaron nuestros alimentos, ropas, abrigos y las pocas cosas que teníamos.”

“Durante la violencia la escuela no funcionaba, por eso los niños no culminaron sus estudios; no había ni ropa con que vestirlos para que fueran a la escuela. Quemaron sus útiles y no teníamos plata para comprar nuevos.”

Por todo ello, algunas familias dejaron la comunidad. Fueron a Quispillaqta, la comunidad matriz, o salieron con destino a la selva o ciudades en la costa.

“Los de Sendero venían y te mataban en la noche. Durante el día venían los militares, te agarraban, te acusaban de terruco, y también te mataban. En esos años vivíamos como en completa *muspay* (pesadilla).”

La situación de guerra llegó al extremo tras la instalación, el 5 de abril de 1983, de la base militar de Totos. Fue un destacamento de cincuenta soldados al mando de un capitán de infantería que se hacía llamar “Chacal”. Estableció su base en las instalaciones de la escuela secundaria. Desde entonces, los alrededores de Totos se convirtieron en un enorme cementerio clandestino, donde iban a parar los cuerpos de cientos de personas inocentes o vinculadas a la subversión. Personas asesinadas después de haber sido detenidas y torturadas. A fines de mayo de 1983, una patrulla militar al mando de “Chacal” llegó a Quispillaqta y detuvo treinta personas (ocho comuneros de Pampamarca, ocho de Unión Potrero, doce de Catalinayuq y dos de la vecina comunidad de Putaqa). La mayoría estaba trabajando en sus labores agrícolas. Los acusaron de haber participado en el ataque a una comunidad vecina. Conducidos a Totos, algunos detenidos fueron asesinados en el camino arrojándolos a los abismos cercanos. Otros llegaron a la base militar, donde fueron torturados y ejecutados.

Reacción de los pueblos

Muchas personas que quisieron mantenerse al margen del conflicto fueron reclutadas forzosamente por los senderistas, y llevadas a otras comunidades y provincias de la región. Si se negaban a participar, se les consideraba *muro allqu* (perros del Estado) y podían ser asesinadas. Situaciones como éstas provocaron la resistencia de la gente.

Abrumado por la situación, cada pueblo comenzó a organizarse para rebelarse contra Sendero Luminoso. En cada localidad se convocó a todos los comuneros: varones, mujeres y niños. No soportaban tanta atrocidad de Sendero Luminoso, ni de las fuerzas armadas.

En junio de 1983, los comuneros de Quispillaqta se reunieron en Unión Potrero y decidieron formar el primer comité de autodefensa. Se acordó que en cada localidad habría un comité de autodefensa y se hizo un pacto de defensa mutua ante ataques subversivos. Fue un acuerdo de trascendencia histórica.

En setiembre de 1984, en Putaqa, se realizó una gran concentración con la participación de comuneros de Quispillaqta, Putaqa, Wariperqa, Quchapampa, Condorpaqcha y otras comunidades circundantes. En total fueron 24 los pueblos reunidos. Durante esa asamblea se elaboró un plan de resistencia y se asumieron compromisos de solidaridad. Uno de los acuerdos fue ratificar la propuesta de Quispillaqta de luchar todos juntos contra Sendero Luminoso y salir en auxilio de los pueblos vecinos que fueran atacados.

Dos semanas después, el 24 de setiembre de 1984, decenas de senderistas incursionaron en Putaqa: saquearon y quemaron 41 casas. El comité de autodefensa de Putaqa y un escuadrón de soldados de la base militar de Casacancha, apoyados por comuneros de Quispillaqta, persiguieron a los terroristas desde las 4:30 de la mañana hasta las 2:00 de la tarde. Los alcanzaron en las punas de Aquamate, cerca de la frontera de Tuco con Paras, donde se produjo un enfrentamiento en el que murieron tres quispillaqtinos: Vidal Machaca y Marcelo Machaca de Unión Potrero, y Rogelio Galindo Huamaní de Catalinayuc, de 18 años de edad y el más joven de las víctimas.

“Llegamos a la pacificación, a través de los comités de autodefensa que nosotros mismos impulsamos con el apoyo de las fuerzas armadas. Ese comité era como la segunda autoridad en Quispillaqta. Hacíamos vigías en Chuschi. A cada comunero le tocaba una noche de vigía y cuando los militares querían nos llevaban a otros lugares. Esos militares no eran nada buenos, ellos se llevaban nuestros animales y nuestros productos.”

Luego de estos acontecimientos, la presencia de Sendero Luminoso fue disminuyendo en la zona, hasta prácticamente extinguirse alrededor de 1990.

El año 2002, la Comisión de la Verdad y Reconciliación realizó trabajos de exhumación en diferentes parajes de Totos, constatando la existencia de un enorme y disperso

cementerio clandestino.²⁰ El trabajo de exhumación de fosas fue profundizado el año siguiente por la Fiscalía Especializada de Derechos Humanos de Ayacucho, la que logró esclarecer lo ocurrido en el caso Sankaypata²¹. Lo notable del trabajo hecho por la Fiscalía fue que supo valorar la participación de las familias afectadas en la investigación.



Exhumación en Sankaypata-Totos por el Ministerio Público, 2003



Entrega de restos óseos de las víctimas de Cuchuquesera por el Ministerio Público, 2011

20 Los casos más conocidos son Qarpaqasa y Sankaypata en Totos, Sillaqasa en Chuschi y Nuñunwayqu en Los Morochucos (véase también el capítulo sobre Allpachaka).

21 Varios testimonios individuales en el siguiente capítulo se refieren a lo ocurrido en Sankaypata.



Monumento de Paz en memoria de los desaparecidos en los parajes de Totos, 2006

Consecuencias del conflicto armado

La guerra agudizó la rivalidad entre las comunidades y ocasionó un retroceso en su desarrollo. Al retirarse las instituciones promotoras del desarrollo se interrumpieron procesos importantes de mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

El conflicto produjo huérfanos, viudas y ancianos abandonados, personas afectadas en su salud mental, niños producto de violaciones sexuales y otros problemas que sólo podrán superarse con el tiempo y la debida atención.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación señala que -durante 1983- uno de los años más cruentos del conflicto armado interno, hubo 256 muertes en la provincia de Cangallo. Son datos construidos a partir del testimonio de los propios comuneros. A nivel del distrito de Chuschi se registran 135 muertos, 137 desaparecidos, 38 violaciones sexuales y 552 personas torturadas. En el cuadro

siguiente se muestra el número de víctimas, y quienes fueron los perpetradores en las cinco localidades de Quispillaqta. Como puede apreciarse, entre 1980 y 1985 hubo 30 personas asesinadas, 28 desaparecidas, 3 casos de violación sexual y 146 torturados.

AFECTACIONES OCURRIDAS EN LA VIOLENCIA POLITICA SEGÚN PERPETRADORES EN LAS CINCO LOCALIDADES (1980-1995)

Localidad	Asesinato		Desaparición		Violación sexual		Tortura	
	militares	sendero	militares	sendero	militares	sendero	militares	sendero
Catalinayuc	2	6	0	2	0	0	0	9
Cuchuquesera	0	0	2	8	0	0	2	3
Pampamarca	7	1	8	2	1	0	15	2
Puncupata	1	7	2	0	0	0	30	0
Unión Potrero	4	2	4	0	2	0	78	7
Total	14	16	16	12	3	0	125	21

Fuente: Plan de Desarrollo Integral de Reparaciones del Distrito de Chuschi, 2008-2015.

La recuperación es un proceso lento y gradual, cargado de experiencias diversas y asumido con el propósito de restablecer la vida comunal en cada localidad de Quispillaqta.

Cuando decidieron formar los comités de autodefensa, los campesinos acordaron también restablecer la autoridad comunal, la directiva comunal y el sistema de los varayuc con todas sus facultades y de acuerdo con los usos y costumbres.

En 1984, las madres y esposas de los asesinados y desaparecidos de Quispillaqta se asociaron a ANFASEP, denunciando los crímenes de Sendero Luminoso, de los militares y exigiendo justicia para sus familiares. Desde esa organización han contribuido al esclarecimiento de los hechos, búsqueda de justicia y al proceso de reparación integral de las víctimas.



Saywa

Presente y futuro

Cabe destacar que Quispillaqta, con su organización comunal, valores y tradiciones culturales, es ejemplo de vida comunitaria y solidaria a nivel de Ayacucho. Este espíritu le ha conducido a restablecer la convivencia con las comunidades vecinas y a contribuir al desarrollo de la zona con propuestas comunales de siembra y cosecha con agua de lluvia para tiempos de alta incertidumbre climática.²²

²² Algunas de estas propuestas han sido reconocidas a nivel nacional e internacional.



Práctica cultural de Chimaycha, 2007



Niños y niñas de la escuela de Cuchuquesera, 1991



Niñas y niños de la escuela de Unión Potrero, 2014

El 27 febrero del año 1991, se constituyó la Asociación Bartolomé Aripaylla (ABA), impulsada por algunos comuneros profesionales de Quispillaqta, en particular de la localidad de Unión Potrero.²³ Se proponía contribuir al proceso de restablecimiento de la organización comunal post violencia. Al respecto, Magdalena Machaca dice:

“Fue sueño de mi padre volver a nuestra comunidad y le hicimos caso. Pero en la comunidad todo había cambiado, todo era diferente y hasta discriminatorio. Había desconcierto de cómo resurgir, qué costumbres restablecer, cómo debiera ser un pueblo respetado y cuáles serían sus desafíos. Comenzamos registrando los conocimientos sobre agricultura andina campesina y así

23 Los fundadores son los hermanos Marcela, Magdalena y Gualberto Machaca y Lorenzo Núñez. Posteriormente se adhirieron otros miembros de la familia y varios comuneros profesionales.

llegamos a conocer las prácticas adaptativas al cambio climático. No era suficiente restablecer la organización comunal. Era necesario también restablecer las viviendas. Hasta hoy hay casas derrumbadas, incendiadas y dañadas por los embates de la violencia política.”

Este anhelo se pudo concretar en 2004, a iniciativa de ABA y con financiamiento de la cooperación internacional.²⁴ Construyeron más de mil casas para restablecer las condiciones de vida de las familias campesinas afectadas por la violencia política. Con esta propuesta de vivir en *yachapas wasi* (casa que inspira a vivir) y *yachapas llaqta* (pueblo que inspira a vivir) se espera dejar atrás los tiempos de resentimiento.

A fines de los años noventa, la tranquilidad parecía retornar a la comunidad y en 1987 se instaló el Proyecto Especial Río Cachi (PERC)²⁵ con la promesa de implementar proyectos de desarrollo y apoyo para la recuperación de los daños sufridos por la violencia. Lamentablemente lo que ocurrió fue distinto.

La propuesta original de abastecer agua a la ciudad de Huamanga fue planteada ya por el libertador Simón Bolívar en el año 1824 como acto de reconocimiento y compensación por la gesta en la Batalla de Ayacucho.

En agosto de 1987, se inició oficialmente la ejecución de las obras de ingeniería y se constituyó la Dirección de Desarrollo Comunal. El PERC se creó con propósitos múltiples: 1) dotar de agua potable a la población de Ayacucho, y 2) dar agua para uso agrario a la población de once distritos de las provincias de Huamanga y Cangallo en las cuencas alta, media y baja del Río Cachi.

El proyecto aprovecha -en las cuencas altas- los escurrimientos de varios ríos, los cuales se regulan en el Reservorio Cuchuquesera ubicado en los territorios comunales de Quispillaqta, Putaqa y Condorpaqcha. Del embalse, las aguas son conducidas por un canal de 211 km hasta la ciudad de Ayacucho. En este recorrido, comunidades como Allpachaka, Chiara y Liriopata aprovechan la dotación de agua para riego.

Durante la planificación y elaboración de los estudios no hubo transparencia ni información aclaratoria a la población. Según los comuneros, sus derechos al territorio y acceso a la información en su propio idioma fueron vulnerados. Se apropiaron de sus canteras de agregados sin el debido procedimiento de indemnización. Tampoco se les reconoció el derecho de servidumbre de acuerdo a ley.

Uno de los problemas para Quispillaqta fue la donación de terrenos comunales para la construcción de la presa Cuchuquesera a favor del Instituto Nacional de Desarrollo. Los acuerdos se establecieron sin la claridad y sin consentimiento libre e informado.²⁶

24 El proyecto fue financiado por *Welthungerhilfe* (antes Agro Acción Alemana) y otras cooperaciones; se lo ejecuta en los distritos de Chuschi, Totos y Vinchos.

25 El Proyecto Especial de Río Cachi se llama actualmente Sistema Hidráulico Río Cachi.

26 El 20 de marzo de 1998, la comunidad de Quispillaqta donó casi 400 hectáreas de terreno comunal en forma pura, simple e irrevocable a favor del Estado Peruano para la construcción de la presa de Cuchuquesera de una capacidad de embalse de agua de 55 millones de metros



Represa Cuchuquesera construida en terreno comunal, donado en 1998



Autoridades de Quispillaqta en audiencia con el presidente regional de Ayacucho en la Represa Cuchuquesera, 2008

A través de la oficina de desarrollo comunal del proyecto se establecieron relaciones con las comunidades y se empezó la construcción de obras de infraestructura educativa, de salud y reservorios en las cinco localidades. Los pobladores mencionan que entraron a trabajar ciegamente en este proyecto, que luego comenzó a condicionarlos. Si la comunidad no les dejaba trabajar, los comuneros no accedían a la oferta laboral y traían obreros foráneos.

“Era un domingo cuando dos camiones llenos de militares llegaron a nuestra comunidad y se instalaron en la casa comunal. Cuando les preguntamos, nos dijeron que iban a empezar un trabajo en el río Cachi. Nuestros derechos no habían prevalecido, ya que tenían que habernos indemnizado económicamente. Se llevaron nuestras tierras, nuestras plantas, nuestras casas, nuestras canteras, todo eso hemos perdido.”

cúbicos (mmc). Cuando se llenó la presa a su máxima capacidad en 2010, la comunidad se enteró que la presa había sido construida para una capacidad máxima de 80 mmc.

Un anciano comenta:

“con la llegada del proyecto Rio Cachi todos caímos por la plata. Conocimos la plata y nos olvidamos del desarrollo de nuestro pueblo.”

Con el dinero que el proyecto dio como indemnización por las canteras de arcilla y piedra de laja, los comuneros de Quispillaqta adquirieron terrenos en Ayacucho. En el año 2005, las cinco localidades se organizaron en comités de usuarios de agua para solicitar el acceso y uso del agua. Su pedido fue denegado, aduciendo que estaban ubicadas aguas arriba de la presa Cuchuquesera. Además, la dotación no estaba estipulada en el diseño del sistema hidráulico.

Ante esta negativa hicieron paros y marchas hasta la ciudad de Ayacucho, obteniendo la dotación de agua y apertura de canales secundarios. Pero la indemnización y retribución por los impactos negativos de la presa sigue siendo una agenda pendiente entre la comunidad de Quispillaqta, los usuarios del agua y el Gobierno Regional de Ayacucho.

Aspiraciones

En los talleres de los grupos focales en las cinco localidades se evidenciaron varias aspiraciones, como agenda de trabajo:

Todos los comuneros de Quispillaqta coinciden en que los sucesos de la violencia política no deben volver a repetirse. Debe regir un estado de derecho que garantice la protección y el resguardo de las comunidades indígenas, respetando sus derechos colectivos.

Debe haber una garantía perpetua para el acceso y el uso del agua que discurre por el canal Cachi y de la presa Cuchuquesera. El gobierno debe destinar presupuesto para la ejecución de otros proyectos de irrigación que garanticen la seguridad hídrica para ampliar la frontera agrícola, fortaleciendo el corredor económico lechero de la cuenca alta de Cachi-Mantaro.

También proponen el fortalecimiento de estrategias comunales de adaptación frente al cambio climático desde la visión andina y la construcción de mini presas, masificando la propuesta de la siembra y cosecha de agua de lluvia. Cabe señalar que, en diciembre de 2014, en el marco de la COP 20²⁷, Quispillaqta obtuvo el primer lugar del Premio Nacional Ambiental en la categoría de Buenas Prácticas de Gestión del Cambio Climático, organizado por el Ministerio del Ambiente²⁸.

Reconocimiento de los impactos negativos del ex-PERC y de la presa Cuchuquesera por los usuarios de cuenca baja e implementación de mecanismos de retribución por servicios ecosistémicos hidrológicos por parte de los usuarios agrarios y no

27 COP 20 se refiere a la Conferencia sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas, celebrada en Lima en 2014.

28 Resolución Ministerial N° 410-2014-MINAM del 29 de diciembre de 2014, publicado en el Diario Oficial.

agrarios de Ayacucho, con el propósito de conservar y proteger las fuentes de agua dulce para las futuras generaciones.

Finalmente, ser un distrito con esencia comunitaria y buen gobierno, para lo cual la población de Quispillaqta está haciendo gestiones administrativas para convertirse en un nuevo distrito de la provincia de Cangallo.



Lagunas aportan en la recarga hídrica de cuencas. Comunitarios aportan en la construcción de lagunas. Aprovecharon vasos naturales en las alturas.

PREMIO. MINAM RECONOCE BUENA PRÁCTICA AMBIENTAL DE ASOCIACIÓN BATOLOMÉ ARIPIYLLA

Siembra y cosecha de agua de lluvia recibe galardón

70 lagunas en alturas de Quispillaqta fueron "cultivados" por los moradores

Miguel Núñez
mnuñez@copernico.pe

Aperto. En la actualidad, el gran número de lagunas aportan en la recarga hídrica de las principales cuencas de Ayacucho Pampas y Cachi.

200

LAGUNAS
Es la meta que se trazaron los comunitarios de Quispillaqta y ASBA.

ra ejecutiva de ABA, Magdalena Machaca.

INICIOS. La siembra y cosecha de agua de lluvia, es una práctica que inicia con el pedido de los comunitarios de la localidad de Tucco, Quispillaqta a finales de la década del 90, donde las sequías amenazaban con fuerza a sus pequeños cultivos que servían para el autoconsumo. Allí solicitaron aprovechar los vasos naturales en las alturas para acumular agua de las lluvias.

"Todo este trabajo viene de la sabiduría ancestral de nuestro pueblo, donde existe un respeto mutuo con la pachamama (madre tierra) y para mantener la armonía creamos el agua

metros sobre el nivel del mar, los bofedales y puquisales que existen en la zona ya no se secan, garantizando pastos verdes casi todo el año para los animales, que a su vez sirven para el autoconsumo y para el sostenimiento económico de las familias con la venta de carne.

SABIDURÍA ANCESTRAL

Con la premiación del Minam, no sólo se reconoce la buena práctica para mitigar los efectos del cambio climático que golpean con más fuerza a las comunidades más vulnerables, sino los saberes milenarios de nuestros pueblos que se resisten a desaparecer, y si estos son escuchados, se podría afrontar sin problemas eventos climáticos como sequías, granizas, heladas, entre otros, señaló uno de los comunitarios de Quispillaqta.



Premio fue entregado en acto público por el titular del Minam, en el salón "Voces por el clima"

Recorte periodístico sobre la premiación a Quispillaqta en COP 20, Lima 2014

TESTIMONIOS DE QUISPILLAQTA



Quispillaqta: entrevistados y familiares, 2014

UNIÓN POTRERO



Vista panorámica de Unión Potrero

APARICIO MACHACA CCALLOCUNTO

Nací en Unión Potrero el 11 de junio de 1969, ahora tengo 46 años. Soy hijo de Marcelo Machaca Mendoza, asesinado en 1984. Mi papá me contó que descendemos de la generación de Blas Machaca que llegaron a poblar esta zona aproximadamente en el año 1700. Dicen que habían logrado cruzar hasta la comunidad de Millpo, límite territorial de Quispillaqta.

Antes que llegara Sendero Luminoso a mi barrio de Unión Potrero, todos los comuneros estuvimos trabajando en el proyecto de irrigación Achkayaku, con el apoyo del Centro de Capacitación Campesina de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (CCC-UNSCH). Con ello íbamos a tener un poco más de agua para regar nuestros cultivos, pasto para nuestros ganados y - cómo no - para el consumo humano. Cuando estuvimos así, desaparecieron las dinamitas de la obra de manera misteriosa. Después concluimos que fueron los primeros seguidores de ese movimiento quienes se habían llevado el material explosivo. En el año 1982, ya eran visibles sus seguidores en cada barrio.

Logramos canalizar más de 8 km., pero después de la inauguración el 29 de mayo de 1982, comenzamos a recibir hostigamiento de parte de los senderistas, exigiendo que nos involucráramos y los apoyáramos. Recuerdo que los comuneros fueron obligados todos, nadie se salvaba: niños, varones, mujeres y hasta ancianos. El año 1983 fue nuestro mayor sufrimiento; ese año estuvimos viviendo bajo mando de mataderos. Por una parte, los militares nos hostigaban llamándonos terroristas, y por otro lado los de Sendero nos llamaban soplones. Qué podíamos hacer. Todos los comuneros lloramos. Unión Potrero recibió hasta cinco incursiones militares y fueron incontables las incursiones de Sendero Luminoso.

Ya no soportábamos, era demasiado, muertes por aquí y por allá. No vivíamos en nuestras casas. La vida ya no era vida. Eran tristes nuestras vidas. En Unión Potrero había bastante diálogo entre ancianos, las autoridades y jóvenes. Había dos tipos de autoridades: unas cinco personas eran autoridades para recibir a los militares y otras cinco para recibir y despachar a los senderistas. De allí surgió el dicho: “tu vida depende de mí, mi vida depende de ti”. Este acuerdo era para defendernos de ambos bandos.

Luego, en marzo de 1984, creo, los ancianos y líderes convocaron a una reunión en Unión Potrero, para que nos rebeláramos contra Sendero. Nuestra propuesta era crear un comité civil como una organización base para defendernos, para hacer vigilancia y apoyo masivo en momentos de ataque. Cuando decidimos ya no apoyar a Sendero, comenzaron a matarnos y amenazar seriamente. Muchos comuneros estaban en la lista negra de los terroristas, así como en la lista roja de los militares.

Con el apoyo de otros pueblos con similar propósito y de la base militar de Casacancha se convocó a una gran asamblea con sede en Putaqa. Eran los meses de julio o agosto de 1984. Nos reunimos cerca de 24 pueblos provenientes de Chuschi, Vinchos, Paras, Totos y Los Morochucos. Los acuerdos fueron: recuperar la pacificación, formar los comités de autodefensa en cada comunidad y apoyo mutuo durante los arrasamientos. El pueblo que no prestaba auxilio, iba a ser un pueblo arrasado, porque sería cómplice de Sendero Luminoso. Así decidimos.

En la base militar se elaboró un padrón comunal y “ficha” de identificación, que consistía en una tela blanca de diez cm, en donde eran bordados los nombres y apellidos, lugar de residencia, documento de identidad y la edad. También tenía un sello del ejército peruano para su validez.

Seguramente, por ser la sede de esta asamblea, los senderistas decidieron arrasar al poblado de Putaqa. Este ataque fue por la noche del 23 de setiembre de 1984. Según he escuchado, el ataque comenzó a las doce de la noche. Todas las casas fueron incendiadas, saqueadas las tiendas individuales y comunales. No se contentaron con esto; también habían torturado a las humildes personas de Putaqa.

Luego de este hecho horrendo, casi a las dos de la madrugada, los perpetradores se escaparon con dirección hacia Paras y Quispillaqta, pasando por los poblados de Condorpaqcha, Maray Arma y Puncupata. Recién nos dieron el aviso de reunirnos cerca de las cinco de la mañana. Mi mamá me dijo que le acompañara a mi padre, y así fue.

Comenzamos a reunirnos los de Unión Potrero para ir en auxilio a Putaqa. Algunos comuneros se habían percatado que los senderistas habían usado el tipo de vestimenta que usamos nosotros. Con este aviso nos asustamos. Dijimos: “seguro que los de Putaqa estarán pensando que fuimos nosotros, de Quispillaqta”. Y para nuestra desgracia, estas personas comenzaron a escaparse por el lado de Unión Potrero. Esta estrategia seguramente era para que dijeran que fuimos nosotros.

En la reunión dijimos que teníamos que demostrar nuestra inocencia. Además, formamos dos comisiones: una comisión para avisar nuestro apoyo a Putaqa y la otra para avisar

a los militares de Totos. Esta comisión estaba a cargo del comunero Máximo Núñez. Para ese entonces los barrios de Cuchuquesera, Pampamarca, Catalinayuq y Puncupata ya habían comenzado con la persecución de los senderistas. Vinieron en caballo y otros a pie. Los líderes de mi pueblo se juntaron con los militares y nosotros también empezamos a perseguir porque teníamos un acuerdo de protegernos entre pueblos.

Yo era un jovencito en ese tiempo. Llegamos a Tuco, siguiendo las huellas y las envolturas de caramelos que dejaban en el camino; con esto supimos por dónde marchaban. Por las alturas de Quyllurqucha casi les alcanzamos. Continuamos entre roquedales, peñascos y montes de ichu. Estando ya en la altura del cerro Aquimate de Tuco (4500 msnm), desde atrás de una piedra bien colocada, los terrucos empezaron a dispararnos. Nos echamos en el suelo. Es allí donde han matado a Vidal Machaca Ccallocunto. El fue el primero en morir. Nos camuflamos entre rocas hasta que disminuyeron los disparos. Estábamos muy cansados y los soldados con soroche (mal de altura) y con pocas fuerzas. Vimos que los seguidores de Sendero Luminoso se replegaron a la parte posterior del cerro Sumaysunchu.

Mi padre, Marcelo Machaca, comenzó a animar a los soldados y ayudó a uno de ellos a caminar, abrazándolo, pues estaba herido. Me dijo que me pusiera detrás de ellos. Se adelantaron unos metros más. Los terrucos se habían posicionado en un sitio privilegiado entre rocas y peñascos. Desde allí comenzaron a dispararnos. Primero dispararon al soldado que mi padre estaba ayudando. Muere al instante. Luego una ráfaga de armas impactó a mi padre. El cayó al suelo y los disparos seguían hiriendo a los demás comuneros y soldados. La lucha duró de tres a cuatro horas en la ladera del cerro Sumaysunchu. Mi padre fue el segundo comunero en morir y el tercero fue el joven Rogelio Galindo Huamaní de Catalinayuq. Murieron el 24 de setiembre de 1984.

Comencé a desesperarme, quería perseguirlos, pero no pude. Me puse a llorar, como también se pusieron a llorar los demás comuneros. En este enfrentamiento murieron tres comuneros: dos de Unión Potrero y uno de Catalinayuq. También hubo bajas de parte de los terroristas y militares.

Decidimos regresar al pueblo, ya pasadas las cinco de la tarde, trayendo en chacanas a los comuneros y militares heridos. Estos militares que hicimos regresar como heridos, nos salvaron de las acusaciones de los comuneros de Putaqa. El general dijo: “no duden de los quispillaqtinos, ellos han luchado junto conmigo y merecen respeto.”

Para coordinar el traslado de los fallecidos llegamos a la casa de las autoridades. Allí nos estaban esperando nuestras familias y al no ver regresar a mi padre, mi madre se puso a llorar. Todos nos pusimos a llorar. Acordamos volver el día siguiente.

Volvímos con nuestros familiares a recoger los restos de mi padre y de los otros comuneros caídos. Lo velamos en mi casa y lo enterramos en el cementerio de Cruzqasa. La muerte de mi padre nos afectó mucho, Pasábamos llorando, con miedo. No había un padre para consolarnos y ayudarnos. Quedamos sin apoyo económico y no había ganas para estar en la comunidad.

Para esta fecha, mi hermano mayor -Máximo Machaca- estaba viviendo en Lima. Nos envió una carta para irnos a Lima. Decidimos ir a Lima para la navidad de 1984 con

mi madre y mis hermanos Claudio y Pascual. Estuvimos viviendo en Lima hasta julio de 1985, cuando mi madre y yo regresamos.

De alguna manera, la familia nos ayudó en los quehaceres de la chacra y con sus consejos. La comunidad también nos ayudó a los inicios. No pude estudiar por falta de apoyo económico; por eso no terminé mis estudios. Sólo me quedé con secundaria incompleta. Después me casé y tuve mis hijos. Con mis suegros empezamos a trabajar la chacra. Mi madre falleció el 24 de abril de 2013, a los 86 años.

Después de los años de violencia llegó la ayuda por parte de la Defensoría del Pueblo, la Comisión de la Verdad, y luego de Paz y Esperanza. Me afilié a ANFASEP con la mama Angélica. Junto con ellos caminamos y conseguimos apoyo. En Cuchuquesera organizamos la primera Asociación de Familiares, Desaparecidos y Afectados por la Violencia Política de Quispillaqta (AFADAVP-Q), el día 22 de diciembre de 2002.

Los impulsores de esta organización fueron Mario Núñez Galindo de Cuchuquesera, Walter Espinoza de Puncupata, Emilio Casavilca de Tuco y mi persona. Nuestro primer presidente fue Mario Núñez Galindo, que fue reelegido en dos periodos seguidos desde 2002 hasta 2006. El segundo presidente fue Bonifacio Núñez (Yuraqruz) en 2006 y 2007. Luego yo asumí la presidencia entre 2008 y 2009. Me sucedió Emilio Casavilca Núñez (Tuco) de 2010 a 2011, seguido por el comunero afectado Walter Espinoza Quispe (Puncupata) de 2011 a 2012. La última presidenta es Emilia Núñez de Galindo de Pampamarca. Hasta ahora pasaron 6 presidentes.

La AFADAVP, en la actualidad está conformada por más de 50 familias de afectados por la violencia política, tanto por la acción de Sendero Luminoso como por agentes del Estado. Durante el periodo que me tocó dirigir la asociación, gestioné el reconocimiento formal ante el registro público para que tuviera personería jurídica. Luchamos para que el distrito de Chuschi priorizara proyectos productivos para las trece localidades y apoyamos en la elaboración del Registro Unico de Víctimas. Gestionamos proyectos a través de la oficina de Paz y Esperanza. Con estos fondos hemos realizado cursos de liderazgo y para las mujeres afectadas el proyecto de salud mental.

También pasé cargos como presidente de afectados de Chuschi en 2008 y asistente técnico y dirigente en CORAVIP. Hicimos el plan integral de reparaciones de Chuschi y marchas a Lima, recordando que el Estado tiene una deuda con los familiares afectados por la violencia.

No fue nada fácil, tuvimos que ser consecuentes. Gracias a estas luchas salió la ley de reparaciones colectivas e individuales. A mi madre le dieron cinco mil soles y a nosotros -sus hijos- otros cinco mil soles. Ahora estamos luchando para conseguir el apoyo para la construcción de nuestras casas.

Yo estoy trabajando en Huamanga y con lo que gano, educo a mis hijos. Yo quiero que mis hijos sean profesionales. No quiero que mis hijos sean como yo. Les cuento a ellos sobre la época de la violencia y queremos que ya no vuelvan esos años de sufrimiento y dolor.

1.



2.



3.



4.



1. Marcelo Machaca asesinado en Sumaysuncho, 1984
2. Aparicio Machaca (hijo de Marcelo) y su esposa Bertha Nuñez, 2014
3. Familia de Aparicio Machaca y Bertha Nuñez, 2014
4. Rogelio Galindo Huamaní asesinado junto con Marcelo Machaca, 1984

PELAGIO MENDIETA CCORIÑAHUI

Nací el 25 de marzo de 1963 en el barrio de Unión Potrero. Tengo 52 años. Me casé en 1987 con Juana Espinoza Machaca y con ella tengo seis hijos, cuatro varones y dos mujeres. Antes de que llegue la violencia a esta localidad, nosotros éramos unidos, había confianza y apoyo incondicional. Tanto a nivel del ayllu como de la comunidad trabajábamos en minka y ayni. Gracias a esta fuerza de unidad y voluntad hicimos el canal de Achkayaku, que es un orgullo para Unión Potrero.

Cuando venían visitas de otros lugares, les recibíamos bien y siempre les enviábamos con algo en sus manos, ya sea un poco de papa, haba o cebada. Así éramos nosotros, gente humilde, hospitalaria y de brazos abiertos. Hubo dificultades, claro que hubo problemas, como el abigeato que nos causaba daños, pero nos defendíamos. También hubo problemas con las comunidades vecinas por controversias de límites territoriales. Nuestro hermano Emilio Núñez arregló en 1982 el conflicto con Chuschi. Ambas partes llegaron al acuerdo de repartir la tierra en disputa entre los dos. Era lo mejor, porque así estábamos más tranquilos.

En mi familia hubo un problema por la distribución de las tierras de herencia ancestral. Pero la mayor tristeza, dolor y lágrimas llegaron con la violencia política. Después de la inauguración del canal de riego de Achkayaku vinieron personas extrañas a la comunidad que nos hablaron, junto con los jóvenes, sobre Mao, Lenin y otros. Recién supimos bien de que se trataba. Eramos amigos, luego se convirtieron en nuestros enemigos. También llegaron los militares. Ambos lados comenzaron a buscarnos, acusarnos y matarnos.

Por las noches venían los compas, y por el día venían los sinchis. Así era. Cuando llegaban los militares, llegaban en camión y por helicóptero. Teníamos más miedo al helicóptero. En uno de los sucesos, hubo un enfrentamiento entre los seguidores de Sendero Luminoso y los comuneros vecinos que contaban con el apoyo de los militares, cerca al lugar de Qachwalla. Los terroristas que se escapaban, pasaban por esta zona. Seguro por eso los militares nos acusaron de ser colaboradores de Sendero.

Teníamos miedo de los militares y nos escapábamos. Además, las otras comunidades vecinas nos culparon diciendo: "Ustedes han hecho destrozos en nuestras casas y puentes". Por eso se levantaron contra nosotros con el apoyo de los militares de la Base de Totos, liderados por el capitán Chacal. Los demás pobladores se fueron de miedo; sólo los valientes nos quedamos para decir que no fuimos nosotros y para suplicar que no se llevaran todo lo que teníamos en la casa, ni a nuestros animales.

Por esta causa llegaban casi permanentemente las patrullas a este barrio. Pero lo que no podré olvidar de esos años de la violencia son los sucesos del 29 de mayo del 1983, cuando aún era joven. El capitán Chacal había llegado a Catalinayuq y comenzó con las emboscadas para capturar a los senderistas.

Ese día toda la población se armó de fuerzas y nos defendimos. Los militares junto con las comunidades vecinas llegaron a Unión Potrero y saquearon de casa en casa. Lo poco que teníamos quemaron: nuestras cositas y nuestra ropa. También saquearon la tienda comunal y se llevaron el dinero. Llevaron todas nuestras pertenencias.

A mí me capturaron cerca a mi casa y nos llevaron hasta la quebrada de Qachirwayqu donde amarraron para atrás mis dos manos. No solo a mí, había otros comuneros también amarrados, como si fuéramos unas ovejas listas para el matadero.

Luego, cerca de las tres o cuatro de la tarde, nos llevaron al barrio Catalinayuq donde se concentraban las operaciones militares de los barrios de Quispillaqta. Como todos estábamos amarrados, fuimos llevados por encima de piedras y espinas. Totalmente descalzos íbamos. A las cinco de la tarde llegamos a Catalinayuq y nos hicieron entrar a la escuela, donde ya estaban otros presos de la misma comunidad. Los militares nos amarraron con más fuerza para asegurarse que no nos escapáramos. Reunieron allí a toda la población. Los secuestrados éramos siete personas de Unión Potrero: Celestino Núñez Ccoriñahui, Víctor Núñez Ccoriñahui, Nicasio Machaca Vilca, Evaristo Machaca Conde, Erasmo Núñez Espinoza, Floriano Mendieta Ccallocunto y mi persona.

Nuestras familiares nos habían seguido. En las afueras del salón se escuchaban sus voces de indignación y reclamos: “¡suéltelos! Ellos no hicieron nada. Somos inocentes. Nosotros no somos terrucos.” Gritaban también: “devuelvan nuestras cosas que robaron.”

Al oír esto, el capitán Chacal se molestó peor aún. Comenzó a gritar a sus acompañantes: “nosotros no venimos a robar, carajo. Nosotros venimos a buscar a los terroristas. Los que han tomado las pertenencias de estos comuneros, deben devolvérselos”. Luego dijo: “no les den comida a estos rateros, den comida a los prisioneros.” Allí nos dieron papas peladas; comimos esa tarde junto con nuestras lágrimas. Pensé que nunca más regresaría a Unión Potrero. Dentro de la escuela nos pisotearon como costal de papas y los soldados caminaban encima de nosotros.

Nosotros nos preguntamos desesperadamente: “¿a dónde nos llevarán con ese helicóptero? ¿Tal vez nos matan aquí no más?” Todos amanecimos esa noche en la escuela. Otros pasaron toda la noche llorando, seguro que ya sabían que iban a morir. Al amanecer, los militares nos dijeron: “vayan pensando quiénes son los terrucos.”

Después de unos minutos los militares me llevaron donde el capitán Chacal. El me preguntó lo mismo: “¿eres terruco?” Yo contesté: “no señor.” El capitán se molestó y me dio una cachetada hasta tumbarme al piso. Luego agarró un garrote y me empezó a golpear. Después me dijo: “mierda, vaya para afuera.” Al escuchar esto salí corriendo, pero como tenía el cuerpo castigado, solo pude avanzar hasta Cruzqasa donde me tiré al suelo.

Desde allí, fui cargado por mi primo Manuel Núñez, quién me llevó hasta mi casa en sus hombros. Mi madre estaba llorando; cuando me vio, nos abrazamos y lloramos juntos. Luego ella limpió mis heridas con agua caliente de guindas.

Hasta ahora siento el dolor de los golpes recibidos esa tarde y esa noche de secuestro. Aquella vez hasta mis dientes se cayeron y ahora tengo dientes postizos. Sí pues, yo me acuerdo todo eso. Esos recuerdos se han quedado en mi memoria, en mi cuerpo y en mi corazón.



1.



2.

3.



1. Pelagio Mendieta, secuestrado y maltratado por militares en Catalinayuq, 1983
2. Pelagio Mendieta junto con sus vacas lecheras, 2014
3. Familia de Pelagio Mendieta, 2014

TEÓFILA GALINDO NÚÑEZ

Nací el 25 de diciembre de 1945 en Unión Potrero, ahora tengo 70 años. Mi esposo se llama Francisco Núñez Conde. Tengo seis hijos: cinco varones y una mujer. Cuando llegó la violencia política, todos estábamos tristes al ver como morían nuestros compueblanos. Culpables o inocentes, igual eran mis hermanos. Otros fueron tomados prisioneros y castigados como animales, pero están vivos. De otros no sabemos qué es lo que les ha pasado. Simplemente están desaparecidos hasta ahora. Esta es la historia de mi madre, Manuela Núñez Huamaní, desaparecida desde el día 24 de junio de 1983 cuando tenía 70 años.

En esas fechas de la violencia política no comíamos bien, ni dormíamos en nuestras casas. Cargábamos a nuestros hijos y teníamos poca comida. Las cuevas se convirtieron en nuestros dormitorios; al igual los cerros y los pequeños bosquetes. Eramos como nuestros animales. No había orden en dónde dormir, sólo había la esperanza de volver a despertar al día siguiente.

Los militares venían casi seguidos. Rompían las puertas de las casas y entraban. Preguntaban: “¿dónde están los terrucos?”. Cuando no encontraban a nadie, incendiaban la casa y quemaban la comida, los documentos y la ropa.

Yo me fui a Quispillaqta para terminar la cosecha de maíz. Dejé a mis seis hijos al cuidado de mi mamá. Cuando regresé, ya no estaba ella. Me dicen que cuando estuvo cuidándoles a mis hijos, los soldados vinieron con helicóptero y se la llevaron; eso pasó el 24 de junio de 1983. Los soldados no me permitieron buscarla. Por no poder irme a ninguna parte, solo me quedé llorando en mi pueblo.

Uno de los comuneros me contó que la noche del 23 de junio los militares estaban haciendo una patrulla en las localidades de Unión Potrero y Puncupata. Habían encontrado en nuestra casa una frazada de uso militar, que -según los militares- habíamos utilizado para esconder a un senderista. Mi madre lo negó, pero a pesar de ello fue llevada presa a Catalinayuc. Al día siguiente llegó el helicóptero. El comunero vio que dos presos fueron sacados de la escuela. Estaban llenos de sangre con las caras hinchadas casi de color verde. Fueron cargados al helicóptero al igual que mi señora madre. Ella se resistía a subir y la jalaron de sus trenzas.

No sabía exactamente a dónde se la habían llevado, tampoco los motivos. Cuando indagué, me dijeron que fue tomada prisionera y que la habían llevado en un helicóptero con dirección a la base militar de Totos. Los soldados no querían que la busquemos. Dijeron: “si lloren y busquen a los miserables, ustedes también morirán.”

Cuando sucedió eso, la tristeza se apoderó de mí. Me quedé como una enferma, que no podía hacer nada. Al no soportar este sufrimiento, decidí irme al pueblo (Quispillaqta), acompañada de mis pequeños hijos. Poco después me fui a la ciudad de Huamanga. No recibimos ninguna ayuda por parte de la comunidad. Después de casi veinte años nos ayudó Paz y Esperanza. Yo recomiendo que el Estado ayude en la educación de los hijos de las familias víctimas de la violencia.



1.

2.



1. Teófila Galindo,
hija de Manuela Núñez
desaparecida por militares,
1983

2. Familia de Manuela
Núñez en 1982

3. Teófila Galindo,
Francisco Núñez y familia
en Ayacucho, 2014



3.

CAYETANA TUCNO DE MACHACA

Nací el 7 de agosto de 1958 en Unión Potrero. Ahora tengo 57 años. Muy joven me casé con Vidal Machaca Ccallocunto. Mi esposo fue asesinado por los senderistas durante la violencia política y yo me quedé con un niño de un año y dos meses (Wilber) y además embarazada de dos meses (Leonarda). Por ello, quiero contar mi historia.

Antes de la violencia había cierta tranquilidad y amistad con los amigos fuera de la comunidad. Había entendimiento con las autoridades y también respeto entre comuneros. Teníamos mucho respeto a los varayúq, los temíamos todos. Así era Quispillaqta. Todos trabajamos en el canal de riego Achkayaku: mi esposo, yo y toda mi familia. Era nuestro sueño de contar con agua de riego. Logramos hacerlo. Así era antes de que llegara esa época de *waqay* (de llanto).

Durante la violencia, la comunidad vecina de Putaqá fue atacada por los senderistas. Fue por la noche del 23 de setiembre de 1984. Muchas casas fueron incendiadas; escuché que eran cuarenta casas y que había un muerto. Como había un acuerdo de ayudarnos mutuamente, los primeros en salir en socorro fueron los barrios de Cuchuquesera y Pampamarca. Vieron por el lado de Putaqá mucha luz como si fuese día y escucharon bombas y sonidos de bala.

Eso habrá sido cerca de las doce de la noche. De inmediato tocaron la alarma. Nuestra alarma era una cornetilla de metal que se escuchaba bien. Los de Catalinayúq dieron la voz a Puncupata y Unión Potrero. Es así que los de Unión Potrero decidieron participar. Comenzaron a llamarse unos a otros para ir a agarrar los senderistas y entregarlos a los soldados. Decían: “si no los entregamos a los soldados, seguramente también a nosotros nos masacrarán.”

Mi esposo decidió participar. Llorando acomodé su fiambre, un poco de caputo, cancha y azúcar. Le besé y él dijo: “no te preocupes, rapidito no más vamos a volver.” Nunca más volvió con vida.

Las personas que fueron con mi esposo, me cuentan que los habían alcanzado en el cerro Volcanqasa del barrio de Tuco, ya frontera con Paras. Allí hubo el enfrentamiento entre los senderistas y los perseguidores, cerca de las doce del día. Los pobladores ya estaban acompañados por los militares. En ese enfrentamiento mataron a mi esposo. Me contaron que los soldados ya no podían caminar y que él estaba liderando la persecución.

Fue el día 24 de setiembre de 1984 que mataron a mi esposo, Vidal Machaca. En ese mismo suceso, también murieron Marcelo Machaca de Unión Potrero y Rogelio Galindo Huamaní de Catalinayúq. Tres comuneros de Quispillaqta murieron aquella fecha.

Sus acompañantes llegaron a Unión sin mi esposo; habían dejado su cuerpo en el lugar donde fue asesinado. Qué podíamos hacer, sólo llorar, llorar. Las autoridades acordaron ir el día siguiente para levantar los cadáveres. Tenía dos balas: una en el corazón y otra en la cabeza. Toda su ropa estaba manchada de sangre, ni había

comido su fiambre. Lo trajimos a la casa, donde lo velamos toda la noche. Al día siguiente lo enterramos.

Yo sufrí mucho cuando murió. No podía hacer nada, ni siquiera labrar como varón en la chacra; sólo lloraba. Recuerdo que cuando estaba enferma, no había mejor persona que mi esposo para atenderme.

Recibí ayuda de mi cuñado. Dice que mi esposo -antes de morir- había encargado a su hermano para que nos auxilie y nos ayude en el cuidado de sus dos pequeños hijos. Mi cuñado nos daba comida y con eso sobrevivimos. Cuando ya crecieron mis hijos, pudimos mejorar nuestras casas y chacras.

Cuando mis hijos estaban pequeños, no recibí ninguna ayuda de parte del Estado. Por eso no les eduqué como debería ser. Tampoco busqué apoyo, no sabía a dónde ir. Cuando llegaron las ayudas a través de la Comisión de la Verdad y Paz y Esperanza, nos dijeron que teníamos que asociarnos todas las víctimas para recibir ayuda. Así fue.

Años más tarde recibí un pequeño pago por mi esposo: "seguramente nuestras vidas tienen ese valor." Aun me niego a creerlo. Además, esa ayuda debía haber llegado cuando mis hijos eran pequeños para invertirla en su educación. Ahora la invertiré en la educación de mis nietos.

Veo con tristeza que mis hijos no son profesionales; ellos solo se dedican a la chacra. Pediría que la ayuda llegue para mis nietos; sus padres se han quedado sin profesión, pero quiero que mis nietos tengan alguna profesión, porque una persona que no tiene profesión ya no es nada. Pido ayuda para mis nietos.



Vidal Machaca asesinado por Sendero Luminoso, 1984



1.

1. Vidal Machaca en la plaza de Huamanga, 1982
2. Cayetana Tucno viuda de Vidal, 2014
- 3 Familia de Cayetana Tucno, 2015

2.



3.



PUNCUPATA



Vista panorámica de Puncupata y Unión Potrero

IGNACIA CANCHO de MEJÍA

Nací el 4 de agosto de 1933, ahora tengo 82 años. Soy de Huariperqa, pero vivo en Puncupata. Me casé con Anastasio Mejía Galindo y tuvimos cuatro hijos: Teodoro, Máximo, Julia y María. Mi esposo fue problemático, no sólo para mí, sino también para la comunidad. Era un hombre adúltero y a veces muy abusivo conmigo y con sus hijos. Tenía otra mujer y con ella tuvo tres hijos más: Julián, Martina y Marcela. Vivía conmigo, pero prefería estar con su amante.

La complicada situación de mi esposo fue causa de su muerte durante la violencia política. Fue asesinado en la localidad vecina de Huariperqa por los senderistas, el día 3 de enero de 1983. Su caso fue emblemático para los pobladores de Quispillaqta por su condición especial.

Para mí es difícil recordar esta parte de la vida que me tocó vivir, pero debo hacerlo. Cuando llegaron los senderistas, ellos prometieron a la comunidad hacer desaparecer a los abigeos y los adúlteros. A los inicios de los ochenta, el abigeato era el mayor problema para la comunidad, pero a fines de 1982 empezaron a matar a los abigeos y a los que tenían dos mujeres. Los milicianos de Sendero comenzaron a obligar a los de Puncupata -bajo amenaza de muerte- a asistir a las escuelas populares. Nadie se salvaba de eso.

Los compañeros aparecían en Putaqa y luego llegaron a Huariperqa y nos decían que iban a desaparecer a los miserables, que nosotros debíamos unirnos y hacer

desaparecer a los ladrones, adúlteros y violadores de mujeres. Nos reunían y nos hacían pasear por el campo de la comunidad gritando a viva voz: “¡fuera los miserables!”

Los primeros en morir por abigeos fueron un señor y su hijo, sentenciados por Sendero en el mes de noviembre de 1982. Un terrorista vino a mi casa y me preguntó si mi esposo me pegaba y yo le dije la verdad: que mi esposo tenía dos mujeres y que me maltrataba mucho y que se había olvidado de sus hijos. Entonces lo sacaron y lo golpearon con el arma; ese día solo le hicieron eso. Le llamaron la atención en más de tres veces y le decían: “cambia compañero, cambia ya. Tienes que retirarte de esta situación y volver con tu esposa matrimonial, si no vas a morir”. Dieron un plazo de un mes para que cambiara. Hasta entonces nadie había muerto por esa condición.

Anastasio no les hizo caso. Al contrario, se molestó y dijo: “¿por qué tengo que hacerles caso a esas mierdas? ¿Qué les importa lo que hago? Qué digan lo que digan, yo soy así.” Por eso en una reunión le golpearon con el arma en el pecho y decían; “¡a este perro ladrón, lo vamos a matar!”

María Mejía (hija)

Los terrucos nos decían que los adúlteros y los ladrones iban a morir. Mi padre era un adúltero, no daba nada a mi madre y toda la plata la llevaba a su amante (la señora ya murió). Creo que ésta fue la causa por la que asesinaron a mi padre.

Una tarde, cuando estuve en mi casa, vinieron varios terroristas buscando a mi padre. Estaban armados y muy apresurados se fueron hacia Huariperqa. Yo saqué mis conclusiones y dije: “seguramente estarán yendo a matar a mi padre, si no a dónde irán.” Esto lo conté a mi mamá y el día siguiente fui a buscar a mi padre, junto con mi madre.

Como ya sospechábamos, lo habían matado salvajemente en el cerro de Pukarayaq Muqu, a unos 40 minutos a pie de Unión Potrero. Así le encontramos a mi padre estrangulado, la cabeza golpeada con piedras, la lengua cortada y un papel que decía: “así mueren los adúlteros y los abigeos, ¡que viva el partido!”

Ignacia Cancho (esposa)

Al ver eso, me arrodillé y con lágrimas en los ojos cargué a mi esposo. Vi que la sangre se esparcía por todas partes y grité suplicando: “¡que me maten también a mí!” Son varios los que lo han matado; no sé quiénes han sido, porque todos tenían la cara cubierta con pasamontañas.

Con la muerte de mi esposo me quedé sola, con unos animales que me dejó y con los hijos pequeñitos. Tuve que trabajar duro para poder dar de comer a mis hijos; ayudaba a las personas, que me daban papa y maíz. Mis hijos me ayudaban en el cuidado de los animales, mi hijo mayor hacía la chacra.

En esos tiempos, los dos lados estaban en nuestra contra: los militares y los compañeros. Con la reparación civil han pagado a todos los hijos de mi esposo, en total siete: cuatro por parte mía y tres fuera del matrimonio. Cada uno recibió la suma de 833 nuevos soles.



1.

2.

1. Representación simbólica al finado Anastacio Mejía asesinado por SL, 1983
2. Ignacia Cancho viuda de Anastacio Mejía, 2014
3. Familia de Ignacia Cancho en Puncupata, 2014



3.



MARCELINA QUISPE de ESPINOZA

Yo nací el 26 de abril de 1953. Ahora tengo 62 años de edad, de religión evangélica. Soy de Canchacancha y vivo en esta comunidad desde que me casé con Víctor Espinoza Achallma. Con él tengo cuatro hijos: tres mujeres (Ofelia, Isabel y Adela) y un varón (Walter).

Antes de que empiece la violencia política todo era tranquilo, vivíamos sembrando en nuestras chacras, cuidando a nuestros animales y haciendo negocio en mi tienda. Cuando estuvimos así, llegó la violencia y la alegría se convirtió en llanto y dolor.

Durante esa época mi amado esposo fue desaparecido. Fue capturado cerca de mi casa en Puncupata el 28 de mayo de 1983 por la patrulla del capitán Chacal. Recuerdo muy bien ese fatídico día. Desde muy temprano escuchamos alboroto en la zona de Tapaqucha. Luego escuchamos disparos de arma en Qarwaqkata. La gente gritaba: "vienen terrucos!, ¡escápense!" Todo era una desesperación. De pronto nos percatamos que no eran terroristas, sino militares acompañados de otros comuneros más.

Comenzaron a dispararnos. Una bala entró en la puerta de mi casa y mi esposo se ocultó a unos pocos metros de la casa. Yo le dije "ya no vayas, hay balas que están reventando por Qarwaqkata." El dijo: "moriremos pues, qué vamos a hacer", y se fue. Después de un rato regresó corriendo, diciendo: "*Taytallay tayta*, Dios mío, Dios mío."

Esa mañana mataron a Jerónimo Vilca, un señor anciano. Salí junto con mis cuatro hijos y nos escondimos en un rincón, allí cerca de la carretera. Desde ese rincón ví como la gente pasaba con palos con punta de cuchillo, otros con machetes y hachas. Toda una multitud pasaba por delante de nosotros. Don Jerónimo se había escondido en medio del ichu más abajo de la carretera. Cuando vio que la gente se acercaba al lugar donde estaba, saltó y empezó a correr desesperadamente. Alguien le alcanzó, sacó su hacha y le dio un hachazo en la cabeza y le botó al rincón. Así murió Jerónimo Vilca.

Cuando capturaron a mi esposo, le quitaron su poncho y con su chumpi le amarraron sus manos hacia atrás. Nosotras estábamos observando todo desde nuestro escondite. Así amarrado le golpearon. De pronto llegaron los militares y ordenaron que no lo mataran. Si no hubiesen llegado los militares, posiblemente allí mismo habrían matado a mi esposo. Luego, se lo llevaron a Unión Potrero, Puncupata y a Catalinayúq. En Unión Potrero habían capturado a siete personas. En Puncupata a cuatro personas: Guillermo Núñez, Rómulo Vilca, Valeriano Núñez y mi esposo. En total unas once personas.

Al día siguiente, el 29 de mayo, me dicen: "tu esposo será llevado a Chuschi para que declare y luego volverá." Lloré, supliqué, les di un carnero, pero no quisieron soltarlo. Otros capturados fueron liberados uno por uno, menos mi esposo. Eran las ocho de la mañana cuando fueron trasladados a Chuschi.

Ese mismo día fui hasta Chuschi para saber la situación de mi esposo. Había muchas mujeres cargando sus bebés al igual que yo, buscando a sus esposos. Yo tenía la esperanza que lo soltarían. Cuando pasaron dos días, comenzó el rumor de que ya estarían en la Base Militar de Totos, mientras otros decían que seguían en Chuschi. Seguramente, los habrán llevado con helicóptero hacia Totos. Desde esa fecha mi esposo está desaparecido.

Luego de una semana, el único sobreviviente, nos dijo: “ya no busquen, ellos están muertos y fueron enterrados por los militares”.

Lo único que pude hacer era llorar y sufrir por esta tragedia que me tocaba vivir. Llevé luto, pero se oía decir que los militares estaban buscando a las mujeres con luto para matarlas. Por eso cambiamos constantemente de ropa. Nuestras vidas estaban en riesgo.

Yo me quedé con cuatro hijos; de doce, ocho, seis y cinco años respectivamente. Hacíamos de todo para conseguir la comida y la vestimenta de mis hijos. No pude educar a mis hijos, por falta de plata y del apoyo emocional de un padre; sólo estuvieron en primaria y no continuaron sus estudios superiores. Mis familiares me ayudaron en la siembra, hacían mi chacra y empezamos un negocio. Nuestros sembríos fueron disminuyendo poco a poco. Las demás personas se fueron a otros lugares, dormían en los cerros y en los montes. Cuando escuchaban reventar granadas, con miedo se iban a los huaycos y a los cerros. Nosotros nos quedamos en nuestra casa.

Los militares llegaban varias veces a la comunidad. Agarraban a la gente y la golpeaban sin motivo. También pegaban a mis hijos. En esos tiempos todos nos convertimos en evangélicos; todos pedíamos a Dios para que nos protegiera.

Cuando mis hijos eran grandes, empezamos a hacer otras cosas para conseguir alimentos y ropa. Mi hijo también fue llevado por los militares para que sirviera en el ejército. Salió luego de dos años.

Cuando llegó la Comisión de la Verdad declaramos para que el Estado conociera nuestra historia. Después llegó Paz y Esperanza, dándonos apoyo para seguir buscando la verdad. Logramos exhumar en el paraje Sankaypata-Totos sus huesitos y los están analizando con la prueba del ADN. En 2013 recibimos la reparación individual. Yo recibí cinco mil soles, y otros cinco mil fueron distribuidos en partes iguales a mis hijos.

LA VIDA YA NO ERA VIDA

1.



2.



3.



4.



1. Víctor Espinoza desaparecido por los militares, 1983
2. Marcelina Quispe, viuda de Víctor Espinoza, 2008
3. Walter Espinoza (hijo de Marcelina) y familia en Puncupata, 2014
4. Viuda y nieto de Gerónimo Vilca asesinado por SL, 1982

CATALINAYUQ



Vista panorámica de Catalinayuc

TOMÁS MORENO CASAVILCA

Nací el 7 de marzo de 1972 en Catalinayuc, ahora tengo 43 años. Mi padre era de Pampa Cangallo y se llamaba Herminio Moreno Cuba. Fue muerto durante la violencia política. Somos tres hermanos: mi hermano mayor Ricardo, Marcelina y yo, que soy el último. Mi madre es del barrio de Tuco y se llama Ana Casavilca Mendieta.

Desde 1982 los senderistas nos obligaron a asistir a las escuelas populares donde participaban niños, jóvenes, hombres y mujeres. Al que se negaba a participar, le hacían un juicio popular y lo sentenciaban de muerte. Este es el caso de mi padre que fue asesinado el 20 de mayo de 1983. Quiero contar esto para que seamos más tolerantes ante una diferencia de pensamientos.

En 1983 yo tenía diez años. Recuerdo muy bien cómo era esa época. Eran tiempos de dolor y sufrimiento para nosotros, para nuestros animales y para nuestras almas. Cuando los militares venían nos escapábamos a escondernos en los cerros y los huaycos, donde muchas veces amanecíamos, sin frazada y tiritando de frío.

Mi padre estaba en contra de la ideología de Sendero Luminoso. Renegaba mucho con esa gente, sobre todo cuando estaba ebrio. Discutía con los senderistas y llegó hasta el punto de prohibir a mi madre a que asistiera a las reuniones de la escuela popular. El carácter de mi madre era tímido y en cada intimidación de los senderistas, ella se ponía a llorar. Mi padre se molestaba e increpaba públicamente diciendo: “cómo es posible que obliguen hasta a nuestras mujeres”.

Entonces, la actitud negativa de mi padre frente a la posición de Sendero, fue puesta en la agenda de la siguiente reunión. Secuestraron a mi padre y en la reunión leyeron delante de él el acuerdo, que consistía en que tenía que morir por haberse opuesto a la ideología sagrada del partido. Fue asesinado en el cerro de Sillaqasa-waqta, el 20 de mayo de 1983. Primero lo ahorcaron y como no moría lo remataron con tres disparos. Nos quedamos llorando y no podíamos hacer nada, ni denunciarlo a la policía.

Cuando lo asesinaron, no querían que veláramos su cuerpo en nuestra casa, ni querían que trajéramos su cuerpo al pueblo. Fue terminantemente prohibido. Tuvimos que llevarlo directo al cementerio. Los perpetradores amenazaron tanto a mi familia como a la comunidad. Por eso no encontrábamos ayuda, solo estábamos los tres hermanos totalmente desamparados. En ese tiempo nos volvimos hijos de la madre tierra; cada vez que nos escapábamos, ella nos cuidaba.

Mi hermano mayor nos cuidó a mi madre, mi hermana y a mí. Mi hermano me cuidó hasta los quince años. Yo estaba estudiando, pero me enamoré de Juana Huamaní y me casé con ella. Tengo cuatro hijos. Después de haberme casado ya no podía seguir estudiando. En esos tiempos no había dónde trabajar, ahora hay para trabajar, aunque sea en el aporque de las papas.

Luego de muchos años declaré el asesinato ante la Comisión de la Verdad. También recibimos el apoyo de Paz y Esperanza. Testimoniamos de todo lo que nos había pasado en esos tiempos. Antes no podíamos hablar, nos sentíamos vigilados sin saber por quién.

Con las reparaciones colectivas la comunidad recibió cien mil soles para hacer una obra comunal, que consistió en mejorar nuestro sistema de riego, poniendo tubos desde el riachuelo Ingawasi y regar por aspersión. Pero nadie riega con aspersor; no sé cómo instalaron el sistema, pero no funciona.

Recibimos también la reparación individual. La plata que he recibido la invertí en la compra de una computadora para mi hija, que está estudiando en la universidad y el resto lo invertí en mi terrenito. Fue solamente 3.300 soles por la muerte de mi padre.

Los de Sendero mataron, hicieron desaparecer a gente inocente y destruyeron las instituciones. Destruyeron todo y no ganaron nada; más al contrario, llevaron a nuestro país tanto económica- como humanamente a la pobreza. Sendero nos "jodió" la vida.



1.

2.

1. Herminio Moreno junto con su hijo pequeño antes de ser asesinado por SL, 1983

2. Tomás Moreno, hijo de Herminio Moreno, 2014

3. Tomás Moreno, su esposa e hija en Ayacucho, 2014



3.



MARCELINA HUAMANÍ CISNEROS

Nací el 6 de octubre de 1967, ahora tengo 48 años. Soy de la localidad de Pampamarca. Me casé a los catorce años con un comunero de Catalinayuc, Pablo Conde. Desde esa fecha vivo aquí. Mi padre fue Moisés Huamaní Ccallocunto, asesinado por los militares durante la violencia política. Somos tres hermanos: dos mujeres y un varón, ahora cada uno con su familia. Quiero recordar esa vivencia para que mis hijos, los vecinos y el gobierno conozcan, para que nunca más se repita.

En el tiempo de la violencia política, todos teníamos miedo; tanto a Sendero Luminoso como a los militares. Vivíamos escondidos en diferentes lugares. Había otras familias que habían decidido irse a la ciudad.

Mi padre fue capturado en Pampamarca, la última semana de mayo de 1983 y fue asesinado entre mayo y junio por los militares en los parajes de Totos. Lo relacionaron con Sendero Luminoso por haber encontrado en mi casa una *tuqlla* (trampa para agarrar animales). Mi padre era costurero y hacía esas cosas.

El día que lo llevaron, me encontré con él en la casa. El estaba todavía en su cama y le invité cancha para su fiambre. Le dije: “estoy yendo a Pillkuqasa (Cuchuquesera) para cosechar papa.” Me dijo: “está bien hija, ¡vaya nomás!” Así salí de la casa para no encontrarme nunca más con él.

Cuando estábamos ya cerca de Pillkuqasa, escuchamos varios disparos de bala. Nos preguntamos qué sería, pero seguimos caminando. Ni bien habíamos empezado a cosechar la papa, llegó la noticia de un posible arrasamiento, pero no sabíamos aún de quién se trataba. Dejamos nuestra actividad y fuimos a ocultarnos al costado del cerro Chuntalla. En ese lugar nos encontramos con unos ovejeros de Cuchuquesera y Pampamarca. Nos amontonamos todos y pedimos a Dios que nos protegiera la vida.

Seguimos todo el día ocultándonos y viendo lo que estaba sucediendo. Veíamos cómo un montón de personas llegó a la escuela de Cuchuquesera. Allí se detuvieron y luego de un rato se esparcieron a diferentes lugares. Seguíamos preguntándonos: “¿quiénes serán esas personas?” Pasado el mediodía, llegó la noticia de que eran militares y que estaban apresando a la gente.

Esa noche no volvimos al poblado por miedo de ser detenidos. Nos quedamos a dormir en medio de nuestra chacra, sin frazadas y abrazados unos a otros para protegernos contra el frío. Yo estaba muy angustiada por mis padres.

Regresamos al poblado a la madrugada del día siguiente. Nos reconfirmaron que habían sido militares. A mi madre la encontramos en Pampamarca y ella dijo: “se lo llevaron a tu papá y no sé a dónde”. Los militares habían encontrado el *tuqlla* y un machete con sangre que había sido utilizado para matar al ternero enfermo que teníamos. Sólo por eso fue acusado. Así eran nuestras vidas en esos tiempos.

Decidimos ir a buscarlo, esperando alcanzarlo en Catalinayuc, tal vez aún con vida. Justo cuando estábamos yendo, vimos a gente capturada que en fila estaba yendo

por Vacapallana. No veíamos a mi padre por ningún lado. Empezamos a llorar mi madre y mis hermanos, y decidimos volver a la comunidad.

Al día siguiente, mi mamá fue a buscarlo en Chuschi. Cuando estaba por llegar a la plaza de Chuschi, vio como un helicóptero se los llevaba. La gente decía que lo iban a llevar a la base militar de Totos. Nosotros nunca habíamos perdido la esperanza de que mi padre volviera con vida. Decíamos: “tal vez vuelve, tal vez le suelten”.

También capturaron a Francisco Núñez y Marcelo Espinoza del barrio de Cuchuquesera y un comunero más, cuyo nombre no recuerdo. Este comunero es el único sobreviviente. Nos ayudó a encontrar el lugar donde fueron enterrados por los militares en los parajes de Totos. El nos contó como asesinaron a mi padre y a otros comuneros:

“Desde Chuschi nos trasladaron a la base militar de Totos, nos colocaron en un aula que olía muy feo. Nos han interrogado uno por uno; a algunos a punta de golpes, a otros colgándoles a la viga de la escuela. Preguntaron si éramos terroristas y si conocíamos a los principales camaradas. Así nos torturaban. Esa tarde nos dieron una cucharada de comida. Los soldados decían entre ellos: ‘estos quispillaqtinos se despiden hoy’. Mientras tanto, en otras esquinas de la escuela, había muchas personas como yo, penando de dolor.”

“Esa misma noche los militares -a patada limpia y con insultos discriminatorios- nos obligaron a salir de la escuela, todos amarrados de las manos. Caminamos media hora cuesta arriba. Nos hicieron parar en un lugar lleno de rocas y arbustos. Allí nos obligaron a cavar nuestra tumba. A mí me tocó cavar junto a Francisco Núñez de Cuchuquesera. En el otro lado estaba tu padre. Yo me cansé de cavar, me dolían las manos y le dije a Francisco: ‘Pancho, te toca hacer el hueco’. Cuando salí del hueco, ya profundo, puse mis manos en mi bolsillo y encontré un puñado de coca y un poco de azúcar. En mi boca sentí un dulce sabor. Luego miré arriba y atrás en medio de la oscuridad. Mientras los militares estaban distraídos con otros presos, decidí - en un cerrar de ojos - escaparme y me lancé al barranco lleno de espinas y rocas. Así me salvé. Me escondí dentro de las plantas de chillcas y escuché cómo las balas reventaban y cómo las personas gritaban.”

Así nos contó él, y nos dijo también que conocía dónde estaba la fosa de mi padre. Después de muchos años, con el apoyo de la Fiscalía y de Paz y Esperanza, fuimos a desenterrar en ese paraje de Totos. Efectivamente, allí encontramos los huesos de mi padre. Sin el testimonio de ese comunero nunca habríamos podido encontrar al menos los huesos de mi padre.

Cuando salió la ley de reparaciones, nos dijeron que nos iban a indemnizar y al final nos dieron diez mil soles para los tres hijos que quedamos.

1.



2.



3.



4.



1. Marcelina Huamaní, hija de Moisés Huamaní asesinado por los militares en Totos, 1983
2. Viuda de Moisés Huamaní con sus nietos, 1990
3. Familia de Marcelina Huamaní, 2000
4. Nietos de Moisés Huamaní

LUIS MENDOZA ACHALLMA

Nací el 21 de junio de 1959 en Catalinayuq y ahora tengo 56 años de edad. Mis padres fueron Jesús Mendoza Llalli y Felipa Achallma Conde. Me casé en 1978 con Sinforosa Conde Galindo, con quien tuve un solo hijo, Mario. Mi primera esposa murió por un rayo. En el año 1982 llega el Partido Comunista a nuestro pueblo, organizando y obligando a las autoridades a dejar sus cargos. En 1983 sufrimos mucho dolor. De la familia Mendoza no hubo desapariciones ni muertos. Sólo fuimos maltratados y torturados salvajemente.

En mi comunidad existe el varayuq, autoridad originaria que hemos heredado de nuestros abuelos. Ellos eran nuestras autoridades, como un padre y una madre, y los pobladores les teníamos miedo y también mucho respeto. Si a ellos les teníamos miedo, imagínese cuánto miedo sentimos cuando vinieron esos hombres con armamentos. Sendero entró a Quispillaqta, diciendo que había gente que estaba robando. Decían que los “yanquis” estaban robando.

En mayo de 1983 me nombraron varayuq en representación de Catalinayuq. Los meses de abril a octubre fueron meses de matanza. Los senderistas nos pidieron que renunciáramos al cargo de varayuq, bajo amenaza de muerte. Tuvimos que hacerlo. Después los militares nos obligaron a restaurar los cargos. Nos organizamos nuevamente con la directiva comunal. Para ese entonces la plaza de Quispillaqta se había convertido en un pueblo fantasma, hasta había excrementos de zorros y los ichus habían crecido en la plaza.

La gente vivía en los montes y ya no dentro del pueblo. Cuando -en el mes de setiembre- la población nos vio volver con nuestras varas en la mano, ellos también comenzaron a regresar a vivir en el pueblo. Pero de un momento a otro llegaron los militares y nos preguntaron: “¿dónde están los terrucos?” Empezaron a golpearnos a las tres autoridades: Guillermo Espinoza, Miguel Mendieta y a mí. Nos golpearon, nos pisotearon como a un costal de papas en el suelo. Las otras dos personas que estaban conmigo ya están muertas; yo nomás sigo con vida, pero siento dolores en mi cuerpo hasta ahora.

Esa vez había un capitán del ejército que era más maldito que el anterior. Nos llevaron en fila hasta al puesto policial de Chuschi. Allí seleccionaban a los capturados: a los más comprometidos los separaban en un cuarto aparte y a los demás los soltaban. Dicen que habían vestido a un comunero con ropa militar y éste delataba a través de una seña.

Llenaron el helicóptero con los capturados. A los que quedamos, el jefe militar nos preguntó: “¿con quién están ustedes?” Nosotros respondimos en coro: “¡con usted mi general!” Otra vez nos preguntaba: “¿van a organizarse contra el sendero?” y nuevamente en coro le respondimos todos: “¡sí, mi general!” Aprobamos construir nuestra plaza principal de Quispillaqta, que parecía un solar de chacra. Si no lo hacíamos, nos iban a comprometer seriamente con Sendero. En 1984 convocamos a todas las localidades a una asamblea para comenzar la construcción. Después de

casi dos años de paralizados comenzamos nuevamente a trabajar en ayni y minka. Esta obra es emblemática para Quispillaqta, porque se hizo en años de violencia. Comenzamos a participar todos y en poco tiempo terminamos de construir. Cuando regresó el general Hiena, la plaza ya tenía forma con veredas y arbolitos protegidos con alambres de púa. Con esta obra demostramos que seguíamos organizados. Por ello, el general nos ha felicitado.

Cuando estábamos haciendo la faena comunal, escuchamos un rumor que los vecinos de Canchacancha y Chuschi estaban viniendo a Quispillaqta para convertirnos en "polvo" (cenizas). Ellos habían incentivado otra vez a los militares diciendo que todo Quispillaqta éramos terrucos.

Habíamos comenzado a estudiar las debilidades y fortalezas de los militares. Su pasatiempo eran los juegos. En la comunidad teníamos el juego del sapo. Ellos nos decían: "estos terrucos tienen su sapo; juguemos con los terrucos." Así jugábamos y no sé cómo, pero nuestro alcalde varayuq, Andrés Núñez Huamaní, tenía la habilidad de meter las fichas en la boca del sapo. Demoramos mucho en el juego y así los demás comuneros aprovechaban para escaparse a los cerros. Así era la vida en el año 1984, triste y dolorosa.

Todo Quispillaqta entramos en un acuerdo: de no decir nada, de no señalarnos entre nosotros, en otras palabras, de no traicionarnos de comunero a comunero. Por eso no hubo muchos muertos, solo unos cuantos, pero se los llevaron con engaños. Por ejemplo, llegaron los militares y nos preguntaron: "dicen que los terrucos han llevado a Toribio Galindo. Hemos venido para ver." Nosotros dijimos: "nadie se lo ha llevado, está acá." Con ese engaño entregamos a Toribio Galindo.

Llegamos a un acuerdo de estar bien con los dos bandos y decirles: "sí papay." Cuando venían los del Sendero Luminoso fingíamos ser sus seguidores, cuando llegaban los militares, cantábamos el himno nacional llorando. Qué podíamos hacer con esa gente que venía con armas.

Una vez el capitán nos preguntó en cuanto tiempo llegaríamos a Llaqtaurán. "Entre dos a tres horas", respondimos. Nos ordenó que le acompañáramos. Como los militares iban con bultos pesados y agarrando presos, llegamos en seis horas. Nos maltrataban con botellas, en que habían preparado agua con ají, diciendo: "carajo, han dicho que íbamos a llegar en tres horas." En el camino también nos golpearon en nuestros estómagos, hasta que nuestros ojos se volteaban. Nos decían todo el tiempo que íbamos a morir. Estábamos muy asustados. En estas circunstancias capturaron a Cleto Flores que estaba en su casa en Llaqtaurán.

En Catalinayuq el capitán Hiena nos había entregado a una guía de los militares. El capitán nos dijo: "si pasa algo a esta persona, tu pueblo será hecho polvo". Entonces otra vez regresamos a Quispillaqta llevando a esa persona misteriosa. Cuando amaneció reconocimos a la persona. Era quien había incentivado a los militares para volver a atacar a Quispillaqta.

Le preguntamos, “¿por qué nos acusas como terrucos y nos haces masacrar? Somos gente de Dios.” Le dijimos: “por tu culpa, por llamarnos terrucos, nos golpean y nos torturan.” Cuando estábamos cerca de Pallqa, un barrio de Chuschi, ese señor se escapó en dirección de su pueblo.

Llegando a Quispillaqta, estábamos muy felices de haber regresado a nuestra casa, a nuestra familia. En la tarde tomamos hasta no poder por la felicidad de haber vuelto con vida, pero cuando escuchábamos nuevamente los helicópteros nos orinábamos de miedo. Solo los valientes esperábamos en la puerta del consejo comunal. Los demás se escaparon. Algunos militares llegaban con buen ánimo; otros llegaban diciéndonos: “concha de tu madre, terrucos de mierda.”

Bueno, en esos años no sentía dolor en mi cuerpo. Solo ahora con la vejez siento el dolor. Con la certificación de víctimas tengo seguro de salud, pero no me atienden bien. Me estoy cuidando solo, porque no encuentro más apoyo. Los familiares de los muertos y desaparecidos han recibido la indemnización. Pero los torturados, como yo, no hemos recibido nada. Cada anochecer llevo el dolor en el pecho al recordar esos maltratos y torturas sufridas por estos abusivos. Yo veo como solución la palabra de Dios. Yo antes era borracho, gritaba e insultaba a la gente. Ahora me he controlado. Me volví a casar y tengo mis hijos y mi familia. Sería bueno retomar las estrategias de convivencia que utilizábamos antes.



Luis Mendoza en la puerta de su casa antigua donde fue golpeado por militares, 1983



1.

1. Luís Mendoza con las autoridades comunales en Catalinayuc, 1990
2. Luís Mendoza y sus nietos en Catalinayuc, 2014
3. Luís Mendoza y su madre, 2014

2.



3.

PAMPAMARCA



Vista panorámica de Pampamarca

ANDREA NÚÑEZ MACHACA

Nací el 10 de noviembre de 1958 en la localidad de Cuchuquesera, ahora tengo 57 años. Soy evangélica. En el año 1937 mis padres se trasladaron desde Cuchuquesera hacia Pampamarca. Me casé con Demetrio Galindo Rocha, con quién tuve cuatro hijos; mi esposo desapareció en manos de los militares.

En 1960, Pampamarca era todavía un pueblo pequeño. Cuando llegaron los ingenieros de COTESU, nos organizamos y creamos el centro de engorde comunal de Pampamarca. Mi esposo era un hombre luchador por el progreso de Pampamarca, era muy trabajador y nos quería mucho. Era promotor de COTESU y junto con Silverio Galindo y Francisco Huamaní era autoridad del centro de engorde. Le enseñaron cómo administrar el dinero, rendir cuentas, cómo pesar y vender los animales, controlar la sanidad y también la siembra de pasto asociado. Llevaban los animales a Catalinayuq para la venta. Para engordar necesitábamos grandes extensiones de terreno con pasto, por lo que tuvimos un conflicto con Catalinayuq por la propiedad y el usufructo de los pastizales. Hubo una pelea, pero con la ayuda de las autoridades de Quispillaqta solucionamos el problema entre nosotros.

Estos tiempos de relativa tranquilidad se oscurecieron durante los años de sufrimiento y muerte. Comenzaron a matar a los abigeos, a los adúlteros, violadores y a los que no participaban en las reuniones. A las mujeres les cortaban sus trenzas y las hacían pasear en público para que los demás no volvieran a desobedecer.

En Pampamarca había cuatro grupos. Todos teníamos que ir para no ser culpados de soplones y puestos en la lista negra. Muchas milicias eran formadas a la fuerza y contra la voluntad de las personas. Así pasamos el año 1982. Los terroristas nos decían que íbamos a dejar de ser pobres y que todos seríamos iguales. Venían con

pasamontañas y reunían a la gente. A los que no querían asistir, los amenazaban con matarlos. Mi esposo era el agente y acudía a todas las reuniones convocadas por los terroristas.

En 1983 la situación se complicó. Los militares nos obligaron a asistir a las asambleas en Chuschi y nos dijeron que teníamos que empadronarnos. A mi esposo le encargaron llevar el padrón y entregarlo a los militares. Se decretó el toque de queda, que comenzaba a las seis de la tarde y terminaba a las seis de la mañana del día siguiente.

El 28 de mayo de 1983, cuando mi esposo volvió de una de estas reuniones, los militares vestidos de civil le alcanzaron por la altura de Kimsacruz (Tres Cruces). Le agarraron, le devolvieron a Chuschi y en la noche le han llevado en helicóptero a la base militar de Totos. Fueron los militares quienes desaparecieron a mi esposo y a varios otros comuneros de diferentes localidades de Quispillaqta. No sé cuántos han llevado, pero eran muchos.

Cuando mi esposo desapareció, me quedé sola con mis cuatro hijos; recién tenía 25 años de edad y no sabía dónde acudir. Decidí ir a buscarlo. Para ese entonces no conocía y solo llegué hasta Santa Rosa.

Me alojé en este poblado y cuando conté mi caso a los pobladores, ellos me dijeron: “los militares te matarán porque te tildarán de ser la esposa de un terrorista. Si eso pasa, tus hijos se quedarán sin padre ni una madre. ¡Vuelve!” Al escuchar esto lloré y decidí volver a la comunidad.

Antes de ir a Totos para buscar a nuestros parientes, preguntamos en Chuschi a los militares dónde estaban. Ellos decían que solo se los habían llevado para que declaren y que seguramente ya estarían volviendo. Entonces, tenía la esperanza que volviera. De todos los que fueron llevados, solo uno pudo escaparse. El nos contó que los militares les habían obligado hacer un hueco y después los habían matado. Así supimos toda la verdad.

Mis hijos y yo nos alimentamos solo con la chacra; mis padres me ayudaban a cuidar a mis hijos y la comunidad me apoyaba con un poco de papa y cebada. Era un tiempo en que casi me había vuelto loca.

Cuando en 1984 la situación se calmaba un poco, los militares y los policías de Chuschi nos obligaron a participar en vigías. Esto hacíamos en turnos por una semana con un grupo de comuneros. El comité de autodefensa organizaba todo. Así, en vez de que los militares y policías nos cuidaran a nosotros, nosotros les cuidábamos a ellos. Todos los domingos izábamos la bandera. Esto duró hasta 2005.

Después llegó Paz y Esperanza y ofreció apoyarnos para recuperar los restos de nuestros queridos. Nos apoyó con papeleos y trámites para la certificación de los afectados. Gracias a ello recibí la suma de cinco mil soles y mis hijos recibieron otros cinco mil. Seguimos caminando en la búsqueda de la justicia, pero deberían aumentar la suma de reparaciones, que no compensan el sufrimiento y el dolor que hemos pasado.



1.



2.

3.



5.



4.

1. Andrea Núñez viuda de Demetrio Galindo, desaparecido por las militares en Totos, 1983
2. Leónidas Pacotaype mostrando la ropa de su esposo Francisco Huamani, desaparecido en 1983
3. Leónidas Pacotaype junto con su hijo y un antropólogo forense, 2002
4. Calixta Mendieta, sobreviviente de la captura militar y viuda de José Tomaylla
5. Hijo de Nemesio Moreno que perdió su papá y dos de sus hermanos, 1983

EMILIA NÚÑEZ de GALINDO

Nací el 5 de marzo de 1962 en Unión Potrero y soy hija de Francisco Núñez Conde y Marcelina Huamaní. Me casé en 1979 con Cirilo Galindo Huamaní de Pampamarca con quien tuve tres hijos: Fortunato, Marina y Filomena. Esta última murió a los seis meses con varicela, por falta de una posta de salud en el pueblo. Ahora tengo 53 años de edad, soy creyente en Dios y presidenta de la Asociación de Familias, Desaparecidos y Afectados por la Violencia Política (AFADAVP) de las trece localidades de Quispillaqta. A mi esposo lo hicieron desaparecer en el paraje de Totos, el 30 de mayo de 1983. Quiero contar mi historia para que conozcan mis hijos, mi pueblo y el gobierno.

Cuando llegó el movimiento de Sendero Luminoso, nosotros nos encontrábamos labrando en nuestras chacras y criando nuestras vacas y ovejas. Había tranquilidad en la comunidad por haber culminado los juicios con Putaqa, Canchacancha, Chuschi y Quchapampa. Eso era hasta agosto de 1982. Pero, después de esta fecha los senderistas comenzaron a visitarnos y nos obligaron a participar en sus reuniones.

Con la violencia nuestras vidas ya no valían nada. Podíamos morir en cualquier momento. Así que nos convertimos en evangélicos. Para el año 1983 todos éramos evangélicos. Hacíamos nuestras reuniones y vigiliadas, tapando las ventanas con frazadas para que no se vieran las luces y así nos quedamos toda la noche en la iglesia. No teníamos a donde ir. Ambos bandos nos amenazaban y nos mataban. No había seguridad.

Mi pesadilla comenzó el 23 de mayo de 1983. Ese día los militares realizaron una operación en Pampamarca y otras localidades. Supuestamente estaban buscando senderistas y como no encontraron nada, nos acusaron a nosotros: "si no hay nadie, ¡ustedes deben ser los terroristas!" Luego nos dijeron: "si no son sus seguidores, tienen que venir a la asamblea de Chuschi. Allí todos serán empadronados."

Recuerdo muy bien que mi esposo fue a Chuschi junto con mi hermanito de doce años. De aquella vez, solo mi hermano regresó con vida. El es quien nos contó lo sucedido. Habían detenido en Kimsacruz a mi esposo (38 años), José Tomaylla Moreno (48 años) y Calixta Mendieta (36 años). Al regresar de la asamblea unas cien personas entre civiles y militares los han detenido. Les amarraron las manos hacia atrás y los golpearon colocándolos boca abajo.

Luego los juntaron con otros detenidos que estaban llenos de sangre en sus caras por el maltrato recibido. Los otros eran Nemesio Moreno Huamaní (57 años) con sus dos hijos Virgilio (18 años) y Victoriano (16 años), Moreno Machaca, Demetrio Galindo Rocha (40 años) y Francisco Huamaní Galindo (37 años). Todos de Pampamarca. Fueron conducidos amarrados en fila hasta Chuschi. A Calixta Mendieta la soltaron porque se hallaba con un bebé. Este suceso fue en la mañana de 28 de mayo de 1983.

Mi hermanito recuerda que las personas acompañantes de los militares les proponían tirarlos al barranco de Wayunka. “Comencemos con este chibolo” decían. Los militares seguían el camino y llegando a Chuschi los pusieron en la escuela. Al día siguiente llegaron otros detenidos de Quispillaqta: Moisés Huamaní Ccallocunto (55 años), capturado en el poblado de Pampamarca; Marcelo Espinoza Núñez (29) y Francisco Núñez Vilca (45 años), detenidos en Catalinayuc; Martín Vilca Tomaylla (65 años), Gregorio Cuello Flores (42 años) y Antonio Galindo Pacotaype (15 años), detenidos en Llaqtaurán; Víctor Espinoza Achallma (32 años) de Puncupata; Cirilo Conde Galindo (45 años) y un tal Cisneros del barrio de Pirwamarca, Cuchuquesera.

De todos estos detenidos, solo dos regresaron con vida. Uno de ellos es mi hermanito, a quien los soldados habían soltado cuando llegaron a Totos. Dicen que en esa base militar se quedaron un día, para luego ser llevados de noche a los parajes de Sankaypata donde los han ejecutado. En aquel entonces, el conocido capitán Chacal tenía el mando de la base militar.

Uno de los detenidos que logró escapar, nos contó: “fuimos separados en dos grupos. Cada grupo cavamos un hueco que -según nos dijeron los militares- era para sacar oro enterrado por los españoles. Pero nosotros sospechábamos que allí terminarían nuestras vidas.”

Fortunato Galindo Núñez, hijo

Yo nací el 24 de octubre de 1977. Cuando desapareció mi padre yo tenía seis años. Nosotros no creímos que los detenidos estaban muertos; en nuestra mente ellos seguían vivos. Durante todo el año buscamos llorando y no podíamos hallarlos. Cuando venían personas de la ciudad de Ayacucho, yo pensaba por momentos que era mi padre quien retornaba a su hogar. Los militares muchas veces nos dieron falsas ilusiones, diciéndonos que estaba en la cárcel y que pronto retornaría. La espera fue larga y nunca vimos volver a mi padre. Recién en 2002, cuando se hizo la exhumación en el paraje de Totos, acepté la muerte de mi padre.

Desde los diez años de edad tuve que asumir el cargo de jefe del hogar, labrar la tierra y asistir a las reuniones. Recuerdo que los soldados nos hacían izar la bandera todos los domingos. Todo esto fue cambiando de poco a poco. Ahora tengo dos hijos y en noviembre de 2014 mi comunidad me eligió para ser el primer alcalde del Centro Poblado de Cuchuquesera y Pampamarca.

Emilia Núñez

No podía hacer la denuncia, tenía miedo. Por eso, en 1984, me afilié a ANFASEP donde conocí a mama Angélica Mendoza. Ella me apoyó para poder hacer la denuncia, el 20 de mayo de 1985. Junto con mama Angélica y muchas mujeres de Quispillaqta y Ayacucho comenzamos a buscar justicia. En nuestras reuniones llorábamos por nuestros seres queridos. Nos poníamos fuertes para reclamar.

De tanta exigencia, en el año 2001 la Defensoría del Pueblo de Ayacucho emitió un informe a favor de nosotras. Con la Comisión de la Verdad organizamos dos excavaciones. La primera fue en Sankaypata. Los técnicos de la CVR hicieron la exhumación sin nuestro consentimiento y sin presencia del testigo clave. Esos huesos no pertenecían a nuestros familiares. Los de Paz y Esperanza nos ayudaron a convencer a la Fiscalía para hacer una segunda excavación. Allí participó el testigo clave y él indicó donde era. Habían sido enterrados en dos fosas, en el primero habían muerto a punta de disparos de bala, mientras en la segunda fosa habían sido aplastados salvajemente con piedras. De estas quince personas desaparecidas sólo pudimos identificar a dos: a mi esposo lo identifiqué por su chompa y chumpi (faja) que tenía puestas. De las otras personas sólo había huesos. Estamos esperando que los identifiquen a través de ADN. Espero que sea pronto para dejar de llorar.

Para gestionar todo este proceso y exigir su cumplimiento todas las familiares de Quispillaqta nos organizamos en AFADAVP, cuyo primer presidente fue Mario Núñez, hijo del desaparecido Francisco Núñez del barrio de Cuchuquesera. En 2008 planteamos a ser atendidos por el gobierno local de Chuschi; para ello elaboramos un plan integral de reparaciones colectivas. En 2012 recibimos las reparaciones colectivas y esta platita estamos ahorrando para seguir ayudando a los demás familiares que aún no han encontrado a sus seres queridos. Yo tengo un sueño, que nuestra historia no se pierda, que mi esposo y los demás sean recordados para siempre y que sus fotografías y sus vestimentas estén en un museo o casa comunal. Hasta ahora la asociación no tiene casa propia, pero ya tenemos un terreno donado por la comunidad de Quispillaqta. Quisiéramos construir una casa comunal y un museo con todas estas informaciones.



Emilia Núñez, viuda de Cirilo Galindo, desaparecido en Totos, 1983



1.

1. Fosas donde fueron enterrados más de 15 comuneros de Quispillaqta en Totos, 1983

2. Fortunato Galindo, hijo de Cirilo, recibiendo los restos de su padre, 2002

3. Familia de Emilia Núñez en su domicilio, 2014

2.



3.



FÉLIX QUISPE SÁNCHEZ

Nací el 4 de junio de 1942 en Pampamarca, ahora tengo 73 años. La familia Quispe trabajaba para el hacendado Humberto Vasallo en Cuchuquesera. Mi mamá, Lacena Sánchez Huamaní viene de Churia que queda por la frontera con Huancavelica. Yo me casé a los 20 años con Lucía Galindo Tomaylla con quién tuve nueve hijos, de los cuales tres murieron.

Yo no tengo familiares muertos ni desaparecidos; solo recibí maltratos y golpes por parte de los militares y estaba recluido injustamente en la cárcel de Ayacucho. Los terroristas entraron en 1982 y exigían más a la gente que sabía leer y escribir. Como yo era analfabeto, no me exigieron tanto. Pero después del arrasamiento de Putaqa, en setiembre de 1984, se especulaba mucho sobre los culpables. Luego de unas semanas de lo sucedido, vinieron a mi casa unas 40 personas entre militares y comités de autodefensa y me capturaron.

A las cuatro de la mañana del día 9 de octubre de 1984 los militares me tomaron preso en mi casa. Me maltrataron y me decían que era terrorista. A consecuencia de esta golpiza he estado orinando sangre durante dos años. Esa madrugada habían detenido también a mi hermano Julio Espinoza Sánchez, Edmundo Galindo y Teodora Núñez Conde. Teodora tenía un bebe, que fue entregado a su madre. Ella fue conducida junto a nosotros con dirección al cerro Chuntalla-Putaqa.

A la entrada a Quchapampa cubrieron mi cara con pasamontaña y no vi nada. Luego me hicieron montar en un caballo con rumbo a la base militar que quedaba en Arizona. Quería hacerme caer del caballo para morir más rápido, pero no pude. Sí se cayeron mis ojotas.

Antes de llegar a esta base y cerca de un cementerio, me colgaron para castigarme. Hacían reventar sus armamentos cerca de mi oído para que confesara mi culpa. Para esa fecha era evangélico y comencé a cantar alabanzas a Dios. Pensé que la hora de mi muerte había llegado. Luego de este castigo llegamos a Arizona, donde los militares habían instalado su base en la ex casa hacienda.

En la noche me dieron una manta para cubrirme, zapatos para mis pies descalzos y un poco de comida. A causa de los maltratos e insultos me sentía muy mal, no estaba en mis razones.

Al día siguiente nos llevaron con helicóptero a Ayacucho. Recuerdo que eran las 4.30 de la tarde cuando llegamos a la ciudad. Nos llevaron al cuartel y nos pusieron en un calabozo pequeñito donde permanecíamos solo parados o en cuclillas. Me dieron como comida una sopa a base de huesos de pescado.

Nos sacaron afuera a las cuatro de la mañana y a las nueve me llevaron a la cárcel que quedaba frente al monumento de María Parado de Bellido. Nos tomaron declaraciones y nuevamente les decía lo que sabía. No encontraron ningún antecedente. Vinieron periodistas y a ellos dijimos también que éramos inocentes.

Las autoridades comunales de Quispillaqta y Pampamarca vinieron a visitarnos para conocer nuestra situación. También vinieron algunos amigos y mi esposa. Ellos hicieron las gestiones para que nos liberaran de la cárcel. Estuvimos unas seis semanas en la cárcel, hasta el 25 de noviembre. Junto con la señora Teodora Núñez salí en libertad. Yo me sentía extraño luego de haber pasado tanto tiempo encerrado en un calabozo. Los otros salieron el día siguiente.

Por los maltratos recibidos tuve dos costillas rotas que tardaron dos años en sanarse. Yo no podía trabajar, sembrar, ni levantar bultos. Mi esposa me decía que no me preocupara, que ella y los hijos trabajarían. Yo tenía tres hijos pequeños, una hija estaba en Lima y una ya estaba casada. Mi esposa me daba pastillas para calmar mis dolores y poco a poco pude sanarme. Después ya vivíamos más tranquilos. Creo que mi esposa también sufrió alguna violencia de los militares, ya que ella se puso enfermiza y nos dejó para siempre. Ahora solo me dedico a la chacra y mis hijos me cuidan.



1.



2.



3.

1. Félix Quispe, capturado y maltrato por los militares, 1984
2. Félix Quispe y su hijo Cirilo en Pampamarca, 2014
3. Ex-cárcel de Ayacucho, lugar donde fue encarcelado, 1984 (cortesía Caritas)

CUCHUQUESERA



Vista panorámica de Cuchuquesera

ALEJANDRA CONDE de NÚÑEZ

Nací el 21 de setiembre de 1951 en la localidad de Catalinayuq. Ahora tengo 64 años. En 1980 me casé con Francisco Núñez Vilca. La primera esposa de Francisco Núñez era Rosa Galindo Huamaní de Pampamarca, con quien tuvo tres hijos varones. Ella murió durante el parto por falta de atención médica. Nosotros tenemos un hijo varón, Nelson.

Mi esposo estudió en el colegio secundario de Chuschi y antes de 1980 ocupó el cargo de Juez de Paz no letrado en el distrito de Chuschi. Ayudaba a arreglar los problemas de herencia de tierra de muchas familias. Cuando teníamos el juicio con Canchacancha mi esposo fue teniente de la comunidad. Es por eso que durante la violencia política él tenía enemistades.

Estábamos trabajando con COTESU para construir dos reservorios: Ichurumiwaqta y Saywapata. Teníamos 400 bolsas de cemento en la tienda comunal. En esta época empezaron a venir hombres extraños, diciendo que seremos todos iguales. También repartieron la ropa que habían confiscado de los comerciantes. El discurso fue en quechua.

Cuando llegó Sendero Luminoso, los ingenieros de COTESU fueron obligados -bajo amenaza de muerte- a abandonar nuestra comunidad. Se llevaron las bolsas de cemento y la construcción de los reservorios se quedó como una piedra inservible.

Un mes después vinieron cinco personas, todas encapuchadas. Conversaron con mi esposo y en la noche les dimos lugar para dormir en la *chuklla* (choza) junto con mi hijastro Guillermo. También habían convencido a mi hijo de once años de seguirlos, no sé a dónde. El niño volvió como loco, su ropa hecha un harapo, lleno de piojos y liendres. Cuando volvieron los yana umas, les dijimos que había muerto, que ellos mismos lo habían matado. Les dijimos esto para que no lo siguieran buscando.

En 1983, en la época de *puquy* (época de lluvias) los terroristas volvieron con mayor fuerza, obligándonos a todos los comuneros a participar en sus actividades. Yo me fui con mis ovejas a Chuntalla donde tenemos una chacra. Mi esposo se quedó en el poblado, pero comenzamos a tener más miedo.

Nos obligaron a reunirnos en Qinwawayqu, a donde venían personas desconocidas de diferentes comunidades. Todas con pasamontañas y se llamaban compañeros y compañeras. Estas personas realizaron varias agresiones y comprometieron a mi comunidad. Por ello los militares nos persiguieron y han matado a nuestros esposos.

A fines de mayo, las incursiones militares fueron casi a diario. Fueron días de sufrimiento y mucha tristeza para toda la comunidad. Los militares llegaron el 23 de mayo de 1983 a Cuchuquesera e incendiaron las casas de las familias Conde y Galindo. Ese día se convocó a una asamblea de 'rendición', a realizarse en el puesto policial de Chuschi.

Mi esposo se fue a Chuschi para participar en la asamblea, junto con pobladores de Totos, Chacolla, Canchacancha, Quispillaqta, Chuschi y otros pueblos vecinos. En la asamblea habían aprobado el toque de queda desde las seis de la noche hasta las seis de la mañana, el izamiento del pabellón nacional en cada pueblo los días domingos y la restitución de las autoridades comunales.

La reunión fue dirigida por el teniente Hiena, quien dijo: "los comuneros que vinieron a esta asamblea podrán regresar mañana a sus pueblos después del repique de la campana, o sea a las seis de la mañana." Los comuneros de Cuchuquesera y Pampamarca decidieron salir a las tres de la mañana. Mi esposo llegó a Cuchuquesera a las siete de la mañana. Luego, cerca de las diez escuchó reventar una bala y decidió escaparse hacia Condorpaqcha. Ese día quemaron la tienda comunal de Cuchuquesera y habían secuestrado a los comuneros de Pampamarca. Hicieron lo mismo en Catalinayqu, Puncupata y Unión Potrero.

Mi esposo se había ocultado en el cementerio de Quchapampa y en la noche llegó a la casa en Chuntalla donde yo estaba con mis ovejas. Al día siguiente, cerca de las siete de la mañana, vino Emilio Núñez diciendo: "Pancho, tenemos que ir a Catalinayqu, ese fue el acuerdo de ayer. Allí nos entregarán un documento de identificación". Mientras estaba acomodando mis ollas para preparar la comida, ya se habían ido. Corrí para despedirme, pero ya no le pude alcanzar y me quedé triste, esperando que volviera con vida. Pero no fue así.

Los comuneros de Cuchuquesera habían acordado presentarse todos: niños, varones y mujeres ante el teniente Hiena en Catalinayqu. Ya no había autoridades comunales

y acordaron elegir nuevas: eligieron a Francisco Núñez (en su ausencia) como presidente, Teófilo Llalli como teniente y Marcelo Espinoza como agente.

En la mañana del 29 de mayo incendiaron la casa de Salomón Galindo. El mismo había ofrecido sus ovejas y vacas para salvar a la comunidad; éstas fueron llevadas a Catalinayuq. Los comuneros se comprometieron a construir otra casa para él. Todos se pusieron flores de papel de color blanco. Así fueron a Catalinayuq. Se presentaron ante el teniente, entregaron los animales de Salomón Galindo y quedaron prisioneros: Francisco Núñez y Marcelo Espinoza. Dicen que tres personas vestidos de militar los delataron. Los prisioneros de las cinco localidades fueron conducidos a pie por Kimsacruz hacia Chuschi.

Enterada de este suceso decidí irme de Chuntalla a Cuchuquesera. Después fui a Chuschi para buscar mi esposo, pero me lo impidieron un grupo de chuschinos con palos y piedras en el puente, diciendo: “a qué vienen esas esposas de terrucos, matémoslas.” Nos insultaban y yo comencé a llorar. Nos reunimos todas las esposas de los capturados, cada una con su propia historia. Eramos más de quince personas.

Fuimos a quejarnos a las autoridades, quienes nos dieron tres versiones: 1) “sus esposos ya fueron trasladados a Totos”; 2) “insistan, tal vez estén todavía en Chuschi”; y 3) “ya deberían haber aparecido, ¿no será que ya están muertos?”. Ellos tampoco sabían. Cuando nos enteramos que los habían llevado a Totos, decidimos todas ir hasta allá. Acordamos salir el domingo, y regresamos a nuestras respectivas localidades. El día sábado, a las ocho de la noche, mi suegra se había enterado de la muerte de mi esposo en Totos. Ya no podíamos ir por miedo y angustia. Por eso no denunciarnos. Sola me quedé, con mis hijos y animales.

El año siguiente, en 1984, mi suegra presentó una denuncia en Lima sobre la desaparición de su hijo. Yo me afilié a ANFASEP e iba cada mes para recibir noticias. Comenzamos a reclamar justicia. En 2001, la Defensoría del Pueblo realizó una visita de inspección ocular a Totos. Recién en ese año se tomó nuestro caso con seriedad. Lo denominaron ‘caso Sankaypata’, lugar donde fueron asesinados y enterrados clandestinamente.

Hasta ahora no me han entregado los huesos de mi esposo. Dicen que están en evaluación. Tomaron muestras de sangre para determinar el ADN. Estas muestras fueron enviadas hasta Estados Unidos, porque en el Perú no hay laboratorios especializados. No he encontrado todavía justicia. Yo sigo esperando la noticia de mi esposo para darle una cristiana sepultura. Ya recibimos la reparación individual del Estado y con esa platita compramos un autito. Con el autito mi hijo trabaja como taxista en la ciudad de Ayacucho.

1.



1. Francisco (Pancho) Núñez con su familia antes de su desaparición por los militares, 1983

2. Familiares de víctimas de Sancaypata-Totos, visitando en 2015

3. Alejandra Conde y su familia en Cuchuquesera, 2014

4. Mario Núñez (hijo de Pancho), fundador de AFADAVP-Q, 2002

5. Domitila Espinoza, hija de Marcelo Espinoza desaparecido junto con Francisco Núñez

2.



3.



4.



5.



GUILLERMO VILCA GALINDO

Nací el 25 de junio de 1945 en la localidad de Cuchuquesera; ahora tengo 70 años. Me casé con Teresa Núñez Machaca y tuvimos ocho hijos. Antes de la violencia política ocupé varios cargos de autoridad. En 1982 era Teniente Gobernador de Quispillaqta. Llegó un grupo de militares y empezó a matarnos, diciendo que éramos terrucos. la mayoría de los pobladores fue golpeada, casas incendiadas y hubo muchos desaparecidos.

Cuando los terrucos venían, nos portábamos como senderistas; cuando los militares venían, luchábamos al lado de los militares. Así nos comportábamos. Nuestras vidas dependían de un hilo y no había otra salida. La gente estaba asustada y se escondía en los cerros y huaycos, fuera de sus casas. Varias personas murieron en esos tiempos.

Llegaron el capitán Chacal y el teniente Hiena¹ y nos reunieron a Chuschi y Quispillaqta. Como yo era ex militar no les hice caso y empecé a defenderme de boca a boca. Pero aun así me llevaron a Chuschi, donde me detuvieron casi una semana. No me golpearon, solo me exigían que entregara a los senderistas. “Tú has organizado a la gente para ser terrorista,” me decían. Yo les respondía: “yo soy autoridad política y hago lo que debo hacer como autoridad para que me respete toda la población.” Después, en la plaza de Chuschi mataron al señor Galindo que era presidente de Chuschi; lo mataron delante de mis ojos. Los comuneros observaban desde un rincón de la plaza como fue despedazado su cuerpo.

Entre las quince personas que fueron tomadas prisioneras en 1983 estaba mi padre. Le habían detenido la noche del 30 de mayo cuando estaba durmiendo en su casa en Llaqtaurán. Eran miembros del Ejército que se hicieron pasar por subversivos y dieron vivas a Sendero Luminoso. Mi padre contestó y esto motivó su detención. Fue conducido a la escuela de Llaqtaurán y después, en horas de la madrugada, a Chuschi en compañía de otras personas detenidas esa noche.

El teniente Hiena dijo: “los estamos llevando solo un ratito para que presten trabajo.” Le decíamos: “llévenselos, pero no los maltraten” y él nos respondía: “no vamos a pegarlos, en la tarde estarán nuevamente libres”, y así se los llevaron.

Luego de unos días quise visitar a mi padre para saber si ya le habían soltado, pero los comuneros de Chuschi me impidieron el paso en el puente que separa Quispillaqta de Chuschi. No pude acercarme para averiguar sobre su situación, ni verificar en qué condiciones se hallaba.

Los habían llevado a Totos y nunca más volvieron. Como autoridades no pudimos hacer nada. Cuando escuché la noticia de la persona que se escapó, me enteré que mi padre también fue asesinado. Decidí llevar luto como de costumbre, pero me hicieron cambiar a una vestimenta normal de colores. Así que las veces que estuve solo, andaba con ropa de luto y en público me ponía ropa de colores.

1 La gente no se acuerda qué rango tenían los dos militares. Algunos le llaman general o coronel, otros teniente y capitán.

En 2003, con la CVR, encontramos sus huesitos. Mi padre había muerto con tres balas en la parte de su tórax y una en el cráneo. Ellos murieron por orden del capitán Chacal, sin juicio y sin declaratoria de culpabilidad. Fue una ejecución extrajudicial que todos los quispiillaqtinos debemos repudiar.



1.



2.

3.



1. Martín Vilca, asesinado por militares en Totos, 1983
2. Ministerio Público devolviendo los restos óseos de los desaparecidos de Quispillaqta, 2003
3. Guillermo Vilca, hijo de Martín, 2014
4. Familia de Guillermo Vilca de vacaciones, 2014

4.



ESTEFA MENDOZA de NÚÑEZ

Nací el 4 de marzo de 1947 en la localidad de Catalinayuq, ahora tengo 68 años. Me casé con Venancio Núñez de Cuchuquesera con quien tengo seis hijos. Mis padres son de Catalinayuq. Vivo en Cuchuquesera desde que me casé en el año 1967. Perdí a mis padres y mi hermano, que fueron asesinados por los seguidores de Sendero Luminoso. Mi padre se llamaba Cirilo Mendoza Mendieta, mi madre Melchora Ccallocunto Conde y mi hermano Albino Mendoza Ccallocunto.

Antes de la violencia política trabajábamos en nuestra chacra. En aquella vez, llegaron gringos de otros países. Ellos nos apoyaban con la crianza de vacunos mejorados, cultivo de pasto asociado y capacitación en salud. No pudimos concretar la construcción de dos reservorios para riego. Estos proyectos quedaron incompletos. A nivel comunal tuvimos que vender nuestros toros de engorde y sólo nos quedamos con ovinos mejorados.

Mi hermano era negociante de ganado y vivía en Ayacucho. La noticia de la desaparición de mis familiares nos la dio el nieto pequeño que vivía con mis padres. Esa triste noticia enlutó la fría mañana. Mi hermano no era ratero, no era nada de eso. Los seguidores de Sendero decían que él no ayudaba al partido y que prefería su negocio. Por eso lo mataron en Catalinayuq, el 20 de mayo de 1983, conjuntamente con mis padres.

Cuando supimos lo que había pasado, yo y mi hermana menor fuimos a la casa de mis padres en Catalinayuq. Cuando llegamos, no había nadie. Salimos y vimos un grupo de personas. Nos acercamos y les preguntamos qué había pasado con mis padres. Frente a esta pregunta, ellos sacaron un papel con el texto: "si quieren acusar, ustedes también serán asesinados."

Mis padres eran inocentes, no sé por qué los mataron. Probablemente los mataron cuando defendían a mi hermano. Hay quienes dicen que los senderistas los han matado porque mi hermano no quería integrarse a Sendero Luminoso. Creo que los senderistas se habían vuelto locos. Los días siguientes hubo varios asesinatos masivos, en casi todas las comunidades de la región.

Mataron a mis padres y los enterraron en medio de un corral lejos del poblado, por el lado de Tuqaruwaykucho. Estos hechos provocaron que la comunidad reaccionara contra Sendero.

En la fiscalía han sindicado a varias personas como culpables. Varias de estas personas viven todavía y hemos tenido que convivir con ellos. Hubo la reconciliación de pueblo en pueblo, de ayllu en ayllu y de persona en persona. Así se acordó en asamblea. No acusarnos entre nosotros.

En esos años -por el miedo de morir- todos nos convertimos en evangélicos. Y gracias al apoyo de estas iglesias pude sentir la paz y aceptar mi realidad. De vez en cuando, en momentos de cólera, salen las acusaciones. Pero qué vamos hacer, ya pasó.

Mi familia y la iglesia me han apoyado. También la Comisión de la Verdad nos ayudó en la búsqueda de los cuerpos. No recuerdo el año exacto, pero ya hemos encontrado sus huesitos. Los reconocimos por su ropa: las chompas tejidas de lana y los chumpis no se habían deteriorado mucho. Mi padre y mi hermano estaban en el mismo lugar y mi madre estaba aparte. Llevamos los tres cuerpos a la ciudad de Huamanga. Cuando recordamos todo lo que nos pasó en esa época, sentimos mucho dolor en nuestros corazones. Recibimos la indemnización por la muerte de mis padres, aunque el monto es muy pequeño. Tal vez más adelante se nos brinde un justo reconocimiento.



1.

1. Estefa Mendoza, hija de Cirilo Mendoza y Melchora Ccallocunto, y hermana de Albino. Los tres asesinados por SL, 1983

2. Lucrecia Mendoza, hija de Albino Mendoza (hermano mayor de Estefa), desaparecido con sus padres, 1983

3. Familia de Estefa Mendoza en Lima, 2014



2.

3.



CRISTINA HUAMANÍ de NÚÑEZ

Nací el 24 de julio del 1954, ahora tengo 61 años y soy evangélica. Me casé con Pedro Núñez Pacotaype y tuvimos una sola hija, Teófila Núñez Huamaní. Yo soy de Cuchquesera y mi esposo era de Yuraqcruz.

Cuando llegó Sendero Luminoso ya estaba casada y vivíamos en el pueblo de Quispillaqta. Los senderistas reunieron a la gente a punta de amenazas. Mi esposo desapareció en manos de los militares, el 15 de mayo de 1983. Yo recuerdo muy bien el día que lo detuvieron. Llegó una pequeña patrulla de soldados comandada por el capitán Chacal y acompañada por un conjunto de comuneros. Había convocado a una reunión en la capilla de Yuraqcruz, donde estaba mi esposo. Los comuneros acudieron a la reunión y en esa capilla los militares detuvieron a mi esposo. A él y a otros detenidos los condujeron a la escuela de Chuschi, donde los militares tenían su base.

Los comuneros detenidos ese día fueron: Narciso Achallma Capcha, Antonio Carhuapoma Conde, Valentín Núñez Flores, Julián Núñez Mendoza, Reynaldo Núñez Pacotaype, Hilario Núñez Quispe, Máximo Vilca Ccallocunto, y mi esposo, Pedro Núñez Pacotaype.

Uno de los comuneros me contó que a cada uno le habían interrogado sobre el paradero de los senderistas. Seguramente habrán dicho que no sabían nada y que no habían visto a nadie. Por eso se molestó el capitán Chacal. En esas fechas yo vivía en el pueblo y muchas veces le había dicho a mi esposo para que se viniera al pueblo a vivir con nosotras, pero no me hizo caso y se quedó en Yuraqcruz.

Cuando empecé a buscar a mi esposo, una señora de mi barrio que estaba sentada en la plaza de Quispillaqta dijo que los habían traído y que estaban detenidos en Chuschi. Saqué su libreta de identificación y preparé comida para él. Cociné un segundo de calabaza, pensando que estaría con hambre.

Fui así a Chuschi, acompañada de mi vecina María Antoni y mi hija de cuatro años. Entramos a la plaza de Chuschi entre la muchedumbre. La señora Domitila Infansón, que estaba sentada al lado del consejo, nos dijo disimuladamente: "adentro están." Cuando entré, estaban los militares custodiando. Les pregunté por mi esposo y entregué su documento de identificación al capitán Chacal. Supliqué a los militares que me permitieran dar de comer a mi esposo y mis paisanos. Dijeron que ya no podían comer, porque los iban a pasar al helicóptero. Yo les dije que comiendo podrían caminar mejor. Finalmente me permitieron darle de comer un poco. También comieron los soldados.

De pronto empezaron a sacar a la plaza a los presos en fila, uno por uno; también había presos de otros lugares. A nosotras nos separaron en la puerta. Nos quedamos como crías de perdices, abrazadas y viendo cómo nuestros seres queridos eran llevados por los militares.

Nosotros nos quedamos en medio de la plaza y no sabíamos a donde ir, ni qué hacer. Después de permanecer un tiempito en la plaza y de haber llorado hasta no poder más, volvimos a nuestro pueblo de Quispillaqta. Fue el 15 de mayo de 1983 y desde esa fecha mi esposo está desaparecido.

Me quedé con una hija de 4 años y no sabía qué hacer. Mi suegra también estaba en mi contra y me decía: “tú has llevado a la muerte a mi hijo.” Mi esposo me dejó en casa ajena; vivíamos en una casa rentada y recién teníamos planes para construir nuestra propia casa en el pueblo de Quispillaqta. Llorando caminaba, llegaba a la chacra solo a llorar y cuando volvía a mi casa también me ponía a llorar. Durmiendo en casas ajenas, así pasamos nuestra vida.

No sabía hacer la chacra, pero tuve que asumir el rol y acostumbrarme. Hasta mi perrito caminaba aullando por lugares donde muchas veces acompañó a su amo. Vino mi hermano y me dijo: “vamos, hay que volver, ¿qué haces aquí?”. Me hizo regresar a Cuchuquesera. En esas fechas no recibí apoyo de la comunidad, yo sola hacía mis labores en mi chacra. A veces mi hermano me ayudaba en el sembrío y la cosecha. Cuando volví, hice mi casa en el pueblo.

La Comisión de la Verdad me ayudó a encontrar a mi esposo. Me ayudaron en la declaración y labores de exhumación e identificación. Varias personas tomaron mi manifestación y declaré siempre lo mismo. En 2002 se hizo la exhumación. A mi esposo lo habían enterrado envuelto con su poncho. Yo reconocí de inmediato los restos de mi esposo por la ropa que llevaba puesta el día de su desaparición. Sus huesos fueron llevados a nuestro pueblo Quispillaqta y los gastos fueron asumidos por nosotras. Tengo certificado de registro único de víctimas para hacer valer mis derechos.

Mi hija no ha conocido a su padre. Terminó su secundaria, pero por falta de apoyo no siguió con sus estudios superiores. Nosotras queremos que ya no vuelvan esos tiempos y puedo decir que desde la exhumación he logrado aceptar nuestra realidad. Era necesario hablar y no callarse. Con mis manifestaciones no pretendo culpar a nadie ni guardo rencor. La causa fue Sendero Luminoso. En esas fechas, todos estábamos enfermos. Qué culpa tenemos nosotros. Sólo les pido a mis paisanos, comuneros vecinos y al Estado mismo, que haya una verdadera reconciliación, pues no quiero que esa desgracia que yo pasé, la hereden nuestros hijos. Merecemos una vida digna y con respeto. Ahora cuando nos llaman a las asambleas, estamos asistiendo con normalidad. Ya no con el temor de antes, sino con ganas de seguir viviendo.



Cristina Huamaní y su hija Teófila Núñez en Cuchuquesera, 2014

LA VIDA YA NO ERA VIDA



1.



2.

1. Cristina Huamaní, viuda de Pedro Núñez Pacotaype, asesinado por militares, 1983

2. Libreta Electoral de Pedro Núñez Pacotaype

3. Familiares de víctimas visitando a Sillaqasa-Chuschi, 2014.



3.

ESTHER GALINDO MALLMA

Nací el 27 de enero de 1960 en el barrio de Cuchuquesera; ahora tengo 55 años. Mi padre se llama Teófilo Galindo Achallma y es de Cuchuquesera. Mi madre, Rosa Mallma Machaca, es de Unión Potrero. Yo me casé dos veces. Mi primer esposo fue Grimaldo Cuba Núñez hasta 1983. Con él tuve dos hijos varones: Raúl y Ranger. Los militares asesinaron a mi esposo el 20 de mayo de 1983 en la localidad de Nuñunwayqu. Me quedé viuda a los 23 años, jovencita. Esta es mi historia.

Antes que llegue la violencia política, Cuchuquesera estaba en permanente enfrentamiento por límites territoriales con las comunidades vecinas de Putaqa y Canchacancha. Estos problemas comenzaron después de haber comprado la hacienda de Quikamachay del hacendado Humberto Vasallo en el año 1942.

En 1981 la comunidad de Quispillaqta tuvo que desalojar a algunos comuneros que habían invadido territorio. Primero desalojamos a la comunidad de Quchapampa que se había apoderado del sitio Ñawinpuky. El enfrentamiento fue violento, pero afortunadamente no hubo muertes, sólo algunos heridos de ambas partes. Se solucionó en la Corte Superior de Ayacucho a favor de Quispillaqta. Otro enfrentamiento tuvimos en el año 1982, esta vez con la Comunidad de Canchacancha. Los varones habían trabajado antes en la hacienda de la familia Ochoa y se habían quedado a vivir en el mismo lugar, casándose con las mujeres del pueblo de Canchacancha. Los de Quispillaqta los dejaban vivir en el territorio de la comunidad, porque no molestaban. Pero a partir de 1978 ya no nos dejaban ingresar. No había otra salida que reposicionarnos de manera violenta. Concretamos la recuperación en 1982. También en este caso la Corte Superior de Justicia falló a favor de Quispillaqta.

En Cuchuquesera se ha gestado el Centro Piloto de Desarrollo Ganadero impulsado por COTESU en convenio con la UNSCH. Había una muy buena relación de amistad con los ingenieros 'gringos'. Formaron los primeros técnicos de Cuchuquesera: Salomón y Edmundo Galindo Achallma (mi tío y mi padre). Trajeron unas 30 ovejas merino, trabajamos en engorde de vacunos y hemos sembrado 32 variedades de pasto. Después hemos instalado viveros de eucalipto. Gracias a este vivero todas las localidades tienen eucalipto.

Estando así, la violencia política nos sorprendió. Los primeros seguidores de Sendero Luminoso, personas ajenas a la comunidad, comenzaron a visitarnos y acusarnos de colaboradores con los imperialistas. No entendíamos mucho sobre su discurso, pero trataban sobre la igualdad. Una vez nos obligaron a matar nuestros merinos, cortaron su carne en partes iguales y la distribuyeron a niños, adultos y jóvenes. Además, nos dijeron que cada persona debía tener ovejas en cantidades iguales como también la superficie de nuestras chacras. La población se molestó porque tal propuesta era incompatible con nuestras costumbres.

Nuestros esposos fueron secuestrados y obligados a participar en 'acciones' en contra de su voluntad. 1982 y 1983 fueron años difíciles y oscuros. Los compañeros entraban a la comunidad y obligaban a la gente -a punta de amenaza de muerte- a

unirse a la lucha armada. Decían: “si no van con nosotros, morirán.” Por eso mi esposo -de miedo- los siguió. A los que no querían ir esa tarde, el jefe de la columna dijo: “ahora los anotaré en mi lista negra”.

Un comunero vino a avisarnos: “tenemos que ir todos y debemos hacerles caso”. Al escuchar esto, mi esposo dijo: “si no voy, nos matarán; si voy, podremos vivir tranquilos.” Eso fue el día 19 de mayo de 1983. Los miembros de Sendero Luminoso ingresaron a la comunidad de Cuchuquesera y secuestraron a unos quince pobladores. Los secuestradores eran personas extrañas y portaban armamentos. Las autoridades fueron obligadas a cocinar para ellos; entonces, mataron un merino del ganado comunal. Allí dieron de cenar a todos los que habían llegado. Son ellos que han llevado a mi esposo. El no quería ir, pero tenía miedo de que lo mataran o de que nos hicieran daño si no les hacía caso. Me dijo que volvería, pero nunca más lo vi con vida.

No sabíamos a donde se dirigían. Dicen que al regresar tuvieron serios problemas, porque los senderistas fueron perseguidos por efectivos del ejército. Esta situación fue aprovechada por los secuestrados para huir, tanto del ejército como de Sendero. Pero pobladores de las comunidades vecinas los confundieron como miembros de Sendero. Entonces los habían capturado y entregado a los militares, para luego ser asesinados y enterrados en una fosa clandestina en la zona de Ñuñunwayqu. Desde aquella fecha, sufrimos discriminaciones por las comunidades vecinas, porque pensaron que éramos seguidores de Sendero Luminoso.

Esa noche no dormí; pasé llorando y suplicando a Dios por su vida. Ya eran las cinco de la mañana y no volvía. A las siete estábamos todos en la escuela, donde siempre nos reuníamos en situaciones de emergencia. Vinieron otras esposas en situación similar, pues nadie aparecía.

Cerca a las diez de mañana aparecen los hermanos Melicio y Rómulo Núñez. Nos contaron, llorando, lo que había sucedido. No sabíamos cuántos habían muerto. Vi como mi hijo mayor se había parado encima de una roca y lloraba viendo el horizonte por donde tenía que aparecer su papá. Tenía esperanzas de verlo retornar.

Esa mañana, entre situaciones confusas y lamentables, desaparecieron ocho comuneros:

Grimaldo Cuba Núñez (21 años), estaba casado conmigo y dejó dos niños muy pequeños (Raúl y Ranger).

Mauricio Cuba Núñez (hermano mayor de Grimaldo, de 30 años), estaba casado con Eugenia Quispe y dejó 4 hijos (Ismael, Magno, Salomón y Normita).

Onofre Mendoza Achallma (35 años), estaba casado con Natalia Núñez y dejó 3 hijos menores de edad (Elizabeth, David y Claudia); Onofre fue secuestrado desde Pillkuqasa.

Valerio Conde Galindo (20 años), estaba casado con Juana Quispe y dejó un hijo (Walter).

Simeón Espinoza Galindo (22 años), estaba casado con Georgina Cuba Núñez y dejó una niña, Beatriz. Su esposa quedó viuda cuando tenía 24 años. Simeón estaba cosechando papa con su suegro cuando fue secuestrado.

Víctor Quispe Mendieta (30 años), casado con Edilberta Vega y dejó 3 hijos menores (Yolanda, Héctor y Elizabeth).

Aniceto Moreno Cayllahua (32 años), estaba casado con Cerila Galindo y dejó 5 hijos (Salomón, Hilda, María Elena (ya fallecida), Raúl Enrique y Sonia Rita de siete meses).

Cirilo Quispe Rejas (30), estaba casado con Rosa Maria Quriñawi y dejó 2 niñas (Sofía y Hilda).

1.



2.



3.



4.

5.



1. Aniceto Moreno
2. Mauricio Cuba
3. Simeón Espinoza
4. Valerio Conde
5. Víctor Quispe



Familiares de Simeón Espinoza Galindo, asesinado por militares, 1983



Familiares de Onofre Mendoza, asesinado por militares, 1983



Familiares de Aniceto Moreno, asesinado por militares, 1983

Nuestras vidas estaban afligidas de tristeza, no comíamos, no dormíamos. Todos los días llorábamos recordando a nuestros esposos. Solo pedíamos a Dios para que nos ayudara a encontrar tranquilidad. Mis padres, otros familiares y los miembros de la iglesia evangélica nos ayudaban y nos consolaban. Luego de un tiempo, en 1987, me casé por segunda vez, con el hermano menor de mi esposo fallecido, Leoncio Cuba Núñez. Con él he tenido tres hijos varones y una mujercita. El me ayudó mucho a superar esta situación lamentable. En 1998 decidimos irnos a Ayacucho. Ahora tengo mi casa en Carmen Alto. Raúl, el mayor de todos mis hijos, es ingeniero de sistemas y tiene su propia empresa pequeña, que brinda servicios de internet. Tenemos también una tienda veterinaria, donde atiende mi otro hijo. No puedo quejarme, tengo la bendición de Dios, pero no puedo olvidar a mi esposo fallecido.

Para sacar los restos recibí la ayuda de la Comisión de la Verdad y también de Paz y Esperanza. Cuando tuve que identificar sus restos en la fiscalía, yo de inmediato lo reconocí por la chompa que llevaba puesta el día de su desaparición.

Siete personas habían sido victimadas y enterradas en una sola fosa, mientras que a Cirilo Quispe le habían enterrado en una acequia. Según la información de los lugareños, los perros habrían sacado su cuerpo y lo habrían devorado. La Fiscalía hizo la exhumación en 2010 sin la presencia de nosotros; solo hallaron los restos de las siete personas. Hasta ahora Cirilo Quispe está desaparecido.

El día 10 de octubre de 2011, la Fiscalía de Huamanga nos entregó los huesitos de nuestros esposos y al día siguiente enterramos sus restos en el cementerio de Mansuqasa. A partir de ese momento recién pude calmarme. Tuve que aceptar mi realidad, y tratar de ser feliz por los logros de mis hijos. También recibimos la reparación colectiva e individual por parte del Estado. A mí me dieron cinco mil soles y a mis hijos otros cinco mil. Con ese dinero mi hijo Raúl abrió su empresa.



Esther Galindo, viuda de Grimaldo Cuba, asesinado por militares, 1983; enterrado después de 28 años en 2011



Familiares de Mauricio Cuba, asesinado por militares, 1983; enterrado después de 28 años en 2011



Familiares de Valerio Conde, asesinado por militares, 1983; enterrado después de 28 años en 2011



Familiares de Víctor Quispe, asesinado por militares, 1983; enterrado después de 28 años en 2011

Decidimos construir un lugar de memoria para todas las víctimas. Teníamos la intención de construir sus nichos en el lugar donde habían fallecido. Mi actual esposo, Leoncio Cuba Núñez, se ha encargado de las coordinaciones y en una reunión familiar se acordó construir una saywa como lugar de memoria.

En el año 2012 comenzamos a madurar la idea. Conseguimos financiamiento y construimos la saywa. Con esta saywa, que es la primera en Quispillaqta, queremos dignificar a las víctimas de la violencia política. Es una expresión de la reparación espiritual, un homenaje a nuestros seres queridos para que nos acompañen siempre.



Familiares de víctimas del caso Ñuñunwayqu, en la saywa de memoria construida en 2011

V. EPÍLOGO

Los testimonios aquí presentados nos han hablado del sufrimiento, del dolor, pero también de la esperanza de construir un nuevo futuro. La saywa, la columna de piedras que guía al viajero, es un símbolo andino de esperanza y fortaleza. “Quienes hemos tenido la oportunidad de viajar por comunidades de la sierra, habremos notado la presencia de montículos de piedra, de perfiles diversos. Estas obras son construcciones humanas ubicadas en lugares visibles como en el borde del camino o en la cumbre de los cerros. Son hitos que los viajeros dejan como señal que atravesaron por esa herradura en su camino a otro lugar” (Méndez Bautista s.f.).

Esta costumbre de mostrar al viajero por dónde va el camino, se ha convertido en un símbolo andino de la memoria de la población afectada por la violencia política. Queremos terminar este libro con las palabras de Leoncio Cuba, una de las personas que ha sugerido ver en la saywa un monumento de memoria:

“La saywa representa nuestro deseo de parar el sufrimiento y construir el renacimiento de la esperanza. Es nuestra decisión de pasar de una situación de tristeza al restablecimiento de la pacificación integral, tanto con nuestras comunidades vecinas, con nuestros ayllus y con nosotros mismos. También para mostrar que tenemos capacidad de resiliencia. No todo está destruido, podemos volver a reconstruir nuestras vidas y nuestros pueblos, como lo hemos hecho con esta saywa. Cada viajero de hoy y en el futuro verá a esta saywa como nuestra fortaleza, mostrando que el ayllu, los hermanos, los hijos y los nietos seguiremos viviendo.”



ANEXO 1

RELACIÓN DE PERSONAS ENTREVISTADAS Y PARTICIPANTES EN GRUPOS FOCALES ALLPACHAKA

Personas entrevistadas

Persona entrevistada	Tipo de afectación
Eulogio Salvatierra Hinostroza	Torturado
Jesús Salvatierra Carrión	Padre asesinado (Julián Salvatierra Tenorio)
Severo Paquiyauri Calderón	Problemas psicológicos como miembro de CAD
Justina Garamendi De La Cruz	Esposo desaparecido (Telésforo Salvatierra Tenorio)
Martín Quispe Huamán	Torturado
Eusebio Quispe Jaulis	Torturado
Alejandra Quicaño Alanya	Padre desaparecido (Armando Vizcarra Quicaño)
Andrés Roberto Quispe Carrión	Madre desaparecida (Celestina Carrión Cárdenas)
Aurelia Hinostroza Cisneros	Torturada Esposo desaparecido (Glicerio Prado Alanya)
Domitila Calderón de Castro	Hijo, esposo y yerno asesinados (Timoteo Castro Calderón, Víctor Castro Galindo y Félix Hinostroza Prado)
Feliciana Quispe Bautista	Torturada
Felicitas Carrión Huamán	Torturada Esposo desaparecido (Jesús Tineo Bauista)
Francisco Huamán Cayllahua	Esposa e hija asesinadas (Nicolasa Carrión Huamán y Herminia Huamán Carrión)
Francisco Roca Huamán	Desplazado
Marina Quispe Carrión	Torturada Madre desaparecida (Celestina Carrión Cárdenas)
Miguel Angel Salvatierra Tenorio	Problemas psicológicos
Sixto Armando Escalante Hinostroza	Torturado
Teodosia Salvatierra Hinostroza	Torturada
Marcelo Salvatierra Hinostroza	Problemas psicológicos como miembro de CAD
Clementina Escalante Hinostroza	Torturada Esposo asesinado (Gregorio Alarcón Colos)
Felimón Salvatierra Garamendi	Padre desaparecido (Telésforo Salvatierra Tenorio)

Grupos focales

PRIMER GRUPO FOCAL		SEGUNDO GRUPO FOCAL	
Nº	Nombre y Apellidos	Nº	Nombre y Apellidos
01	Lucas Cayllahua De La Cruz	01	Eulogio Salvatierra Hinostroza
02	Eulogio Salvatierra Hinostroza	02	Francisco Roca Huamán
03	Felipa Sulca Quispe	03	Rómulo Paquiyauri Alanya
04	Marina Quispe Carrión	04	Jorge Roca Quispe
05	Julio Quispe Carrión	05	Francisco Huamán Cayllahua
06	Francisco Huamán Cayllahua	06	Severo Paquiyauri Calderón
07	Severo Paquiyauri Calderón	07	Andrés Roca Huamán
08	Felicitas Carrión	08	Martín Quispe Huamán
09	Justina Garamendi De La Cruz		
10	Carmina Huamán Quispe		
11	Martín Quispe Huamán		
12	David Quispe Calderón		
13	Adela Hinostroza Prado		
14	Andrés Quispe Carrión		
15	Domitila Calderón de Castro		
16	Teodosia Salvatierra Hinostroza		
17	Edmundo Prado Moreno		
18	Alfonso Paquiyauri Calderón		

ANEXO 2

RELACION DE PERSONAS ENTREVISTADAS Y PARTICIPANTES EN GRUPOS FOCALES CHIARA - LIRIOPATA

Personas entrevistadas

N°	APELLIDOS Y NOMBRES	FECHA DE NACIMIENTO	AFECCIÓN Y/O CONDICIÓN
1	Barrios Sulca, Modesto	12/02/1925	Torturado
2	Bautista Ramírez, Flora	04/01/1938	Asesinato de esposo
3	Borda Quispe, Teodosio	11/01/1928	Desaparición de hijo
4	Cancho Altamirano, Virgilio	26/06/1954	Ex comando de CAD
5	Chávez Atauje, Celedonia	18/01/1961	Desaparición de esposo
6	Flores Quispe, Felicitas	07/03/1953	Asesinato de padre
7	García Saavedra, Daniela	15/12/1968	Asesinato de padres
8	Huamancusi Núñez, Elías	19/09/1966	Desaparición de padre
9	Huamancusi Núñez, Marcelino	02/06/1955	Desaparición de padre
10	Huaytalla Quispe, Asunción	15/05/1969	Desplazado
11	Jaime De La Cruz, Sabina	10/12/1946	Desaparición de hijo
12	Méndez Bautista, Honorato	08/02/1977	Asesinato de padre
13	Méndez Coras, Benedicto	23/08/1971	Desaparición de madre
14	Méndez Coras, Simeón	05/04/1975	Desaparición de madre
15	Méndez Mejía, Rosa	19/12/1949	Desplazada
16	Núñez Garay, Isabel	25/05/1925	Desplazada
17	Palomino Cárdenas, Nicolasa	10/09/1931	Desaparición de hijo
18	Quispe Atauje, Paulina	12/07/1960	Asesinato de esposo
19	Quispe Atauje, Ramón	31/08/1957	Desaparición de hermano

Fuente: Elaboración propia con información del Registro Único de Víctimas, noviembre del 2015

Grupos focales y entrevistas complementarias

N°	APELLIDOS Y NOMBRES	RESIDENCIA DURANTE ENTREVISTA
1	Atauje viuda de Altamirano, Anatolia	San Juan Bautista
2	Bautista Ramírez, Flora	Carmen Alto
3	Borda Quispe, Teodosio	San Juan Bautista
4	Cancho Altamirano, Paulina	Liriopata
5	Cancho Altamirano, Virgilio	Chiara
6	Cancho Sánchez, Emilia	San Juan Bautista
7	Cancho Sánchez, Cirilo	San Juan Bautista
8	De La Cruz Rúa, Aniceto	Liriopata
9	Garay Allcca, Telésforo	Carmen Alto
10	Garay Paucca, Daniel	Chiara
11	García Amorín, Urbano	Ayacucho
12	Gómez viuda de Paquiyauri, Juana	Liriopata
13	Huamancusi Jáuregui, Valentín	Carmen Alto
14	Huamancusi Núñez, Elías	Liriopata
15	Huamancusi Núñez, Marcelino	Liriopata
16	Huaytalla Quispe, Asunción	Chiara
17	Mallqui Sánchez, Gerardo	Bellavista
18	Méndez Bautista, Modesto	Carmen Alto
19	Méndez Coras, Benedicto	Liriopata
20	Méndez Janampa, Margarita	Chiara
21	Méndez Janampa, Edilberta	San Juan Bautista
22	Méndez Mejía, Juan	Liriopata
23	Méndez Núñez, Agustina	Carmen Alto
24	Mendoza Gómez, Dorotea	Carmen Alto
25	Núñez Garay, Isabel	Chiara
26	Paquiyauri Vilcapoma, Catalina	Liriopata
27	Paquiyauri Vilcapoma, Maximiliana	Liriopata
28	Quispe Cancho, Florentino	Chiara
29	Quispe Juan de Dios, Julio	Liriopata
30	Ramos, Hilda	Chiara
31	Sánchez Palomino, Sacarías Raymundo	Intihuasi
32	Tambra de Maldonado, Delia	Chiara
33	Tambra García, Adela	San Juan Bautista
34	Vilcapoma Cancho, Graciela	Chiara
35	Vilcapoma Méndez, Gregorio	San Juan Bautista
36	Zevallos Vilcapoma, Dionisia	Chiara

Fuente: Elaboración propia, noviembre del 2015

ANEXO 3

RELACIÓN DE PERSONAS ENTREVISTADAS Y PARTICIPANTES A GRUPOS FOCALES QUISPILLAQTA

Personas entrevistadas

N°	Nombre de entrevistado	Fecha de nacimiento	Tipo de Afectación	Fecha del suceso	Perpetrador
01	Aparicio Machaca Ccallocunto	11-06-1969	Asesinato de su padre Marcelo Machaca Mendoza	24-09-1984	SL
02	Pelajio Mendieta Ccoriñahui	25-03-1963	Maltrato físico y secuestro	28-05-1983	FFAA
03	Teófila Galindo de Núñez	25-12-1945	Desaparición de su madre Manuela Núñez Huamaní	24-06-1983	FFAA
04	Cayetana Tucno de Machaca	7-08-1958	Asesinato de su esposo Vidal Machaca Ccallocunto	24-09-1984	SL
05	Ignacia Cancho de Mejía	4-08-1933	Asesinato de su esposo Anastasio Mejía Galindo	3-01-1983	SL
06	Marcelina Quispe de Espinoza	26-04-1953	Desaparición de su esposo Víctor Espinoza Achallma	29-05-1983	FFAA
07	Tomás Moreno Casavilca	7-03-1972	Desaparición de su padre Herminio Moreno Cuba	20-05-1983	SL
08	Marcelina Huamaní Cisneros	1967	Desaparición de su padre Moisés Huamaní Ccallocunto	28-05-1983	SL
09	Luís Mendoza Achallma	21-06-1959	Maltrato físico	06-1983	FFAA
10	Andrea Núñez Machaca	10-11-1958	Desaparición de su esposo Demetrio Galindo Rocha	28-05-1983	FFAA
11	Emilia Núñez de Galindo	5-03-1962	Asesinato de su esposo Cirilo Galindo Huamaní	28-05-1983	FFAA
12	Félix Quispe Sánchez	4-06-1942	Maltrato y encarcelamiento	09-10-1984	FFAA
13	Alejandra Conde de Núñez	21-09-1951	Desaparición de su esposo Francisco Núñez Vilca	29-05-1983	FFAA
14	Guillermo Vilca Galindo	25-06-1945	Asesinato de su padre Martín Vilca Tomaylla	30-05-1983	FFAA
15	Estefa Mendoza de Núñez	4-03-1947	Asesinato de su padre, madre y hermano	20-05-1983	SL
16	Esther Galindo Mallma	20-01-1960	Desaparición de su esposo Grimaldo Cuba Núñez	20-05-1983	FFAA
17	Cristina Huamaní de Núñez	24-07-1954	Desaparición de su esposo Pedro Núñez Pacotaype	15-05-1983	FFAA

Grupos focales

Unión Potrero	Pampamarca	Catalinayuc
Achallma de Núñez, Marcelina	Casavilca Galindo, Quinteliana	Achallma Cuba, Juan
Achallma Galindo, Paulina	Conde Huamaní, Marcelo	Achallma Ccallocunto, Eleuterio
Ccallocunto Conde, Pedro	Conde Núñez, Hipólito	Ccallocunto Machaca, Santos
Ccallocunto Machaca, Esteban	Espinoza Galindo, Pedro	Conde Casavilca, Raúl
Ccallocunto Mejía, Francisco	Conde Tucno, Celedonio	Ccallocunto Mejía, Teresa
Machaca Espinoza, Angel	Espinoza Huamaní, Angel	Conde Galindo, Casimira
Machaca Flores, Nazaria	Galindo Barrios, Herminio	Conde Mendoza, Juan
Machaca Huamaní, Aquilina	Galindo Barrios, Herlino	Conde Moreno, Lusmila
Machaca Llalli, Néstor	Galindo Núñez, Graciano	Huamaní Pacotaype, Gerardo
Machaca Mendieta, Fernando	Galindo Conde, Mauro	Conde Pacotaype, José
Machaca Mendieta, Rufino	Galindo Rocha, Cirilo	Mendoza Achallma, Pelagio
Machaca Vilca, Lucio	Galindo Conde, Silverio	Huamaní Ccallocunto, Epifanía
Machaca Vilca, Macario	Galindo Núñez, Eusebio	Huamaní Cisneros, Marcelina
Machaca Vilca, Severino	Galindo Núñez, Fortunato	Huamaní Cisneros, Ramonita
Mallma Machaca, Alejandro	Galindo Núñez, Teodoro	Mendoza Achallma, Luis
Mejía Vilca, Pablo	Galindo Vilca, Luis	Mendoza Ccallocunto, Alejandro
Mendieta Tumaylla, Casimiro	Huamaní Galindo, César	Mendoza Ccallocunto, Segundino
Núñez Ccoriñahui, Celestino	Huamaní Galindo, Felipe	Mendoza Galindo, Antonio
Núñez Ccoriñahui, Víctor	Huamaní Galindo, Fernando	Mendoza Galindo, Dionisia
Núñez Conde, Albiña	Huamaní Núñez, Agripino	Mendoza Huamaní, Francisco
Núñez Conde, Emilio	Huamaní Núñez, Estanislao	Moreno Casavilca, Marcelina
Núñez Conde, Francisco	Huamaní Núñez, Pedro	Moreno Casavilca, Tomas
Núñez Espinoza, Erasmo	Huamaní Núñez, Raúl	Núñez Conde, Miguel
Núñez Espinoza, Marlene	Huamaní Quispe, Faustino	Pacotaype Huamaní, Efraín
Núñez Galindo, Celestino	Huamaní Rejas, Sabino	Rejas Rocha, Teófilo
Núñez Galindo, Eraclio	Huamaní Tudelano, Orlando	
Núñez Mejía, Cirilo	Machaca Núñez, Emilio	
Vilca Galindo, Cerafina	Moreno Machaca, Teodoro	
	Núñez Galindo, Cipriano	
	Pacotaype de Huamaní, Leónidas	
	Quispe Galindo, Julián	
	Quispe Huamaní, Cirilo	
	Quispe Sánchez, Félix	
	Rejas Ccallocunto, Eugenio	
	Tomaylla Mendieta, Fidel	

Puncupata	Cuchiquesera
Ccallocunto Vilca, Félix	Conde de Núñez, Alejandra
Conde de Mejía, Ignacia	Cuba Núñez, Georgina
Espinoza Conde, Samuel	Cuba Quispe, Salomón
Ezpinoza de Mejía, Julia	Flores Galindo, Santos
Machaca Núñez, Teodora	Galindo Achallma, Salomón
Mejía Conde, Edmundo	Galindo Núñez, Santos
Mejía de Mendoza, Agustina	Huamaní Galindo, Asunción
Mejía Tucno, Julián	Mendencia Espinoza, Valentín
Núñez Ccallocunto, Rodrigo	Moreno Galindo, Raúl
Núñez Conde, Américo	Núñez Espinoza, Filomeno
	Núñez Espinoza, Oseas
	Núñez Galindo, Milesio
	Núñez Machaca, Félix
	Ochoa Cayllahua, Juan de la Cruz
	Tomaylla Ccallocunto, Edefiel
	Tomaylla Ccallocunto, Ezequiel
	Vilca Galindo, Guillermo

BIBLIOGRAFÍA

Castro Neira, Yerko (2012) "Antropología de la violencia. Entre los estudios del sufrimiento social y la antropología de la paz", en: Gavilán Sánchez, pp. 17-48.

Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003) *Informe final*, Lima (www.cverdad.org.pe).

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, *En Honor a la Verdad*, Lima 2012.

Degregori, Carlos Iván (1985) "*Sendero Luminoso*": los hondos y mortales desencuentros, Serie Antropología No. 2, IEP, Lima.

Degregori, Carlos Iván (2005) "Edilberto Jiménez: una temporada en el infierno. Prólogo en Jiménez, pp. 18-35).

Falconí, Carola, Edilberto Jiménez y Giovanni Alfaro (2007) *Lucanamarca: memorias de nuestro pueblo - Lluqanamarka: llaqtanchikpa yuyariynin*. s.l.

Gamarra Carrillo, Jeffrey (ed.) *Tejiendo vida. Historias de seis mujeres ayacuchanas*, IPAZ-SER, Lima, s.f

Gavilán Sánchez, Lurgio (2012) *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*, IEP, Lima.

Gianotten, Vera y Ton de Wit (1983) *Centro de Capacitación Campesina, trayectoria de un programa de educación popular y desarrollo rural en comunidades campesinas andinas*, UNSCH, Ayacucho.

Gianotten, Vera y Ton de Wit (1985) *Organización campesina: el objetivo político de la educación popular y la investigación participativa*, Latin American Studies 30, CEDLA, Amsterdam (2da edición: TAREA, Lima 1987).

Gianotten, Vera y Ton de Wit (1992) 'The Center's Multiple Failures', in: David Scott Palmer (ed.) *The Shining Path of Peru*, St. Martin's Press, New York, pp. 63-76.

Guillerot, Julie (2007) *Para no olvidarlas más. Mujeres y reparaciones en el Perú*, APRODEH-PCS-DEMOS, Lima.

Harding, Colin (1988) "Antonio Díaz Martínez and the Ideology of Sendero Luminoso", in: *Bulletin of Latin American Research*, Vol 7, No 1, pp. 65-73.

INEI 2007 *Censos Nacionales: XI de Población y VI de Vivienda*, (www.inei.gob.pe)

Instituto de Democracia y Derechos Humanos (2014) *Yuyanapaq. Para recordar, 1980-2000, Relato visual del conflicto armado interno en el Perú*, PUCP, Lima.

Isbell, Billie Jean (2005) *Para defendernos. Ecología y ritual en un pueblo andino*, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco.

Jiménez, Edilberto (2005) *Chungui. Violencia y trazos de memoria*, IEP-COMISEDH-DED, Lima.

Lerner Febres, Salomón (2014) "Prefacio", en Instituto de Democracia y Derechos Humanos, p.17.

Méndez Bautista, Honorato (s.f.) *La Saywa: un monumento a la memoria*, Ayacucho, s.f.

Morote, Herbert (2014) *¡Todos contra la verdad!*, Jaime Campodónico Editor, Lima.

Muñoz, Urbano y Oseas Núñez (2006) *Historia de Kanas de Quispillaccta*, Ayacucho.

Naveda, I. y M, Auqui (1979) *Breve estudio de la economía campesina en el barrio de Qacher Potrero de la comunidad de Quispillaqta*, UNSCH, Ayacucho.

Naveda, I. y M, Auqui (1981) *Breve estudio socio-económico del barrio de Punkupata de la comunidad de Quispillaqta*, UNSCH, Ayacucho.

Sterne, Steve (ed.) (1999) *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad 1980-1995*, IEP-UNSCH, Lima.

Theidon, Kimberley (2012) *Intimate Enemies: Violence and Reconciliation in Peru*, University of Pennsylvania, Philadelphia.

Vargas Llosa, Mario (1983) *Inquest in the Andes*, New York Times, New York.

Vergarra, Abilio (2005) "La memoria de la barbarie en imágenes. Una introducción", en: Jiménez, pp. 36-67.

LA VIDA YA NO ERA VIDA

*Un homenaje a la vida y memoria de las víctimas de
Allpachaka, Chiara y Quispillaqta
Ayacucho - Perú
Se terminó de imprimir en los talleres de
Sonimágenes en enero de 2016*



Este libro es un esfuerzo conjunto de la población de Allpachaka, Chiara-Liriopata y Quispillaqta, tres comunidades de la región Ayacucho (Perú), para dar a conocer su memoria, particularmente en relación al periodo de violencia política interna en el Perú entre los años 1980 y 2000.

El fin de la publicación con testimonios verbales y fotos de las víctimas y familiares de víctimas es dar una voz a los que no tienen voz, para que la pequeña historia de tanta gente no sea aplastada por la historia grande.

No es sencillo escribir sobre un conflicto que no se reduce a la disputa entre dos enemigos. Aunque se trata de un escenario con muchos actores, es claro que la población campesina ha sido la víctima principal. Es exacto decir que estuvo entre la espada y la pared, entre la violencia brutal de Sendero Luminoso y de las fuerzas del orden.

Durante una de las asambleas comunales para conversar sobre el sentido de dar a conocer sus historias, se llegó a la siguiente síntesis:

“La violencia causó desconfianza y enemistad. El libro ayudará a recuperar la confianza entre nosotros. Queremos hacer conocer también nuestras estrategias de sobrevivencia que, tal vez, puedan servir a otros pueblos en situaciones similares. El libro podría ser usado en los colegios de nuestras comunidades y distritos, pero también en los colegios del resto del país. Asimismo, puede sensibilizar a la gente de afuera.”

El libro enfatizará no solamente el periodo de la violencia, sino también, y sobre todo, la fase anterior a la violencia y el presente. Estas dos fases son importantes para que la zona no sea identificada solamente con la violencia. La población ayacuchana quiere mostrar al mundo que ha conocido también épocas de paz y tranquilidad y que ha retomado su vida, soñando con nuevos desafíos para el futuro.

Tres profesionales, procedentes de la zona y quechua hablantes, han sido los artífices de esta obra: Felimón Salvatierra, Honorato Méndez y Oseas Núñez, nacidos en Allpachaka, Chiara y Quispillaqta respectivamente, decidieron escribir sobre este periodo trascendental de la historia de sus comunidades de origen, en clara muestra de compromiso con sus pueblos.

